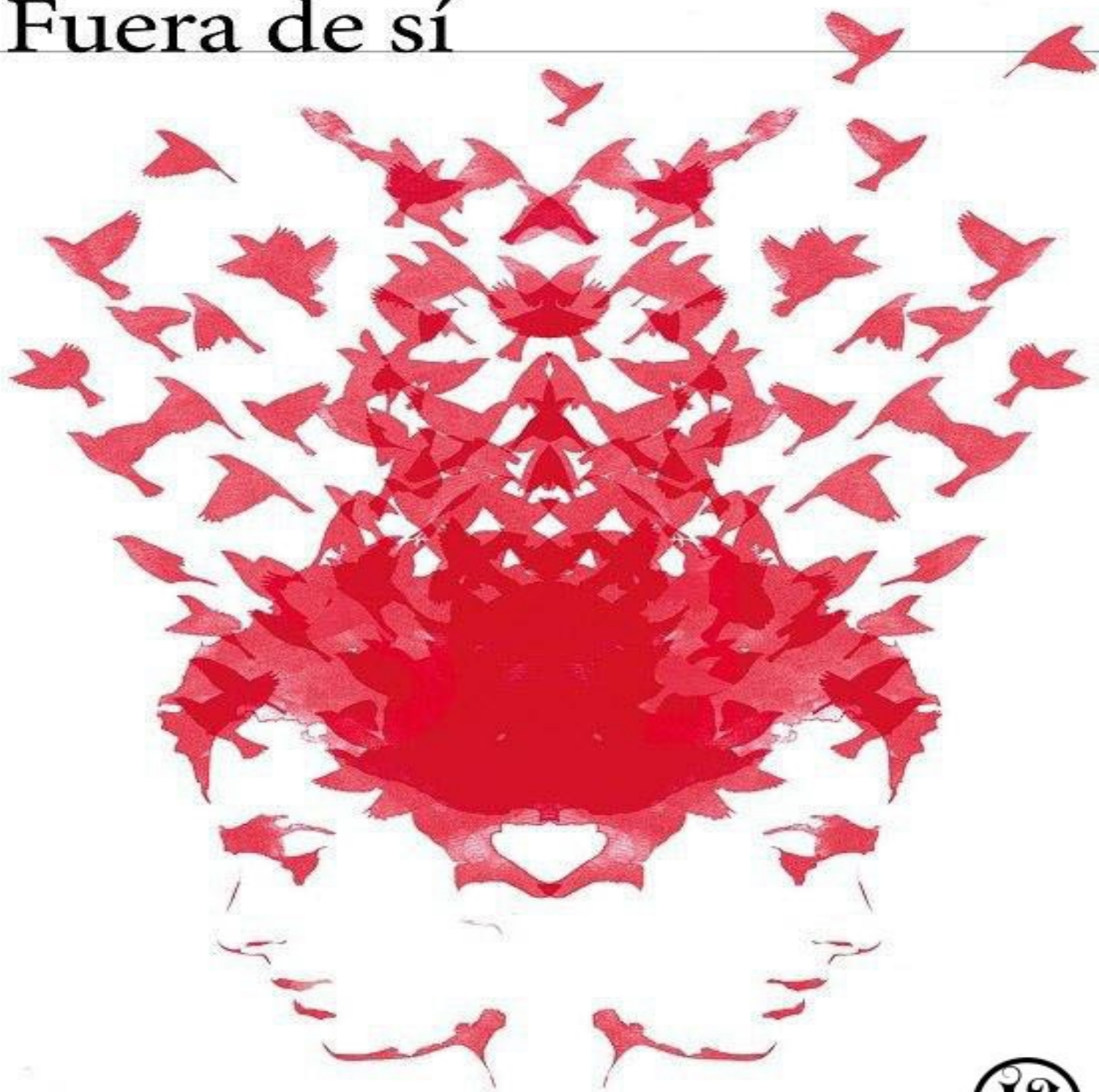


Sasha Marianna Salzmann

Fuera de sí



13

Los gemelos Alissa y Antón nacen en el Moscú postsoviético. Transcurridos pocos años, su familia emigra a Alemania, donde crecen, estudian y empiezan la universidad. Entonces, Antón desaparece y el único y último rastro de él procede de una postal de Estambul. Alissa se dirige allí en busca de su hermano pero, también, de sí misma. En una ciudad impregnada de cambios políticos y sociales, la búsqueda de Alissa se convertirá en un viaje de conexión y pertenencia. Una intensa saga familiar que aúna la fuerza de la tradición con la vanguardia narrativa del siglo XXI.

Sasha Marianna Salzmann

Fuera de sí



Título original: *Außer sich*
Sasha Marianna Salzmann, 2017
Traducción: María Bosom Rodríguez, 2020

Revisión: 1.0
12/03/2020

El tiempo pasa y pasa. Pasa hacia atrás y pasa hacia delante, llevándote con él, y nadie en el mundo entero sabe algo sobre el tiempo aparte de esto: que te lleva a través de un elemento que no entiendes hasta otro que no recordarás. Sin embargo, hay algo que sí que recuerda y que incluso se toma su venganza: la trampa de nuestro siglo y el asunto que ahora nos ocupa.

JAMES BALDWIN,
No Name in the Street
(*Una calle sin nombre*)

PERSONAJES

ANTÓN

ALISSA, ALI: hermana, hermano, yo.

VALENTINA, VALIA: madre, mamá, mami y todo.

KONSTANTÍN, KOSTIA: padre o algo así.

DANIIL, DANIA: padre, abuelo.

EMMA, EMMOTCHKA: abuela y a veces madre.

SHURA, SASHA, ALEXANDER: bisabuelo, abuelo, padre, héroe del Ejército Rojo.

ETIA, ETINA, ETINKA: madre, abuela, bisabuela, superheroína.

KATO, KATARINA, KATIUSHA: un bailarín, un lanzacohetes múltiple.

AGLAYA: sirena.

CEMAL, CEMO, CEMAL BEY: el tío.

ELÍAS: el amigo.

Y todos los demás padres y padres de los padres de Odesa, Chernivtsí, Moscú, Estambul y Berlín.

Ingeborg Bachmann escribió:

«Lo único sobre lo que tuve que reflexionar largo rato fue la fecha, ya que me resulta prácticamente imposible decir “hoy”, a pesar de que cada día decimos “hoy”...»

De modo que el tiempo es un hoy que abarca desde hace cien años hasta ahora.

UNO

«A CASA»

No sé adonde nos dirigimos. Todos lo saben menos yo. Agarro con fuerza el tarro de mermelada que me han puesto entre los brazos, como si fuera mi última muñeca, y observo cómo se persiguen los unos a los otros por el piso. Las manos de papá brillan debido al sudor, parecen platos sucios, son grandes cuando las veo pasar balanceándose por delante de mi cabeza. Creo que si mi cabeza fuera a parar entre sus manos, ¡plaf!, quedaría aplastada.

Mi hermano crece como una espiga en su bolsa de viaje, está de pie con ambas piernas dentro y va sacando cosas sin parar, hasta que mamá le riñe y él las vuelve a meter en la bolsa. Aprovechando que mamá está en la cocina, saca la gran caja con el barco pirata y la esconde debajo de su cama. Mamá sale al pasillo donde estoy yo y se inclina sobre mí. Veo su frente encima de mí como una campana, como un cielo entero. Quito una mano de la muñeca-tarro de mermelada y paso los dedos por la cara de mamá. El cielo está grasiento. Mamá me aparta la mano de un golpe y me pone en los brazos latas y más tarros de mermelada. Lo sujeto todo con fuerza y ya no puedo ver nada más. Entonces mamá deja una bolsa a mis pies y dice:

—Tenéis que comer algo decente por el camino. Tú llevarás la bolsa de las provisiones.

No tengo ni idea de lo que quiere decir eso, pero me alegro de que sea algo dulce en vez de pollo envuelto en papel de plata.

Tardamos en bajar las escaleras. Vivimos en el último piso, que tiene muchas vigas y techos inclinados en las habitaciones. En la planta baja hay una funeraria y siempre apesta, no a cadáveres, sino a algo que no sé qué es y a lo que soy incapaz de acostumbrarme. Los tarros tintinean en la bolsa que arrastro por las escaleras. Papá se dispone a cogérmela, cuando el vecino de abajo abre la puerta.

—¿Vais a casa?

—A visitar a mi madre y a mi padre. Hace tiempo que no los veo.

—¿Es la primera vez que volvéis?

Papá asiente con la cabeza.

—La primera vez no la olvidas nunca.

Papá responde al vecino como si le contara un cuento de buenas noches, subrayando las palabras, alzando ligeramente la voz al final. Mi hermano ya se ha adelantado, así que paso junto a papá arrastrando la bolsa con cuidado e intento alcanzarlo. Huele mal y hace frío. En la planta baja, detrás del escaparate de la funeraria, hay gente. Me dan miedo las caras de las personas que están sentadas en la oficina tras el cristal, me da miedo que sean verdes y estén muertas. Por eso

nunca miro hacia dentro hasta que he podido salir a la calle. Miro al suelo buscando los pies de mi hermano. Papá sale del edificio y tira de mí. Levanto la vista para ver si mamá nos dice adiós con la mano y así es: saca la mano un instante por la ventana y luego la ventana se cierra de golpe y papá se pone a cantar.

«Пора, пора порадуемся на своём веку». Llegó el momento, llegó el momento de disfrutar del momento.

SIN TIEMPO

Las baldosas del lavabo de mujeres del aeropuerto Atatürk enfriaban la sien izquierda de Ali. No conseguía enfocar la imagen que tenía ante sus ojos. En el espacio que había entre la puerta y el suelo, los tacones se difuminaban hasta convertirse en trozos de carbón y dibujaban garabatos de color negro en el aire antes de esfumarse. Oía voces, pero sin idioma, todas mezcladas, avisos por megafonía como un eco. Ali notó sabor a pollo. A pesar de que no lo había comido en el avión ni lo había probado en años, tenía pollo en mal estado pegado a la garganta. Ya había estado allí antes. Exactamente igual. Exactamente igual había estado en otra ocasión, tumbada en el suelo, con un ave muerta en la garganta, mientras los cordones de los zapatos se arrastraban hacia ella como insectos. Pero ¿cuándo? ¿Cuándo había sido eso?

Tenía los ojos secos a causa del vuelo, los párpados le arañaban los globos oculares; insuficiencia lagrimal crónica, le habían diagnosticado los médicos hacía tiempo. «¿Y qué debo hacer? ¿Ponerme gotas?» «Simplemente parpadee cuando le duela o cuando le pique. Parpadee a menudo y los ojos se le humedecerán por sí solos». Pero no servía de nada. Respiró lentamente y escuchó. Fuera, el compás de los tacones de aguja y de las suelas de goma indicaba que todo el mundo tenía prisa, prisa por salir de la terminal, de la falta de aire, para llegar hasta las personas que los esperaban después del largo vuelo, no sin antes pasar un momento por el lavabo para empolvase las ojeras, hidratarse los labios, arreglarse el pelo y, entonces sí, lanzarse a los brazos de quienes los esperaban como al agua cálida.

Ali no tenía ni idea de si alguien la esperaba. Deseaba que sí, pero no lo sabía. Se quedó tumbada en el suelo y batió las pestañas igual que una mosca las alas. Tenía la necesidad imperiosa de fumar para quitarse del paladar el sabor de la grasa asada y blanda y aquel deseo la levantó por el cuello y la sacó del retrete. Se apoyó en el lavamanos, evitando mirarse al espejo, y puso los labios bajo el chorro de agua. Una mujer le dio unos golpecitos en el hombro, le indicó que no debería beber de aquella agua y le ofreció una botella de plástico. Ali se llevó a los labios la estrecha boca de la botella y bebió sin hacer ruido. La mujer cogió de nuevo la botella vacía, luego le pasó a Ali la mano por los rizos, como si quisiera ordenárselos, recorrió con el pulgar su fina piel bajo los ojos y le sostuvo un momento la afilada barbilla. Ali sonrió y la mujer también. Después ambas salieron a la terminal con paso lento; Ali siguió a la mujer, siguió a los demás, que sabían adonde iban, pasó junto a la cinta de equipaje, alrededor de la cual la gente se empujaba, recorrió el suelo de mármol de la terminal, se puso en la cola del control de pasaportes, se impacientó, quiso empujar para que la cola avanzara, pero se quedó atascada y lo único que pudo

hacer fue mirar a derecha e izquierda. La cabeza le daba vueltas. El mundo entero estaba allí haciendo cola. Minifaldas, burkas, bigotes de todos los estilos y colores, gafas de sol de todos los tamaños, labios con relleno de todas las formas, niños en cochecitos, niños a la espalda, sobre los hombros, entre los pies. La multitud sujetaba a Ali por ambos lados, de modo que no podía caerse. Una niña pequeña empujó la separación de plexiglás, una de las placas se desprendió de golpe y la niña gritó. La madre se abrió paso entre la multitud para llegar hasta ella y la zarandó con fuerza.

Ali volvió a notar claramente el sabor a pollo en la garganta y revolvió sus cosas en busca del pasaporte.

El funcionario miró largo rato el lugar donde Ali suponía que debía de estar su foto y luego alzó la vista hacia ella, volvió a mirar el pasaporte y así repetidamente, como si cada vez pudiera mirar más adentro. Era un hombre joven, aún más joven que Ali, pero con los hombros como los de un anciano, caídos y rígidos. Con su camisa azul celeste, que su enjuto pecho no alcanzaba a llenar, parecía mirar lejos de su cabina de control, lejos del aeropuerto, lejos de su país, a través del manto terrestre y, desde allí, otra vez hacia el rostro de Ali. Ella se pasó la mano por la barbilla de forma instintiva; no había vomitado; o sí, ya no estaba segura; tenía algo en la barbilla, le daba la sensación de que los restos del pollo que había vomitado le subían por la garganta. Estiró las comisuras de los labios hacia arriba con todas sus fuerzas, y al hacerlo enarcó sin querer la ceja izquierda.

El joven que había al otro lado del cristal la miró, se levantó con dificultad de la silla, salió de la cabina y se dirigió a la parte trasera. Ali se apoyó en la estrecha repisa que había frente al cristal y lo siguió con los ojos arañados mientras él le mostraba su pasaporte a un compañero, le señalaba el interior con el dedo, sacudía la cabeza, volvía a su sitio y le decía algo que ella no entendió. Pero sabía de qué dudaba. De si ella era ella. Ya no tenía el mismo aspecto que en la foto del pasaporte: se había cortado el pelo y había algo distinto en su cara. Lo decía todo el mundo, incluso su madre admitía que ya no la reconocía en las fotos, pero ¿qué se suponía que quería decir eso? El otro funcionario entró en la cabina y le hizo a Ali las típicas preguntas. Ali mintió para no confundir todavía más a los dos hombres: venía a visitar a un buen amigo, lo típico.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé.

—No puedes quedarte más de tres meses.

—Lo sé.

—¿Es la primera vez?

—¿Hay algún problema con mi pasaporte?

—La mujer de la foto se parece a ti.

—Será porque la mujer soy yo.

—Sí, pero también podría tratarse de otra cosa.

—¿De qué otra cosa?

—De que sea un pasaporte comprado y tú...

—¿Y yo, qué?

—En este país tenemos un problema con las importaciones de Rusia. Con las mujeres, quiero

decir. Las mujeres importadas de Rusia.

Ali abrió la boca para decir algo como «¡Pero resulta que yo soy de Berlín!» o «¿Es esa la impresión que doy?», pero en lugar de eso le dio un ataque de risa, y por más que intentó contenerla, la risa salió disparada de su interior y estalló contra el cristal, detrás del cual los dos funcionarios la miraban asqueados. Ali se tapó la boca con la mano, se le cayó el bolso al suelo, miró hacia abajo, alzó la vista de nuevo y miró hacia atrás: toda la cola, las minifaldas, las gafas y los bigotes se habían vuelto hacia ella y cuchicheaban. Los funcionarios esperaron hasta que Ali dirigió otra vez su rostro enrojecido hacia ellos. Con los ojos húmedos de tanto reír, miró las caras de desconcierto de los dos hombres e intentó borrar la sonrisa de su rostro.

—¿Hay alguna manera de que pueda demostrar que no soy una puta rusa? —preguntó.

Los dos funcionarios la miraron como si fueran uno solo, la miraron sin verla; después uno de ellos alzó la mano, golpeó tres veces la mesa con un sello, sin perder a Ali de vista ni un segundo, se oyó una especie de gruñido, ella recogió el bolso y abrió la puerta de un empujón.

El tío Cemal estaba en primera fila de la multitud que esperaba inclinada sobre la valla como una palmera. Parecía que había conseguido abrirse paso dando codazos en las costillas a los hombres que había a su alrededor, como se podía leer en sus caras. Al ver a Ali salir por la puerta de la terminal, alzó los brazos y, sin querer, le propinó un puñetazo en la mandíbula a un hombrecillo cuyo bigote le ocupaba media cara. El hombre se tambaleó, pero la densa muchedumbre impidió que se cayera. Cemal dirigió una breve mirada de irritación al bigote que chillaba, volvió a mirar enseguida a Ali, se le iluminó la cara y señaló con el dedo índice hacia la izquierda para indicarle que debía salir de la terminal por aquel lado y que allí la esperaba él.

Cemal, Cemo, Cemal Bey era el tío de Elías, con quien ella prácticamente se había criado o, mejor dicho, habían crecido juntos, con lo cual Cemal también era su tío, a pesar de que ahora lo veía por primera vez. Elías nunca le había hablado de su tío, pero cuando Ali dijo que se iba a Estambul, le puso su número de teléfono en la mano y le dijo que Cemal la iría a buscar al aeropuerto. Y así había sido. La abrazó como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida, le cogió la maleta, salieron de la terminal y se pusieron a liar cigarrillos delante de la puerta. Ali no le dijo a Cemal por qué había tardado tanto en salir de la terminal de llegadas, no le dijo que se había encerrado en el lavabo, que había estado tumbada con la cabeza sobre las baldosas, ni que su circulación no podía seguir el ritmo de lo que sucedía fuera de su pecho, porque eso no es lo que uno cuenta a modo de saludo, sino que se comparten cigarrillos como hacen los viejos amigos y, a partir de ese momento, ya se ha trabado una amistad.

Cuando le dio la primera calada al cigarrillo que se había liado, Ali volvió a desmayarse. Cemal la llevó en brazos hasta el taxi y después la subió a su piso. Se despertó en el sofá de Cemal, en una habitación revestida de azulejos en la que no había más que un televisor parpadeante y mudo en la pared y un pesado escritorio frente a la ventana, por donde la hiedra parecía asomarse a la habitación. Tenía la sensación de haber dormido años. Cemal estaba sentado frente al televisor, fumando, con las manos apoyadas en los muslos. Su silueta dibujaba muchas curvas y su barbilla se movía levemente, como si estuviera hablando con la boca cerrada. La ceniza del cigarrillo caía al suelo, junto a su zapato. Tenía la cara grande, más grande que la cabeza, y se expandía en todas direcciones: la nariz se prolongaba hacia delante, los ojos también,

las pestañas largas y espesas se curvaban hacia la frente. Ali lo miró y pensó que nunca más se marcharía de allí.

Cemal se levantó, fue a la cocina a buscar una tetera de *chai* humeante, le sirvió el té en un vaso abombado y señaló la mesa junto a la ventana.

—Ahí tienes las llaves de tu piso. Pero no tienes por qué ir. Puedes quedarte aquí.

Al día siguiente, Cemal le enseñó el piso y ella se enamoró. En especial del pequeño tejado, al que podía saltar desde la terraza y que ofrecía vistas sobre el Cuerno de Oro y hasta Kasimpaşa. Se enamoró de las habitaciones estrechas y tortuosas y de la calle empinada frente a la casa, por donde uno podía caer rodando.

Sin embargo, de lo que más se enamoró Ali fue de las noches vacías en que se sentaba junto al tío Cemal en su despacho y competían para ver quién fumaba más, hasta que se podía oír el raspar de sus gargantas, hasta que se les cerraban los ojos, hasta que se caían de las sillas y, aun así, seguían hablando. Ali salía a pasear en dirección a esas noches, deambulaba alrededor de la casa de Cemal hasta que se cansaba, llamaba discretamente a la puerta, se tumbaba en el sofá y solía dormirse con los álbumes de fotos y las historias interminables del hombre. Luego se despertaba en mitad de la noche, buscaba con los ojos enrojecidos sus zapatos en el pasillo y esperaba a que Cemal se los volviera a quitar de la mano.

—¿Adónde se supone que vas? Ahora no puedes volver a casa, es demasiado tarde.

—Sí, me voy. Todavía puedo irme.

—Sí, todavía puedes irte, pero los otros son más rápidos que tú. No querrás ir andando ahora hasta Tarlabası.

Entonces volvían a sentarse, fumaban y hablaban sin hablar de nada, solo para oírse la voz el uno al otro.

Desde que había llegado a Estambul, no hacía más que oír lo peligroso que era Tarlabası para una mujer joven y, de hecho, para cualquiera:

—Los gitanos, los kurdos, los travestis, todo el mundo es malo, ya lo sabes.

—Sí, lo sé, todo el mundo es malo, pero no en Tarlabası.

—Quédate a dormir aquí, *kuşum*. Te traeré un edredón.

Y la mayoría de las veces, Ali se quedaba. Ni siquiera se lo impedían los puntos rojos que le salían en las muñecas y bajo la barbilla.

Algunos buscaban el viejo Estambul en las mezquitas y en los barcos de vapor que unían Europa y Asia, compraban nostalgia envuelta en plástico en el Gran Bazar y la colocaban junto a los trozos del Muro de Berlín en sus vitrinas de San Francisco, Moscú o Riad. Ali encontró su Estambul en el sofá de color marrón rojizo del tío Cemal, plagado de chinches que empezaban a chuparle la sangre hacia las cuatro de la madrugada y terminaban alrededor de las cinco. Se despertaba sobre las ocho con los antebrazos y la cara llenos de puntos rojos que cada vez eran más grandes y le escocían. Cuando se lo preguntaba a Cemal, él le decía que se trataba del agua. «Tengo que hacer algo con estas viejas tuberías. El agua sale marrón, lo sé». En su casa no había chinches, era imposible.

Ali fumigó su piso de Aynalı Çeşme con un veneno que había comprado en la farmacia, se sentó en el balcón y fumó, con la esperanza de no terminar el libro de Veteranyi que estaba leyendo hasta que todos los chinches hubieran muerto. Cuando estuvo segura de que ningún bicho había sobrevivido al ataque y de que no volverían a salirle puntos rojos, visitó de nuevo al tío Cemal, se quedó a dormir en su sofá y transportó de nuevo a los pequeños insectos en el pelo y en la ropa al piso de Aynalı Çeşme.

Aquel día a Ali le daba todo igual. Se apretó contra el sofá, intentó hundirse en él tanto como pudo y se puso a hablar con los chinches, a pedirles que le chuparan la sangre hasta que no quedara ni rastro de ella. Que la devoraran y trajinaran sus pedacitos por toda la ciudad. Entonces podría quedarse allí tumbada y no tendría que hacer nada más que permanecer quieta hasta desaparecer entre los cojines del sofá como una galleta desmenuzada. Tenía los ojos muy abiertos y le dolían por la sequedad. De vez en cuando parpadeaba para quitarse la fina capa de polvo que los cubría. Pero no servía de nada, ya que el polvo venía de todas partes, caía del edredón, del aire acondicionado que tenía encima, y se arremolinaba en su boca formando pequeñas nubes.

Antón no daría señales de vida. Antón probablemente ni siquiera estaba en la ciudad. Los pronósticos decían que muy pronto ocurriría una desgracia en Turquía. Yılmaz Güney había muerto hacía tiempo y el tío Cemal brincaba alrededor del escritorio mientras le contaba la misma historia de siempre. La de la mujer de Yılmaz Güney y el fiscal que la había ofendido y al que Yılmaz Güney había disparado en el ojo derecho. Y él, Cemal, lo había presenciado. No, no lo había presenciado, pero se había encargado de defender al agresor ante los tribunales cuando todavía era un prestigioso abogado. También había defendido a Öcalan. No, quería defenderlo pero no llegó a hacerlo. Hacía medio año que no se sabía nada de él, que había dejado de mandar mensajes a los suyos como profeta de la resistencia, lo cual podía significar que había muerto en prisión, y, de ser así, seguro que muy pronto estallaría una guerra civil en el país; o en realidad ya había estallado y no tardaría en llegar a las ciudades, a las grandes ciudades y, finalmente, al mundo entero; pero entonces, incluso entonces, él, Cemal, no se rendiría. Todo eso se lo explicaba a Ali, o más bien a sí mismo, mientras limpiaba el polvo como si estuviera quitando algo más que simples pelusas. Ella apenas le escuchaba; simplemente observaba cómo se movía veloz por el piso, y le parecía una peonza que giraba sobre las baldosas y chocaba contra las patas de las mesas. Sus giros la hacían reír y, si no se hubiera movido tan rápido, lo habría abrazado, pero no podía, así que lo dejaba hablar. Y él hablaba sin cesar sobre sí mismo y le contaba distintas versiones de la historia de su vida.

Había venido al mundo hacía setenta o setenta y dos años en Estambul, en Zeytinburnu, un distrito construido sobre la arena, que con el siguiente terremoto se hundiría entre las placas tectónicas y donde aún vivía su madre nonagenaria. Cemal era el segundo más joven de ocho hermanos. Vivían en una casa de una sola habitación con tejado de chapas de metal onduladas, dormían juntos en el suelo y se bañaban todos en la misma agua. A él le tocaba bañarse el segundo, después era el turno del hermano mayor que él y así sucesivamente, hasta que al final el padre se bañaba en una sopa de color gris marrón. Dónde se bañaba la madre era algo que Cemal nunca había visto.

Cemal fue el primero de la familia en ir a la universidad, el primero que llegó a casa en traje, cosa que despertó las burlas de sus hermanos. Ejerció como abogado defensor de gente importante y él mismo fue encarcelado varias veces, aunque había demasiadas versiones sobre cuándo había sucedido y en qué circunstancias, pero todas terminaban con la visita que, tras ocho meses en prisión, Cemal le hizo a su madre, a la que encontró sentada a la mesa de la cocina con velo después de haber ido cincuenta años con la cabeza descubierta, y tuvieron una discusión tan fuerte sobre la vida de Cemal que nunca más volvió a visitarla. Y su madre no llegó a conocer ni a su primera ni a su segunda mujer, aunque a veces Cemal hablaba de tres matrimonios, pero el final era siempre el mismo: ellas lo querían, pero él tenía que trabajar.

En ocasiones Cemal se disponía a contar algo sobre su padre, abría los enormes y anchos labios, cogía aire con la garganta seca y se pasaba la lengua por el interior de las mejillas y por las comisuras de los labios, pero nunca pasaba de ahí. Y Ali nunca preguntaba.

En los últimos años, Cemal se había ido recluyendo cada vez más en su piso, que también funcionaba como despacho, hammam y todo lo que hiciera falta; para qué iba a salir, si Orhan, el chico de la tienda de abajo, le subía al primer piso todo lo que necesitaba —leche, cigarrillos, carne— y la hiedra de delante de su casa lo protegía del sol; de ese modo aún podía creer en algo y no tenía que ver cómo alrededor de su despacho hacía tiempo que habían abierto cafés que escribían los menús de las pizarras solo en inglés y que anunciaban por todas partes *wifi gratis*, y que incluso el verdulero se había trasladado a otra parte, Oğuz, su amigo desde hacía cuarenta y dos años, que en el estrecho portal que había entre el despacho de Cemal y la carnicería solía vender melocotones tan grandes como guantes de boxeo. Cemal no sabía por qué hacía tanto tiempo que no daba señales de vida, no sabía que ahora Oğuz trabajaba como vendedor ambulante en la plaza Taksim ofreciendo a los turistas silbatos de colores que imitaban el canto de los pájaros. Cemal tampoco sabía que el edificio de al lado se había convertido en el hotel Zúrich y que las calles estaban repletas de hordas de turistas que se deleitaban comprando samovares en la tienda que *madame* Coco tenía en la esquina, ni tampoco que la tienda de abajo, donde el pequeño Orhan ayudaba a su padre, que ya estaba demasiado viejo, no iba bien, que ellos tampoco tardarían en trasladarse a otra parte y que entonces probablemente alguien también acabaría escribiendo *wifi gratis* en el cristal del negocio. Por qué iba a salir Cemal a aquel mundo, cuando en su casa aún tenía el viejo sofá, el suelo de baldosas blancas y negras y las paredes azul turquesa.

Cemal necesitaba algo en lo que creer. Creía en el Partido Democrático de los Pueblos, en Marx y en las mujeres jóvenes que se dejaban caer por su casa una vez al mes y le pedían dinero entre risas y llantos. Creía en el amor y creía que Ali encontraría a Antón en una ciudad de casi quince millones de habitantes, sin que le hubiera dado ninguna señal de vida, sin saber siquiera si realmente alguna vez había estado allí, porque el hecho de haber mandado una postal desde Estambul no tenía por qué significar nada.

Cemal había acompañado a Ali a las comisarías de policía para colgar avisos de la desaparición de Antón y en una de ellas se reencontró con un viejo amigo de la escuela, que iba unos cuantos cursos por debajo de él y era unas cuantas cabezas más bajo y al que Cemal cuidaba en el recreo. Mientras se besaban, se abrazaban y bebían té durante horas, Cemal señalaba a Ali una y otra vez con la palma de la mano: «¡Es como ella, se parece a ella!». El amigo de la escuela

miró a Ali de la cabeza a los pies: los rizos cortos y castaños que nunca se peinaba, con las puntas enredadas y encrespadas formando un triángulo, la fina piel de un brillo azulado bajo los ojos redondos, los brazos colgando. Luego abrazó a Cemal, volvió a darle dos besos y dijo que no había perspectivas de éxito, a no ser que el destino o Dios así lo quisieran. Después ambos soltaron un suspiro al unísono y se encendieron los cigarrillos. Ali los imitó sin saber de qué habían hablado y Cemal le dio ánimos diciéndole que, de algún modo u otro, todo se arreglaría.

Y por todo aquello en lo que creía Cemal y porque la había recogido del suelo del aeropuerto Atatürk como si fuera una niña pequeña, estaba segura de que nunca lo abandonaría. En eso pensaba mientras él, nervioso y torpe, tropezaba por la habitación intentando establecer un orden entre los tres objetos que había.

Ali creía que el motivo de su inquietud era que no quedaba raki en casa o que pronto ocurriría en el país aquella desgracia sobre la que Cemal hablaba sin parar. Decía: «Pronto pasará algo en este país, muy pronto. Y no será nada bueno». Pero, al fin y al cabo, eso era algo que uno siempre podía decir. Luego afirmaba que, aunque las personas eran malas, el trato con ellas siempre valía la pena y que, sin lugar a dudas, a uno siempre le decepcionaban, pero que precisamente por eso había que luchar por ellas. Cemal se contradecía a sí mismo constantemente en sus arias sobre un mundo mejor que estaba por venir, a pesar de que en aquel momento todo se hundía.

Creía que las personas regresaban al lado de uno porque le querían.

Desde hacía poco se dejaba tomar el pelo por una mujer de la edad de Ali e insistía en que ella iba en serio con él, solo que en ese momento necesitaba dinero, tiempo, su espacio, sus fases, sus viajes, otras experiencias. «Después de todo, aún es joven». Y no servía absolutamente de nada que Ali intentara explicarle una y otra vez que eso que la joven hacía con él podía llamarse de muchas formas pero que en ningún caso se trataba de amor, porque era imposible convencer a Cemal de que estaba equivocado sobre algo en lo que creía y para lo cual Ali ni siquiera tenía palabras. No podía entender lo que llevaba a Cemal a creer en esa historia, pero le parecía bonito que el anciano reviviera con sus penas de amor, que constantemente lanzara miradas furtivas al teléfono verde que había en la mesa, uno viejo de cable, porque Cemal tenía cierta afición a lo antiguo, ya que pensaba que eso lo hacía atractivo, cuando prácticamente ya no le quedaban cabellos, y también le parecía bonito ver cómo se le aceleraba el corazón cuando sonaba el teléfono y cómo se le rompía cuando quien llamaba no era la muchacha que le quitaba el sueño. Nunca era ella. Aun así, a él le hacía feliz la espera. Lo ponía nervioso. Un buen motivo para ponerse nervioso, quizá el mejor, pensaba Ali.

En la fotografía de ambos, que Cemal le enseñaba a Ali casi cada noche hasta que ella le rogó que parara, la fulana pelirroja que colgaba del hombro de Cemal apenas tenía nariz, solo una fina línea con alas pequeñas y oscuras y pecas por todas partes, como si le hubiera explotado una fresa en la cara. Su boca inmensa, torcida y con los contornos desdibujados sonreía a la cámara. Cemal, con la mano en la cintura de ella y el pecho hinchado, tenía una expresión seria. Los cabellos rojos de la joven, electrizados por el calor, se encrespaban en todas direcciones, especialmente sobre la cara de Cemal. Ali entendía el deseo de Cemal de sumergirse en esos cabellos y se lo dijo, pero entonces él cambió de tema y se puso a hablar sobre las elecciones en el país, que se encontraba a las puertas de una guerra civil, y luego se lamentó de que no quedara suficiente raki en casa.

Aquel día la torpeza de los movimientos de Cemal era distinta. Quizá el motivo era la decisión del gobierno de aplazar el cambio de horario, pensó Ali, lo cual había hecho que se detuviera el tiempo entre las elecciones, de modo que uno no podía guiarse por la luna y los planetas para saber cuándo era de día y cuándo era de noche. En aquellos días era el presidente del gobierno quien decidía qué hora era. Quizá Cemal sentía que el tiempo se había vuelto loco y que su tabaco de mascar no lo protegería del hecho de que ya nada iría bien, ni la situación en Turquía ni su relación con la pelirroja. Cemal escupió como si se le hubiera metido un mosquito en la boca. Después la breve conciencia sobre lo que estaba perdido le iluminó la cara y se extendió por ella como un rubor. Cuando desapareció, se puso a hablar consigo mismo en voz alta, a arrastrar la silla de una pared a la otra y a reñir a Ali.

—Tienes miedo, *kuşum*, miedo a creer en el bien. ¿Adónde te llevará esto? ¿Cómo piensas vivir?

—Buena pregunta.

A pesar de que la fulana treintañera probablemente estaba en Antalya pasando un agradable fin de semana con otro y de que las elecciones irían exactamente como todos temían, en aquel momento a Cemal lo invadió el espíritu combativo:

—Después del atentado de Ankara seremos todavía más fuertes...

El atentado de Ankara. Ali veía una y otra vez las imágenes de las explosiones, como si el disco del tiempo se hubiera rayado. Veía los mensajes urgentes en la pantalla del portátil y el móvil iluminándose sin parar. Las llamadas de todos sus amigos, la llamada de su madre, que le pedía que volviera a casa enseguida.

—¿Piensas quedarte ahí? ¿Qué piensas hacer? —le preguntó su madre, que intentaba no gritar.

—Estoy en Estambul, mamá, no en Ankara —dijo Ali—. Lo encontraré y luego volveré a casa.

Y cuando los atentados llegaron a Estambul, notó la detonación desde Tarlabası y no contestó al teléfono hasta que se hicieron públicos los nombres de todas las víctimas. Contuvo la respiración hasta que supo que el nombre de Antón no estaba entre ellos. Después apretó los dientes porque se dio cuenta de que había esperado en secreto que su nombre se contara entre los de las víctimas. De ese modo lo habría encontrado. Por lo menos entonces su búsqueda habría terminado. Cuando se le hubo relajado la mandíbula y pudo abrir la boca de nuevo, le devolvió las llamadas a su madre, que en esa ocasión no se molestó en controlarse. Ali tampoco.

Cuando Cemal chocó por tercera vez contra el sofá donde ella estaba tumbada viéndolo correr sin rumbo por el piso, Ali gritó:

—¿Por qué no dejas de brincar y te sientas conmigo? Ven, vamos a mirar las fotos de Ara.

Pero él no quiso. Ali se incorporó.

—Tu perla. Háblame de tu perla.

—¿Qué perla?

—Esa chica a la que tanto quieres.

—Déjame, *kuşum*.

Ali ya se disponía a levantarse del sofá y besar a Cemal en las sienes para tranquilizarlo,

cuando en el marco de la puerta apareció un hombre con un traje *beige* y una botella de raki en la mano.

—¡Mustafá! ¡Gracias a Dios, llevamos toda la tarde esperándote!

Ali entornó los ojos. El rostro del visitante, curtido por el sol, esbozó una gran sonrisa y al tío Cemal se le iluminó la cara.

Mustafá Bey la saludó con un entusiasmo exagerado y le aseguró en un alemán vertiginosamente rápido que había oído hablar mucho de ella.

—Lo dudo, porque no hay nada que contar —le replicó Ali, y pensó si podía despedirse enseguida con una excusa, como por ejemplo los chinchas, la hora, el polvo que se le metía en los ojos, pero Cemal estaba resplandeciente y ella sabía que no podía marcharse entonces, mientras el tío disponía los cuencos blancos de *meze* encima de los periódicos desplegados sobre la mesa. Cemal soltó un gallo al hablar:

—Queso fresco, aceitunas... Un momento, también tengo aceitunas verdes. No, no, tú siéntate. Voy a buscar agua y hielo. He dicho que te sientes. Aquí tienes un cenicero. ¿Quieres acompañarlo con tomates en vinagre o será demasiado agrio?

Ali se sentó, se puso las sandalias y contempló cómo el rostro de Cemal se ablandaba hasta el último pelo de su barba incipiente, cómo a cada frase su cara se volvía más tierna e infantil y, de repente, supo qué aspecto debía de haber tenido de joven. Qué orgulloso, qué pueril, qué desgarbado debía de haber sido antes de echar carnes. Lo vio junto al agua en Karaköy, agarrando la escopeta de aire comprimido y disparando a los globos de colores que se agitaban en la superficie, aquella atracción para turistas en que los jóvenes mostraban a sus novias lo que habían aprendido en los dos años de servicio militar, aparte de competir para ver quién se masturbaba más. Cemal le había prometido a Ali que le enseñaría a disparar. «Primero practicaremos con globos y luego ya veremos», dijo riéndose, y Ali no pudo evitar reírse con él y de nuevo tuvo ganas de echarse al cuello y apretar la frente contra su hombro, pero no lo hizo.

Ali frunció el ceño y examinó al hombre del traje *beige* que, sin soltar la botella de raki, se había sentado a la mesa cubierta con los periódicos abiertos e intercambiaba frases de cortesía con Cemal: «Estoy bien, gracias, ¿y tú cómo estás?, me alegra oírlo, así es como debe ser, ¿y tú cómo estás?, gracias, estoy bien, me alegra oírlo, así es como debe ser, gracias».

Cemal puso tres vasos de raki sobre los periódicos y tiró de Ali para que se levantara del sofá. Ella clavó los ojos en el cenicero de arcilla que hacía mucho tiempo había contenido yogur de las islas y que entonces contenía una capa de cenizas húmedas. No quería levantar la mirada. Brindaron por esto y por lo otro. «Larga vida a Demirtaş» o «A la salud de Ali». Ali miraba fijamente los periódicos. El cuenco de las aceitunas estaba sobre el pecho de una cantante que hablaba sobre la guerra en el país vecino. Vio las palabras «refugiados», «ellos a nosotros», «En», «hambre» y «de mi sangre».

Ali relleno mentalmente los espacios entre las palabras y añoró los tiempos en que aún no sabía turco. Ni tampoco alemán. Se preguntó si no sería más fácil haberse quedado en Rusia, atontada y sin decir palabra, cantándole canciones de amor al presidente.

—Pues claro que viene, ¿verdad, Ali?

La frase la sacó de su gramola mental, en la que ya estaban sonando canciones pop rusas que ella cantaría después. Alzó la vista.

Mustafá Bey tenía los dientes grandes y manchados de tabaco y, bajo aquella luz filtrada por el segundo raki, Ali pensó que todos los hombres con que se había cruzado hasta entonces en Aynalı Çeşme vestían trajes como aquel: parecía que los llevaran puestos al venir al mundo, que no se los hubieran quitado ni para dormir ni para beber ni para follar ni para pelearse, que se hubieran ido con ellos a luchar en las montañas.

—¿Si voy adónde?

Ali se imaginó a Mustafá sentado en un taburete bajo, con la barbilla apoyada sobre las rodillas y un tasbih en la mano; solo se bebería la mitad de su *chai*, que sorbería ruidosamente, luego se levantaría, pasaría un par de veces las cuentas del tasbih entre los dedos y después subiría al coche, palparía el arma que guardaba bajo el asiento para asegurarse de que siguiera allí y no se la hubieran robado los chicos del vecindario para impresionar a las chicas, y entonces se marcharía al volante, con el viento revolviéndole el par de cabellos que le quedaban sobre la calva.

—¿Por qué no vienes tú también, tío Cemal?

—¿Qué pinto yo? Pasadlo bien vosotros que sois jóvenes. Yo ya no estoy para esos trotes.

Ali miró a Mustafá y se preguntó a quién se refería el tío con lo de «jóvenes» y por qué la enviaba fuera de su casa, hacia lo desconocido, con una persona de dientes tan grandes, pero entonces vio el rostro resplandeciente de Cemal y asintió con la cabeza.

Le sentaba bien aquello de subirse a un coche y recorrer la ciudad. Esa era una de las escasas ocupaciones a las que siempre se entregaba sin que tuvieran que convencerla. Se dejaba caer en el asiento del copiloto, se hacía un ovillo del que solo asomaba la cabeza, se apretaba contra la ventanilla y se dejaba llevar.

Elías solía hacerlo cuando ella se pasaba días sin salir de la habitación, perforando el colchón del suelo con los omoplatos y barriendo el techo con la mirada, en silencio. Entonces él le lanzaba las llaves de su coche sobre la barriga y eso significaba: sal de aquí y sube al coche. Ella trepaba por la puerta, bajaba la ventanilla girando la manivela (así era el coche de Elías, con manivelas y radiocasete; qué se puede hacer con un coche como ese aparte de viajar con él a menudo, tan a menudo como sea posible), asomaba la cabeza por la ventanilla y fumaba. El humo del cigarrillo se metía en el coche, pasaba junto a sus orejas y llegaba hasta Elías, que iba cambiando los casetes mientras hablaba consigo mismo. Al cabo de un rato, ella se calmaba, en algún momento sonreía, y cuando Ali empezaba a hablar, Elías sabía que ya podían regresar a casa despacio, no sin antes parar en la gasolinera para tomar expreso en vasos de cartón, que les dejaba los labios de color negro como tinta de calamar, y para terminar la noche se contaban algún chiste verde, como auténticos camioneros. Pero Mustafá Bey no se sabía ninguno.

Ali no tenía ni idea de cómo podían saber Mustafá o Cemal que un viaje en coche era la mejor medicina para esa cabeza de rizos enmarañados sobre un castigado cuerpo de niña. No creía que Elías llamara a su tío regularmente para interesarse por ella. No podía imaginárselo diciéndole a su tío, con voz de médico que inspira confianza: «Si hace esto o lo otro, tienes que meterla en un coche. Le bajas la ventanilla, dejás que saque medio cuerpo fuera y que fume, y entonces todo irá bien».

¿Y por qué no? ¿Por qué no llamaba? ¿Por qué no estaba allí? ¿Dónde estaba Elías cuando se le necesitaba?

Mustafá y Cemal habían dicho algo sobre ir al teatro, así que ese debía de ser el plan. Un espectáculo musical, muy bueno, Mustafá ya lo había visto y lo recomendaba mucho. Ella no había prestado atención, había permanecido con la vista fija en el periódico desplegado encima de la mesa, reblandecido por el raki y la salmuera del queso fresco, y había intentado imaginarse a sí misma dentro de las fotografías.

Cuando pasaban por Sultanahmet, por un instante el interior del coche se iluminó, alumbrado por un faro tan potente como la luz de la luna, y luego, de repente, volvieron a sumirse en la oscuridad. La calle vibraba. De vez en cuando, la luz amarilla de una farola rompía el gris de su perfil.

—¿Qué has visto de Turquía aparte de Estambul? —le preguntó Mustafá después de un silencio—. ¿Has visitado algo?

Ali permaneció callada y apretó la frente y la punta de la nariz contra la ventanilla, dejando unas manchas de grasa en el cristal.

—Puedo enseñarte toda la costa oeste. Me he dedicado a eso durante años. Para turistas alemanes e ingleses.

Todos los lugares: Pérgamo, Troya. Puedo enseñarte el Olimpo, si quieres.

—Creía que estaba en Grecia —le susurró Ali a la ventanilla.

—Grecia estaba aquí.

—Ah, ahora lo entiendo.

—¿Te gustaría?

—¿El qué?

—El Olimpo. Viajar. ¿Te apetece que hagamos ese viaje juntos? Podemos alquilar un coche e ir subiendo desde Antalya.

Ali despegó la cara del cristal como si fuera una lámina de film transparente y se volvió hacia el hombre. Los rizos grises que todavía le quedaban a Mustafá se parecían a los suyos. ¿Tendría ella el mismo aspecto a los cincuenta? Era posible. Si seguía fumando tanto y empezaba a llevar trajes, tal vez dentro de veinte años se parecería a él. Entonces invitaría a mujeres jóvenes a sentarse en el asiento del copiloto y les ofrecería el Olimpo. En realidad, no estaba mal.

—No estoy aquí de vacaciones.

Paseó la vista por el interior del coche con la esperanza de encontrar un radiocasete o alguna otra cosa que hiciera callar a Mustafá.

—Cemal ya me ha contado por qué estás aquí, pero lo digo por si necesitas distraerte. Seguro que te sentaría bien. No hay que perder los nervios. Si uno pierde los nervios, no encuentra a nadie. Y ya que estás aquí, puedes aprovechar para ver algo más del país. ¿O no quieres ver nada?

Ali sonrió.

—Me gustaría visitar el Kurdistán. ¿Lo conoces bien?

Mustafá la miró. Tenía los ojos muy cansados, la piel muy cansada, llena de protuberancias en forma de lágrimas que le resbalaban lentamente desde los pómulos: la piel le goteaba del rostro a cámara lenta. Sus pupilas grandes y redondas miraron fijamente a Ali como si quisieran

succionarla.

El resto del trayecto lo pasaron en silencio.

Al bajar del coche, Ali se encontró rodeada de anuncios en cirílico. Los letreros luminosos prometían en ruso descuentos en pieles y la mejor calidad en casi todo lo que se pudiera imaginar. Vio maniqués femeninos débilmente iluminados, sin rostro, con relucientes pieles de serpiente, los brazos extendidos hacia delante y los dedos muy abiertos. Se quedó de pie delante de una tienda de trajes de novia cuyos maniqués vestidos de blanco llevaban el rostro cubierto por el velo y tenían la cabeza vuelta hacia atrás.

Estaba demasiado oscuro para saber qué clase de teatro era el lugar donde entraron o si realmente se trataba de un teatro. No había ningún letrero fuera, pero los carteles no eran frecuentes allí y a menudo uno no sabía qué bar, qué club o qué despacho le aguardaba al subir las escaleras de caracol de los edificios de los callejones laterales de Beyoglu. Ali se había perdido por allí entre desconocidos unas cuantas veces, dejándose llevar con la esperanza de encontrar a Antón o, al menos, de encontrar algo. La gente no se atrevía a acercarse más allá de las puntas de los pies. Los hombres le hablaban sobre sus trabajos, sobre lo bonita que era Alemania y sobre su intención de casarse, y algunos le decían sin tapujos que querían acostarse con ella. Pero tenían miedo de sus ojos, decían algo sobre una mirada malvada y, aunque no era más que superstición, ayudaba a evitar brazos indeseados alrededor de los hombros.

En la entrada del edificio había sentado un hombre joven con traje que jugaba con el móvil a un juego ruidoso. Parecía que estuviera haciendo añicos botellas de cristal. Levantó los ojos un instante, les deseó buenas noches en un susurro y volvió a concentrarse en la pantalla. Subieron las escaleras. Mustafá iba delante. A partir del segundo piso, la luz de neón verdosa dejó paso a una luz roja, cálida y centelleante. La música de los bajos se deslizaba por la barandilla a raudales. Las paredes estaban desconchadas y garabateadas. Delante de la puerta había otro joven con traje que los miró a ambos. Mustafá dijo que estaban en la lista de invitados. El vigilante de la entrada le respondió que no sabía nada sobre una lista de invitados y Mustafá replicó que conocía al dueño, que hiciera el favor de llamar a Hafif y él le diría si estaban o no en la lista de invitados. Ali se encendió un cigarrillo y se apoyó sobre los garabatos. En la pared de enfrente había escrito en alemán: «Soy Ulrike Meinhof», seguido de algo que no entendió. Alargó el brazo hacia la frase, pero entonces la puerta se abrió delante de ella. «Gel», le dijo Mustafá. Vamos. Era la primera vez que se dirigía a ella en turco. Su voz denotaba irritación.

El local parecía un decorado de las películas de los años setenta que a veces Cemal dejaba puestas de fondo. Constaba de un gran escenario y un suelo de parqué pulido sobre el que se habían dispuesto unas cuantas filas de sillas de plástico. Todo el techo estaba cubierto de espejos, las arañas de cristal de colores parecían loros desplumados, los rostros centelleantes estaban bañados en luz roja, Bülent Ersoy susurraba algo a través de los bailes y los espejos reflejaban los destellos plateados de la bola de discoteca. El par de clientes que se movían indecisos entre el bar y las sillas llevaban traje; los camareros llevaban frac y unas máscaras blancas que les cubrían el rostro hasta la nariz. Ali ladeó la cabeza y los siguió con la mirada. Echó un vistazo a la ropa que vestía ella, a los vaqueros y al jersey, luego a Mustafá, con su chaqueta arrugada, y observó de nuevo a los camareros.

Después se dirigió hacia el bar seguida por Mustafá, que le dijo algo desde detrás como: «¿Qué quieres beber?». Pero era demasiado tarde para esa pregunta: Ali ya había pedido vodka con tónica y le preguntó a Mustafá si quería uno. Él asintió y buscó la cartera, pero también era demasiado tarde para eso: Ali pagó y sorbió de la pajita antes de que Mustafá hubiera encontrado su dinero. Él se apoyó con los codos en la barra y le preguntó si sabía quién era Bülent Ersoy. Ali no respondió. Mustafá se puso a dar una conferencia sobre las medidas a favor de la igualdad sexual, el golpe de Estado del ejército en los ochenta y el exilio de Bülent Ersoy en Friburgo. Ali le dio la espalda, se alejó del bar y se puso a deambular por el local. Buscó un lugar para sentarse en la parte de atrás, desde donde pudiera ver el escenario, y se decidió por un sofá abombado de terciopelo rojo, con una barra de metal sobre la plataforma que hacía las veces de respaldo. Reclinó la cabeza y miró los cristales de plástico de color verde chillón de la araña de cristal que había sobre ella y, en medio, sus ojos reflejados, rotos en pedazos repartidos por los cristales. Entonces vio su cara repetida. Un cuerpo exacto al suyo, delgado y larguirucho, con el mismo jersey negro, vaqueros y zapatillas deportivas blancas, dejó su vodka con tónica sobre el parqué pringoso, se sentó a su derecha y se reclinó junto a ella. Sus hombros se tocaban, era el único contacto físico entre ellos. Sus cabezas estaban echadas hacia atrás, apoyadas en la barra de metal, y ambos miraban los espejos que había encima de ellos. Tenían los mismos rizos alborotados, sacacorchos que les salían de las sienes hacia arriba y de los lóbulos de las orejas hacia abajo y hacían pequeñas rasgaduras en el techo.

Ali miró la cara de Antón junto a la suya, sonrió y el reflejo de Antón le devolvió la sonrisa. Deslizó sus pequeños dedos por el sofá hacia él con la esperanza de encontrar los suyos, pero no apartó los ojos, sino que lo retuvo en el techo con la mirada. Entonces algo se movió en la cara de Antón, un cristal se desprendió de la araña que desfiguraba sus rostros en el espejo y cayó directamente en el vaso de vodka que Ali tenía en la mano. Ella se incorporó sobresaltada, miró fijamente el cristal verde dentro del líquido transparente, giró el vaso, tomó un trago y volvió a recostar la cabeza en el respaldo. Ya no había ni rastro de Antón en el espejo, ni rastro de sus pequeños dedos junto a los de ella en el sofá. Contempló el local que se reflejaba en el techo, sin parpadear.

Empezó el espectáculo, o algo parecido a un espectáculo pero que, en cualquier caso, no era una obra de teatro. El presentador llevaba un vestido dorado y una máscara blanca que le cubría el rostro. El vestido le recordó a Ali a su primer vestido occidental, que su madre le había comprado, jugándose la vida y gastándose el sueldo de un mes, en una de esas tiendas que vendían artículos bajo mano. Era dorado y tenía mangas de globo. Ali hubiera preferido morir antes que ponérselo, así que berreó, chilló e incluso mordió, pero no pudo evitar que le sacaran fotos, para qué si no tanto esfuerzo. No se calmó hasta que Antón se metió en el vestido, sin que nadie tuviera que mandárselo, e incluso alzó las manos y meneó las caderas como si bailara. Ali aún podía ver claramente la foto: su cara hinchada de tanto llorar, ella con las mallas y la camiseta interior y Antón con el vestido dorado.

Una drag queen saludó al público y anunció el programa entre bromas e insinuaciones de las que Ali no entendió nada. De todos modos, dudaba que algún espectador estuviera escuchando. El tintineo de los vasos delataba la tensión, la ilusión o lo que fuera que había atraído a la gente hasta allí. A ambos lados del escenario colgaban del techo gruesas cintas de tela de color rojo oscuro, por las que empezaron a trepar dos mujeres en ropa interior negra. El aire del local pareció

volverse espeso como el alquitrán. Una mujer menuda y gordinflona con un vestido de terciopelo se puso a brincar por el parque mientras cantaba *Sex Bomb* dos octavas por debajo. Ali se incorporó, sopló por la pajita, enarcó las cejas y frunció el ceño. Su madre siempre le contaba las arrugas de la frente y se las estiraba delante de sus tías:

—Una, dos, tres, cuatro... estáte quieta, Alissa, estáte quieta, no hagas muecas. Ahora todavía eres joven, pero ¿sabes qué aspecto tendrás a los treinta y cinco?

—No, ¿cuál?

—Te parecerás al tío Serösha.

Ali apartaba de un manotazo la mano de su madre de su cara y, para que no se hiciera un silencio incómodo, las tías añadían:

—Niña, si pararas de corretear por ahí todo el día como una lesbiana, aún podríamos hacer de ti una persona de provecho.

Un camarero con una máscara que le cubría el lado izquierdo del rostro se inclinó sobre Ali y le susurró al oído si quería que le trajera algo de beber. Ali pensó que, como se le acercaba tanto, debería decirle: «Sí, quiero ir contigo al lavabo», pero en lugar de eso dijo: «*Votka, lütfen*». *Vodka*, por favor. La bebida llegó enseguida y ella pagó. Entretanto, el local se había llenado y el aire estaba cargado de un fuerte olor a humedad. Ali no veía a Mustafá y deseó que se hubiera marchado, molesto, o que al menos se estuviera emborrachando con los otros hombres de mirada ansiosa del bar. Se preguntó si el tío Cemal dispararía a su amigo en el ojo izquierdo si supiera adónde había llevado a Ali. Como hizo Yılmaz Güney con el fiscal.

Cuando empezó a sonar la canción *99 Luftballons*, de Nena, una horda de cuerpos ligeros de ropa con minishorts dorados y pelucas afro de color negro se abalanzó sobre la multitud y avanzó bailando entre las filas en dirección a Ali, que comprendió de repente que lo que había tomado por una barra de metal desnuda a sus espaldas —los restos de una construcción defectuosa, como esas tuberías en las fachadas de los edificios de *Tarlabaşı* que no llevaban a ningún sitio o que quizá en algún momento habían llevado a alguna parte y ya no eran más que un recuerdo, un elemento decorativo, algo sobre lo que crecía la hiedra y que a los turistas les parecía bonito o, peor aún, auténtico— era en realidad una barra de baile que todavía estaba en pleno funcionamiento. Una de las chicas se plantó justo delante de Ali para subir a la plataforma que ella había tomado por el respaldo del sofá. Las caderas cubiertas de tela dorada de la bailarina miraban a Ali a los ojos, reclamando su atención. Ali no se movió, devolvió la mirada a las caderas y sorbió por la pajita, mientras la chica se le subía encima, poniendo el pie derecho sobre la rodilla de Ali y el izquierdo sobre el brazo del sofá, trepaba a la plataforma y se apretaba contra la barra de metal. La luz de los focos cegó a Ali. Todos los espectadores se habían vuelto hacia donde estaba ella, todos querían ver cómo la joven flexionaba las rodillas en la barra de baile. A Ali no le quedó más remedio que hundirse en el sofá y mirar hacia arriba. La bailarina lanzaba hacia delante las piernas, que pasaban volando como palillos blancos junto a las orejas de Ali, mientras la peluca sintética negra de la chica se movía sobre sus rizos. Ali mordisqueaba lentamente su pajita.

Cuando ya no le quedó pajita y las piernas de palillo desaparecieron, cuando la luz se atenuó,

se volvió más lechosa y Ali estuvo segura de que nadie la observaba, se levantó del sofá. El público se había repartido por el local en pequeños grupos de personas que anhelaban algo, que se reían o que esperaban. Encontró el lavabo, pero estaba segura de que no podría entrar en el retrete porque habría alguien dentro inclinado sobre la cisterna con un acompañante detrás y probablemente los dos bromearían sobre la situación. Así se imaginaba Ali los lavabos de aquel antro, pero resultó que el retrete estaba libre, limpio y extrañamente estéril, con fluorescentes blancos sobre sus rizos electrizados y sus ojos enrojecidos. No parpadeó. Se lavó las manos durante largo rato, luego la cara, después puso los labios bajo el chorro de agua, notó el sabor a cloro en la lengua y volvió a mirarse en el espejo. Antón le devolvía una mirada malvada. Entró una mujer que parecía haber estado llorando o riendo mucho, porque se le había corrido el maquillaje. La mujer empezó a maquillarse de nuevo y Ali contempló cómo repartía las manchas de color por la piel, cómo trazaba rayas alrededor de los ojos y de la boca. El pintalabios era negro. Cuando hubo terminado, volvió la cabeza hacia Ali, que le preguntó si podía prestarle el pintalabios, lo cogió y escribió con él en las baldosas blancas: «Antón ha estado aquí». La mujer se puso a gritar algo como: «Te has cargado mi pintalabios. ¿Tienes idea de cuánto me costó?». Ali dio un paso hacia ella, la agarró por la nuca, atrajo su cara hacia sí, la besó en la boca acabada de retocar y se fue.

«Encuentra la puerta, márchate, tienes que largarte de aquí», se dijo a sí misma. Y entonces Aglaya entró en el escenario.

Llevaba un acordeón, o más bien el acordeón la llevaba a ella, ya que el pesado instrumento le ocupaba todo el torso; tocaba las teclas como si intentara romper los huesos de su propio cuerpo; por encima sobresalía una cabeza redonda de cabellos cortos y rojos y, por debajo, dos piernas con medias de rejilla que se fundían con unos zapatos negros, planos y largos como si fueran la cola de una sirena. Sus brazos, que agarraban el monstruoso instrumento, estaban cubiertos hasta los codos por unos guantes negros de escamas de pez. Echó la cabeza hacia atrás como si alguien le hubiera dado una bofetada. Sus labios pintados de rojo devoraban el techo entero y su lengua sobresalía como si fuera un dedo apuntando hacia arriba. La voz que salía de su garganta lo hacía vibrar todo, desde los cristales del techo hasta las entrañas de Ali. El potente *vibrato* hizo que Ali se detuviera y entonces vio el rostro de Aglaya. Ali abrió unos ojos como platos, a los que asomaron rápidamente las lágrimas, se puso a parpadear y volvió a mirar fijamente a Aglaya.

Los cristales del techo temblaban sobre la cabeza de Aglaya mientras sus largos dedos enguantados tocaban lentamente los botones del acordeón. Ali habría podido jurar que el olor de la mujer llegaba hasta el fondo del local. Olía a lirios y bergamota, piña, naranjas, madera de cedro y vainilla. Ali abrió la boca y se imaginó que esos cabellos rojos le crecían dentro. Se imaginó que subía al escenario y se llevaba a aquella mujer, no importaba adónde. Se imaginó que todos los demás abandonaban el local inmediatamente y que nadie había estado nunca allí salvo ellas dos.

La acordeonista recibió un aplauso discreto y abandonó el escenario. Ali se sentó en el bar y esperó. Alargó el cuello buscando a la sirena, pero entonces vio a Mustafá reptando hacia ella y miró rápidamente a su alrededor en busca de algo que hacer. De repente se plantó delante de ella una chica calva con pantalones cortos dorados y una peluca sintética afro bajo el brazo. No sabía si era la misma que se había desnudado sobre su cabeza junto a la barra de metal.

La chica había abierto los labios para decir algo, pero entonces miró la mano de Ali, que

estaba sobre el paquete de tabaco P&S, y le preguntó si podía invitarla a uno de sus cigarrillos alemanes.

Dijo que se llamaba Kato, Katarina, Katiusha, como la canción **ВЫХОДИЛА НА БЕРЕГ КАТЮША**, Katiusha fue a la orilla del río.

—¿La conoces?

Por supuesto que Ali la conocía. No había ningún niño cuya lengua materna fuera el ruso que no conociera esa canción. Ali lo sabía y Katarina también, pero aquello le sirvió como pretexto para acercarse un poco más, colocarse entre las piernas de Ali, que dobladas en el taburete del bar intentaban no temblar, y cantarle suavemente al oído un par de frases de la canción, que evidentemente no hablaba sobre una mujer que iba a la orilla del río y «**РАСЦВЕТАЛ ЯБЛОНИ И ГРУШИ**» —florecían los manzanos y los perales—, sino sobre un lanzacohetes múltiple construido durante la Gran Guerra Patriótica del 41 al 45 al que los rusos llamaban cariñosamente Katiusha; el resto de la canción sí que hablaba sobre grandes sentimientos, pero sobre unos muy distintos a los que algunos pensaban y que identificaban con el alma rusa, tan propensa a lamentarse por amor.

Katarina dio una calada al cigarrillo y Ali oyó el sonido ronco que hizo al inhalar y el suave chasquido de la lengua al llenarse la boca de humo y despegar los labios del cigarrillo. Como si algo explotara. A Ali se le pusieron las orejas rojas, sobre todo la izquierda, que estaba junto a la mejilla de Katarina. Soltó una carcajada, echó la cabeza hacia atrás y miró el rostro de aquella mujer, que parecía una ventana abierta de par en par. Tenía los ojos muy separados, tanto que parecían a punto de precipitarse sobre los anchos pómulos, y Ali estuvo tentada de capturarlos con sus propios ojos para que no se cayeran. Recorrió con la mirada las líneas de los ojos y de los pómulos de Katarina hasta llegar a la boca y vio que tenía la mandíbula tensa. Como las dos hablaban ruso, todo fue más rápido. Aquella Katiusha, aquel lanzacohetes, besó a Ali antes de que hubieran pedido la segunda bebida. Ali notó en la boca el sabor a grumos espesos y aceitosos del pintalabios y a partir de entonces apenas notó nada más.

Katarina escudriñó el rostro de Ali y recorrió sus cejas con los dedos de la mano izquierda. Ali bajó la mirada y vio que Katarina llevaba un fino anillo de oro en el dedo anular de la mano derecha.

—Como medida disuasoria —dijo la chica—, para que los hombres me dejen en paz.

—¿Funciona?

—Claro que no. —Apagó el cigarrillo en la barra del bar sin apartar los ojos de Ali—. Pero da igual. Todo lo que me podía pasar ya me ha pasado.

—Espero que no, Katiusha.

Habían dejado de contar los vodkas. Ali veía con el rabillo del ojo que Mustafá se acercaba y se volvía a alejar, como un péndulo. El techo parecía descender cada vez más hacia ellas y los cristales tintineaban sobre sus cabezas.

—¿Puedo preguntarte algo? Esa acordeonista...

Estaba mareada. Katarina la agarró del brazo, la ayudó a bajar del taburete y la condujo haciendo eses hasta la escalera, donde la dejó un momento para meterse en el camerino. Ali se apoyó sobre el garabato de Ulrike Meinhof, se puso a fumar y consiguió entablar una conversación con el portero. Cuando él ya se disponía a tocarle el muslo, apareció Katarina en vaqueros y

camiseta y se la llevó escaleras abajo. Sin saber cómo, Ali consiguió encontrar el camino a casa; Katarina la llevaba sujeta por el brazo, y cada dos por tres se detenían en los portales, se succionaban las caras con tanto afán que amenazaban con despegárselas de la cabeza, apretaban las caderas la una contra la otra y no paraban hasta que oían pasos y entonces Ali volvía a tirar de Katarina cuesta abajo por las calles empinadas, tropezando con gatos grises, hasta que finalmente llegaron al portal de su casa, y después de tardar una eternidad en encontrar la llave correcta, Ali se tiró sobre la cama o fue Katarina quien la empujó y entonces el tiempo se detuvo.

La luna brillaba sobre la mezquita de Solimán e iluminaba el delgado cuerpo que había junto a ella en la cama, los pálidos dedos de los pies que se salían del colchón, el cráneo prácticamente rasurado pegado a la cabecera de madera. Katarina estaba tumbada sobre las sábanas como una línea marmórea, como un signo de interrogación permanente. Los pechos le subían y bajaban. Su rostro estaba vuelto hacia un lado.

Los pezones resplandecían bajo la luz de la luna y Ali tuvo la tentación de rozarlos con la frente, pero contuvo el deseo por miedo a que aquel cuerpo se despertara, se moviera, abandonara su posición de signo de interrogación y empezara a hablar. El teléfono se le había caído debajo de la cama cuando Katarina la había arrojado sobre el colchón. ¿O había sido al revés? Lo que había ocurrido después le venía a la memoria como una vertiginosa sucesión de imágenes. Ali puso los pies en el frío suelo de linóleo y descorrió la cortina. Era de noche.

Katarina arrulló débilmente, con la boca entreabierta. Sus ojos se movieron bajo los párpados; Ali no podía verlo pero estaba segura de que así era. El almuecín entonó su oración matutina. Ali notó que le palpitaban los ojos, la luna la desconcertaba. Volvió a correr la cortina, se puso de rodillas, apoyó la frente en el suelo y buscó el teléfono a tientas entre las pelusas de debajo de la cama. En la medida en que el vodka que le inundaba el cráneo se lo permitía, intentó recordar lo que Katiusha, que respiraba suavemente en el colchón encima de ella, le había contado sobre quién era o alguna de sus historias, pero solo le venían a la memoria el par de proverbios rusos que había dejado caer entre el cuarto y el séptimo chupito.

Se quedó tumbada en el suelo debajo de la cama, con la cabeza entre las pelusas de polvo, sin saber qué frases e imágenes de la última noche, de las últimas noches, de las últimas semanas, se habían desvanecido. Al incorporarse se golpeó la cabeza contra el borde de la cama. Miró el móvil desconcertada, vio que la pantalla tenía una grieta de la noche anterior e intentó ver la hora pero no pudo descifrarla. En sus vaqueros encontró un paquete de tabaco P&S medio vacío. Era increíble que aquello todavía funcionara, los cigarrillos alemanes: pon un paquete de cigarrillos alemanes sobre la mesa y la gente vendrá y te preguntará cómo estás, igual que había hecho Katarina, ese signo de interrogación que dormía en su cama y que Ali suponía que era una *au pair* de Ucrania o una estudiante de Ciencias Políticas de Rumania; al fin y al cabo, todas hablaban ruso.

Ali se encendió uno de sus Player s y miró el cuerpo de Katarina. Parecía hecho de oxígeno puro, oxígeno y un poco de luna. Se preguntó cómo se llamaría en realidad: Anna, Elvira, Zemfira, Petka, podía ser cualquier nombre. No encontraba ninguno que encajara con aquel rostro, así que cualquiera podía ser el correcto. Volvió a mirar por la ventana. Los almuecines se atropellaban los unos a los otros sin ritmo.

El almuecín de la izquierda de su balcón estaba resfriado y aquel día, más que cantar, chillaba; el segundo siempre entraba un poco más tarde y lo disfrutaba, se deleitaba al ver que él era mejor que su vecino. Ali se lo imaginaba con una pinta a lo Elvis Presley: el hombre se bajaba un poco las gafas de sol con montura de purpurina plateada, sonreía mostrando dos filas de dientes blancos, quizá con un diente de oro resplandeciente, daba unos golpecitos en el micrófono y se ponía a cantar su oración matutina. Y era bueno. Sabía que era el mejor del vecindario. Dios es grande. Y rezar es mejor que dormir.

Al notar el humo del tabaco, Katarina hizo una mueca con su pálido rostro y abrió los ojos bizqueando un poco. Hinchó las mejillas, sus labios se contrajeron formando un crisantemo y parpadeó varias veces hasta que comprendió dónde estaba o hasta que comprendió que no sabía dónde estaba. Se enroscó en forma de media luna y ladeó la cabeza. Ali le ofreció un cigarrillo.

—¿Qué hora es? —preguntó Katarina mientras se sentaba.

—Según el reloj, las cinco. Parece imposible, ¿no? Mira por la ventana: la luna brilla como si fuera plena noche, pero el almuecín está cantando la oración matutina. Es un caos.

—Sí.

—Se han cargado el tiempo.

—¿Has dormido?

Ali había dormido e incluso recordaba lo que había soñado, cosa que le ocurría cada vez más a menudo desde que había llegado a Turquía. En el sueño bailaba con el tío Cemal en medio de una muchedumbre tan compacta que los cuerpos de ambos se movían al ritmo de la música de una película de los setenta sin que ellos tuvieran que hacer nada. Permanecían abrazados mientras la multitud se balanceaba. Entonces Cemal veía a alguien, miraba por encima de todas las cabezas, fijaba la mirada en una cabellera roja en algún punto del fondo de la sala y soltaba la cintura de Ali, se marchaba, así, sin más, se abría paso a empujones entre las demás parejas y la dejaba allí, balanceándose sola. Ali mantuvo brevemente los brazos en el lugar donde hacía un momento habían estado los hombros de él, la cabeza inclinada hacia delante, como si la apoyara en el pecho de Cemal, y luego se derritió entre la gente hasta convertirse en un charco.

—No. No me gusta dormir.

—A mí sí —dijo Katarina, y bostezó—. Me encanta. Ojalá pudiera pasarme la vida entera durmiendo.

—Venga ya, Katiusha.

Katarina se abrazó las rodillas y de repente se puso seria y en su rostro se dibujó una expresión casi malvada. Barrió la habitación con una mirada cortante y, con una voz que tal vez era más suya que la de antes, aquella con la que se habían explayado intercambiando vulgaridades en ruso, una voz más profunda que aquella con la que había gemido y gritado al eyacular en la boca de Ali, dijo:

—Tengo que decirte algo.

A Ali le pasó por la cabeza que en ese momento se encontraba exactamente en la situación sobre la que su madre la había advertido tantas veces.

—No soy Katiusha.

—Ya me lo imaginaba —dijo Ali, y soltó una risilla nerviosa.

Esperaba que no añadiera nada más. Si solo se trataba del nombre, no pasaba nada, pero temía que hubiera más revelaciones, como enfermedades contagiosas o supuestas penurias económicas.

—Soy Kato.

—Bien —dijo Ali, y pensó que necesitaba urgentemente más palabras que aquel simple «bien»; de hecho, no sabía qué era lo que estaba bien.

—No soy una mujer.

—Ajá.

—Soy un hombre.

—Sí.

—¿Lo entiendes?

—¿Necesitas dinero?

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Ali no estaba segura de si había olvidado el ruso, o todavía estaba borracha o simplemente no lo entendía bien. Kato se levantó, cogió el paquete de cigarrillos y salió de la habitación. Ali se quedó sentada en el suelo mirando por la ventana. Las luces de la ciudad le tiraban de los párpados. Entre la espuma de colores podían distinguirse las ventanas de los *gecekondu*^[1]. La hilera de luces del aparcamiento que había en una azotea trazaba una línea blanca a través de la estrecha franja negra de cielo que quedaba libre; el resto estaba repleto de rectángulos amarillos, naranjas, rojos y violetas, en algunos de los cuales parpadeaba la luz sintética de los televisores. Tres minaretes se alzaban por encima de las casas de enfrente, iluminados de amarillo por la noche, de color gris barro durante el día, con altavoces que parecían espinas demasiado pequeñas para un tronco tan grueso.

Kato volvió con el cigarrillo encendido, se sentó en el borde de la cama y estiró las piernas.

—Es curioso, aquí la luna siempre está tumbada de espaldas. Nunca está de pie como la media luna de su bandera, sino que está siempre tumbada como un gajo de naranja. Mira.

Kato no miró, sino que bajó la vista hacia Ali. Ella volvió la cabeza hacia él.

—¿Quieres desayunar?

Él apagó el cigarrillo en el alféizar de la ventana, encogió las piernas, se deslizó debajo del edredón y murmuró a través de las sábanas:

—Es de noche. Vamos a dormir.

Ali notaba los latidos del corazón en el cuello. Levantó la vista hacia el cuerpo de Kato, que no veía pero que podía adivinar, subió a la cama y se acercó a él.

Cerró los ojos con fuerza y esperó a que se hiciera suficientemente de día como para levantarse. Unos rizos rojos y una lengua que apuntaba hacia el techo cubierto de espejos aparecían una y otra vez ante sus párpados cerrados y ella abría la boca para intentar cazarlos. De repente notó un sabor salado y abrió los ojos de golpe. Los labios de Kato le habían recorrido el cuello hasta posarse sobre los suyos. Ali se sobresaltó, se giró bruscamente y saltó de la cama. El suelo estaba tan frío que le quemaba las plantas de los pies. Kato se puso boca abajo y dijo algo con la cara entre las almohadas. Ali se puso las zapatillas y se encerró en el baño. El calentador soltó un silbido y un delgado chorro de agua tibia cayó sobre sus miembros entumecidos por el frío. Miró su cuerpo. Observó el vello de sus antebrazos, que era rubio, largo y suave, casi invisible. Se

puso en cuclillas y contempló sus pantorrillas. Las pantorrillas de un gato de pelo blanco. Se enjabonó el cabello sin levantarse, mientras pensaba en lo que le había dicho Kato esa noche: que era un hombre. Kato era un hombre. Le picaba el cuero cabelludo y se rascó las sienes con la parte interior del antebrazo; el jabón le resbaló por la cara y por la espalda; abrió la boca y sacó la lengua, en un intento por eliminar todo rastro de vodka del interior de su cabeza. Justo cuando volvió a notar el olor de la acordeonista, el olor a lirios, bergamota, piña, naranjas, madera de cedro y vainilla, se interrumpió el silbido del calentador y se fue la luz. El agua empezó a salir helada y Ali se despertó de golpe. Salió de la bañera, se envolvió el cuerpo con una toalla y tropezó con Kato, que miraba a su alrededor en el pasillo sin entender lo que ocurría.

—Han saltado los plomos. Pasa a menudo cuando me ducho.

Envuelta en la toalla, bajó las escaleras que conducían al sótano, donde estaba la caja de fusibles; por el camino se encontró con el vecino de al lado, que evitó mirarla; lo saludó amablemente, con el jabón todavía en los ojos, y se puso colorada porque no estaba segura de si la habría oído la noche anterior, aunque a juzgar por la expresión de su rostro, sí; y encima se la encontraba corriendo desnuda por las escaleras. Subió los interruptores planos y negros de la caja de fusibles y volvió corriendo al piso. Kato estaba de pie en la cocina y la luz de la nevera le iluminaba la cabeza rapada.

—Iba a preparar el desayuno, pero solo tienes un poco de mantequilla rancia.

—Y una botella de tónica.

—Y una botella de tónica.

—Venga, salgamos.

Las calles estaban desiertas, tanto como en pleno verano, en época de vacaciones, cuando la gente huía del calor de la ciudad, pero era noviembre y la luz no obedecía al reloj ni a los almuecines. Reinaba un silencio extraño. El aire era tenso. Las fachadas medio derruidas parecían un decorado inmóvil. En los bares abandonados de las plantas bajas aún había sillas. Muchas casas estaban en ruinas, pero no todas. Como si una bola de derribo hubiera golpeado una vez el conjunto de casas y luego hubiera proseguido su camino. En algunas aún vivía gente: los visillos estaban corridos pero no lograban ocultar los muros desconchados que escupían cables. De un coche calcinado salieron dos gatos que se habían resguardado en el interior. En la tienda de frutas y verduras había globos atados a los postes junto a los plátanos ennegrecidos y una bandera del Partido Democrático de los Pueblos, con su árbol como símbolo: el tronco formado por dos manos de color morado y estrellas entre las hojas verdes. Votad, votad, votad. El barrio estaba repleto de banderas como esa.

Olía a detergente y a barniz. Al pasar junto a la iglesia armenia, Ali se detuvo ante un viejo grafiti rojo que mostraba a una mujer de cuya cabeza salían pájaros. Se acercó a examinarlo, pero Kato enseguida tiró de ella para que continuara andando. En la penumbra, unos niños chutaban una pelota de cuero contra las puertas de la iglesia. La pelota salió rebotada y Kato consiguió pararla con el pie y pasársela de nuevo a los niños. El eco de sus voces burlonas los siguió a través de las calles hasta que llegaron al parque y se sentaron en el húmedo césped.

Las fuentes ornamentales estaban secas. Sobre sus cabezas había un nudo de la autopista por el que no circulaba ningún coche. Ali se dejó caer sobre la hierba y su estómago rugió de hambre.

Kato charlaba y su voz sonaba metálica, como el eco de los niños que jugaban al fútbol.

Le habló de las hormonas que tomaba y de que pronto le empezaría a crecer pelos negros por todo el cuerpo. Su cráneo rasurado no permitía deducir el color de sus cabellos y en los brazos y las piernas aún no tenía pelo, pero sus cejas angulosas eran tan negras como si estuvieran pintadas con kaja. Ali le colocó mentalmente la línea de las cejas en la barbilla para imaginárselo con barba; puso un marco alrededor de su rostro ancho y sincero, que le recordaba a alguien aunque no sabía a quién.

Kato dijo que pronto perdería su trabajo como bailarina precisamente por la barba, y más adelante también por las piernas cubiertas de pelos negros, que no pegaban demasiado con los pantalones cortos dorados; entonces los llevaría otra persona y él regresaría a Ucrania y se plantaría delante de su familia, en especial delante de su padre: mira, papá, así son las cosas, ahora yo soy este. Le habló de su padre, que era alcohólico. Ali apenas le escuchaba; se sumió en sus pensamientos y se preguntó por qué todos los padres tenían que ser alcohólicos, por qué no podían ser jugadores de ajedrez o bebedores de mate compulsivos y, sobre todo, mudos, por qué no podían ser simplemente mudos, no decir nunca ni una palabra. La madre de Kato era una heroína, una heroína del trabajo tal como las había imaginado Lenin. También tenía dos hermanos pequeños, a los que no enviaba dinero; no le enviaba nada a nadie, pero a veces pensaba en ellos y se preguntaba si ellos también pensaban en él. Kato siguió hablando y hablando y el cielo sobre sus cabezas se fue volviendo blanco como el agua con jabón.

Echaba de menos el ruso, pensó Ali. Pero «echar de menos» es algo en lo que no hay que pensar. No sabía todo lo que echaba de menos, y si se paraba a pensarlo, entonces le daría cabida en su mente, así que mejor no hacerlo. Su madre había dicho una vez algo sobre los pensamientos, que eran parásitos, pero no recordaba la frase exacta.

Kato se había callado y la miraba. Estaba claro que le había preguntado algo. Se inclinó sobre ella y repitió la pregunta:

—А ТЫ?

¿Y tú?

Su cara no mostraba esperanza ni indicaba que fuera a besarla. Lo había preguntado en serio, quería saberlo de verdad. ¿Y tú? Ali desvió la mirada y pensó: *Tarlabaşı* quedará derruido. Todo quedará derruido. Nunca encontraré a Antón.

Un vendedor ambulante pasó por allí con su carro. Tras el cristal había varias capas de comida: una de arroz grasiento, otra de garbanzos hervidos, grandes y nacarados, de nuevo arroz y una última capa marrón de pollo asado.

—*Pilav! Tavuklu pilav!* —gritó—. ¿Os apetece, chicas?

Kato apartó la mirada y Ali negó con la cabeza. Miró la capa de pollo grasiento y la saliva se le mezcló con bilis.

—¡Es pollo fresco! El pilav hace que uno se sienta seguro, hermanas.

El vendedor estaba delante de ellos, con los brazos en jarras y la pequeña cabeza sobre el delgado cuello inclinada hacia abajo.

El pollo la miraba fijamente y Ali intentó sostenerle la mirada.

36 HORAS

Engullían los pequeños trozos de carne como si fueran líquido. El ave muerta yacía desnuda y troceada sobre la mesita que había entre ellos en el cuarto vagón del tren Moscú-Berlín. Antón y ella iban sentados junto a la ventanilla, y con las manos pringosas por la grasa del pollo, las patatas y los tomates, se empujaban y dibujaban letras en el cristal, mientras sus padres se balanceaban sobre doce maletas y un número aún mayor de cajas llenas de ropa de cama y chándales Adidas envueltos en plástico, que quizá podrían vender, nunca se sabe, e incluso relojes de oro, pero sobre todo ropa de cama y calcetines y bragas y libros. «¿Por qué os lleváis tantos libros? ¿Os habéis vuelto locos? Allí no podréis venderlos», había dicho el padre de su padre moviendo la cabeza con desaprobación. La madre y el padre estaban sentados en el vagón con los labios apretados y las rodillas apretadas, mirando a los niños, que sonreían y masticaban muslos de pollo; no les habían dicho que se marchaban para siempre porque a los niños no hace falta decirles las cosas para que las entiendan, los niños lo entienden todo, los niños siempre entienden el juego, así que jugaban y hacían el tonto sin mirar a los padres, que estaban cagados de miedo y por eso no paraban de discutir a gritos, aunque aquello no tenía nada de nuevo, era algo que ya no los sorprendía; en realidad, sus padres siempre hacían lo mismo y los niños no podían sospechar que sus padres siempre hacían lo mismo porque siempre estaban cagados de miedo. Y el padre de la madre, sentado junto a ellos, fingía no oírlos, sacaba la cabeza por la ventanilla para fumar y de vez en cuando miraba hacia dentro, hacia Valia, Rostía, Ali y Antón, para preguntarle a Valia si podía darle un analgésico. Al final, Valia revolvió en su bolso y sacó un envoltorio de papel de plata, que crujió y se abrió de golpe y unas bolitas de color marrón rojizo cayeron en la palma abierta de su mano, que los gemelos miraban fijamente porque era muy grande y amarilla y estaba surcada de venas azul oscuro; con la otra mano, Valia le dio un vaso de plástico con agua a su padre y este volvió a desaparecer por la ventanilla, dejando tras de sí el olor a nicotina.

Su mujer, la madre de la madre, no había venido con ellos porque aún tenía que esperar. Tenía que vender el piso en el que ya no vivían y al que nunca volverían de visita, tenía que despedirse de los amigos, tenía que preparar la mudanza de sus padres, porque ellos también vendrían más adelante, la madre de la madre de la madre junto con el padre, de modo que había que empaquetarlos a todos, no dejar a nadie atrás, sin preguntarles si eso era lo que querían. A Ali y Antón nadie se lo había preguntado, ni tampoco a los padres de los padres de los padres. A los unos se los habían llevado y a los otros los harían venir más adelante. No había otra opción. La madre de la madre vendría después en avión con una maleta llena del dinero de la venta del piso,

pero ellos cinco se adelantaban con maletas repletas de cosas que no podrían vender en el sitio adonde iban.

Al principio, el balanceo del tren les sentaba bien, como una respiración profunda durante el sueño, al igual que el té caliente que les trajo la revisora: «Aquí tenéis, pequeños, para que no cojáis frío, con azúcar y limón». La madre se metió la mano en el sujetador y sacó un billete. «Gracias, gracias, querida». La revisora se alejó otra vez por el pasillo. Ali la siguió con la mirada y pudo ver cómo un hombre con camiseta interior blanca y con las caderas tan anchas como el pasillo la seguía como un perrito y desaparecía con ella en un compartimento.

El viaje duraría treinta y seis horas, sin contar la aduana. La aduana significaba un zarandeo en plena noche, golpes contra los somieres de las camas, que estaban sujetos a la pared con gruesas cadenas, un estrépito como si alguien sacudiera los barrotes de una celda. Entonces había que levantarse, simular que habían estado durmiendo hasta ese momento, armarse de valor, llevarse la mano al corazón y meterla en el sujetador, donde esperaban los doscientos dólares para el funcionario de la aduana: un hombre sin afeitarse con los ojos inyectados en sangre, con un aspecto tan temible que Valia se alegró de tener a su marido con ella en el compartimento, aunque estuviera en cuclillas en un rincón, temblando de miedo. Sabía lo que pasaría si él no estuviera aquí. Y también sabía lo que pasaría si no llevara los doscientos dólares sobre la piel desnuda con ese único propósito: que los harían bajar al andén de la estación, con temperaturas bajo cero, donde ya había otros esperando, los que no sabían nada o los que no tenían nada; a temperaturas bajo cero ya no había diferencia entre los primeros y los segundos. Los miró a través del cristal empañado, después miró los ojos inyectados en sangre frente a ella y, finalmente, a sus hijos: dos pares de ojos que asomaban bajo el edredón en la litera de encima de la ventanilla. El hombre de los ojos inyectados en sangre gruñó algo entre dientes, pero ella no le prestó atención porque sabía que sus papeles estaban en orden, y volvió a dirigir la mirada hacia el andén, donde se juntaban tres, cuatro, cinco, siete, cada vez más familias con niños, algunos todavía bebés, hombres jóvenes, una mujer sola, y todos hacían el mismo gesto, como si siguieran las instrucciones de un director de orquesta: buscaban en los bolsillos de las chaquetas, de donde sacaban cigarrillos, y sobre sus cabezas se elevaban nubes de humo acuoso. La puerta del compartimento se cerró de golpe, los padres se dejaron caer otra vez sobre sus camas y los gemelos se agarraron por los omoplatos con fuerza para no caerse de la litera con el traqueteo y, si se caían, al menos que fuera juntos.

Cuando la familia Chepanov se bajó del tren a la mañana siguiente, parecía que el mundo estaba quieto, pero bajo el cuerpecito de Ali el suelo continuaba traqueteando. La grasa del pollo trepaba desde su estómago hasta su boca y temblaba en su garganta; tal vez la comida se había estropeado con el calor del vagón; Antón sonreía y parecía encontrarse bien, pero el pollo que había comido Ali se afanaba por volver a salir, por precipitarse sobre los zapatos del hombre que en aquel momento le cogía la maleta a su padre. El tío Leonid, que había venido a recoger a los que se marchaban o a los que llegaban, según desde donde se mirara, para llevarlos primero a su casa y luego a las autoridades competentes, el maravilloso tío Leonid los esperaba con los brazos abiertos y Ali le vomitó sobre los zapatos el medio pollo que se había comido y luego se desplomó.

—Alissa, ¿qué te pasa? ¡Alissa!

Alissa yacía sobre su vómito junto a las deportivas negras del tío Leonid y veía cómo los cordones se arrastraban hacia ella. El tiempo transcurría más deprisa fuera de su cabeza que dentro de ella. Veía cosas moviéndose a toda velocidad: zapatos que la acechaban como serpientes dispuestas a devorarla, víboras e insectos gigantes que la atacaban. Lanzó un grito y tuvo la sensación de que había encogido y estaba atrapada en un cuadro que colgaba de la pared del McDonald's. A su alrededor, todo era jungla, todo eran colores, todo le daba miedo, y no sabía si estaba tumbada en el suelo o si se había caído en un agujero.

—Pide disculpas —oyó que decía una voz que retumbaba desde el cielo.

Su padre la levantó del suelo, la puso frente a la cara del tío Leonid y dijo:

—Pide disculpas.

—Una no sabe dónde poner los pies —dijo la madre mientras le limpiaba a Alissa la camiseta llena de vómito—. ¿Sabes qué pasa, Leo? Que llevamos treinta y seis horas viajando...

—¡Más! —la interrumpió el padre.

—Más. Y por eso el suelo todavía se tambalea. A mí también me tiemblan las rodillas. ¿A ti no?

—¿A mí? No.

—¿A mí tampoco! —gritó Antón.

Ali lo fulminó con la mirada pero él la esquivó. El padre balanceó el cuerpo de Ali frente a Leonid y le exigió de nuevo que se disculpara.

—Venga, que no tenemos todo el día.

—ИЗВИНИТЕ —dijo Ali sollozando.

—No, dilo como Dios manda. —El padre la zarandeó.

—Déjala —pidió la madre.

—ИЗВИНИТЕ —chilló Ali entre lágrimas.

El tío Leonid se limpió el vómito de las zapatillas con un pañuelo, un pañuelo de papel que sacó de un paquete de plástico; Ali no sabía que eso existiera, solo conocía los pañuelos de tela con mocos en las puntas que se llevaban en el bolsillo de los pantalones. Leonid murmuró algo como «Bueno, no es para tanto», y al ver la cara de Ali hinchada por el llanto, soltó una carcajada y dijo:

—¿Sabes cómo se dice «lo siento» en alemán?

Ali negó con la cabeza, todos negaron con la cabeza, la familia entera negó con una única cabeza. Ninguno de ellos sabía alemán, salvo el padre de la madre, pero se había ido a fumar un cigarrillo. Valia y Kostia todavía no habían hecho ningún curso de alemán, así que como mucho sabían decir «eins, zwei, drei», uno, dos, tres, y «Hände hoch», manos arriba, pero con eso no se bromeaba.

—*Entschuldigung* —dijo el tío Leonid—. En alemán, ИЗВИНИТЕ se dice *Entschuldigung*.

—Ajá.

—Así se dice. A ver, dilo. Dilo en alemán. ИЗВИНИТЕ en alemán.

Ali miró. Todos miraron.

—Dilo, dilo en alemán. *Entschuldigung*. ИЗВИНИТЕ en alemán. Venga, dilo.

Ali notó olor a vómito y arrugó la nariz.

La madre le echó una mano dibujando con los labios la palabra: *E-ntschu-ldi-gung*.

—Vamos, pequeña, dilo. *E*...

El padre sacudió ligeramente a Ali y le susurró a los rizos aquella palabra, su primera palabra alemana.

—Venga, dilo, déjate de tonterías. ¿Se puede saber qué te pasa? Haz el favor de decir la palabra *E-ntschu-ldi-gung*. **ИЗВИНИТЕ** en alemán.

Ali quería ponerse a berrear otra vez, pero en lugar de eso miró a mamá, luego a Antón y finalmente al tío con el paquete de pañuelos de papel, y dijo:

—**ИЗВИНИТЕ** en alemán. —Y ocultó la cabeza en el cuello de su padre.

Se hizo un silencio y se miraron unos a otros. Se sentían tan aliviados por haber llegado, daba igual cómo, todas las maletas estaban intactas, las bolsas también y los niños, bah, qué más daba un poco de vómito. ¡Por fin habían llegado! Se echaron a reír, los adultos se troncharon de risa con lo de «**ИЗВИНИТЕ** en alemán» y con la carita enrojecida y desconcertada de la niña. Se reían y se reían, y Ali miró a Antón, que correteaba entre los mayores, les tiraba de las mangas y tampoco entendía nada, salvo que probablemente en ese momento tocaba reírse. Así que se rio. Y Ali volvió a vomitar.

Y los padres se rieron todavía más con el tímido borboteo en el cuello de la niña, que sonaba casi como si tuviera hipo, como si soltara el aire.

Valentina y Konstantín. Vaya unos nombres. ¿Por qué los padres ponen esos nombres a sus hijos, si no es para ocultar que son judíos y que, en realidad, deberían llamarse algo como Esther y Samuel? Pero ¿quién se atrevería a llamar a sus hijos así en la Unión Soviética de los años sesenta, a menos que odiara a sus hijos o se odiara a sí mismo? En el caso de Valentina, Valia, al menos hubo un buen motivo para ponerle un nombre tan feo y tan socialista ya que, en el momento en que su madre, casi a costa de su propia vida, la catapultó al mundo, por primera vez en la historia una mujer fue lanzada al espacio. Valentina Tereshkova cruzó la atmósfera terrestre a ocho kilómetros por segundo y voló hacia las estrellas. Valentina Pinkenzon desgarró el tejido entre la vulva y el ano de su madre y aterrizó en las manos de un médico totalmente embozado que a través de la mascarilla ordenó que se operara inmediatamente a la parturienta.

Los padres de Konstantín, en cambio, no tenían ninguna excusa. Konstantín simplemente se llamaba Konstantín, Kostia, y cariñosamente lo llamaban Kissa; sobre eso no había lugar a discusiones. Así pues, aquellos dos rusificados fueron destinados el uno al otro como si existiera el amor por encargo y no hubiera otra opción si uno no quería que le dejaran la cara hecha un mapa, como le había ocurrido a Valia en su primer matrimonio.

Valia había cometido el primer error cuando era joven, demasiado joven para pensar pero no para casarse. Uno se podría preguntar dónde estaban los padres cuando la hija decidió casarse con un gentil, aquella chica de pelo negro, mucho más bonita que la astronauta Valentina Tereshkova, y con ese apellido, Pinkenzon. Habrían podido llamarla directamente Esther Raquel. ¿De qué servía el nombre de Valentina con un apellido como ese? Pero los padres no tuvieron cuidado ni con el nombre ni con el novio. Los padres estaban embobados mirando las montañas de Kislovodsk, donde habían ido a tomar las aguas justamente cuando la pequeña Valia decidió que

después de terminar la escuela era un buen momento para casarse. No lo hizo porque el chico tuviera un bigote enorme, algo que no le gustaba en absoluto, ni porque tocara la trompeta de un modo tan persuasivo, que era el motivo por el que le gustaba a todo el mundo, o más bien les gustaba a las chicas y despertaba la envidia de los chicos —«Cómo se las da de músico. ¿Quién se cree que es? ¿Armstrong?»—, ya que a Valia no le gustaba el *jazz*, sino que más bien la ponía de los nervios. Por lo que Valia se sentía realmente atraída era por la perspectiva de poder marcharse por fin de casa, como les ocurre a tantas otras chicas, como les ocurre a todas.

De modo que vio algunas películas de amor soviéticas para saber de qué iba aquello, cómo había que mirar, quizá incluso cómo había que besar, aunque eso aparecía en contadas ocasiones en las películas, generalmente al final: los actores presionaban los labios el uno contra el otro, el hombre solía coger a la mujer por los hombros y apretarle la cara y la mujer parecía sorprendida y confusa. Después sabría que eso tenía poco que ver con los besos de verdad y con todo lo que venía después. Valia no descubrió hasta más tarde por qué tenía que dejarse meter una lengua grasienta en la boca.

Cuando los padres no estaban en casa, ella practicaba miradas y gestos. Como era una estudiante muy aplicada, se sentaba con las piernas cruzadas sobre la alfombra floreada justo delante del televisor y tomaba notas. Le gustaba ir a la escuela, le gustaba leer libros y siempre llevaba a Tolstói y a Ajmátova escondidos bajo sus cuadernos, pero los libros no decían nada sobre lo que tenía que hacer cuando el hombre te cogía por los hombros, al menos no los libros que había en las estanterías de la familia Pinkenzon.

Y como además Valia tenía un aspecto fuera de lo común —podría decirse que tenía una belleza fuera de lo común pero, por encima de todo, era distinta a las otras chicas de cabellos largos y lisos, porque ella los tenía rizados, cortos y abundantes; desde que era una niña, la madre se había ocupado de que su hija llevara un peinado auténticamente socialista, muy similar al que llevaban los chicos; y luego estaban la nariz recta y los labios firmes, y también habría que mencionar sus caderas—, el caso es que el trompetista del bigote enorme creyó que era una buena idea contemplar cada mañana cómo los rizos negros de Valia se deslizaban sobre la sábana blanca al salir de la cama.

Ninguno de ellos consultó a sus padres, hicieron caso omiso de los consejos sabios, se encerraron en una habitación y entonces quedó claro que la chica ya era una mujer y debía casarse. El vestido de novia lo cosió la madre del novio con un tul con estampado de tulipanes que le había sobrado de las cortinas del salón. El tocado se lo hizo la propia novia con papel maché. Se hizo una corona y la adornó con tiras de seda blanca y, aunque el blanco del tocado no combinaba del todo con el del vestido, Valia estaba resplandeciente como una modelo de anuncio y con cada uno de sus movimientos crujía como una tarta de azúcar.

El matrimonio duró casi un año. Al cabo de siete meses y algunos días, Valia subió al coche de su abuela para irse a pasar unos días con ella a la dacha. La chica de diecinueve años tenía hematomas en la cara. La abuela, Etina, Etinka para los que la querían, cogió por la barbilla a su nieta, que no parecía trastornada ni triste, ni tampoco sorprendida o confusa, sino todo lo contrario: sonreía porque se alegraba de ver a su querida abuela, a la que añoraba más que al resto. Valia miró radiante a Etinka y casi se olvidó de que los ojos preocupados y muy oscuros de la abuela podían leer en su cara algo más que la ilusión por pasar unos días en el Volga y comer su mermelada casera. Había intentado disimular los moratones con maquillaje, pero estaba rodeada

de médicos: todos los miembros de su familia sabrían exactamente qué era lo que se intuía bajo su piel clara por más que quisiera camuflarlo. Los ojos de Etinka se oscurecieron aún más y recorrió con sus dedos ásperos los cardenales del rostro de Valia. «Tienes que divorciarte» fue lo único que dijo antes de arrancar el motor.

A Valia se le cortó la respiración. Quizá se asustó porque el coche iba muy rápido y los neumáticos derrapaban. ¿Qué se podía esperar de un viejo Lada? Quizá fue porque la voz de Etinka había sonado tan contundente, pero todo lo que decía Etinka sonaba contundente; ella odiaba las frases superfluas y, por encima de todo, odiaba la verborrea de los hombres. Etinka tenía la firme convicción de que cuanto menos dices, más inteligente pareces. Por eso Etinka casi siempre daba en el clavo con lo que decía; en ese caso, que Valia tenía que divorciarse. A Valia el asunto le resultaba sobre todo bochornoso. No quería aparecer ante su familia con la cara como un cromó y aún menos volver a casa de sus padres. Siguió conteniendo la respiración y comprendió que Etinka no le haría más preguntas.

Le habría gustado hablar, le habría gustado contarle que el trompetista, que tenía un nombre ridículo, aunque hasta entonces no se había dado cuenta de lo ridículo que era, tanto que no pensaba pronunciarlo más, nunca más: se llamaba Iván, como el héroe de los cuentos rusos, el héroe nacional, el idiota, pues resulta que el trompetista también había visto películas, pero en su caso para saber en qué consistía ser un hombre. Un hombre como el que él quería ser. También había copiado algo de lo que había visto y oído de su padre y de su tío y le habían quedado claras dos cosas, a ese hombre tan joven, que por aquel entonces solo tenía veinte años: en primer lugar, que un hombre bebía. Un hombre bebía antes de hablar y después. Entre un trago y otro podía permitirse derramar una lágrima, en eso no había problema, pero solo cuando bebía. Si lloraba cuando no bebía, significaba que era un maricón o un judío, con lo cual llegaba al segundo punto: se había dado cuenta de que los rizos negros de Valia esparcidos sobre la sábana blanca, así como su apellido, que había conservado después de casarse, podían ser el motivo de que ella tuviera la culpa de todo lo que le ocurría a él. Aquellos razonamientos llevaban a su cerebro bañado en vodka a conclusiones del tipo: «Muérete, cerda judía, lárgate a Israel, a mí no me vas a joder la vida».

Iván pronto dejó de contentarse con vociferar esa clase de razonamientos. Aquello ya no le bastaba para reparar sus desdichas. La aterrorizada Valia nunca había oído cosas semejantes. Bueno, en realidad sí, pero no de aquel modo, no tan de cerca, no con el aliento de él en las mejillas. Se había criado escuchando canciones infantiles con toda clase de palabras despectivas sobre los judíos. Два еврея третий жид по веревочке бежит. Веревопаллет и жид прихлопнет y cosas parecidas.

Pero la hacía enmudecer la violencia con que Iván, el trompetista, aparecía de la nada y le gritaba en la nuca mientras estaba inclinada sobre la *Historia de la medicina*. Le tocaba empollar medicina, así que había tenido que aparcar a Ajmátova. En realidad, o bien Ajmátova se había equivocado en muchos aspectos o bien había mentido directamente. O tal vez era que a Valia se le había pasado algo por alto. Claro, seguro que era eso: se le debía de haber pasado algo por alto.

En la familia de Valia nunca había gritos, algo atípico en las familias, pero eso Valia no podía saberlo. Sus padres se querían y el padre le preparaba el desayuno a la madre no porque debía, sino porque quería. El padre le había cambiado los pañales a Valia cuando era un bebé y la había

llevado a la escuela de niña, la madre iba a darse masajes mientras él ayudaba a Valia a prepararse para la universidad y nunca hubo una palabra fuera de tono, o al menos ella no lo recordaba. No sabía que la gente se podía pegar. Sabía que se libraban guerras, sabía que a menudo la vecina gritaba después de medianoche, pero todo eso le quedaba muy lejos a la joven Valia y no tenía nada que ver con su vida, hasta que Iván empezó a comportarse como un auténtico hombre ruso.

Если бьет - значит любит, el viejo refrán ruso: si te pega es que te quiere. Valia lo recordaba cuando veía acercarse a su marido con paso vacilante, y a veces incluso se lo decía a sí misma entre dientes.

Ni en las películas que había visto ni en los libros que leía había nada que te instruyera sobre qué hacer cuando te dan una paliza, aparte de soportarla. Otro proverbio ruso que le venía a la cabeza a Valia decía: si no puedes evitar que te violen, relájate e intenta disfrutar. Eso quería decir que a muchas otras les iba igual, que era lo normal, que de ese modo Valia pertenecía al círculo de las mujeres amadas. A lo mejor era verdad que ella significaba tanto para Iván que se veía obligado a gritar de desesperación, a lo mejor era verdad que esa era su forma de intentar comprender algo sobre lo que ocurría en el mundo. Fuera como fuera, Valia procuraba relajarse y no pensaba en el futuro, no pensaba en si el resto de su vida sería así porque era demasiado joven para eso, porque todavía era incapaz de pensar en algo como el resto de su vida. No pensaba en nada. Se limitaba a estudiar para sacarse la carrera de Medicina y se sentía adulta e importante porque tenía un secreto y porque la gravedad se le había instalado en el rostro, la gravedad de la adultez, pensaba. La adultez había anidado bajo sus ojos. Sin embargo, antes de que esa adultez llegara a consumir y desfigurar el rostro de Valia como había hecho con el de Tereshkova, la mujer a quien debía su nombre, Etinka decretó que dejara a ese cerdo y prometió que, si volvía a ponerle una mano encima a Valia, contrataría a un carnicero para que solucionara el problema de una vez por todas. Esto y mucho más dijo Etinka delante de los juzgados el día en que los dos cónyuges tenían cita para divorciarse, pero en ese momento, dentro del coche que derrapaba, la abuela permaneció callada con una contundencia que llenó por completo el pequeño Lada azul. Valia creyó que Etinka no le hacía preguntas porque le daba miedo que rompiera a llorar y dijera algo como «pero yo aún le quiero» o «en realidad él no es así». Pero Etinka no le preguntaba nada porque le venían a la memoria imágenes propias y de repente le dolían la mandíbula y el pómulo derecho, así que inspiró todo el aire que había en el Lada y por eso era de vital importancia que permanecieran calladas dentro del coche, de modo que no le hizo ninguna pregunta a Valia.

Etinka no pudo contener las lágrimas, algo con lo que ni ella misma había contado.

Con la ayuda de Etinka, ya que los padres volvían a estar tomando las aguas en algún sitio, Valia no tardó en divorciarse. Algunos dijeron que simplemente no había funcionado, otros dijeron que era el destino, y la joven de cabellos aún más cortos, que entonces ya se cortaba ella misma, con vaqueros acampanados y jersey de cuello alto y una pequeña maleta, como si dentro solo hubiera un gramófono, se volvió a mudar a casa de sus padres, al distribuidor que se había convertido en el estudio de su padre. Los padres no dijeron gran cosa: le preguntaron por sus estudios, la felicitaron por sus buenas notas y le comentaron que todavía podían ser mejores. Ella se tumbó en

el colchón de muelles, que la hacía sentir como si volviera a tener quince años, se puso un libro sobre la cara, la comedia *El mal de la razón*, de Griboyédov, quien había muerto en Teherán demasiado joven y de una forma demasiado estúpida —«Imagínate todo lo que habría podido llegar a escribir», solía decir Etinka—, y no se movió hasta que, en algún momento, sus padres, después de mantener conversaciones conspirativas en la mesa de la cocina, entraron en su habitación y le dijeron que en Moscú, Moscú, Moscú, la ciudad con la que soñaban todos en la Unión Soviética, ¿qué digo en la Unión Soviética?, en el mundo entero, vivía un primo lejano suyo que aún no estaba comprometido y, lo más importante, que era judío. Así que nunca le pegaría mientras le gritaba «cerda judía».

Eso era lo que ellos creían, pero se equivocaban.

Lo que los padres no parecían tener en cuenta era que, a pesar del parentesco lejano con la familia de Valentina —el hermano del primo del padre de Konstantín era el primo del hermano, etcétera, etcétera—, Kostia provenía de un ambiente totalmente distinto al de su futura mujer y madre de sus hijos, con quien acabaría tomando la decisión de abandonar el país cuando, a principios de los años noventa, los tanques ocuparon la Plaza Roja, que no se llamaba así por el color de la sangre, sino porque, en ruso, *rojo* y *hermoso* son la misma palabra. Los padres de Valia no pensaron demasiado en ese tipo de cosas, simplemente querían que su hija estuviera protegida, y quién podría haber imaginado entonces que algún día los tanques entrarían en la Plaza Hermosa y la familia tendría que solicitar visados para América y acabarían en Alemania con el tío Leonid y sus deportivas cubiertas de vómito.

Los padres de Kostia eran de pueblo, pero no de un *shtetl*^[2], porque no había pueblos judíos de esos en las cercanías de Moscú, sino de una aldea de gente honrada y soviética, donde los hombres se dejaban crecer la barba hasta las caderas y las mujeres se cubrían la cabeza con pañuelos floreados y llevaban vestidos de estar por casa también floreados, y donde era habitual echar un trago de vodka por la mañana antes de ir al trabajo, un trabajo que siempre se hacía con las manos, de modo que las manos eran fuertes, tanto las de los hombres como las de las mujeres. El único que no tenía manos fuertes era el padre de Kostia, a pesar de que en su casa no se ahorraba en mantequilla para acompañar las gachas de avena, pero, aun así, nunca llegó a tener las manos fuertes, mientras que las de la madre de Kostia, por el contrario, podían trabajar por dos, y así se habían ido apañando. Ambos llevaban apellidos que en un pueblo de honrada gente soviética eran motivo de palizas o, al menos, de tener que correr cada dos por tres, y eso era algo que los unía, tener que correr, aun cuando el padre de Kostia tenía serias dificultades para hacerlo.

«Mirad cómo corre el cerdo judío, como un maricón». El padre de Kostia era pequeño y larguirucho y corría como si llevara piedras en las suelas de los zapatos, con las puntas de los pies demasiado hacia dentro, igual que un animalillo cojo que enseguida tropieza y se cae. Ni la mantequilla en las gachas ni la grasa en la sopa lograron cambiar su forma de correr, y no podía defenderse de ninguna manera, lo cual lo convertía en el juguete del pueblo entero, especialmente en el de los chicos, una vez habían terminado de vaciar los ojos a los gatos. Aquello cambió cuando el padre de Kostia se fue a la mili, donde aprendió algunos trucos, y a partir de entonces se pudo defender con jarras llenas de aceite hirviendo que vertía sobre las caras de sus atacantes.

La madre de Kostia era una joven robusta que ni siquiera de niña había sido niña. A la tierna edad de seis años se había visto obligada a cuidar de su madre alcohólica y de sus cinco hermanos, y desde que tenía uso de razón sabía bañar bebés, preparar sopa, sacar astillas clavadas en las plantas de los pies y enterrar a los familiares. El motivo por el que se había fijado en el padre de Kostia era un misterio, porque siempre había anhelado la seguridad por encima de todo y lo lógico habría sido que se buscara un campesino ruso como Dios manda que le diera un apellido ruso como Dios manda, y que enterrara en el fondo del armario todo lo relacionado con la Torá, para que al menos sus hijos tuvieran la oportunidad de llevar una vida decente. Sin embargo, escogió lo opuesto, o quizá no tuvo otra opción porque no había ninguna dote que ofrecer aparte precisamente de la Torá y de una familia numerosa llena de diabéticos y dementes. En su casa no tenían mantequilla para las gachas de avena y a veces ni siquiera gachas, pero la madre de Kostia decidió que, a pesar de eso, quería ser fuerte y también que quería marcharse de allí tan pronto como pudiera. Quería alejarse de su familia, de aquella casa que se desmoronaba, quería irse a Moscú, donde no conocía a nadie y nunca más tendría que limpiarle el culo a un cadáver en descomposición. Tenía claro que no podría hacerlo sola ni con un campesino ruso, quien no tendría ningún motivo para dejar su casa, así que se casó con el único otro judío del pueblo.

Los padres de Kostia decidieron incluso antes de la boda que se mudarían a Moscú, que solo estaba a cincuenta kilómetros, es decir, a la vuelta de la esquina teniendo en cuenta las distancias en Rusia. Cuando Kostia fue creciendo, les preguntaba a menudo por su pueblo natal y les proponía ir algún día todos juntos de visita, aprovechando que estaba tan cerca, pero sus padres le decían que no y él no insistía porque se daba cuenta de que había algo que les dolía, y Kostia quería a sus padres.

Su padre empezó a trabajar como sastre. A pesar de lo torpe y titubeante que era el resto de su cuerpo, sus manos eran hábiles y precisas, de modo que consiguió que le ascendieran rápidamente, aunque quizá se debió también a su buen ojo para los negocios, que había desarrollado mientras hacía la mili como estrategia de supervivencia; así que no tardó en coser trajes para hombres importantes y, como él mismo se encargaba de subrayar, quizá incluso para hombres del Kremlin. Aunque no sabía leer ni escribir, consiguió ascender a jefe de sección y recorría los pasillos con su ábaco, haciendo chocar las bolas de madera entre sí como si tocara la pandereta para calcular en voz alta los defectos que encontraba en las piezas que cosían los trabajadores. La madre se quedó en casa después de que naciera el niño y, mientras le preparaba a Kostia sopa con mantequilla, ella misma engullía cucharadas directamente de la olla con voracidad. Kostia era extremadamente delgado cuando vino al mundo, tanto como su padre, y eso no podía ser, nadie quería traer enfermos al mundo: «Se te ven las costillas, qué vergüenza, ¡la gente pensará que no cocino bien!». Como la madre de Kostia era una mujer con mucha determinación, se ocupó de que su hijo echara carnes desde muy joven.

A Kostia le encantaba comer. Le encantaban las armas de juguete y le encantaba la música. Cuando el tío Vasia estaba de visita en el minúsculo piso donde se había trasladado la joven familia, que disponía de dos habitaciones con paredes de papel y que estaba en la cuarta planta de las trece que tenía el edificio, situado en un barrio que lindaba con el bosque, cuando el tío Vasia se colgaba el acordeón al cuello, Kostia movía las orejas y se le hacía la boca agua. Allí, en el distrito de Chertanovo, a las afueras de Moscú, el tío Vasia cantaba como si todavía estuvieran en

el campo, en aquel territorio tan vasto que las canciones sobrevolaban las cosechas y su eco regresaba como un soplo de viento, como si a nadie le molestara que cantara a pleno pulmón, como si nadie golpeará el techo con el palo de la escoba y gritara: «Eh, ¿os estáis follando a vuestras madres o qué?».

Cuando el tío Vasía dejaba el acordeón para beber y comer con el padre y hablar sobre cosas, principalmente sobre lo mal que iba el mundo y sobre los salarios que no daban ni para comprar tabaco ni alcohol decente —«Te puedes quedar ciego con el matarratas que se bebe aquí, puf»—, sobre los muslos de la cajera de la tienda del otro lado de la calle y sobre el insoportable hedor agridulce del vertedero que había detrás de la casa, que lo impregnaba todo —«Llega incluso hasta aquí, hasta el cuarto piso. No se os ocurra abrir la ventana. Más vale que os ahoguéis en vuestra propia mierda»—, es decir, cuando los hombres eran hombres y nadie los observaba, Kostia gateaba hasta el acordeón del tío Vasía, pasaba sus delgados bracitos por la ancha correa de piel, presionaba su barriguita redonda contra el instrumento y, como no podía levantarlo, se quedaba allí detrás, totalmente oculto, y recorría con los dedos los botones negros y lisos, que tenían el mismo tacto que las canicas. En algún momento, la familia se dio cuenta de que el pequeño siempre se arrimaba cariñosamente al acordeón, así que el tío Vasía lo sentó sobre su regazo, colocó el monstruoso instrumento delante del pequeño y puso sus dedos rollizos sobre los deditos de Kostia para tocar juntos las teclas.

Lo que no sabían los padres de Kostia era que aquello desencadenó dos cosas; no podían saberlo porque esas cosas no formaban parte de su mundo, así que para ellos simplemente no existían. La primera era que, ocho años más tarde, Kostia, que para entonces tendría dieciséis, decidiría que quería ser músico, pianista y acordeonista, con absoluto convencimiento y fervor: «Mamá, papá, eso es lo que quiero ser. Haré la mili y trabajaré de aprendiz en algo, pero seré músico y actuaré por todo el país». Su madre soltó una carcajada tan fuerte que Kostia no la olvidó hasta el prematuro final de sus días.

Y la segunda cosa era que el tío Vasía adquirió un interés particular en sentar una y otra vez a Kostia sobre su regazo y no le avergonzaba que estuvieran delante los padres del niño, quienes, al fin y al cabo, no podían sospechar lo que Kostia notaba que se movía bajo su coxis, simplemente porque eran incapaces de pensar algo así. El tío Vasía hacía pequeños movimientos circulares con la cadera cuando tenía el peso del acordeón apoyado en el regazo de Kostia y frotaba la entrepierna contra el pequeño y huesudo culo del niño. Apretando con fuerza a ambos contra su cuerpo, al acordeón y a Kostia, jadeaba con la boca abierta. El olor penetrante que desprendía desconcertaba a Kostia porque no se trataba del olor a alcohol que tan bien conocía, sino de un olor a huevos y a algo agrio. Sin embargo, subía una y otra vez al regazo del tío Vasía para tocar las teclas y notar en las mejillas el aire frío que soltaba el pesado acordeón al cerrarlo. Ni el olor penetrante ni los leves gemidos del tío lograron que Kostia se echara atrás en su decisión de pasar el resto de su vida con aquel instrumento. Pero, a partir de entonces, en Kostia se había despertado un sentimiento que lo acompañaría para siempre. Un sentimiento que olía a huevos y que lo invadía a menudo; podía notar su sabor agrio en la lengua y responsabilizaba de ello a todo y a todos, al socialismo, al Estado, a los políticos, a sus padres, a su mujer y a todos los gilipollas que corrían por el mundo, que ojalá se murieran todos: el sentimiento de haber sufrido abusos.

El matrimonio entre Kostia y Valia fue concertado. Así es como se llamaba entonces y así es como se llama aún, aunque quizá hoy en día se añaden un par de palabras en inglés a este procedimiento de emparejar a dos personas, para que suene más a *wedding planner* que a matrimonio concertado, pero, por aquel entonces, en los años ochenta del socialismo real, que no fueron tan malos según dirían los padres de Valia años después, se trataba solo de puro instinto de supervivencia y de la necesidad de ocultar la vergüenza de que la hija, que todavía no había cumplido los veinte años, ya se hubiera divorciado y quién sabía si realmente aún encontraría a alguien, con ese aspecto; no es que fuera fea, pero era, ¿cómo se decía?, fuera de lo común.

A los padres de Kostia les daba igual con quién se casara su hijo mientras dejara de tirarse a la zorra no judía de la vecina: «Solo está esperando a que la deje preñada»; seguro que le había echado el ojo a los chándales Adidas que se amontonaban en el armario y a los relojes de oro; quizá sabía incluso lo de las joyas escondidas bajo la cómoda, que tanto sudor habían costado y que nunca se lucían: «¿Dónde vas a llevarlas?, ¿qué quieres, ponértelas para pasear por el patio y pavonearte delante de las otras abuelas?». En cualquier caso, la ninfómana rubia quería pescar a su único hijo, y para colmo, él aún quería convertirse en músico, así que había que actuar deprisa. Del mismo modo que los padres de Kostia eran incapaces de imaginarse lo que el tío Vasia hacía con su entepierna en el coxis del niño, también había muchas otras cosas que para ellos no existían, una de las cuales era la idea de que dedicarse a la música no consistiera en alimentarse a base de cebollas, beber aguardiente como un cosaco y hablar entre lágrimas con los compañeros sobre el dolor que uno sentía en el pecho hasta terminar irnos en brazos de otros, de una manera absolutamente fraternal y sin el menor rastro de mariconeo, eso sí; y otra era que existiera el amor, es decir, que tal vez Kostia y la zorra no judía, que al parecer se ponía cachonda con la dote de él, estuvieran enamorados, así que a Kostia no le cabía la menor duda de que aquello tampoco conseguiría hacérselo entender nunca. Desde que la madre se había caído de la silla de tanto reír cuando él les había expresado su deseo de hacer carrera como músico, sabía que era mejor mantener la boca cerrada. Sin embargo, sí que estaba enamorado.

La chica se llamaba Oksana y su larga cabellera le llegaba hasta donde crecen las alas. Eso le decía él a veces como un cumplido, pero ella no lo entendió hasta que él se atrevió a ponerle la mano ahí: «¿Lo notas? Aquí es donde nacerían las alas». Le parecía un milagro que Oksana realmente se hubiera fijado en él. Era pelirrojo, tenía la cara, el cuello y los hombros cubiertos de pecas, y había heredado de su padre el cuerpo larguirucho, aunque a él ya le empezaba a salir barriga gracias a la determinación con que su madre se enfrentaba al desafío de acabar con la herencia del padre. Tartamudeaba un poco, aunque cada vez menos; solo cuando miraba el rostro de Oksana tenía que esperar y permanecer callado hasta que las consonantes se hubieran vuelto a poner en orden. Pero hay algo que no era: tímido.

De modo que un día fue directo hacia ella en el patio que había entre los edificios prefabricados con paneles de hormigón en forma de rombo, donde la chica estaba sentada con unas amigas trazando dibujos en la arena con el dedo, y le dijo: «Привет. Как дела?». Hola. ¿Qué tal? Y todas lo miraron menos ella. No hay que olvidar que aquello ocurrió antes de que la televisión occidental e internet enseñaran a los jóvenes a entablar conversación y a dar

calabazas, a tomarle el pelo a alguien para luego demostrar interés, es decir, antes de que les enseñaran cómo funcionaban todos aquellos juegos para conseguir quedar bien sin parecer fácil. Mucho antes de todo eso, Kostia se dirigió a Oksana y le dijo: «Hola. ¿Qué tal?». Y al cabo de un rato ella lo miró y supo que la atención que él le prestaba en aquel momento ya valía la pena por sí sola y era algo especial que no había que desechar sin más, así que le sonrió y a partir de entonces empezaron a salir juntos. Eso causó indignación no solo en los padres de Kostia, que ya se imaginaban cómo les desaparecían los chándales Adidas para ser vendidos en la estación de metro de Chertanovskaya por un precio irrisorio: solo a cambio de un billete a Leningrado.

Los padres de Oksana también veían la relación entre los jóvenes como un grave malentendido, un desastre absoluto. Ese judío no se iba a quedar con su niña, la más bonita, la mejor de todas las hijas, la joya en aquel montón de mierda, «¿No ves cómo brilla? Mira qué piel. ¡Una piel así solo se ve en la tele!», en aquel barrio de mala muerte a las afueras de la ciudad. Con esa piel y esos cabellos podía abrirse camino en el centro de la ciudad; con un tipo como el suyo tenía posibilidades de encontrar un buen partido; quizá algún día llegaría a vivir en un piso en el centro, quizá incluso su futuro marido se la llevaría al extranjero. Pero lo que resultaba inadmisibles era que se juntara con un judío pelirrojo y pueblerino y con los МЕЩАНИН de sus padres, una palabra que solo existe en ruso y que viene a significar «asquerosos pequeñoburgueses de aliento fétido». En resumen: los padres de ambos estaban en contra de la relación y, como los chicos vivían con ellos, como tantos otros que no se marchaban de casa hasta bien entrados los treinta, porque así era como el socialismo organizaba la vida libre de las personas, eran los padres quienes decidían lo que era una vida libre. Y si Oksana se quedara embarazada, entonces tendría que abortar, un método anticonceptivo infalible. Pero antes de que el asunto llegara tan lejos, los padres de Kostia llamaron a los parientes de Volgogrado, o tal vez fueron estos quienes los llamaron a ellos; fuera como fuera, se dio esa feliz coincidencia entre dos familias con parentesco lejano, todos judíos resistentes al agua, como ellos mismos se autodenominaban, que querían poner a salvo a sus hijos. Así es como Valia llegó a Moscú.

En cuanto Kostia estuvo frente a Valia, supo que terminarla haciéndole una propuesta de matrimonio. En contra de sus expectativas o de sus esperanzas de que nunca podría llegar a gustarle la chica que venía de la lejana ciudad junto al Volga porque aún tenía la cálida sensación de su amor por Oksana en el vientre, lo primero que pensó es que Valia era extraordinariamente guapa, de una belleza muy distinta a la de Oksana, y que además había algo en ella que hacía que le resultara familiar, que le recordara a alguien. Y aquella familiaridad lo cautivó aún más que sus grandes ojos de color tierra, que eran tan redondos como sus rizos. Si realmente había algo familiar en ella o si esa sensación venía causada porque los padres se pasaban los primeros veinte años de la vida de sus hijos intentando meterles en la cabeza que debían casarse entre ellos porque solo así podrían vivir tranquilos, «Hemos pasado por muchas cosas. Ya es hora de que tengamos un poco de paz», eso es algo que nunca sabremos, pero de alguna manera Valia le recordaba a Kostia a alguien de su familia; no a su madre, ni a su padre ni al tío Vasia, que en realidad no era pariente suyo; a lo mejor Kostia solo había visto en fotos a la persona a quien se parecía aquella chica de cabellos rizados. Pero qué se puede hacer contra los sentimientos, simplemente los tenemos o no los tenemos. Así que salieron juntos y a la cuarta noche se fueron a la cama.

Acostarse al cabo de poco tiempo era algo habitual. A pesar de la falta de espacios donde poder consumir el acto, siempre se presentaban oportunidades: algún amigo cuidaba de un piso mientras los propietarios estaban haciendo una barbacoa en su dacha o bien los padres estaban de viaje y, si no, siempre se podía recurrir a un banco en el parque durante la noche, pero eso era algo para gente sin escrúpulos y ellos dos no eran de esos. Valia y Kostia se acostaron por primera vez en casa del primo de Kostia, Misha, que ya entonces llevaba una barba como la de Trotski y dibujaba historietas siempre que podía, practicando para convertirse en un famoso dibujante ruso, cosa que finalmente consiguió, con apariciones en la televisión estatal incluidas y siete hijos de seguidoras entusiastas que luego aparecían reclamando una pensión. Para poder mantenerlos a todos, llegó un momento en que tuvo que abandonar su sueño, a pesar del notable éxito que había alcanzado, y buscarse un trabajo como es debido, como hacen todas las personas sensatas. Pero eso fue más tarde; en aquel momento estaba ocupado intentando convertirse en dibujante y les prestó el piso a Kostia y a Valia para que pudieran engendrar mellizos.

La segunda boda de Valia no fue tan espectacular como la primera, pero los preparativos fueron más emocionantes porque hubo alguno. En aquella ocasión, los padres de Kostia se llevaron a Valia a los grandes almacenes Berioska y le dejaron escoger el vestido a ella. Una empresa de lo más arriesgada, porque todo el mundo sabía que no podías simplemente entrar en универсамг Берёзка y comprar algo, sino que allí se pagaba con bonos que hacían las veces de los billetes prohibidos en la Unión Soviética. Si en Rusia pillaban a alguien con billetes de dólar, lo metían entre rejas, pero los suegros no tenían dólares sino trozos de papel que desempeñaban la misma función.

La madre de Kostia tiró de Valia para que la siguiera entre las hileras de pomposos vestidos. El corazón de Valia latía tan fuerte que apenas podía oír los comentarios que hacía el padre de Kostia sobre las telas o cómo calculaba el precio solo con pasar por delante. La metieron en el probador, donde se desnudó hasta quedarse en ropa interior y se miró al espejo. Se le habían ensanchado las caderas y sus muslos estaban más blandos, y los gemelos empujaban hacia fuera su vientre plano, pero su cintura continuaba siendo esbelta, y sus pechos, firmes; la espalda ya le dolía. Sus cabellos se rizaban desde la raíz y se balanceaban como los de una muñeca cuando levantaba o bajaba la cabeza. Se observó los pies: los tenía hinchados y surcados por gruesas venas que se marcaban bajo la piel enrojecida, así que tendría que llevar zapatos planos para la boda.

Se asustó cuando su suegra entró de golpe en el probador como si tuvieran que darse prisa y empezó a ponerle un vestido por la cabeza mientras sostenía otros dos en el brazo; no esperó a que Valia le diera su opinión, le quitó el vestido por los pies, le probó otro, se lo abrochó, se lo abotonó, le levantó el dobladillo, la agarró por el culo, le giró la cabeza, le examinó los pechos y nunca parecía satisfecha. Valia no oía lo que iba mascullando porque estaba demasiado nerviosa y, además, todo le parecía bien. Así pues, la madre de Kostia escogió el vestido mientras Valia se quedaba allí de pie con los brazos extendidos, sin poder dejar de sonreír a causa de la alta dosis de adrenalina que tenía en el cuerpo. Cuando más tarde, espiondo desde el probador, vio que su suegro ponía unos bonos sobre el mostrador y miraba al cajero a los ojos de forma significativa, a lo que el otro respondía asintiendo lentamente con la cabeza y, en vez de llamar a la policía, metía la montaña de tela blanca en una gran bolsa, ella tuvo que morderse el labio inferior para no

gritar.

Valia recordaría siempre aquella compra como uno de los momentos más emocionantes de su vida, sin duda mucho más que la boda, en la que no pudo beber y no se atrevió a bailar con dos seres vivos en la barriga, por más que llevara zapatos planos. Antes de la boda se había pasado dos meses en el hospital porque su cuerpo amenazaba con expulsar a los niños, dos largos meses durante los que se había dedicado a comer los dulces que le ofrecía su compañera de habitación, que también era estudiante de Medicina y a la que sus padres abastecían diariamente. Los padres de Valia estaban en Volgogrado y tenían mucho trabajo, o al menos eso era lo que le decían por teléfono. Etinka fue a visitarla un par de veces: le llevaba flores, se sentaba en el borde de la cama y le hablaba sobre los niños que habían muerto en la clínica para tuberculosos que ella dirigía. Fue entonces cuando Valia se dio cuenta por primera vez de lo mucho que Etinka había envejecido.

Cuando la dejaron salir del hospital, los médicos le advirtieron que se moviera lo mínimo y que procurara no alterarse, ya que aún existía el riesgo de que los bebés nacieran antes de tiempo, así que durante la boda Valia permaneció sentada a la mesa observando cómo su marido, empapado en sudor y con la camisa azul remangada, bailaba lanzando las piernas hacia delante.

Y como él no le había vuelto a dirigir la palabra desde que le había dado el sí en el registro civil y todos los demás tampoco hablaban con ella porque estaban ocupados celebrando su boda, Valia se puso a hablar consigo misma y a recordar todas las cosas bonitas que Kostia le había dicho:

«Eres lo más bonito que he visto nunca».

«Voy a cumplir todos los deseos que salgan de tus labios».

«Cuando cierro los ojos, te veo tumbada dentro de una gran bañera rodeada de piedras preciosas y seda y relojes de oro y de todo, todo lo que quieras y que yo me ocuparé de conseguirte».

De modo que Valia se fue a vivir con Kostia a la jrushchovka donde él vivía, una obra maestra de la arquitectura soviética, un edificio prefabricado con paneles de hormigón que debía su nombre a Nikita Serguéievich Jruschov, el mismo que se había quitado el zapato de piel negro en la abarrotada sala de las Naciones Unidas y había golpeado la mesa de caoba con la suela de goma mientras gritaba: «**МЫ ВАМ ПОКАЖЕМ КУЗЬКИНУ МАТЬ!**».

Sus intérpretes simultáneos no tenían ni idea de a qué se refería, así que tradujeron literalmente que a Nikita Serguéievich le gustaría mostrarles a todos los presentes la madre de Kuzkin. A saber lo que habría llegado a ocurrir si aquel día de 1960 los intérpretes hubieran transmitido a través del micrófono a las Naciones Unidas el verdadero significado del mensaje del líder soviético, es decir: «¡Os haremos pedazos a todos!».

Aquel gran hombre, pues, era el que dio nombre al edificio prefabricado donde Kostia se había criado y donde nacerían sus hijos.

El piso tenía dos habitaciones: sus padres se quedaron con el salón y les cedieron el dormitorio a los recién casados.

La madre de Kostia pasó revista a Valia y le pareció que sus caderas eran muy prometedoras. Y no le parecía mal que estudiara Medicina: los médicos ganaban una miseria, pero estaba bien

tener uno en casa, siempre y cuando no se creyera mejor que los demás y quitara sus libros de la mesa del comedor.

En realidad, prácticamente lo único que Valia se había llevado a Moscú eran sus libros. La familia de Kostia había albergado alguna esperanza de que la novia, que provenía de una familia instruida en la que todos eran médicos, trajera consigo algo de valor, alguna cosa de la que se pudiera sacar provecho, tal vez telas de calidad, un reloj de oro, joyas de la familia o, como mínimo, que llevara ropa decente y no aquellos vestidos *hippies*, los vaqueros acampanados y la chaqueta de piel. Pero así es como vino la novia y prácticamente lo único que trajo con ella fueron libros, lo cual resultaba muy sospechoso, de modo que la madre de Kostia, mientras Valia estaba en la universidad, hojeaba y sacudía todos sus libros para asegurarse de que no escondiera entre las páginas o en la cubierta billetes de color burdeos o de cualquier otro color. No encontró nada, pero Valia siguió siendo sospechosa a los ojos de sus suegros:

—¿Dónde has estado?

—En la universidad.

—¿Tienes idea de la hora que es?

—Estaba preparando el examen de química con unos compañeros.

—No me tomes por tonta.

—Me voy a la cama.

—Seguro que has ido al teatro, puedo olerlo.

—El teatro no se puede oler.

—¡Ya lo creo que sí!

El cuerpo de Valia se hinchó y le exigía comer el doble de todo: alforfón, mantequilla, pan blanco con azúcar, chocolate, mucho, mucho chocolate y galletas, y gracias a Dios que su suegra no escatimaba la crema en sus tartas. En el mercado no se podía encontrar fruta y los padres de Valia no creían que fuera saludable que su hija se alimentara solo con productos hechos con trigo y levadura.

«Pues entonces envíadme algo. Mi suegro se niega a ir al mercado negro, porque dice que la fruta que venden allí viene directamente de las morgues y que la almacenan junto a los cadáveres».

Sus padres le prometieron que le enviarían algo y, al preguntarles cuándo pensaban ir a visitarla, le respondieron que pronto pero que no podían decirle cuándo exactamente.

Una semana después, Valia se fue a la estación de Pavelétskaya y se sentó en el andén hasta que llegó el tren azul procedente de Volgogrado, que había estado viajando por la estepa durante días. Valia lo envidió y contempló las nubes de humo que se elevaban hasta la alta cúpula de la estación. Pensó que le encantaría leer a Conan Doyle, los libros de su infancia. Todo aquello le parecía muy lejano. En aquel momento solo llevaba un periódico y no podía leerlo porque tenía que sentarse encima para que no se le enfriara el trasero en el banco. Miró los ojos de la gran locomotora y luego las piernas que saltaban de los vagones. Todo era de color azul y *beige*. Nadie se detenía; todo el mundo se dirigía a alguna parte. La revisora Hiena Vladímirovna bajó del tren y fue hacia ella. Era una vieja conocida de la familia que les resultaba de gran ayuda en el trayecto Volgogrado-Moscú. Arrastraba tras de sí una caja atada con una cinta que Valia reconoció

enseguida.

—Tus padres han perdido la cabeza. Creo que te mandan sandías.

—Gracias. ¿Cómo están tus hijos?

—Ay, me van a llevar a la tumba.

Elena Vladímirovna se encendió un cigarrillo y le ofreció uno a Valia, pero esta negó con la cabeza.

—¿De cuánto estás?

—De ocho meses.

—¿Y cómo piensas llevar las sandías a casa?

—Le pediré ayuda a alguien.

—Bueno, hija, cuídate.

Valia cogió la cinta roja, arrastró el paquete como si se tratara de un perro muerto y al llegar a la estación de metro llamó a Kostia y le pidió que fuera a buscarla. Kostia protestó pero fue.

Valia tardó unos meses en descubrir que Kostia bebía. No bebía como se suponía que debía beber un ruso ortodoxo, ni tampoco como un judío, sino más bien como un niño pequeño al que los demás ponen como condición para dejarle jugar con ellos que lama hasta la última gota de un charco de estiércol. Odiaba la bebida. La encontraba insípida, pero sabía que no tenía elección. Se ponía tan nervioso al beber, se le daba tan mal y su cuerpo, delgado a pesar de todo, toleraba tan poco el aguardiente, que siempre acababa oscilando entre dos extremos: o se dormía o tenía un arrebatos de cólera.

Al principio su cólera iba dirigida únicamente a su padre. Había motivos de sobra: bastaba con el hecho de tener que vivir con el padre bajo un mismo techo, con un padre que reseguía con un cuchillo el hule de la mesa repasando con la hoja los contornos de las flores rojas y azules, mientras decía con un siseo, escupiendo entre los pelos de su barba incipiente: «Aquí se hará lo que yo diga». Aquel padre, el torpe animalillo de pueblo que apenas conseguía poner un pie delante del otro, que se había pasado la mitad de su vida siendo el juguete de los que eran más fuertes que él, justo había conseguido erguirse y se encontraba con que su hijo ya le superaba en altura y en peso y con que era el único que recibía los escasos abrazos de su mujer, de modo que se veía obligado a imponer su autoridad a través de los cubiertos del cajón, instaba convencido de que la supervivencia de la familia dependía de él y no de su mujer, que trabajaba en la fábrica, cocinaba para cuatro, se ocupaba de la casa y, después de todo eso, aún se tumbaba en la cama para que él pudiera sentirse un hombre. Y como su único hijo, Konstantín, no tenía la menor idea sobre cómo funcionaba el mundo, ya que aún seguía empeñado en ser músico y perdía cualquier puesto de aprendiz al cabo de pocas semanas a causa de sus arrebatos de cólera o porque se quedaba dormido en el trabajo y, encima, habían tenido que pagar para librarlo de la mili porque a saber qué le habría ocurrido de haber ido, si era incapaz de defenderse, «Pero míralo, si es un blandengue, nada más llegar le meterán un palo de escoba por el culo», él aún tenía que enseñarle muchas cosas y, según su punto de vista, eso solo se conseguía con un cuchillo en la mano, ya que de otro modo Kostia no quería escuchar.

A Kostia no le daba ningún miedo el cuchillo en la mano de su padre; al contrario, lo encontraba casi divertido. Habría sido fácil quitárselo de la mano huesuda de un golpe si la cosa

se hubiera puesto fea, lo cual no sucedió nunca, o solo una vez, cuando decidieron marcharse para siempre, emprender el camino de la **ЗМИГРАЦИЯ**, de la emigración. Lo que realmente le daba miedo a Kostia era lo que su padre estaba haciendo con su madre. No sabía exactamente qué era, pero observaba las arrugas cada vez más profundas en el rostro de la madre, las comisuras caídas de la boca, que parecían grabadas en su cara, los ojos saltones, con las venas rojas alrededor de las pupilas, y no quería ni imaginarse a qué se debía todo aquello. De joven, su madre había sido una mujer guapa, de eso estaba seguro, pero ya no se podía distinguir ni rastro de aquella belleza bajo la piel surcada de arrugas y el andrajoso vestido de estar por casa que remendaba una y otra vez, aunque en el armario guardaba al menos diez vestidos nuevos todavía en el envoltorio; pero qué sentido tenía estrenarlos cuando el que llevaba aún le servía. Y como Kostia siempre perdía el trabajo, estaba casi siempre en casa, de modo que tenía mucho tiempo para abandonarse a sus sentimientos.

Valia llegaba a casa y encontraba los chándales Adidas en sus crujientes envoltorios volando por los aires y estampándose contra el tapiz de la pared. Valia llegaba a casa y encontraba a Kostia sacando medio cuerpo por la ventana, con el torso desnudo y los pelos rizados y rojos del pecho señalando hacia Chertanovo, gritando que la vida tenía un sentido: «¡Sí, lo tiene, lo tiene, lo tiene!». Valia llegaba a casa y encontraba a Kostia hecho un ovillo frente al sofá, riéndose por lo bajo como un niño, y le decía cuánto la había echado de menos y que no podía dejarlo nunca, nunca. Valia llegaba a casa y encontraba a Kostia hablando sobre lo injusto que era el mundo con él, y con ello se refería a su ardor de estómago. Su mundo era tan pequeño que ella ni siquiera tenía espacio para sentarse junto a él, junto al hedor a alcohol destilado en casa, que provocaba dolor de cabeza durante días.

En aquel ambiente crecían los gemelos bajo el corazón de Valia, que sospechaba que pronto Konstantín no tendría bastante con culpar al mundo, sino que también la haría responsable a ella de su ardor de estómago.

No obstante, el primer golpe vino de su suegra. Valia había llegado de la universidad más tarde que de costumbre y estaba de buen humor, porque había estado conversando durante horas sobre Solzhenitsin con un compañero y después él le había dicho, mirándola intensamente a los ojos, que la barriga le sentaba de maravilla. Se echó hacia atrás el pelo, que entonces ya le llegaba hasta los hombros, y entró sonriendo en la cocina, donde la suegra estaba removiendo algo humeante en los fogones. Miró a Valia de arriba abajo, tiró el cucharón al fregadero, se acercó a ella, levantó el brazo y le dio una bofetada. Valia soltó un sonido breve y sordo. No sintió ningún dolor. A pesar de que la suegra tenía mucha fuerza, no sintió absolutamente nada.

Valia se quedó mirando fijamente el rostro pálido y mortecino de aquella mujer que durante nueve meses había llevado en su vientre lo que acabaría convirtiéndose en su marido y, antes y después, había sufrido partos en los que el niño había nacido muerto, abortos y violaciones —¿o tal vez en aquella época aún no se las llamaba así?—; el rostro de una mujer que era como un muro hueco, pero bajo el yeso y los hongos y el moho, algún día tenía que haber vivido alguien. Valia escrutó aquel rostro en busca del menor rastro de vida. A sus ojos asomaron lágrimas que ni siquiera se molestó en enjugarse. Se frotó la mejilla y preguntó:

—¿Por qué?

—Porque eres una puta que andas todo el día con otras putas y te tiras todo lo que encuentras.

Eso se ve a la legua. Apesta a perfume caro. ¿De dónde has sacado el dinero? ¿Dónde lo tienes escondido, zorra? ¿Por dónde andas metida todo el día? ¿Te crees que me chupo el dedo? ¿Te crees que no sé lo que te traes entre manos? Maldito sea el día en que te di a mi único hijo, furcia. ¿Te crees mejor que los demás porque vas a la universidad? ¿Porque la malnacida de tu madre es médica, como todos los cerdos de tu familia? ¿Crees que puedes arruinarle la vida a mi único hijo? Mira cómo está, mira hasta dónde lo has llevado...

No vale la pena especular sobre si aquel arrebato de la madre amorosa se desencadenó porque ese día Kostia había vuelto a perder otro puesto como aprendiz o porque, inevitablemente, algo que se ha ido acumulando se desborda cuando las chicas como Valia, con vaqueros de campana y rizos alborotados, que en el equipaje llevan libros en vez de gusanos de seda, chocan con personas a las que hasta hace poco se les daba caza como a animales por todo el pueblo por media hogaza de pan. Aquel fue el primer golpe que recibió Valia tras divorciarse de Iván y fue totalmente distinto a los otros. Tal vez porque se lo dio una mujer. No, no una mujer. Una madre. Valia no dijo nada ni tampoco lloró, sino que se fue a su habitación, se sentó al escritorio frente a la ventana y sacó sus libros.

Kostia no quería pegar a su mujer. No quería pegar a nadie. Era una persona pacífica que solo quería dedicarse a la música. Con el dinero que había ahorrado y mendigado, se compró un pequeño piano que colocó en el dormitorio que compartía con Valia, para horror de sus padres, que, aunque le dijeron de todo, no pudieron hacer nada para impedir que Kostia lo subiera por las escaleras con la ayuda de tres amigos. La madre incluso los invitó a un trago y se tomó uno con ellos, cosa que hacía en contadas ocasiones, y luego le puso la pesada mano en el hombro a uno de los chicos.

—¿Qué puedo hacer con mi hijo?

—¿Qué va a hacer? Ya es demasiado tarde para eso.

—Pero vosotros me lo cuidáis, ¿verdad?

—Sí, lo hacemos.

—Si vendo el piano, ¿volveréis para sacarlo de aquí?

Kostia se matriculó en la escuela de música y, en efecto, parecía tener talento, a pesar de que no aprendió a tocar a Schumann, ni a Schubert ni a Rameau, sino que solo tocaba lo que quería, es decir, canciones rusas de *cabaret*, canciones pop y canciones de moda, con las que todo el mundo podía reír y cantar a pleno pulmón. Eso le gustaba: que los amigos se reunieran y fueran felices juntos. Le gustaba entretenerlos, le encantaban sus voces alegres, con todos sus intervalos y tonalidades. Y, en secreto, también le encantaba Schumann, pero sabía que nunca sería lo bastante bueno como para extasiar a sus amigos tocándolo, así que lo dejó correr. Cuando se atrevía con los románticos extranjeros, se le hinchaban las aletas de la nariz, se le humedecían los ojos y sudaba todavía más que de costumbre. No valía la pena tanto esfuerzo, aun cuando presentía que aquel misterioso mundo de la música podría llevarlo a dimensiones donde quizá viera el universo o a Dios, aunque preferiblemente el universo, con las estrellas y las colas de los meteoritos al alcance de la mano. Sin embargo, todo eso permanecía oculto para Kostia porque no se atrevía a correr el riesgo de fracasar en el mundo de la música clásica, donde no había sitio para la gente como él.

Kostia no recordaba por qué había pegado a Valia por primera vez. En realidad, no le había pegado directamente, es decir, esa no había sido su intención. El golpe no iba dirigido a ella. Simplemente se había metido en medio, entre él y su padre. Valia les estaba pidiendo que se calmaran, que dejaran de discutir, o quizá solo había ido a la cocina a buscar un trozo de sandía de la que le habían mandado sus padres, cuando Kostia levantó el brazo y le pegó por primera vez. Y al ver que era la cabeza de Valia y no la calva de su padre la que salía despedida por su manotazo, volvió a pegarle, porque de pronto sintió un hormigueo en los músculos del cuello y se dio cuenta de que aquellos golpes le satisfacían más que las agresiones contra el viejo. Valia cayó al suelo y él se puso a darle patadas. Ella no gritó.

Con moratones en la cara, en el dorso de las manos y en el tórax, Valia no podía ir a la universidad, de modo que se quedó una semana en la cama, inspirando y espirando profundamente, mientras pensaba que los exámenes de pedagogía, histología y embriología clínica serían difíciles, pero que los aprobaría. La teoría del comunismo y la historia del Partido eran aún más difíciles.

Y la asignatura de lengua extranjera. ¿Qué lengua extranjera? No era más que un curso en el que fingían que les enseñaban inglés una hora a la semana, en el que fingían que el telón de acero se había entreabierto un poco cuando en realidad se limitaban a dibujar con tiza sobre él una puerta contra la que todos chocaban al correr hacia ella. No sabía si aprobaría el examen de inglés. Aquel pensamiento la llenó de rabia y se le humedecieron los ojos.

Luego volvió a pensar: química, ningún problema. Anatomía, latín, psicología, ningún problema.

Puedo verla con sus vaqueros y su jersey de cuello alto y los calcetines zurcidos en la parte del dedo gordo, tumbada sobre el edredón a cuadros, con las manos sobre la abultada barriga. El gran armario marrón ocupa toda la pared que hay detrás de su cabeza; a su lado está el piano, bajo la ventana cuyos visillos están echados y caen sobre la tapa cerrada del instrumento; más a la izquierda está el escritorio, donde hay una pila de libros de medicina y dos cuadernos de un turquesa descolorido; y, justo al lado, de nuevo la cama donde Valia está tumbada respirando suavemente y con la vista clavada en el techo, que, a dos metros y medio, se cierra sobre ella como la tapa hermética de un tarro de conservas. Quizá entonces yo notaba su respiración suave, pero eso hoy no puedo saberlo. Voy colocando mis *quizá* uno al lado del otro, bolita a bolita: son cuentas de cristal sin pulir que no alcanzan para un collar como Dios manda. Aparte de la planificación de sus exámenes, nada de lo que debió de pensar, oler o sentir en aquellos momentos llegará nunca hasta mí.

Yo también estoy en algún lugar de esta cama, pero no puedo verme. No conservo ningún recuerdo de entonces. Estoy unido a un cordón umbilical que lleva hacia la nada. Hay otro ser vivo junto a mí, flotando en la misma nada, rozándose, ligero como un globo. Oigo fragmentos de lo que dice Valia y los junto con imágenes provenientes de fuentes que no sé si son fidedignas. No puedo distinguir entre lo que pertenece a una película con la que me quedé dormido a las tantas de la noche y la frase de una canción en mi lengua materna que me parece el resumen de una vida que conozco. No hay nada a lo que pueda agarrarme. Sé que esta escena me la han contado, pero no

del modo en que ocurrió.

EL PRINCIPIO

Antón había escrito una postal. En realidad, era demasiado decir que la había escrito. Simplemente llegó una postal a casa con la fotografía en blanco y negro de una calle estrecha entre edificios que se desmoronaban apoyados unos contra otros y, encima, había escrito en rojo: «Estambul».

Era su manera de decir que estaba bien, pensó Valia.

Sostenía el trozo de cartón por un extremo con el índice y lo hacía girar sobre la mesa con el pulgar mientras miraba las estanterías, cuando Ali entró en la cocina. Había oído a su hija desde lejos. Ali se había quedado las llaves cuando se había marchado de casa nueve años atrás y las utilizaba una vez cada seis meses. Aquella era la primera desde que Antón había desaparecido. La llave se atascaba un poco y solo los que vivían o habían vivido en la casa sabían que tenían que empujar la puerta hacia arriba y hacer presión sobre el marco para que la cerradura se abriera. Ali abrió la puerta de un empujón y murmuró algo que Valia no entendió, pero estaba segura de que no era ningún saludo. Oyó los pasos sobre el linóleo del pasillo y el ruido de la goma de las suelas al frotar la una con la otra cuando Ali se quitó las deportivas. La oyó avanzar a hurtadillas por la casa y meterse en algún sitio y, de nuevo, todo quedó en silencio.

«Родительский дом начало начал, ты в жизни моей надежный причал», cantaba la cara en blanco y negro de Leshchenko dentro de la cabeza de Ali. «Eres un puerto seguro para mí, la casa de mis padres, el principio de todos los principios». La leyenda de la música rusa cantaba aquella canción con la cara hinchada y la boca torcida Inicia la izquierda, enarcando las cejas constantemente y moviendo los brazos para animar al público a que cantara con él. Y todos cantaban, la Unión Soviética entera cantaba con él. Lo que buscaba realmente en el interior de la cabeza de Ali era un misterio para ella. La sacudió para sacárselo de dentro y miró a su alrededor.

Se había obligado a andar con la mayor seguridad posible antes de entrar en aquella casa donde se podría decir que se había criado, o donde al menos había pasado una parte importante de su infancia. Recordaba en qué esquina la obligaban a estar de pie como castigo por haber mordido a Antón en el muslo, entrando en el salón a mano izquierda, el lugar donde escondía el coche de juguete para que no lo encontrara su hermano y el sitio donde colocaban el árbol el día de Año

Nuevo en vez de en Navidad, y cómo se tambaleaba cuando los hermanos le daban tirones con fuerza, allí, junto a la ventana.

Ali miró instintivamente el sitio donde ella y Antón habían chamuscado la alfombra cuando intentaban descolgar la gran luz de Navidad en forma de estrella roja que coronaba el árbol de plástico. Se enterraban el uno al otro con los espumillones plateados que quitaban del árbol como si fueran telarañas, los dejaban caer sobre la cabeza del otro como lluvia, estrujaban con los dedos el papel brillante de colores y lo desgarraban con los dientes. Sobre la quemadura de la alfombra había un sofá de piel nuevo. Lo empujó hacia un lado, se puso en cuclillas y observó los hilillos chamuscados alrededor del agujero. Entonces se acordó de que había una quemadura idéntica en la alfombra del piso de sus padres en Moscú y se preguntó si el lugar sería una copia exacta de aquel. El juego era el mismo cuando vivían allí: también destruían los brillantes espumillones con los dientes, había la misma estrella roja que se les caía al suelo y el mismo padre borracho que lloraba y luego se iba a dormir.

El marrón claro del sofá nuevo le hacía daño a la vista. La mesita de la tele de aglomerado, que se suponía que debía parecer de roble, todavía estaba allí y tenía más rasguños de tanto limpiar el polvo y coger y dejar las revistas de la programación televisiva. En aquella casa ya no se leían libros.

Los finos visillos de algodón también eran nuevos y demasiado largos: rozaban el suelo y se movían cuando alguien pasaba junto a ellos. Ali extendió la palma de la mano y estrujó uno de los extremos con los dedos. El papel de la pared era de color blanco poliestireno con estampado de flores plateadas. Antón había repasado con bolígrafo la cenefa que quedaba detrás de la puerta y Ali se había chivado. En las vitrinas había bustos de desconocidos y fotos sin marco apoyadas en jarrones de cristal barato. Ahí estaban Shura, Etia, Dania, Emma, Valia, otra vez Valia y, al lado, las fotos de los niños. En todas las que aparecía Ali, llevaba el cabello hasta las caderas; allí no había ningún testimonio de su corte de pelo. Antón siempre salía sonriendo de oreja a oreja y bien peinado, cosa que Ali no había visto nunca, en parte porque ella lo despeinaba en cuanto podía, ya que envidiaba su pelo corto, pero entonces era impensable que le dejaran cortarse el pelo, porque el cabello era:

—El honor de una mujer. ¿Es que quieres tirar tu honor a la basura?

—¿Y qué pasa si no soy una mujer?

—Entonces ¿qué eres? ¿Un elefante?

Y todos se reían, especialmente las tías que estaban de visita, bebiendo té negro con limón y mermelada. Movían la cabeza y decían que algún día la pequeña ya lo entendería:

—Es cosa de la edad. Tiene la cabeza llena de pájaros. Son las malas compañías. Todo el día anda por ahí solo con chicos y no quiere llevar sujetador.

Ali se acercó al marco de la puerta y se apoyó en la cinta métrica improvisada que habían dibujado en él con color azul, una costumbre que habían traído de Moscú y que consistía en marcar con bolígrafo la estatura de los niños junto a la puerta del salón, anotar el año al lado y así una y otra vez. Los medían y comentaban lo rápido que pasaba el tiempo: «Un metro veinte, un metro cuarenta y siete, un metro sesenta. ¡Madre mía, no crezcáis tan deprisa!».

A Ali y a Antón no les interesaban tanto el paso del tiempo y su estatura como el bonito dibujo

que quedaba en la pared, e intentaban unir las rayas, sobre todo Antón, que aprovechaba la menor ocasión para entrelazar las líneas trazando curvas y espirales y siempre terminaba por recibir una colleja:

—¿Cuántas veces tengo que repetirme que no puedes dibujar en las paredes? —Kostia le quitaba los lápices de la mano.

—¿Y por qué no? ¡Tú también lo haces!

La cinta métrica sobre la que estaba apoyada Ali empezaba con «1996: 141 centímetros». Ali recorrió con las yemas de los dedos las rayas que indicaban su estatura y la de Antón y que ellos habían unido formando constelaciones y luego miró a su madre sentada en la cocina. Allí no había cambiado nada. Ali se encogió hasta convertirse de nuevo en la niña cuya estatura habían marcado en la pared y notó el familiar olor a naftalina que le impregnaba el pelo. Daba igual lo corto que lo llevara: ese olor permanecía en su pelo. Era como si su cuero cabelludo volviera a desprender el mismo olor en cuanto entraba en aquella casa. Nada más cruzar el umbral, una capa de naftalina se posaba sobre su rostro y todo seguía igual que antes. Sí, se había cortado el pelo, pero allí nadie se daba cuenta. A los ojos de su madre, que estaba sentada a la mesa de la cocina junto a la ventana, con la vista fija en la caja de galletas que había en la estantería, Ali todavía era la calcomanía de un recuerdo de cabellos largos que desprendían ese olor. Quizá por eso sus glándulas segregaban naftalina, para que la madre pudiera reconocerla por el olor.

A lo mejor me opero la cara, pensó Ali, hago que me agranden la nariz para ver si se da cuenta. Valia no se movía, no miraba ni a su hija ni las galletas, sino que tenía los ojos clavados en la estantería negra con el borde dorado y un estampado de cerezas rojas y se preguntaba por qué no había tirado aquella baratija hacía tiempo. ¿Cuánto llevaba allí? Tal vez quince años. Diez como mínimo. En cualquier caso, ya era vieja. Igual que el mantel. Debería tirarlo todo, pensó.

Tenía la piel de las mejillas seca: había olvidado ponerse crema después de ducharse. Había permanecido largo rato bajo el chorro de agua, llorando, y luego se había secado y se había sentado a la mesa, donde aún estaba, y, mientras esperaba a Ali, se había planteado si debería hacerse algo en la cara: inyectarse algún veneno en las mejillas, estirarse los párpados o quizá empezar con un maquillaje permanente. Luego le entró miedo: ¿qué pasaría si los médicos cometían un error?, ¿qué pasaría si su aspecto cambiaba tanto que su hija ya no la reconocía?

Valia había sufrido por cada uno de los rizos que Ali se había cortado como si fueran los suyos propios. Había querido recoger y guardar los cabellos de su hija para cuando llegaran tiempos mejores y Alissa se decidiera de una vez por todas a no intentar parecer un chico, todavía más chico que Antón. ¿Pretendía ser más chico que su hermano o qué es lo que quería demostrarle al mundo? Si era lesbiana, también podía serlo con el pelo largo. Nada le impedía estar guapa.

—¿Estas todavía son las galletas que te traje la última vez? —preguntó Ali al entrar en la cocina; la pregunta le cayó de los labios y fue a parar al suelo de linóleo.

Valia le sonrió y quiso alargar la mano hacia ella, pedirle que se sentara y le contara cómo le iban las cosas, pero, en lugar de eso, presionó con los dedos la postal que había encima de la mesa.

—Sí, puede ser. No estoy segura.

Alissa recorrió la pared, contó los armarios colgantes, miró las agujas encorvadas del reloj de

pared que hacía tiempo que se había parado y contó sus propios pasos. Al llegar al mármol de la cocina, cogió el hervidor de agua con ambas manos y accionó el botón para ponerlo en marcha. En el interior blanco de plástico había salpicaduras secas marrones y rojas: las rojas debían de ser de zumo de granada porque aún quedaban algunas semillas aplastadas sobre el mármol de la cocina; las marrones eran de té. Ali escuchó el silbido del agua hirviendo, que desprendía un hilo de vapor húmedo ante sus ojos, inspiró profundamente y soltó el aire despacio a través de la boca cerrada, haciendo que sus labios vibraran, imitando el burbujeo del hervidor, intentando seguir su ritmo. Luego abrió el armario que había sobre el fregadero y sacó una taza. Era de color azul marino, con un mapa del mar Negro que parecía sacado de unos dibujos animados.

—Mira, aquí todavía está Crimea —dijo volviéndose hacia su madre y levantando la taza.

—Pues claro que está. ¿Dónde iba a estar, si no?

Ali volvió a girarse, abrió el cajón del té y un fuerte olor a bergamota le invadió la nariz.

—Lo dibujó el tío Misha. Ya tiene sus años —dijo Valia desde detrás de Ali.

—¿Puedes explicarme otra vez quién era el tío Misha?

Ali revolvió las bolsas de té del cajón mientras notaba la mirada de su madre sobre su cuerpo. Llevaba un jersey gris de hombre sobre una camisa blanca que le iba demasiado ancha y ambas prendas metidas en unos pantalones negros de hombre. Su cuerpo desaparecía bajo las capas de ropa. Ali vio que Valia cerraba los ojos y los volvía a abrir. Vertió el agua sobre la bolsa de té y se sentó frente a su madre. Valia entrelazó las manos y sacó un poco los labios hacia fuera.

—¿No crees que deberíamos ir a comprarte ropa?

Ali se estiró las mangas del jersey, se tapó los dedos con el tejido de lana y cogió la taza por el asa.

—¿Conozco al tío Misha?

—Él dibujó todas las películas de dibujos animados que veáis de pequeños. ¿Por qué vas vestida así?

—¿Puedo quedarme la taza?

Valia la miró durante largo rato a la cara.

—Puedes quedarte con todo. Coge lo que quieras.

Ali pensó qué era lo que se llevaría de aquella casa. ¿Los pendientes de su abuela, que no se pondría nunca porque nunca llevaba joyas? ¿Las fotos, que se volverían amarillas sin que llegara a sacarlas de las cajas de mudanza, igual que hacía su madre? Los juguetes los habían vendido o regalado hacía tiempo. ¿Los cuadros de las paredes, que eran copias baratas? ¿Tal vez las camisas de su padre? Pero eso no podía decírselo a Valia de ninguna manera. Miró hacia el pasillo a través de la puerta abierta y sus ojos se posaron sobre el marco con la cinta métrica dibujada. Eso era lo que quería quedarse: quería arrancar la tabla del marco donde estaba la cinta métrica, cargársela al hombro, llevársela a casa y dejarla apoyada en la pared. Ali abrió la boca y dijo:

—Allí ahora están a oscuras.

—¿Dónde?

—En Crimea. Están completamente a oscuras. Han cortado los cables de la luz. Los trolebuses no funcionan. ¿Qué deben de hacer a oscuras?

Ali miró a su madre por encima de la mesa, que parecía infinitamente larga.

—Puedes quedarte la taza.

Ali hundió los dedos en sus rizos y miró por la ventana hacia la calle de aquella ciudad reseca

del oeste de Alemania, donde la gente sabía si regabas las plantas del jardín delantero y quién había matado a puñaladas al gato del vecino. En aquella calle había aprendido a montar en bicicleta. Su padre le daba un empujón y después le gritaba desde detrás que tenía que mirar hacia delante y no volver la cabeza hacia él. Ali se caía cada dos por tres y se lastimaba las rodillas, mientras Antón se reía haciendo círculos a su alrededor en su bicicleta.

—¿Sabes? Si lo que pretendes conseguir vistiéndote así es que nadie te mire, resulta que tiene el efecto contrario.

Ali mantuvo la vista fija en la calle.

—Pareces un espantapájaros. ¿Es que te han dado la ropa en la Cruz Roja?

—Sí, mamá.

—¿Puedes explicarme por qué te vistes así?

—No tengo ganas de hablar sobre eso.

—Lo siento. ¿Sobre qué te gustaría hablar?

Sobre el camino de grava que hay aquí al lado y que mis rodillas aún recuerdan. Sobre las tazas pintadas por personas que no conozco pero que son importantes para ti. Sobre el hecho de que esperas que me lance a tus brazos para saludarte como una leve compensación por todo aquello a lo que has tenido que renunciar en la vida porque me tuviste a mí. Sobre la necesidad de proximidad entre las personas y sobre qué hacer con ella. Sobre los dientes que se ennegrecen por el tabaco y el té negro. Sobre por qué todavía no te has marchado de este museo. ¿Para qué necesitas esto? ¿Este aire viciado? En vez de comprar muebles nuevos para ponerlos sobre la alfombra chamuscada, deberías quemarlo todo, dar la ropa, por mí a la Cruz Roja, mudarte a otra ciudad, venirte a vivir conmigo. No, a vivir conmigo no, por favor, pero tampoco te vayas demasiado lejos. Deberías buscar a tu hijo conmigo, pero sin hablar de ello. Simplemente hacer como si nos fuéramos de viaje juntas. Sobre esta carencia que no puedo dejar de sentir, ni tú tampoco. Eso fue lo que le pasó por la cabeza a Ali. Pero no dijo nada.

Vio que Valia se mordía el labio inferior y soltaba el aire por la nariz.

Sin embargo, no todo seguía igual que antes, ni aquella casa de la que Ali se había fugado a los dieciséis años y a la que había vuelto al cabo de poco solo a buscar sus cosas, ni tampoco Valentina. Tal vez era que Valia se estaba volviendo a convertir poco a poco en la joven que había sido y sobre la que Ali no sabía nada. Ali no tenía ni idea de que los chicos se giraran a mirar a su madre en la calle Arbat y era incapaz de imaginarse, aunque se lo propusiera, que le suplicaran que les dejara pintarla. Un día Ali había encontrado en una caja retratos al óleo de Valia, pero no los había relacionado con la cara abotargada que la veía cada día de camino al colegio y que nunca estaba cuando volvía a casa. No se había parado a preguntarse quién era aquella joven de anchos pómulos, sonrisa pícaro, barbilla afilada y ojos penetrantes. Para Ali, aquellos cuadros de su madre eran tan ficticios como las postales de un quiosco. La cara que ella conocía había absorbido como un algodón la bazofia que les daban en las cantinas de las residencias para refugiados, el olor a podrido de aquellos dormitorios y la falta de sueño y de cosméticos de calidad y se había resecado sobre el cuello corto. Era una cara que parecía que se estuviera digiriendo a sí misma. No obstante, desde que se había divorciado de Konstantín, algo estaba cambiando en aquel algodón: los pómulos se le marcaban de nuevo y los ojos volvían a sus

cuencas. Valentina estaba convirtiéndose otra vez en la mujer joven y guapa que paseaba por la calle Arbat, aunque ya no tuviera una calle Arbat. Arbat, la pequeña zona peatonal considerada en Europa como la gran calle de una metrópolis, pero que en realidad era una callejuela estrecha flanqueada por músicos, pintores y vendedoras de prendas de lana, por todos aquellos héroes de Arbat a los que el tío Lenin se había dirigido con estas palabras: «Не гуляйте по Арбат а арбайт, арбайт, арбайт!». ¡No vayáis a Arbat, sino a trabajar, a trabajar, a trabajar! A su madre le gustaba pasear por allí y comprarse libros que desencadenaban discusiones con sus suegros porque gastaba dinero inútilmente en libros que no debería leer, ya que si tenía tiempo para eso, también podía dedicarlo a quitar el polvo, así que Valentina tenía que encerrarse en el lavabo para leer. En cambio, en ese momento lo podía hacer todo, todo, leer y pasear. Todo era posible y todo aquello que Valentina había sido en el pasado volvía a aflorar lentamente en su rostro, a través de los lunares y las venitas reventadas de sus mejillas. Pero cómo iba Ali a saber todo eso, si ni siquiera había estado nunca en la calle Arbat.

—Antón ha escrito.

Valentina le tendió a Ali la postal que tenía bajo las manos. Ali la cogió intentando dominarse tanto como pudo.

—¿Cuándo ha llegado?

—Ayer.

Ni una línea, ni un saludo. La dirección estaba garabateada con la letra de un niño de nueve años. Ni siquiera había escrito algo como: «Estoy bien. Antón» u «Ojalá os muráis todos. Me importa un carajo cómo estéis. Antón».

Ali alzó los ojos de la postal, de aquel trozo de cartón vacío, y miró a su madre.

—A lo mejor está dando la vuelta al mundo —dijo Ali, y chasqueó la lengua.

Valentina asintió con la cabeza. Parecía no haber dormido: tenía las bolsas de los ojos de un tono azulado. Quizá también había llorado, pero a Ali le resultaba difícil imaginárselo porque nunca había visto llorar a su madre.

De repente, Ali volvió a ver la cara de Valia cuando llamaba a sus parientes en Moscú para preguntar si Anión había aparecido por su casa, después de haber recurrido a la policía y que les hubieran dicho que si había tenido el tiempo y la calma para hacer las maletas como es debido, la cosa no sería tan grave y seguro que aparecería tarde o temprano en alguna parte. Pero no había aparecido. Ali no oía lo que decían los parientes. Ni siquiera oía lo que decía Valia. Solo veía su cara, a la que le habían quitado el volumen, y comprendió que, de todas las situaciones en las que se había encontrado su madre a lo largo de su vida, aquella era la más humillante. A partir de ese instante, Ali no oyó nada más. Al principio fue solo una presión en el oído izquierdo, pero luego se extendió, se abrió como una flor bajo su frente y explotó. Los médicos le diagnosticaron una pérdida repentina de la audición y no supieron decirle cuánto duraría. A Ali no le daba ningún miedo que la sordera fuera irreversible. Lo que le daba miedo era que algún día desapareciera, cosa que ocurrió al cabo de tres semanas.

—A ver, ¿cuándo has comido por última vez? —preguntó Ali, y dejó la postal a un lado.

Valia asintió con la cabeza.

—¿Has comido algo?

—Bébetelo té o se te enfriará.

Ali se levantó y fue hacia la caja del pan, tallada por su propio bisabuelo, en cuya tapa había grabada con letra ornamental la palabra ХЛЕБ. Pan. Incluso eso habían traído consigo como recuerdo de la dacha junto al Volga, aunque entonces la caja del pan ya estaba vacía y solo servía para dejar cosas encima. Abrió la nevera en busca de pan blanco. Cualquier cosa comestible que hubiera en la casa se guardaba en la nevera. Mantequilla, tomates, pepinos, ciruelas, un paquete de emmental vacío que tiró a la basura, una bolsa de rejilla de manzanas gala, un bote abierto de queso fresco granulado, una lata de espadines, una lechuga moribunda que también tiró a la basura, una pera, mermelada, miel y borodinsky, el pan negro con semillas de cilantro en la corteza.

El pan blanco estaba al fondo, congelado y pegado a la húmeda pared interior de la nevera. Tuvo que tirar de él con fuerza para despegarlo. Cortó dos gruesas rebanadas, les puso un dedo de mantequilla encima, sin untarlas, encontró el azucarero en el sitio de siempre, en el armario entre los medicamentos, y echó azúcar sobre la mantequilla hasta que las rebanadas de pan, que había puesto en un plato pequeño, quedaron totalmente cubiertas por los cristales blancos. Dejó el plato frente a Valia.

—Come.

Valentina asintió con la cabeza, levantó la vista del plato, volvió a asentir y sonrió.

—Tienes que comer. Es evidente que llevas días sin probar bocado.

Valia volvió a sonreír y aquella vez fue una sonrisa sincera.

—Es malo para la cabeza —dijo Ali, volviéndose a sentar frente a su madre—. Te puede provocar una hipoglucemia.

—¿Y por eso ahora quieres matarme con una sobredosis de azúcar?

Ali observó cómo Valentina alargaba la mano hacia el plato de mala gana, miraba por la ventana, después a Ali y finalmente los brillantes cristales de azúcar. Su mirada se volvió más despierta. Cogió el pan con la mano derecha y la taza de té con la izquierda, se quedó inmóvil por un momento, con los brazos bien separados del cuerpo, y Ali vio claramente el rostro de Antón en la sonrisa de Valia.

Antón había enseñado a leer a Ali. No es que ya supiera leer a los tres años, pero le explicaba las letras como si las hubiera inventado él. Las dibujaba con el dedo sobre la alfombra turca de color rojo y verde del salón mientras las pronunciaba. Ali las repetía mirando fijamente cómo los labios de su hermano dibujaban objetos: una manzana, una media luna horizontal con las puntas hacia abajo, una ventana abierta de par en par con la lengua fuera. Ella le tocaba la cara mientras él reseguía con el dedo las letras imaginarias sobre la alfombra. Ali reseguía con sus dedos los labios de Antón y se los metía en la boca. Es como un pudín, pensaba. Antón dibujaba las letras en

las piernas de Ali. Son como un pudín, pensaba. Entonces venía la abuela, los separaba y los reñía por algo que los niños de tres años no podían entender.

Los gemelos dormían en el sofá cama y la abuela solía sentarse a su lado y acariciar la cabeza de Antón, mientras Ali se quedaba allí tumbada con los ojos entornados, observando la mano nervuda surcada de venas que se marcaban bajo la piel como huesos, y entonces ella también cogía los cabellos de Antón y los acariciaba entre los dedos, hasta que la abuela le apartaba la mano de un golpe con su manaza gris y le decía entre dientes: «¡A dormir!». Pero tan pronto como desaparecía aquella mano junto con el gruñido, Ali hundía ocho de sus diez dedos en los rizos de Antón y se dormía con la sensación de estar tocando lana fina que le hacía cosquillas en la palma de la mano.

Como apenas tenían juguetes, jugaban el uno con el otro: movían los brazos del otro por los hombros y los codos, le hacían girar la cabeza como si fuera una bola, lo agarraban por las costillas, imitaban sus movimientos y se quedaban quietos como delante de un espejo. No era que no les compraran juguetes, pero todos iban a parar directamente encima del armario de los abuelos y era imposible trepar por su lisa superficie de nogal. No los dejaban jugar con juguetes porque tenían que hacer los deberes, y cuando los terminaban, tenían que hacer los deberes extra que les ponía Valia, leer libros, ser mejores.

—Los juguetes son para los niños tontos que tienen tiempo para perder —les decía Valia, pero ellos no sabían de qué hablaba su madre porque no fueron a la guardería hasta los cinco años.

A Valia le daba miedo no tener suficiente tiempo para embutir en sus hijos todo el conocimiento que necesitaban para escapar de allí. Para lograrlo era preciso moverse deprisa:

—Tenéis que marcharos de aquí tan pronto como podáis. Leed, estudiad. Si no, estaréis perdidos.

Estaba convencida de que lo único que había que inculcar urgentemente a los hijos era una ambición obstinada que estaba por encima de la salud y la autoestima, para que no acabaran donde ella había acabado: en Chertanovo.

A Antón le decía:

—Tienes que ser el mejor en la escuela, mucho mejor que los rusos. Si eres tres veces mejor que ellos, quizá te consideren la mitad de bueno y consigas ser un buen médico ruso. Si no lo haces así, no pasarás nunca de ser un pobre judío apaleado. —Más adelante sustituyó a los runos por los alemanes.

Antón no comprendía nada, de modo que se limitaba a asentir con la cabeza, porque incluso un niño entiende que es el pánico en los ojos de su madre el que le hace pronunciar esas palabras. Él asentía mientras pensaba en sus pechos y los comparaba con los de la vecina de arriba, que eran más grandes todavía.

A Alissa le tocaba oír:

—No tienes que ser la más guapa, sino la más inteligente. La belleza solo te causa problemas y desaparece con el tiempo. En cambio, si eres la más inteligente, puedes convencer a todo el mundo de que eres la más guapa, siempre, y conseguir un hombre que te compre todo lo que quieras, incluso el físico adecuado.

A Ali aquello le parecía absurdo. No lograba entender a su madre, de modo que ni siquiera se molestaba en asentir. Valia tenía pocas esperanzas de que sus hijos fueran lo bastante vivaces como para superar las injustas leyes de la naturaleza que regían en la Unión Soviética. Eran

demasiado callados, demasiado introvertidos, se pasaban el día agarrados el uno al otro, gateando el uno alrededor del otro, como si no hubiera un mundo ahí fuera. Kostia tampoco era de gran ayuda, así que decidió no dejar a la suerte el futuro de sus hijos, es decir, no correr el riesgo de que su hijo acabara en el ejército con el mayor índice de suicidios del mundo y su hija siendo la fulana de cualquier banquero. Tenían que escapar como fuera, de manera que fue ella quien consiguió sacarlos del país con una solicitud de asilo, en un compartimento de tren, con doce maletas y un número aún mayor de cajas. Los juguetes se quedaron encima del armario de nogal, pero les permitió llevarse tantos libros como quisieran.

La primera habitación donde instalaron a la familia Chepanov cuando llegó a Alemania estaba en el último piso, el sexto, de un antiguo hotel convertido en residencia para refugiados. Al principio estaban los cinco en una misma habitación con literas, hasta que trasladaron al abuelo al segundo piso, a una habitación que compartía con un hombre mayor que él que en sueños hablaba consigo mismo sobre sus historias en el campo de trabajos forzados. Cuando despertó a Daniil con su parloteo, él se sentó junto al hombre en su cama y le tapó la boca temblorosa con la mano. Valentina y Konstantín se apuntaron a clases de alemán y hacían los deberes junto a otras veinte parejas de emigrantes en la cocina comunitaria del sótano, envueltos por el olor a caldo grasiento. A Ali le repugnaba el comedor y se pasaba el día deambulando por los pasillos, se colaba en las habitaciones de las otras familias, abría los joyeros de cerámica, miraba dentro de las bolsas que contenían ropa de cama de felpa, olía frascos de perfume de la marca Moscú Rojo, que eran habituales en los cuartos de baño, y robaba cigarrillos siempre que encontraba un paquete abierto tirado por ahí. Antón no la acompañaba en aquellas incursiones: había descubierto su pasión por hacer equilibrios sobre tubos de metal estrechos.

Antón se subía a la barandilla de la escalera y se balanceaba un poco buscando el equilibrio, con las rodillas flexionadas y los pies ligeramente abiertos calzados con las deportivas blancas. Extendía los brazos como si fuera en monopatín y miraba hacia delante, con los ojos fijos en la pared de enfrente, como si la estuviera desafiando. La primera vez que su madre lo vio subido a la barandilla, se quedó helada, pero consiguió reprimir el impulso de soltar un grito de pánico que pudiera asustar a su hijo. Se aproximó a él lentamente, sin hacer ruido, le puso los brazos alrededor de la cintura y tiró de él con fuerza hacia abajo. A partir de entonces, seguía a Antón a hurtadillas allí donde fuera, con los brazos extendidos hacia delante y los dedos como garras, y cuando estaba en clase de alemán intentando conjugar los verbos, veía a su hijo precipitándose al vacío por el hueco de la escalera.

Cada semana iba a ver al administrador de la residencia para pedirle que los trasladaran a la planta baja o al sótano junto a la cocina, donde apestaba a caldo pero no había barandillas. Le explicaba la situación con los dos niños, a los que no podía controlar: uno quería lanzarse al vacío a la mínima ocasión y la otra fumaba a escondidas bajo el edredón de la cama, y ella solo tenía dos manos y además debía practicar para el curso de alemán, así que le suplicaba que hiciera algo, pero el tipo con bigote y manchas de grasa en el cuello de la camisa se limitaba a decirle: «Tiene que aprender a cuidar mejor de sus hijos, *mamasha*, y eso no cambiará aunque los traslade al sótano».

En todas las residencias para refugiados había el mismo tipo con bigote y camisa manchada de grasa. La familia formada por el abuelo, la madre, el padre, el niño y la niña era trasladada tan a menudo de una residencia a otra que al final ya no sabían dónde estaban. Cada vez que les tocaba mudarse, Daniil preguntaba cómo se llamaba el pueblo de mala muerte al que los alemanes los enviaban. Menos mal que su mujer no tenía que pasar por todo ese calvario, sino que pronto llegaría en avión con una maleta llena de dinero e iría directamente al nido que él le tendría preparado. Valia estaba harta de hacer las maletas. Kostia salía a fumar y volvía de buen humor, se frotaba las manos y decía: «Allá vamos», como dijo en su día Gagarin.

Ali se guiaba por Antón. Cuando él hacía las maletas, ella hacía las maletas. Cuando él se ponía a chillar, ella también empezaba a berrear. En todas las residencias, Antón jugaba al fútbol en el patio con los otros niños. Ali encontraba el fútbol aburrido, pero, aun así, jugaba con ellos. Chutaba la pelota de plástico medio desinflada contra las paredes de la residencia tan fuerte como podía y siempre robaba una y la metía en su bolsa de viaje para llevársela a la próxima residencia donde los enviaran.

—No entiendo el fútbol. No entiendo por qué millones de pobres contemplan cómo unos pocos millonarios corren detrás de una pelota —decía Valia meneando la cabeza.

Konstantín hacía un gesto de rechazo con la mano y le replicaba:

—Eso es porque no entiendes nada de la vida.

Valia se lo quedaba mirando y le decía:

—Sí, puede ser.

Antón venía corriendo, se abrazaba al vientre de su madre y metía la cabeza entre sus pechos.

—El fútbol es genial porque hace que no pienses en nada —decía mirando la papada de su madre.

—Qué tontería —comentaba Ali, que estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas e intentaba meter sus cómics en la bolsa de viaje junto a la pelota—. Yo estoy pensando todo el rato en cómo ganarte.

En las residencias siempre había ruido, en las habitaciones, en los pasillos; la gente abría la ventana y gritaba al patio; el sonido de los platos en la cocina subía por el agujero de la escalera; las alarmas de los relojes de pulsera soviéticos atravesaban el techo de las habitaciones. Cuánto alguien se peleaba, se enteraban todos. Cuando alguien hacía el amor, también. Las paredes se disolvían. Uno terminaba por acostumbrarse al repiqueteo constante de las cosas.

Por el contrario, en el colegio siempre reinaba el silencio. Solo el timbre de la pausa rompía el vacío que rodeaba a Ali y a Antón. No entendían nada de lo que pasaba a su alrededor. Los otros no eran más que un ruido de fondo muy lejano. Nadie hablaba con ellos ni ellos querían hablar con nadie. Los profesores escribían en la pizarra letras totalmente distintas a las que ellos conocían y no les dirigían la palabra. Jugaban solos, se enzarzaban como dos gatos que se pelean, rodaban por el patio, se tiraban del pelo, se mordían en los omoplatos, intentaban dejarse marcas en la piel y se gritaban para no olvidar el sonido de la voz del otro. No necesitaban nada ni a nadie. Los demás niños tenían miedo de los gemelos, de la determinación con que se abalanzaban el uno sobre el otro. Además, les daba asco la ropa que llevaban. Señalaban con el dedo sus

vaqueros, que Valia había cambiado por vales, y se reían: «¿Los habéis sacado de la basura?».

Unas semanas después de que comenzara el curso, se habían formado grupitos en el patio. Los gemelos no pertenecían a ninguno ni les hacían el menor caso, hasta que empezaron a arrojarles piedras. Los rodearon cuatro o cinco niños que les gritaban algo que no comprendían. Antón se acercó a ellos y les preguntó en ruso si buscaban problemas y ellos le contestaron en alemán: «Los cerdos rusos hacen ñaca-ñaca».

Antón no entendía las palabras, pero sabía lo que estaban diciendo. Aquella noche se acercó a Valia, que estaba sentada frente a sus cuadernos escolares como si aún fuera al instituto, y le preguntó por qué los demás niños se metían con él por ser ruso, cuando ella siempre le había dicho que debía sentirse orgulloso de ser judío.

Valia dejó el lápiz, miró a su hijo, su nariz enrojecida, sus rizos enmarañados, le acarició los cabellos y le dijo:

—Ya hablaremos de eso más adelante.

—¿Cuándo?

—Cuando seas mayor.

Antón se sentó en el regazo de Valia y miró las libretas.

—¿Puedes leer lo que pone aquí?

—Sí.

—Yo no.

—Tú también podrás.

—¿Cuándo?

—Antón, ¿qué es lo que quieres?

Él miró a su madre a los ojos, sintió que la sangre le latía en la cabeza y se apretó contra su pecho.

—Anda, bájate. Tengo que hacer los deberes. ¿No tienes deberes tú también?

Antón bajó de su regazo, apretó los dientes y se dirigió lentamente a la puerta.

—No debes decírselo a nadie —le dijo Valia a sus espaldas—. Que eres judío. No debes decirlo nunca. No lo hagas.

Antón abrió la puerta empujándola con ambas manos, corrió por el pasillo hasta las escaleras, subió los peldaños de tres en tres y, al llegar al tercer piso, se encaminó a la barandilla de un salto y se quedó allí con los brazos colgando, mirando la pared fijamente, sumido en sus pensamientos.

Cuando, al cabo de unos días, volvieron a arrojarles piedras, Antón se acercó a los cuatro o cinco niños y les dijo:

—Piedras, vale. Pero no soy ruso.

Los chicos se lo quedaron mirando como pasmarotes y estiraron el cuello.

—Soy judío.

No se expresó con tanta claridad como le habría gustado. Había intentado aprenderse las frases de memoria, había robado un par de palabras de aquí y de allá en la residencia y precisamente la tía Zoya, la que llevaba una enorme cruz en el cuello, le había ayudado a ponerlas en orden, pero, a la hora de la verdad, se le trabó la lengua, que empezó a moverse sin ton ni son por su boca, se hizo un lío con las palabras y los chicos del cuello estirado se rieron, se miraron,

siguieron riéndose, señalaron la ropa que llevaba, lo agarraron por el pelo, lo arrastraron por el patio, lo metieron a empujones en el lavabo de chicos y jugaron al balón prisionero con su cuerpo. Cuando finalmente Ali encontró a Antón y él le contó por qué parecía que lo acabaran de masticar, a ella se le puso la cara de color púrpura y quiso ir enseguida a contárselo a la profesora, pero Antón la agarró por el brazo con fuerza: «¡Ni se te ocurra!».

Sin embargo, Ali fue a buscarla y gritó y lloró señalando a su hermano. Poca cosa entendió la profesora de sus lamentos en ruso, así que se encogió de hombros, dijo algo y se metió en la sala de profesores. Aun así, algo debió de entender porque, cuando los cuatro o cinco chicos les salieron al paso de camino a casa, parecía que acabaran de recibir una gran bronca.

En aquella ocasión no les tiraron piedras, sino que los cogieron, a Antón por los hombros y a Ali por las caderas, los llevaron a rastras a los matorrales y les pegaron hasta hundirles los ojos en las cuencas, les agarraron las lenguas y tiraron de ellas, les patearon las costillas, y cuando se dieron por satisfechos, los gemelos se habían fundido en un solo cuerpo. Todo ocurrió prácticamente en silencio. Ellos no gritaron ni soltaron tacos y los otros golpeaban contra algo blando, así que solo se oían sus jadeos al dar las patadas. Cuando por fin se marcharon corriendo, se hizo el silencio absoluto. Ali y Antón se quedaron tumbados entre los matorrales, escuchando la respiración del otro. Contemplaban el cielo abrazados. No había nubes ni franjas de distintos colores. A Ali le cayó la baba sobre la frente de Antón y él se la limpió con la manga de la camisa, se arrastró hacia arriba hasta quedar a la misma altura que ella y apretó la punta de la nariz contra la suya. Permanecieron con las pestañas entrelazadas y las bocas abiertas, respirando el uno dentro del otro. Cuando Antón besó a Ali, ella rompió a llorar.

Valia quería ir a ver al director de la escuela para denunciar el ataque a sus hijos, pero su alemán no daba para tanto. Una conocida, Tania, estaba de visita en aquel momento. Ella ya se había marchado de la residencia para refugiados gracias a un matrimonio de conveniencia con un alemán que no sabía que se trataba de un matrimonio de conveniencia pero que, al parecer, estaba encantado, tal como estaba contando Tania justo cuando los gemelos aparecieron en la cocina comunitaria. Tania, que fue la primera en ver a los niños, soltó el primer grito, al que se añadió el de Valia y, a continuación, el de todos los que rotaban en la cocina, como si se hubiera disparado una sirena. La residencia se convirtió en un gallinero lleno de gallinas asustadas. Se oyó la palabra *nazis* una y otra vez, así como «Van a por nuestros hijos». Los padres daban puñetazos sobre las mesas, las madres también, ninguno se atrevía a tener semejante conversación con el director pero todos estaban dispuestos a hacerlo. Como el alemán de Tania había mejorado mucho recientemente gracias a su feliz matrimonio de conveniencia, fue ella quien marchó con Valia y Kostia, seguidos por unos cuantos vecinos furiosos que proferían lamentos como si estuvieran en una shivá, desde la residencia hasta la sala de profesores del colegio, donde montó un escándalo monumental, todo el mundo se tomó muchas molestias.

Dieron con los cuatro o cinco chicos, citaron a sus padres, hizo falta separar a Kostia del padre de uno de ellos porque estuvo a punto de estrangularlo en uno de sus ataques de cólera y, cuando hubo terminado la pelea, los mandaron a todos a casa y no pasó nada. Antón y Ali siguieron yendo a la escuela primaria con los chicos del cuello estirado y luego a los dos cursos de orientación previos al instituto sin que nada cambiara, salvo que el grupo de cuatro o cinco

chicos aumentó de número, pero también el de Ali y Antón.

En la que fue su última residencia para refugiados, la familia Chepanov pasó un año rodeada de personas con enormes cruces colgando sobre el pecho.

—¿Qué hacen aquí estos cristianos? —refunfuñó Kostia entre dientes.

—Bueno —replicó su vecino Valera—, mi mujer es cristiana, pero me ha chupado tanta sangre que en realidad ya es medio judía.

Todos ellos habían llegado al país con documentos que los acreditaban como «refugiados de cuota», lo cual quería decir que habían buscado ramas judías en sus árboles genealógicos, y los que no las habían encontrado se habían inventado alguna en función del contenido de su cartera. La gente hacía cualquier cosa para abandonar su amada tierra soviética, hasta el punto de que estaban dispuestos incluso a convertirse en judíos.

En aquella última residencia, los refugiados recibían para su manutención cinco marcos alemanes por cabeza a la semana, en concepto de «gastos personales». La comida se la suministraban en la residencia, así que el dinero que les repartían estaba destinado a «ropa y otros artículos». Si alguien tenía una petición adicional, debía acudir a la administración pública a presentar una solicitud, y Valia siempre enviaba a Kostia, sabiendo que sería incapaz de entenderse. Esperaba que así se avergonzara y empezara de una vez a hacer él mismo los deberes del curso de alemán.

Kostia se quedaba de pie delante del edificio de la administración pública, se fumaba un cigarrillo, luego se fumaba otro y después un par más, entraba, se sentaba bajo los fluorescentes que zumbaban como mosquitos y se pasaba aproximadamente una hora frotándose los ojos, hasta que el hombre que tenía sentado al lado le daba irnos golpecitos en el hombro y le señalaba el indicador de turnos. Entonces Kostia se giraba hacia el hombre y se ponían a charlar. Uno hablaba en turco y el otro en ruso, pero se entendían a la perfección y el hombre le contaba a Kostia cuánto tiempo llevaba yendo regularmente a aquella oficina de la administración pública, desde hacía siete años, y que la funcionaria seguía pronunciando su nombre como si se tratara de una enfermedad contagiosa. Kostia le proponía salir a fumar un cigarrillo y ya no volvía a entrar.

En la residencia, el tema preferido era la comida, incluso más que las historias sobre quién se liaba con quién. Muchos no podían comer lo que se servía en la cantina. Eso era antes de que a alguien se le ocurriera que tal vez deberían ofrecer comida kosher a aquella panda que había llegado al país con la categoría «judío» en su pasaporte como motivo de emigración. Sin embargo, no era por razones religiosas por lo que rehusaban la comida de la cantina, sino porque les daba miedo el trozo de camembert grasiento que se derretía sobre la mesa: pensaban que les servían queso en mal estado que había estado almacenado en las neveras de las morgues. La única posibilidad de consumir las modernas exquisiteces que les servían era volver a asar, hervir y freír todos los alimentos. Se pasaban la mitad del día ocupados con eso y algunos decían:

—Esto no me sabe a nada.

A lo que otros contestaban:

—Porque tu mujer no sabe cocinar.

Los primeros meses después de su llegada, Valia se pasaba horas frente a los fogones de la cocina comunitaria, intercambiando recetas con las otras mujeres y escuchando cómo las vecinas que llevaban cruces sobre el escote estaban de acuerdo en que los judíos vivían como cerdos, lo cual saltaba a la vista, y en que la familia que se encargaba de repartir los alimentos en la residencia se afanaba siempre lo mejor. Así son los judíos. También compartían la opinión de que el problema no eran los alemanes, que no entendían nada sobre la vida, «los hombres no saben follar y las mujeres no saben nada de nada de nada», sino tu propia gente, que te devoraba al menor descuido: «Los alemanes nunca podrían llegar a odiarte tanto como los tuyos».

Valia se sentía como si estuviera viviendo en una casa comunal de la Unión Soviética en la época de la posguerra y tenía muy claro que no había venido a Alemania para eso, de modo que decidió que había llegado el momento de buscar piso, de buscar piso sin saber alemán, es decir, sin idioma, pero con la ayuda de amigos como Tania y su querido marido de conveniencia, al que ella llamaba «amor» alargando la o con estridencia como un gato al que tiraran de la cola y al que, en cuanto él se daba la vuelta, le decía en voz baja en ruso que se fuera al infierno.

Así pues, Tania y Valia se pusieron a buscar un piso para la familia de cuatro, más el padre de Valia, suponiendo que volviera a claudicar. La madre de Valia aún no había venido. Los llamaba de vez en cuando y les explicaba las dificultades que tenía para vender el piso y lo sola que se sentía cuando por las noches no oía más que el tintineo de su cucharilla en el vaso de té, y que sus padres no querían hacer las maletas, pero que terminarían por hacerlo y que solo necesitaba un poco más de tiempo para convencerlos, porque sin ellos no podía marcharse. Y además, primero Valia tenía que encontrarle un piso, porque ella no pensaba irse a una residencia para refugiados, así que qué sentido tenía hacer las maletas si Valia aún estaba malviviendo en una casa comunal.

Tania intentaba por todos los medios posibles colocar a la familia en alguna de las casas del pueblo, pero los propietarios los rechazaban nada más oír su apellido. Al final optó por decirles:

—Son todos médicos. Con perspectivas de encontrar un empleo. De hecho, mi amiga ya trabaja. —Y entonces empujaba a Valia dentro de la habitación como si fuera una pieza de ajedrez.

Al visitar la decimoséptima casa, el propietario, que no solo era el dueño de la funeraria que había en la planta baja, sino de todo el edificio de ladrillo marrón, miró a Valia de arriba abajo y le preguntó qué diablos se le había perdido en Alemania.

—Somos judíos —le respondió ella.

—Eso no importa —dijo el propietario de la funeraria.

Y se mudaron allí.

Cuando se trasladaron al piso de la buhardilla, el espacio vital de la familia se redujo como si alguien hubiese estrujado un saco. Ya no había nadie escuchando detrás de las paredes, o al menos nadie que entendiera lo que decían, ya no había vales para la comida ni vigilantes con camisas mugrientas, nadie los observaba, ni siquiera el abuelo, que se había negado a irse a vivir con ellos, así que discutían como fieras por todos los reproches que tenían pendientes. La tensión de los últimos años empujaba a Konstantín y a Valentina de una habitación a otra. Buscaban por todos los rincones una salvación, una promesa, los dueños que se ocultaban el uno al otro, porque sabían que los sueños solo se cumplen si no se cuentan.

El ruido cambió: ya no se trataba de sonidos aislados, sino de una onda expansiva que recorría el piso entero. Cuando los gemelos estaban juntos, no oían discutir a los padres: jugaban como si estuvieran dentro de una burbuja insonorizada. Cuando la burbuja ya no era suficiente, se tumbaban en la cama, se desnudaban y se miraban los cuerpos: el lugar donde a Ali le empezaban a crecer los pechos y a Antón no, las barrigas ligeramente abultadas. Entrelazaban los dedos de los pies, apretaban la pelvis el uno contra el otro, se embadurnaban las caras con saliva y solo entonces el silencio volvía a reinar a su alrededor.

La primera vez que Ali vio a Antón besando a una chica en el patio del colegio se mareó, notó sabor a pollo en la garganta y luego un pinchazo entre los ojos. La chica, Larissa, era mayor que Antón y Ali, así que ya podía comprar cigarrillos sola y conducía una moto, llevaba faldas y su cabellera lisa le llegaba hasta los omoplatos, en ese momento vueltos hacia Ali mientras su naricita puntiaguda estaba pegada a la cara de Antón. Él se dio cuenta de que su hermana lo observaba pero no se separó de Larissa, sino que miró a Ali a los ojos y metió la mano bajo la blusa de la chica. Ali corrió hasta el lavabo y empezó a dar golpes con la cabeza contra la pared. No le explicó a nadie cómo se había hecho el chichón.

A partir de entonces, Antón empezó a llegar tarde a casa por la noche. Los gritos de los padres recorrían el cuerpo de Ali, le clavaban los dientes en la nuca y no la soltaban. Ella corría hacia la puerta de la habitación de sus padres y empezaba a aporrearla. En una ocasión, su madre la mandó fuera riendo y le dijo que no pasaba nada, y la habitación olía de un modo peculiar, pero eso solo ocurrió una vez. Las otras veces, Ali abría la puerta de golpe y se metía en medio, entre la madre y el padre, y ella también empezaba a repartir golpes y a tirar violentamente de los cuerpos de sus padres para separarlos.

Antón no quería saber nada de todo aquello y mucho menos levantar la mano contra su padre, hasta que una noche, después de haber estado en casa de Larissa, abrió la puerta del piso, entró en la cocina, un poco borracho y muy feliz, y vio a su madre de pie en el centro, inmóvil y con la boca abierta. Siguió su mirada y vio a Ali jadeando mientras Konstantín la agarraba con fuerza por el cuello y la apretaba contra la pared.

Ali se había vuelto a meter entre sus padres y Kostia la había aplastado contra la pared como a una mosca. Las extremidades de Ali colgaban sin fuerza y tenía los ojos en blanco. Antón fue hacia su padre, levantó el brazo y le golpeó en la cara con todas sus fuerzas. Kostia soltó a Ali, que se acuclilló en el suelo, Valia fue corriendo hacia ella y todos se quedaron congelados durante días.

En la casa no se pronunciaba ni una palabra. También desaparecieron los gritos y las peleas. Desapareció todo. La madre, el padre, el hijo y la hija se cruzaban y miraban al suelo, al techo o a las paredes. Si se rozaban, murmuraban algo entre dientes, algo que nadie entendía y sobre lo que nadie preguntaba. Kostia medía el tiempo de sus paseos en paquetes de tabaco, se fumaba uno detrás de otro y los ojos le picaban por el humo, mientras pensaba que el clima en Alemania era horrible, y además siempre. Pensaba en sus padres y en que pronto debería ir a buscarlos, no porque creyera que allí les iría mejor, sino porque entonces por fin ya no estaría tan solo en el mundo. Pensaba en cómo a Ali se le había puesto azul la cara, que era la cara de Antón y, en cierto modo, también la de Valia, y que nadie en aquella familia tenía un solo rizo pelirrojo.

Fue a la gasolinera a comprar otro paquete de tabaco y observó a una familia que estaba llenando el depósito de un Volkswagen Golf: los niños desenvolvían sus bocadillos con mantequilla mientras los padres revolvían en las bolsas de viaje. Después entró en la tienda y buscó el estante de las revistas. Cogió una de ocio y la hojeó hasta que la cajera le gritó: «¡Si deja las páginas mojadas y arrugadas, tendrá que comprar la revista!».

Miró a la cajera y sonrió. No había entendido lo que le había dicho, pero se le acababa de ocurrir un plan. Volvió a casa e invitó a toda la familia, a su mujer, a su hija y a su hijo, a todos menos al abuelo, a ir al teatro o, más exactamente: «A ver un espectáculo de danza. No hace falta entender el idioma y es bonito».

Valia miró a sus hijos y se lanzó a los brazos de Kostia, Antón miró a sus padres y Ali miró al suelo.

Valia estuvo una semana pensando en qué se pondría. Cuando llegó el día, se pasó horas revolviendo el armario y finalmente salió del dormitorio con paso majestuoso, llevando un vestido de tela tosca parecida al yute y, encima, un chaleco de piel ajustado.

—¿Qué es eso? —le preguntó Kostia, sentado en el sofá, vestido con traje negro y camisa azul, con la pierna izquierda cruzada sobre la derecha y las manos juntas sobre la barriga, que cada vez crecía más en dirección a su barbilla.

—Un vestido de campesina. Es lo que se lleva aquí —le contestó Valia radiante.

A Ali y a Antón les dejaron escoger la ropa que querían ponerse, así que ambos llevaban vaqueros, camiseta y cazadora tejana. Valia miró a sus hijos, movió la cabeza en señal de desaprobación y los mandó de vuelta a su habitación. Ali se puso la camisa blanca de Antón y Antón se puso sobre el torso desnudo un top plateado y muy escotado de Ali.

—Mira, creo que me están saliendo pelos en el pecho dijo él apretando el mentón contra el hueco entre las clavículas.

—Yo tengo tantos como tú —replicó Ali malhumorada.

Se presentaron así ante sus padres y, al verlos, Valia los cogió a ambos por las orejas y los llevó de nuevo a su habitación.

En el vestíbulo del teatro compraron bréztels para los niños y Valia y Kostia bebieron vino espumoso, al que ellos llamaban champán. Mientras brindaban, Valia dijo:

—Y lo próximo que me gustaría hacer es ir a París.

—¿Qué pasa, que quieres ver la *Mona Lisa*? —bromeó Kostia, y le cogió un trozo de bréztel a Antón.

—Lo he estado mirando y hay billetes de autobús baratos. El viaje dura menos de un día.

—¿Y para desayunar tomaremos un cruasán y un café olé? —dijo Kostia riendo entre dientes.

Valia le dio una palmada en el hombro y se puso a reír ella también.

En el escenario entró a gatas un hombre con una silla atada a la espalda y empezó a retorcerse y a lanzar las piernas hacia atrás, intentando una y otra vez sentarse en la silla. Kostia cerró los ojos y escuchó atentamente la música: ¿era Debussy? Podía ser cualquier cosa, no lograba reconocerla, de modo que decidió que era Debussy y sonrió. Valia, que tenía la boca seca y los ojos húmedos,

apretó la mano de Alisa, que la retiró y la deslizó bajo el asiento. Antón se subió al asiento de su hermana y apoyó la cabeza en el vientre de Valia.

Cuando hizo su aparición una bailarina que acarreaba de un lado a otro del escenario piedras tan grandes como la mitad de su cuerpo, avanzando con pasos pesados y ruidosos mientras suspiraba como si estuviera cantando, Kostia se levantó y salió a fumar un cigarrillo.

Contempló la plaza que había delante del teatro. Hacía un frío de muerte y ni siquiera Debussy podía hacer algo para ayudar. Se palpó la chaqueta buscando un mechero y hurgó en los bolsillos de los pantalones. Soltó un taco y decidió que a partir de ese momento iba a ahorrar sin falta para comprarse un piano, tanto si cabía en el piso como si no. Una vez tuviera el piano en casa, todo se arreglaría y nunca más volvería a enfurecerse con Valia ni por cualquier otra cosa. Entonces tocaría para sus hijos o, aún mejor, les enseñaría a tocar el piano, llegarían a ser músicos, tocarían a cuatro manos y actuarían por todo el país. Algún día se irían de gira, viajarían a Rusia y tocarían en la sala de conciertos de la academia de música Gnessin, donde él nunca llegó a poner un pie, y sus padres irían a escuchar a los nietos y por fin comprenderían lo que habían hecho mal con la vida de su hijo.

Una mano de niña le puso un mechero bajo la nariz.

—¿Me has robado el mechero? —le preguntó a Ali, que estaba a su lado.

—Se te ha caído debajo del asiento —respondió ella, mirando enfrente como él, hacia la plaza que había delante del teatro, que tenía un color lechoso y se veía borrosa. El frío le calaba hasta los huesos.

—¿Tú fumas?

Kostia observó a la niña de largos rizos castaños, con una blusa ceñida y plateada sobre un cuerpo que había dejado de ser plano. ¿Cuándo había ocurrido eso?, se preguntó. Se quitó la chaqueta y se la puso a ella sobre los hombros. Ali desapareció debajo. Luego le pasó su cigarrillo y ella le dio un par de caladas.

—Gracias —dijo Ali.

—Ali... —empezó a decir Kostia, pero ella le interrumpió negando enérgicamente con la cabeza, y al hacerlo, sus rizos le taparon la cara, de modo que él no podía vérsela. Entonces se calló.

Dos años después, Ali se había marchado de casa y llevaba un corte de pelo sobre el que Valia solo era capaz de decir: «¡Haz el favor de cambiarte la peluca antes de presentarte delante de mí!», lo cual era preferible a que la llamara lesbiana directamente.

Algo crujió en el interior de Valia, como si alguien rompiera matzá, cuando Ali se marchó de casa, y notó la garganta seca y polvorienta como ese mismo pan ácimo. A partir de entonces, decidió no volver a poner las manos sobre la cabeza de su hija, que siempre estaba helada desde que su pelo solo medía tres centímetros.

Ali se había unido al grupo Gatos Negros, cuya ideología se situaba en algún lugar entre el socialismo, el comunismo y el anarquismo. No querían que los etiquetaran. En su forma abreviada, la comuna se llamaba simplemente Gatos. El nombre generó diversos debates sobre sexismo en el grupo, les proporcionó múltiples temas de conversación y les dio motivos para enfadarse entre sí y después practicar sexo con furia los unos con los otros o emborracharse y fumarse de un tirón

paquetes de tabaco barato: «¿Por qué todo es una puta mierda, tío?».

Fue en la casa okupa a la que se fue a vivir donde Ali se conectó por primera vez a internet y descubrió que, efectivamente, se podían encontrar las instrucciones para fabricar cócteles molotov con un simple clic del ratón. Practicó con empeño, primero contra las fachadas de las casas y después contra los tejados, hasta que una vez el cóctel fue a parar a un cochecito vacío y, aunque ella podía ver desde arriba que el cochecito estaba vacío, se asustó tanto que se clavó los dientes en el labio inferior, y a partir de entonces se contentó con lanzar piedras.

La primera vez que la detuvieron fue en una manifestación el 9 de mayo. No el 8, sino el 9, lo cual era de suma importancia para ella^[3]. Estaba lanzando piedras a los policías, y cuando la detuvieron, le dijo al funcionario que le retorció el brazo detrás de la espalda que era un «cerdo fascista». Él le apretó más las esposas de plástico, ella se puso a patalear y, cuanto más profundos eran los cortes que le hacía el plástico en la piel de las muñecas, más se enfurecía ella, y pasó a soltar los tacos en ruso, cosa de la que ella misma se sorprendió. Tacos que ni siquiera sabía que conocía, y es que, por más que sus padres se gritaran, aquellas palabras por fuerza tenían que venir de los recuerdos más remotos de su niñez, quizá de la cocina de Chertanovo. En cualquier caso, seguro que no las había sacado de las películas rusas de los ochenta que aún veía de vez en cuando y en las que solo había llantos y silencios. Хуй, блять, пизда, анал, ёбанный, в рот ты меня заебал, гвоздь в подпиздок, чтоб ты свернувшегося ежа ебал, блядин сын, мать твою поперек жопы ебать!^[4]

Valia fue a buscar a su hija a la comisaría de policía y luego se sentó con ella a la mesa de la cocina junto a las estanterías negras y doradas. No habían intercambiado palabra en todo el trayecto hasta casa. Por primera vez en su vida, Valia entendió por qué la gente fumaba. Sentía la necesidad de sacar el humo de los pulmones, pero ella no era fumadora, así que todo el humo se le quedó dentro.

—¿Te parece divertido? ¿Crees que es correcto? ¿Qué es algo que la gente hace en este país? —dijo al cabo de un rato, cuando Ali ya se había levantado y se dirigía hacia la puerta.

Ali no tenía ganas de quedarse en silencio mirando la cara de algodón abotargada de su madre. Tenía ganas de volver a la casa okupa, meterse bajo el edredón de Nana y oler sus axilas.

—Este país, este país. Eres tú la que me trajiste a este país. ¿Qué esperabas?

—Siento haberte traído aquí. Siento que tu vida sea tan dura. ¿Te gustaría volver al socialismo?

—¡No me gustaría volver, sino tenerlo aquí!

—¿Y entonces qué pasaría?

—Yo no soy como tú, no soy un animal que se pasa el día pastando y aguanta todo lo que le echan. No quiero nada de esta vida en la que hay de todo pero nadie quiere nada. No quiero ninguno de estos trastos inútiles que os hacen sentir realizados en la vida porque no tenéis nada más en lo que creer.

Valia miró el rostro desencajado por la rabia de la persona que tenía delante.

Trastos inútiles.

Las pupilas dilatadas, los labios contraídos.

Trastos inútiles. Así que se trataba de eso.

Valia no tenía ganas de llorar, no tenía ganas de hacer nada. Sus pensamientos se precipitaban en espiral hacia sus entrañas. Sus hombros se hundían hacia el suelo. De repente tenía la sensación de estar hecha de hormigón, de hormigón que se ablanda, se derrite y se vuelve a endurecer. Tal vez es acidez de estómago, pensó, e intentó sostener la mirada de su hija, quien se había vuelto a sentar al otro extremo de la mesa de la cocina, que ahora a Valia le parecía infinitamente larga. Cada vez que Ali se sentaba allí, la mesa se alargaba más.

KATO

Kato extendió sobre la mesa el kit de inyecciones, sacó una pequeña ampolla de su envoltorio de algodón, la sostuvo delante de su cara, le dio unos golpecitos con el dedo corazón para que la testosterona líquida bajara al fondo, rompió la punta, le cayó un poco de gel sobre la uña y soltó una palabrota. Le quedaban pocas. Conseguirlas no era difícil: las compraba en las esquinas a personas que lo llamaban «amigo» pero que le pedían más dinero que en la farmacia, así que no había que desperdiciar ni una gota. Se limpió el gel de las yemas de los dedos y miró a su alrededor. Frente a él había una pared acristalada con vistas al Bósforo, cuyas aguas se reflejaban en los cristales y le cegaban. En el balcón había macetas con plantas secas: uno de los esqueletos debió de ser una adelfa en su día y también le pareció reconocer un limonero y una buganvilla entre los muertos, que se habían chamuscado al sol y se inclinaban hacia abajo, hacia la tierra gris y agrietada donde se hundían sus raíces. El piso era grande, demasiado grande para Ali sola. «Me lo ha dejado mi tío», había mascullado Ali antes de meterse en la cocina para poner a calentar el samovar. Tenía tres habitaciones, todas ellas con las paredes exteriores acristaladas. Era un piso con mucha luz y, cuando el sol brillaba, no se podía ni respirar. Desde allí flotabas sobre la ciudad: las vistas llegaban hasta Sultanahmet. Había un gran sofá muy gastado, con libros, revistas y cojines encima, todo de color rojo, igual que los cuadros de las paredes y las pantallas de las lámparas. Las baldosas estaban cubiertas por una alfombra descolorida cuyas flores, de tanto pisarla, estaban desdibujadas. El aparato de aire acondicionado que había sobre su cabeza tosía aire frío en la habitación. Notó la mirada de Ali, se desabrochó el cinturón, los vaqueros le cayeron hasta las rodillas, se bajó los calzoncillos hasta dejar las nalgas al descubierto y apoyó los antebrazos en la mesa.

—¿Vienes?

Estaba ligeramente inclinado hacia delante e intentaba relajar el glúteo donde había que pinchar, el derecho.

—¿Nunca lo haces tú mismo? —le preguntó Ali sin apartar los ojos del cuerpo de Kato inclinado sobre la mesa.

Apoyó la cabeza en el marco de la puerta y contempló las largas piernas de Kato, que muy pronto estarían cubiertas de pelos negros. Los pies largos daban paso a las pantorrillas y estas a los muslos inclinados hacia delante; el culo era la única curva en la línea recta de aquella silueta; la nalga derecha sobresalía; la espalda subía hasta la nuca y esta hasta la redondez del cráneo prácticamente rapado; la frente miraba hacia abajo. Una C a contraluz. Kato volvió la cabeza

hacia ella, que no pudo distinguir los rasgos de su cara.

—No soporto tener que ponerme las inyecciones yo mismo.

—Pero entonces ¿cómo lo haces?

—Se lo pido a alguien.

—Yo nunca he hecho algo así.

—¿No quieres?

—¿Qué pasa si hago algo mal?

—Que moriré.

Ali se acercó a la mesa y observó la aguja de la jeringuilla llena, el espray desinfectante y, al lado, el algodón. Cogió el tubito de plástico con dos dedos, lo puso a contraluz, frunció el entrecejo y pensó: mi madre podría hacerlo. Pero no lo haría. Y después: me mataría si supiera lo que estoy haciendo. Me clavaría esta cosa en el cuello. O tal vez no. Pensando que su madre tenía razón, que debería haber sido médica, tomó la jeringuilla, roció la nalga de Kato con el desinfectante, que tenía un olor avinagrado, en algún punto entre el hueso de la cadera y un lunar marrón oscuro y, sin previo aviso, clavó la gruesa aguja en la carne que sujetaba con la otra mano.

Había esperado un «ay». No hubo ninguno. Presionó el émbolo lentamente para inyectar el líquido de color vainilla en el tejido, pero le costaba salir. Apretó hacia abajo con el pulgar con todas sus fuerzas. Cuanto más miedo tenía de que la aguja se pudiera romper, más rápido intentaba inyectar el líquido, que se pegaba al cilindro como aceite y se resistía a salir. Se arrodilló detrás de Kato y alzó la vista hacia su cara, que se mantenía impertérrita.

—¿Lo hago bien?

—Hazlo y ya está. Pero avísame antes de sacar la aguja.

El culo desnudo de Kato presionaba ligeramente el hombro de Ali. Esta se puso en cuclillas para comprobar si había salido todo el líquido de la jeringuilla y la punta de su nariz rozó el hueso de la cadera derecha de Kato. El tatuaje de un pájaro que descendía en picado la miraba: un verderón con las alas desplegadas hacia atrás y las garras abiertas, tan grande como la palma de una mano. Ali parpadeó.

Durante los últimos cinco días, que Kato había pasado en su casa, había entrelazado sus pies con los de él, se había dormido envuelta en su olor, había soñado con sirenas pelirrojas que tocaban el acordeón, se había despertado y se había levantado para abrir la ventana y respirar con avidez el aire frío, se había quitado el jersey empapado en sudor que llevaba para dormir y había metido la cabeza en la bandada de gaviotas que había frente a su ventana. Las gaviotas chillaban, volaban en círculo y le picoteaban los rizos. Entonces Kato apartaba a Ali de la ventana y la abrazaba como a una almohada. Su barba incipiente le rascaba la piel.

Ali se quedaba tumbada en la cama con los ojos abiertos como platos, sudando y pensando que le gustaría hablarle a Kato de Antón y a Antón de Kato y a ambos del tío Cemal. No estaba segura de qué historia le había contado a quién, ni siquiera estaba segura de su propia historia, de lo que estaba haciendo en realidad en una ciudad fuera del tiempo. ¿Realmente estaba buscando a su hermano o solo quería desaparecer? Se ponía a temblar y Kato le volvía a poner el jersey, la envolvía en edredones y le hablaba sobre los cazadores de aves salvajes y sobre su símbolo: el verderón.

Ella se quedaba arropada en los edredones, de donde solo asomaban sus ojos, que no parpadeaban, y Kato le hablaba de ancianos que se echaban a la espalda nidos que parecían tutús de color marrón rojizo para bailarinas con sobrepeso y, con paso firme, recorrían la ciudad como si fueran invisibles. El negocio al que se dedicaban estaba prohibido y se castigaba con prisión, pero ellos sabían cómo hacerlo para que no los descubrieran: con un cigarrillo de liar en una mano y una jaula alargada cubierta con tela en la otra, iban por las calles como si no pasara nada, sin que se les notara que bajo las múltiples capas de tela sujetas a los barrotes dormían pájaros cantores de especies poco comunes. Los llevaban a lugares que solo conocía un pequeño círculo de personas, colgaban las jaulas de unos ganchos en las paredes de los jardines de las teterías y esperaban a que cantaran. No despertaban a los pájaros ni sacudían las jaulas, sino que aguardaban pacientemente a que se despertaran y se pusieran a cantar y entonces los escuchaban con atención y todo el mundo en la tetería hacía lo mismo, como si se tratara de una conspiración.

Jamás quitaban la tela que cubría la jaula y nadie excepto los propietarios veía nunca a los pájaros. No siempre eran verderones; también había jilgueros. Exponerlos a demasiada claridad era perjudicial para ellos y nunca cantarían su canción a plena luz del día. Los hombres pájaro buscaban a los animales por toda la ciudad, en lugares adonde no iba nadie: en las zonas verdes bajo puentes que conducían a Europa, en las colinas con ruinas del Imperio bizantino, en barrios llenos de casas abandonadas que la maleza iba engullendo lentamente. Lanzaban sus redes sobre ellos, los sujetaban y los apretaban contra su pecho, los acariciaban y los cuidaban, los encerraban en jaulas y escogían cuidadosamente las telas para cubrirlos. Sacaban fotos a los pájaros para ponerlas sobre la cómoda y se los tatuaban en brazos y piernas.

Kato había leído sobre ellos en una revista de viajes. Cuando vivía en Odesa, solía tumbarse en el colchón en casa de Pavlik y se tragaba reportajes de todo el mundo. Le daba igual el país o el continente. Las descripciones de los paisajes enseguida le absorbían. Un día encontró una foto que no lograba entender y se quedó prendado de ella. Mostraba mi paisaje ardiendo en la noche, las ramas desprendían un fulgor naranja, la hierba verde se fundía con el negro. Parecía pintura abstracta, pero el pie de foto decía que eran los cazadores de pájaros de Estambul. En la página siguiente se veía a un hombre sentado con las piernas cruzadas sobre una alfombra de oración que deshacía una red de color marrón rojizo y se enredaba con ella al hacerlo. También en aquella imagen era de noche. Había otras fotos: un gancho clavado en una pared de tablones de madera podrida en medio del gris de la nada, una espalda que se alejaba corriendo, una calle llena de marcas de frenadas de color rojizo, un objeto rectangular cubierto con una tela de cuadros azules y blancos que colgaba de un árbol, la raya en zigzag en los cabellos negros y grasientos de la parte trasera de la cabeza de un hombre con el cuello de la camisa amarillo.

Al cabo de un tiempo, Kato deambuló en vano por la ciudad, desde Kómürkóy hasta Sanayi, intentando leer en los rostros de los ancianos, fijándose en sus manos reseca. Muchos llevaban bolsas cuadradas, pero ninguna parecía una jaula. Kato seguía a los sospechosos, inspeccionaba las paredes de las teterías en busca de ganchos, interrogaba a los dueños de los cafés, pero la mayoría no sabían de qué les hablaba. Había iniciado su búsqueda nada más desembarcar en el muelle donde había atracado el ferri procedente de Odesa, sin mapa, porque había leído que ningún mapa de Estambul era fiable.

El tiempo se dilataba con el calor y hacía que los ojos se le pegaran. El dinero le indicaba el paso de los días: sus ahorros eran cada vez más exigüos, y sus antebrazos, más flacos. Se

entregaba a hombres que no le pagaban pero que le daban de comer. Uno de ellos le regaló una cadena de plata para la cintura, se la puso y tiraba de ella para tenerlo bien sujeto cuando se arrodillaba detrás de Kato, mientras le susurraba al oído entre gruñidos que quería quedárselo para siempre. Kato se escapó, vendió la cadena y, con el dinero que obtuvo, se hizo tatuar un verderón en el muslo. Tal vez así serían los cazadores de pájaros los que le encontrarían a él y no al revés. No le dolió cuando se lo hicieron. Kato miraba por la ventana por encima de la calva sudorosa del hombre que le tatuaba la pierna. La calle ardía bajo el sol. Mujeres con velo pasaban por delante de él. Cuando terminaron, el tatuador le ofreció un vaso de té y le preguntó a qué se quería dedicar. Kato dijo: «A bailar». Bebieron en silencio mientras Kato miraba a su alrededor. Finalmente, el tatuador exhaló un profundo suspiro y dijo que en Lâleli había locales donde podría encontrar trabajo, donde podría bailar.

Bailar era el sueño de Kato. Siempre había querido marcharse de Odesa y su plan era estudiar danza en Moscú, pero primero Economía en Kiev, y al final se había quedado estancado reflexionando sobre las dos opciones. Era la época en que sus amigos hablaban de sus primeros trabajos remunerados y con ello se referían a distintas cosas, pero ya se entendían: todo lo que ayudara a ir tirando era una profesión reconocida. Quienes tenían útero se quedaban embarazadas y el resto se dejaba crecer barba, pero como Kato no encajaba en ninguna de esas dos categorías y no sabía cómo explicárselo a sus amigos, que ya empezaban a burlarse de él, ni tampoco a su madre, que esperaba que decidiera de una vez qué quería hacer en la vida, ni a todos los demás, pensó que quizá debería marcharse a algún lugar donde nadie lo conociera. Aunque no a cualquier parte: tenía que ser un lugar cálido y no estaría de más aprender otro idioma, que era justo lo que pensaban los que simplemente querían marcharse.

Un día en que sus hermanos volvían a gritar en la habitación de al lado mientras la madre zurraba al padre borracho, Kato salió corriendo: primero por la puerta del piso, luego por la puerta acolchada de gomaespuma verde del vestíbulo y finalmente por la puerta principal que daba al patio donde solían reunirse los que, como él, no podían aguantar ni un minuto en sus casas y que aquel día ya estaban fuera charlando sin prisa. Siguió corriendo, pasó frente al parque infantil donde solía jugar de niño, saltó los arbustos, pasó jadeando por delante de abuelas que escupían y no se detuvo hasta llegar a la puerta de Pavlik. Llamó al timbre sin aliento, subió corriendo las escaleras, se tiró al suelo y se abrazó a las rodillas de Pavlik. Pavlik estaba tocando la guitarra y lo recibió con un beso que sabía a gelatina de carne, se desabrochó los pantalones y, al cabo de un rato, Kato estaba tumbado en su colchón y la luz que entraba en la habitación era demasiado deslumbrante. Cerró los ojos con fuerza y notó un pinchazo entre las cejas, cuyos pelos se erizaron uno por uno. Se puso boca abajo y allí, en el suelo, vio aquella revista con reportajes de todo el mundo.

—Pavlik, ¿por qué no nos largamos de aquí?

—¿De qué hablas, muñeca?

—Marchémonos a algún sitio.

—¿Adónde?

—No sé. ¿A Estambul?

—¿Por qué?

En aquel instante, Kato supo que Pavlik nunca se marcharía con él y nunca entendería nada. Se sumergió en las fotos del reportaje, se vio a sí mismo como un verderón en los arbustos que

ardían, se imaginó que lo salvaban, lo capturaban, lo cubrían y lo cuidaban, y entonces, solo entonces, revelaría al mundo su canto.

Cuando Pavlik por fin se hubo dormido, le cogió la cartera de los pantalones tirados en el suelo, sacó el dinero que había, se guardó la revista de viajes y se fue directamente al puerto.

Su búsqueda de los cazadores de pájaros acabó en Lâleli, donde había agencias para personas como él, agencias para mujeres, en realidad. Kato no le había dicho a nadie de allí que era un hombre y tampoco era algo que le interesara a nadie. Se habían limitado a examinarlo: piernas, pechos, todo estaba en orden y, además, era capaz de hacer movimientos acrobáticos. Los hombres hablaban su lengua materna y las mujeres no tenían que hablar, solo cantar su canción. Sobre todo había una que cantaba como un auténtico pájaro, con una voz chillona y sin domesticar: Aglaya, la pelirroja de rizos cortos que vibraban a la par que su laringe, como si pasara la corriente a través de ellos. Le doblaba la edad a Kato pero no había ni una arruga en su rostro, su piel era tersa y, cuando sonreía, su boca se abría como si alguien tirara de unos hilos. Se hicieron amantes y luego amigos. Aglaya siempre acariciaba los cabellos de Kato cuando él se abrazaba a sus rodillas, y cuando le explicó que quería dejar de llamarse Katarina, Aglaya le rapó la cabeza. Fue Aglaya quien preguntó por ahí cómo conseguir testosterona y practicó con Kato cómo inyectarla, lo cual se le daba fatal, pero cualquier cosa era mejor que pincharse él mismo.

Durante las primeras semanas después de que Kato hubiera empezado con las inyecciones, o bien se encontraba mal y se mareaba, o bien estaba lúcido, más lúcido que nunca. Tenía la sensación de que sus huesos crecían y notaba cómo le cambiaba la voz. Abría la boca para oír cómo sus cuerdas vocales buscaban apoyo y fracasaban en su intento. Y lloraba mucho. Eso era a causa de la testosterona, estaba seguro. En ocasiones, Aglaya se reía de él, pero la mayoría de las veces le dejaba subirse a su regazo y él no tenía que explicarle nada. Ya no se acostaban, pero no pasaban separados casi ninguna noche. Hasta que las nubes de humo cubrieron el parque Gezi.

Kato iba haciendo eses por la avenida İstiklal cuando recibió la llamada. Era una de esas noches en que las luces de la calle comercial más grande del continente europeo lo sacaban de quicio tanto como los piojos. Giró por la calle Mis para dirigirse al club Bigudi, donde los cuerpos de mujeres en busca de cuerpos de mujeres podían estar seguros de que mientras bailaban no les apretarían ninguna polla contra la pelvis. Pasó por delante del bar Kirmizi, frecuentado por personas que cambiaban de sexo según la hora del día. En el Bigudi había mujeres con vaqueros negros y jerséis anchos sentadas contra tres de las cuatro paredes del local como si estuvieran sobre una percha de gallinero y todas, sin excepción, miraban el móvil: daba la impresión de que estuvieran jugando entre ellas a un juego por internet, o tal vez hablando o follando. Fuera como fuera, en la pista de baile no pasaba nada, estaba vacía. Cuando Kato entró en la sala iluminada por luces cegadoras, solo una mujer alzó la vista de su móvil: llevaba el pelo largo teñido de rubio y una sombra de ojos verde con purpurina que destellaba como cristales rotos cuando pestañeaba. Kato fue hacia el bar, pidió un *whisky* y se lo bebió rápidamente de un par de tragos. La rubia con purpurina en los ojos se había vuelto a concentrar en su móvil. Él salió a la pista de baile, cerró los ojos, levantó los brazos e hizo vibrar ligeramente las caderas. Se imaginó que una mano lo agarraba por la cintura, se acarició la nuca, se pasó los dedos por el pelo corto y volvió a abrir los ojos. Allí no parecía haber nadie: las gallinas estaban pegadas a la pared como papel

pintado. Dejó caer los brazos y volvió a salir a la calle.

La noche era cálida, el verano casi había llegado y todas las mesas que había delante del bar Kirmizi estaban llenas. Un anciano con un carro de verduras se detuvo enfrente, y a la velocidad del rayo peló un pepino para las trabajadoras sexuales, que se tambaleaban sobre sus tacones de veinte centímetros como mínimo. Hizo dos cortes en forma de cruz de punta a punta en la carne blanda y verde y el pepino se abrió en su mano como una flor. Luego lo saló generosamente. Las trabajadoras le pagaron y se dirigieron con chulería hacia el bulevar Tarlabası. El raki salía a borbotones de las botellas. Las adolescentes se chamuscaban los pelos negros que les empezaban a salir en los muslos y se reían entre dientes, se daban masajes en las pantorrillas las unas a las otras y se leían el futuro en el poso del café. Kato entró en un bar abriéndose paso entre una multitud de cuerpos que desprendían un olor raro, una mezcla de canela y tierra. En el lavabo de hombres había una mujer delante del urinario, con un vestido largo de color azul celeste con purpurina cuya cola se desplegaba sobre las baldosas del suelo, que tenía la polla en la mano y que miró a Kato interrogativamente. Él se metió en el retrete, cerró la puerta, se sentó sobre la tapa del váter y hundió la cabeza entre las manos.

Entonces le sonó el móvil: era Aglaya. Se oía gente de fondo y Kato no supo si cantaban o gritaban, pero lo que sí le llegó claramente fueron las palabras de Aglaya: «Ven enseguida al Gezi».

Como siempre que no estaba trabajando, Aglaya llevaba un sombrero negro, una camisa blanca arrugada de cuello ancho, unos amplios tirantes que mantenían sujetos a su delgado cuerpo los pantalones de traje con raya demasiado anchos y unos zapatos que le iban grandes. En resumen: un *clown* sacado de una fotografía en blanco y negro. A su alrededor bailaban personas en color. Alguien tocaba la darbuka mientras los demás, cogidos de las manos en círculo, lanzaban las piernas hacia delante con cuidado, como a cámara lenta. La bandera arcoíris estaba clavada en el suelo, justo al lado de un tractor y, más allá, Kato vio un enjambre de máquinas de derribo que dormitaban inmóviles y negras como cucarachas.

Aglaya fue corriendo al encuentro de Kato y tiró de él hacia el círculo de gente que bailaba, pero él se deshizo de sus palmas sudadas y se tumbó en el suelo. Aunque ya anochecía, aún había luz y las estrellas todavía tardarían un buen rato en salir. Aglaya lo miró desde arriba, con los rizos rojos cayéndole sobre el rostro.

—¿Te quedas a dormir aquí conmigo esta noche? —Su boca era una enorme oruga negra.

—¿No tienes que ir al trabajo? Creía que hoy trabajabas.

Ella se sentó a su lado. Su cara flotaba sobre la de Kato.

—No, no voy a ir. A lo mejor no voy nunca más.

—¿Y tu acordeón?

—Puedo tocarle a ti.

Aglaya tiró de Kato para incorporarlo, lo abrazó por detrás, apretó el vientre contra su espalda, puso la cabeza sobre su hombro y empezó a tocar algo muy rápido en sus costillas.

A Kato lo despertó un olor intenso y abrió los ojos de golpe. La nariz afilada de Aglaya le rozaba la mejilla y la miró a través de un velo lechoso a los ojos abiertos como platos. Sus pestañas eran largas y muy rectas. Estaban durmiendo al raso junto a las tiendas, tumbados sobre el césped, y Aglaya tenía la pierna sobre su cadera. Al principio, Kato creyó que el gas lacrimógeno era rocío, pero luego empezó a toser y notó que le ardía la cara. Aglaya también se puso a toser, todos tosían, la tos se convirtió en llanto y, de repente, todo el mundo estaba de pie. A todos les empezaron a salir mascarillas en la cara, sobre las que brillaban ojos enrojecidos. El gas se colaba a través de la fina celulosa que les cubría la boca y la gente que tosía empezó a caer de rodillas al suelo.

Kato se giró a uno y otro lado como un loco intentando encontrar a Aglaya, gritó su nombre y el pánico le llenó la garganta como una capa de harina. Entonces distinguió los rizos pelirrojos que resplandecían en medio de la nube de gas y corrió hacia ella. Aglaya estaba allí plantada, murmurando: «Mi sombrero. He encontrado mi sombrero», y entonces se incorporó, le sonrió y se desplomó.

El cartucho de gas había impactado contra su sien derecha. Kato no oyó el ruido ni vio cómo el cartucho la golpeaba, solo que Aglaya caía a sus pies y ya no volvía a moverse. Entonces descubrió junto al cuerpo que yacía inmóvil en el suelo el cartucho de gas de color naranja. A Aglaya le salía sangre por las orejas y tenía el brazo izquierdo sobre el pecho, como si sostuviera un ramo de flores. Su cabeza estaba inclinada hacia atrás y todo su cuerpo parecía de goma. Se hizo el silencio y una nube se extendió sobre la cabeza de Kato y le pasó junto a las sienes. El gas, pensó. Le picaba todo, se mareó y luego fue arrollado por una multitud de personas que se agolpaban unas contra otras como un banco de peces en plena huida. Algunos llevaban gafas de natación y abrían y cerraban la boca.

Avanzó palpando el suelo, con la cabeza gacha. Volvió a levantarse y vio que ya solo quedaba una fina cortina de gas. Entonces distinguió a un hombre que se marchaba de allí llevando en brazos unos rizos pelirrojos: se había echado al hombro el cuerpo de Aglaya, cuya cabeza se bamboleaba como si estuviera separada del cuello.

«¡Eh!», gritó Kato, y echó a correr detrás de él. «¡Eh!», volvió a gritar mientras intentaba alcanzarlo. Tropezaba con piernas que yacían en el suelo y no paraba de ver policías zumbando por el parque como moscas negras que perseguían a la gente. Alcanzó al hombre que llevaba a Aglaya a la espalda cuando ya casi había salido del parque y se dirigía hacia el hotel Divan. Kato tiró del brazo del hombre y por poco hizo que Aglaya se le cayera al suelo. El hombre empezó a soltar palabrotas en ruso. De forma instintiva, Kato le respondió en ucraniano, luego pasó al ruso y se pusieron a discutir a gritos hasta que finalmente Kato cogió la cabeza de Aglaya, el otro la agarró por las piernas y entre los dos la llevaron hasta el vestíbulo del hotel.

Por todas partes había personas tumbadas o sentadas que gritaban, lloraban y se echaban a la cabeza agua, leche o zumo de limón. Una mujer mayor vació una botella de plástico sobre el rostro de Aglaya. Kato miró fijamente el líquido blanco que se metía en su boca. Estaba seguro de que había muerto.

De algún lugar llegaron unos camilleros que pusieron el cuerpo de Aglaya sobre una camilla. Kato no habría sido capaz de decir si habían pasado minutos u horas. Siguió a la camilla pero no

le permitieron subir a la ambulancia, así que preguntó adonde se la llevaban y echó a correr detrás del vehículo. No tenía dinero para coger un taxi, pero un hombre joven que estaba apoyado en su coche amarillo lo reconoció del club y se ofreció a llevarlo. Durante el trayecto discutieron por lo que estaba sucediendo en la ciudad. El joven dijo que se trataba de un sabotaje y Kato le respondió:

—Menuda gilipollez.

—Los agitadores quieren destruir la república —insistió el joven.

—Déjame bajar aquí, por favor —dijo Kato.

Llegó a la unidad del hospital donde habían ingresado a Aglaya, se sentó junto a ella en la cama y no se movió de su lado salvo para ir al lavabo y salir a fumar. Miraba alternativamente las manos de Aglaya sobre la sábana y la pantalla de su móvil. Un vídeo grabado con una cámara tambaleante mostraba barricadas en llamas y un vehículo lanza-agua que les arrojaba un chorro a presión. La imagen corría por las redes sociales mientras en las pantallas de los televisores aparecían pingüinos. Al día siguiente, los médicos le dijeron que tenía que marcharse de la habitación porque iban a ingresar a más pacientes y que, de todos modos, no debería quedarse ahí sentado como un muerto, porque de esa forma no ayudaba a nadie. Él se negó. Una enfermera le prometió que lo llamaría en cuanto Aglaya se despertara.

—Entonces ¿se despertará? —preguntó él, agarrando con fuerza la pantalla del móvil.

—*Bakalim yani* —respondió la enfermera. Quién sabe.

Al salir del hospital volvió directamente al parque, se sentó y esperó a que lo alcanzara un cartucho de gas. No llegó ninguno, o llegaron muchos pero ninguno le golpeó, a pesar de que se quedó sentado en medio del parque, sin casco y sin fuerzas, mirando a un derviche que daba vueltas como una rosa de los vientos mientras el tubo de su máscara de gas azotaba el aire.

Kato aguantó allí sentado hasta que la cadena de las madres frustró su propósito. Las autoridades habían interpelado a los padres de los manifestantes por televisión, exhortándolos a que se llevaran a sus hijos del parque, ya que a partir de ese momento no podían garantizar la seguridad de nadie porque la máxima prioridad era restablecer el orden público, de modo que, a partir de entonces, la cosa iba en serio, y el que decidiera permanecer allí debía atenerse a las consecuencias y a que lo pusieran en la lista negra. Y las madres acudieron, vaya si acudieron, pero no para llevarse a sus hijos, sino para formar una cadena humana alrededor del parque, hombro con hombro, cogidas del brazo, con los ojos aterrorizados ante el ejército listo para intervenir en cualquier momento.

Kato se encontró allí sentado, rodeado de madres que no eran la suya, y rompió a llorar. Sin el menor rastro de gas. Luego se levantó y se fue a casa. Marcó el número de su madre pero contestó su padre. El primer impulso de Kato fue colgar enseguida, pero decidió hablar con él. Al principio se gritaron, luego el padre se puso a llorar, después volvió a gritar y finalmente le dijo que tenía que volver a casa de inmediato, que en ese mismo instante tenía que hacer las maletas, porque su madre se moría de pena y sus hermanos también y que qué clase de hija era.

—No lo soy. Soy vuestro hijo.

El padre siguió maldiciendo como si no hubiera oído lo que Kato le acababa de decir.

Kato repitió la frase una y otra vez, hasta que se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—Papá, soy tu hijo. ¿Lo entiendes?

Al no obtener respuesta, añadió:

—Da igual que no lo entiendas.

Como sabía que a partir de entonces su padre se quedaría callado, prosiguió:

—Sé que me quieres. Sé que nunca me lo dirías. Una vez me dijiste que somos animales y que el amor no es más que un instinto. Con eso me basta, papá. Lo entiendo. Y aquí soy feliz. Ya que no me lo preguntas, te lo digo yo: creo que me las estoy apañando muy bien.

El teléfono hacía ruido.

—Papá, una última cosa: todo el mundo sabe que poco a poco te vas llevando de casa las joyas de la abuela y vuelves con bolsitas llenas de pasta. El último cajón del armario de la cocina no es un buen escondite. Quizá deberías mantener alejada a Sina de allí, porque a menudo fisgonea en el cajón. ¿Cómo está ella? ¿Cómo están los demás?

Oyó el sonido rápido de un claxon al otro lado de la línea.

—Papá, de momento me quedo aquí. Ya me pondré en contacto con vosotros. Saluda a los demás de mi parte. Ah, y, papá..., me he hecho un tatuaje.

Ali apartó la vista del verderón tatuado en el muslo de Kato y miró la jeringuilla que tenía en la mano. La testosterona por fin se había introducido del todo en el cuerpo de Kato.

—Voy a sacarla.

—De acuerdo.

Kato se apretó un trozo de algodón contra el pinchazo y se frotó la piel enrojecida.

Ali seguía en cuclillas frente a él y lo miraba con escepticismo.

—¿Quién te pincha normalmente?

—En Lâleli todo el mundo sabe hacerlo. En cada esquina encuentras a alguien con experiencia.

—¿Y tú simplemente vas a la esquina y se lo pides?

Kato se dio la vuelta y su pubis quedó a la altura de los ojos de Ali. Ali podía ver claramente sus pupilas, rodeadas por un círculo amarillo y otro verde. Entonces Kato abrió la boca como si fuera a contestar pero, en lugar de eso, puso las manos en los rizos de Ali y le masajeó la parte trasera de la cabeza. Ali apretó su frente contra el vello negro del pubis de Kato e inhaló profundamente. Al espirar, le metió la lengua.

Al cabo de un rato yacían desnudos sobre las flores descoloridas de la alfombra y Ali contemplaba el perfil de Kato. Vio que tenía dos puntos rojos muy juntos en la mandíbula y otros dos en el cuello, que muy pronto se le hincharían y le picarían. Malditos chinches. Ali se preguntó si Kato se parecía a su madre o a su padre y si todo el mundo tenía que parecerse a alguien. Al fin y al cabo, a ella le había resultado familiar su cara cuando la había abordado en el bar del club de Lâleli. Era probable que sus bisabuelos y los de Kato se hubieran cruzado alguna vez en la Escalera Potemkin, que hubieran chocado entre la multitud de paseantes y se hubieran dado la mano pidiéndose disculpas tres veces. Era incluso muy probable, ya que Odesa no era una ciudad grande. ¿Y después qué? Después se habían marchado cada uno por su lado.

Y al cabo de mucho tiempo, ellos, los hijos de los hijos de los hijos, estaban en Estambul tumbados sobre una alfombra descolorida, cadera con cadera, desplegando dentro de sus mentes

montones de fotografías en blanco y negro. Imaginaban rostros que no conocían, veían a conocidos en los extraños y deseaban poder decir algo más sobre sí mismos que el lugar que habían abandonado. Deseaban tener antepasados que fueran como ellos: tíos con las piernas afeitadas que, por las noches, metían la barriga a presión en corsés y vestidos o tías con peinado de ondas y pintalabios negro que se paseaban por la calle en traje. Ninguna de aquellas historias se había abierto camino en los relatos familiares, pero alguna tenía que haber, así que ¿qué había de malo en inventárselas?

Ali se puso de lado y recorrió con los ojos la sombra que Kato tenía en el labio superior. No se había afeitado, y muy pronto la sombra se convertiría en una barba puntiaguda que le enmarcaría la mitad de la cara. Le quedaba bien.

—Salgamos —susurró Kato.

Las calles estaban repletas de gatos escuálidos y botellas de plástico aplastadas y olían a col y a sopa de lentejas con pimienta roja. A Ali le pareció que el olor de Kato también se extendía por la calle. Pararon a comprar un par de *simits* con *kaymak* en la tienda de Hassan Bey, y cuando llegaron junto al agua se sentaron y se quedaron largo rato con la mirada perdida.

—Lo siento. Me pasa a menudo. —Kato rompió el silencio con la boca llena de cremosa mantequilla.

Hassan Bey ni siquiera había mirado a Ali, sino que se había quedado mirando a Kato, lo había recorrido con los ojos de la cabeza a los pies y luego había escupido en el suelo, había echado un vistazo a la calculadora y les había dicho el precio.

—No ha sido por ti. —Ali se sacudió las semillas de sésamo de la rodilla—. El viejo está cabreado conmigo porque cree que le prometí una cita, pero en realidad no le prometí nada, y mucho menos una cita. Lo único que hice fue garabatearle mi número en un trozo de papel porque me lo pidió.

—Bueno, es más o menos lo mismo.

En realidad, Ali ni siquiera sabía por qué lo había hecho. Fue un día en que volvía a casa borracha de madrugada, bajando por las calles empinadas. Se alegró de encontrar el callejón donde vivía. Aún tenía vodka en la boca, andaba como un globo flotando en el agua, tenía la sensación de que si la pinchaban con una aguja explotaría y no paraba de reírse. Sentía la necesidad imperiosa de tomar azúcar, así que se detuvo en la tienda de Hassan, y mientras se proveía de pan de molde blanco y mermelada de naranja, él le pidió su teléfono y, por algún motivo que se le escapaba, ella anotó unos números en un trozo de papel y consiguió escribirlos de un tirón sin ningún error. Después fue incapaz de encontrar la puerta de su casa, así que se sentó en un cruce, arrancó un trozo de pan y lo mojó en el tarro de mermelada. A partir de entonces, Hassan Bey la llamaba cada día por la mañana y por la noche, a veces incluso en su descanso del mediodía, y ella no sabía cómo explicarle que se estaba haciendo falsas ilusiones.

Ali pensó en la piel de papel de lija de Hassan y en cómo le sonrió la primera vez que la vio mientras le ofrecía ciruelas frescas, y luego recordó el cochecito que empujaba su mujer cuando se cruzó con ellos en el mercado dominical. Hicieron ver que no se conocían. A Ali le habría gustado mirar dentro del cochecito, pero no se atrevió. En lugar de eso, desvió los ojos hacia los muchachos que tenía al lado. Estaban de pie frente a dos cajas de cartón llenas de polluelos

mullidos que piaban y se movían tambaleantes como si funcionaran a pilas, picoteándose y cayendo los unos encima de los otros. Los vendían por bolsas. Los chicos estaban mejilla con mejilla y los miraban babeando. Ali se preguntó si tenían hambre o si estaban hipnotizados porque se veían a sí mismos en aquellas cajas de cartón, vendidos a doce liras la bolsa. Probablemente no, probablemente tenían los ojos inyectados en sangre y las pupilas dilatadas por esnifar tanto pegamento.

Pensó en los vendedores chillones del mercado que cantaban arias a sus verduras como si fueran almuecines, «*Domates, domates*»; en las niñas con largas faldas de vivos colores que hacían malabares con granadas que habían robado y en los calcetines de lana que se había comprado en el mercado pero que no podía ponerse porque desprendían un olor tan fuerte a detergente en polvo que había decidido emplearlos para intoxicar a los chinches.

Se imaginó cómo sería pasear con Antón por aquel mercado, comprarle uvas, meterse con él en las estrechas entradas de las casas que, entre los carros de fruta, eran como túneles que conducían a la nada de *Tarlabaşı*. Cómo sería meterle las uvas verdes en la boca, ponerle la mano sobre los labios y la boca sobre la mano.

Los recuerdos de Ali se amontonaban como transparencias y se escurrían. Se complementaban y se contradecían. Formaban nuevas imágenes, pero era incapaz de descifrarlas. Ni siquiera le servía de nada sacudir la cabeza.

Recorrió con la mirada las líneas rectas del rostro de Kato, que la tranquilizaban, contempló sus ojos de distinto tamaño, los pómulos altos, la sombra que se movía sobre el labio superior. A lo mejor ella también se quedaba allí, pensó. A lo mejor se quedaba con él, intentando hacer niños tan a menudo como pudieran hasta el final de los tiempos. El anillo que Kato llevaba en el dedo brillaba bajo el sol. Su mano estaba apoyada en el escalón, sobre un grafiti rojo que parecía derretirse. Debía de tener muchos años. Las desvaídas líneas rojas con los bordes desdibujados mostraban a una mujer de cuya cabeza salía volando una bandada de pájaros. Ali habría jurado que la conocía, pero no sabía de qué. Otra imagen que era incapaz de clasificar.

—Kato, esa acordeonista del club...

—¿Por qué crees que tu hermano se marchó?

A Kato se le quebró la voz a media frase y carraspeó.

Ali recordó de repente el frío del suelo de parqué bajo sus omoplatos. Su cuerpo y el de Antón ni siquiera se rozaban bajo la sábana. Ambos miraban fijamente al techo. La habitación estaba llena de humo: sobre ellos se extendía una nube de vapor blanco como por encima de un pantano. Solo las puntas de sus narices asomaban fuera de la sábana y los dos tenían los rizos encrespados. Aquel día, Antón había ido a su casa porque quería decirle algo, pero no habían hablado. Se habían ido pasando el porro.

—No tengo ni idea, pero lo estoy buscando para preguntárselo.

—¿Y después llevarlo de vuelta a casa?

Ali se mordió el labio inferior y notó que tenía un sabor agrio.

—No soy su mujer. Ni tampoco su madre.

—¿Y por qué crees que se marchó?

A Ali le faltaban tantos recuerdos que su cerebro parecía la dentadura de aquella anciana que pedía limosna en la estación de metro de Chertanovskaya. Siempre estaba allí, jorobada y

envuelta en trapos de vivos colores, con la cabeza cubierta por un pañuelo atado bajo la barbilla, el brazo estirado y la mano formando un cuenco, balbuceando para sus adentros. Cada vez que Ali pasaba con su abuela y su hermano por delante de la mendiga, se abrazaba a las piernas de la anciana y no había manera de separarla de ella. Antón se quedaba a un lado contemplando el espectáculo de una abuela que tiraba de los pies a su nieta, que a su vez estaba agarrada a las piernas de una mendiga, y las tres gritaban sin parar. Como muñecas rusas saliendo una de la otra. Así conservaba Ali la escena en su memoria.

Las transparencias de los recuerdos se escurrieron de nuevo, y por un momento creyó que sabía lo que Antón había querido decirle aquel día, pero no se atrevió a expresarlo en voz alta. En lugar de eso, dijo:

—Porque cree que no le necesitamos.

—¿Y él no os necesita a vosotras?

Ali chasqueó la lengua e hizo un movimiento con la mano de esos que pueden significar de todo, desde «qué sé yo» hasta «abrázame».

Deseó cruzar a nado el Cuerno de Oro y perderse entre las casas estrechas del otro lado, apoyarse en el muro de una de ellas, volverse del mismo color y, costilla a costilla, hueso a hueso, dejarse absorber por la fachada.

Frente a las casitas de amarre había atracados cuatro transbordadores pequeños, y delante de uno de ellos había un hombre que con una voz más grande que él invitaba a los transeúntes a subir al barco. Ali y Kato estaban sentados al sol en las amplias escaleras del muelle y observaban a las familias que subían al barquito destartado. Las hijas ayudaban a las madres con sus largas ropas para que no tropezaran y cayeran al agua. No había barandilla, así que ellas se agarraban a los delgados brazos de sus hijas. Hombres con raídos trajes de cuadros se guardaban la pipa en el bolsillo del pecho, se sentaban en un rincón en la parte cubierta del barco y miraban el agua con expresión sombría.

—Si cruzas el mar Negro de un salto te plantas en Odesa. Está a un tiro de piedra —dijo Kato señalando en dirección al puente del Bósforo.

Ali contempló el barquito ruidoso que cruzaba el Cuerno de Oro cargado de gente que se dirigía al bazar, a beber café en Mehmet Efendi, donde los niños, ninguno de ellos mayor de quince años, envolvían el polvo marrón en papel vegetal, que doblaban con los dedos tan deprisa como si alguien pasara el tiempo a cámara rápida.

—¿Cómo es? —preguntó Ali—. Odesa.

—Prácticamente igual que Estambul. Solo que allí la gente tiene esas caras.

—¿Qué caras?

—Ya sabes, esas caras que cuelgan como masa que se sale del molde.

Kato se acercó a Ali y puso la cabeza rapada sobre su regazo. Ali siguió mirando el Bósforo y buscó el tabaco en los bolsillos de sus pantalones bajo la cabeza de Kato.

—Con aquellos ojos malvados y brillantes que no te miran, sino que te atraviesan.

—Sé a qué te refieres.

Se encendió un cigarrillo Player's con la mano izquierda y apoyó la derecha en el escalón. Los guijarros se le clavaron en la palma.

—Siempre miran al suelo o hacia abajo, pero nunca a la cara.

—Sí.

—Y el té, el té de aquí es mucho mejor. Si no conoces otra cosa, crees que los meados de bebes son té, pero desde que estoy aquí sé que allí no saben hacer té. El de allí sabe a jabón.

Kato estiró las piernas, se puso un brazo bajo la cabeza y con el otro rodeó a Ali.

—Por todas partes se oyen los graznidos de las cornejas.

Ali miró a Kato y luego otra vez hacia el barco, que para entonces parecía que fuera cargado de montañas de tela negra, en medio de la cual se divisaban muchos pares de ojos y, encima de todo, había un chiquillo de pie como un pararrayos.

—Y hay un olor agrio en el aire. A vómitos de varenikes con licor de cerezas.

—Para.

—¿Qué?

—Que pares.

Kato alzó la vista.

Ali hacía círculos de humo.

—Quiero ir a Odesa algún día.

—¿Por qué?

No podía responder a esa pregunta. Por qué. En aquel momento tampoco me parecía que tuviera que saberlo.

Me vi a mí mismo recostado en las escaleras del muelle, con un cuerpo delgado en mi regazo, vi cómo el humo salía de mi boca y se me metía en los ojos. Sabía que me dolía la palma de la mano a causa de los guijarros puntiagudos, pero aun así no la retiraba. Me oí decir cosas, me vi besando, levantándome, marchándome, me vi andar con pasos que no daba yo, sino que me llevaban, y mentiría si dijera que me daba igual adonde. Tenía una meta, pero debía ser ella la que tropezara conmigo.

Ya no sé cómo ni cuándo cambié de punto de vista. Por qué decidí poner en orden las imágenes y las transparencias que se amontonaban en mi cabeza, por qué empecé a pensar, a hablar e incluso a escribir como yo mismo. Pero sí recuerdo el momento en que ocurrió. Fue cuando mi bisabuelo, dos años antes de morir, sacó una carpeta de su escritorio y la puso en la mesa frente a mí. O no, mentira, fue cuando empecé a leer el contenido de la carpeta. Para entonces Shura ya había muerto y yo ya había regresado de Estambul.

ETIA Y SHURA

Natan y Valentina eran personas muy cultas o muy incultas. Sobre eso había discrepancias en la familia. Si uno hacía caso de las historias contadas con fervor, o bien formaban parte de la élite intelectual de Odesa, o bien eran pobres como ratas o algo intermedio. Quizá fueran todo eso a la vez. Por supuesto, Valentina era bellísima y los conocidos la apodaban Catalina II por su aspecto tan noble y sus manos de oro. Cosía los vestidos mejor que las modistas y cocinaba, qué sé yo, mejor que en el restaurante, y era la subdirectora de todas las guarderías de la ciudad. Pero antes de eso, cuando aún vivía en Balta, se casó con Natan y se trasladó con él a la floreciente y rica Odesa, el París de Europa oriental, donde Natan quería vivir porque era una ciudad portuaria y allí a uno siempre le van bien las cosas.

Además de cumplir con sus obligaciones domésticas y con las de subdirectora de todas las guarderías, Valentina también ganó un concurso de belleza —el truco consistió en tener rizos negros y ojos azules— y editó un libro de cocina sobre comida ucraniana saludable, una recopilación libre de sus recetas favoritas, que ella misma encuadernó y distribuyó entre sus amigas y del cual todas las mujeres de Odesa hicieron copias, así que la ciudad entera acabó cocinando a la Valentina. El libro corrió como la pólvora, una editorial mostró interés en publicarlo, y si realmente llegó a hacerlo, la valiosa obra se perdió durante la guerra.

Valentina dio a luz a Etina, Etia, Etinka, la criatura más hermosa de la Tierra. En eso estaba de acuerdo la ciudad entera. Los delicados rizos de Etina brillaban alrededor de su frente como una aureola y, ya desde pequeña, su destino estaba sellado: aquella niña se convertiría en lo que más adelante, en las películas de dibujos animados, se llamaría una superheroína. Por aquel entonces, Natan y Valentina no disponían de semejantes palabras. Simplemente invertían todo su amor, todas sus fuerzas y especialmente todo el dinero que les quedaba al vivir en el floreciente París de Europa oriental en aquella mocosa que nunca dormía y que, según dicen, sabía hablar desde que nació.

Todos los niños nacidos entre las dos primeras revoluciones rusas del siglo XX llevaban la carga de tener que ser algo especial, algo más grande que un trozo de carne envuelto en pañales. Tenían que cambiar el mundo por completo, hacer de él un lugar mejor, o al menos eso era lo que se esperaba en mi familia. Ese era el caso de Alexander, Shura, Shurik, a quien algunos llamaban Sasha, que vino al mundo en algún momento de los convulsos años del siglo pasado y que, tiempo después, se casó con Etina. Y más adelante todavía, después de la Gran Guerra Patriótica contra los alemanes, Etina y Shura corrigieron el año de nacimiento en su documentación para que

pareciera que su diferencia de edad era la adecuada: Shura se puso unos años de más y Etina unos años de menos. Sospecho que fue al revés, que primero vino al mundo la prometedor Etina pero, después de la guerra, la cronología se había ido al traste como todo lo demás, así que qué más daba: escribieron las fechas que quisieron en su documentación. Podrían haberlo cambiado todo y, sin embargo, no cambiaron sus apellidos.

Shura, Sasha, Alejandro el Grande, el Pequeño, naturalmente también era muy guapo. Por muy contradictorias que fueran las verdades de las historias familiares y por muchos lugares donde transcurrieran —Odesa, Chernivtsí, Grozni, Volgogrado, Moscú, Alemania, Alemania, Alemania y, finalmente, el puerto de Estambul, donde Kato me hablaba sobre Odesa—, había un denominador común en los relatos que se transmitían de generación en generación: todos los miembros de la familia eran muy guapos y muy inteligentes, o así es como se acostumbraba a hablar de ellos. Sin embargo, en el caso de Shura era cierto. Como atestiguan los múltiples cuadros y retratos en que aparece su orgulloso rostro socialista-realista y que todavía hoy se pueden ver en los museos de historia soviética y en la pared del dormitorio de Valia. La Valia de Baja Sajonia, Alemania, no la Valentina, Catalina II, que vivía en una casa ruinoso en la Odesa de principios del siglo XX. El retrato cuelga de la pared de aquella Valia a la que le pusieron el nombre de la astronauta, pero tal vez también la llamaron así por la de Odesa, ya que, más que en el viaje espacial tripulado y en el progreso técnico de la humanidad, lo más habitual es creer en las tradiciones judías y en que hay que poner a los hijos el nombre de los difuntos para que los antepasados los protejan. Y qué más.

Así pues, los cuadros del dormitorio de Valia, mi madre, en Baja Sajonia, muestran el rostro de un hombre de frente ancha y nariz grande y tenaz, cejas pobladas y labios suaves y carnosos que, a pesar del realismo soviético, parecen sonreír sin subir las comisuras. Shura tenía los ojos de color violeta, pero eso era algo que no se podía ver ni en las fotografías en blanco y negro ni en los cuadros del realismo soviético, donde los pintaban azules, grises o verdes, a veces marrones, pero en realidad eran violetas, y a pesar de tener unos ojos así, fue de todo menos fácil conquistar el corazón de Etinka en la Facultad de Medicina, donde ambos, a los diecisiete años, formaban parte de la lista de alumnos excepcionales: la ДОСКА ПОЧЁТА.

Aquella lista estaba colgada en el pasillo entre el aula magna y el despacho de la secretaria del subdirector y en ella figuraban las notas que había obtenido cada uno y las tareas extra que había realizado en pro de la universidad, de la ciencia y del socialismo. Etinka era la número uno y Shura el número dos. Ambos mostraban un compromiso ejemplar a la hora de presentarse voluntarios para hacer exposiciones orales, sacaban las mejores notas en todas las asignaturas imaginables y especialmente las tareas extra de Etina en la asignatura de Historia del Partido eran magníficas.

Desde el día en que colgaron la lista de los resultados, Shura se había autoimpuesto la tarea de averiguar quién era el culpable de que solo fuera el número dos en la tabla de honores, cuando no tenía ninguna duda de que debía ocupar el primer lugar, pero cuando vio pasar a Etinka por delante de él en el pasillo, con el rostro altivo, apretando los libros de medicina contra el vientre y sin dignarse dirigirle ni una mirada, cuando vio sus caderas y su nuca, decidió librar una batalla totalmente distinta con aquella mujer.

Las primeras veces que se cruzaron, ella lo ignoró con tanta facilidad que él no tuvo más

remedio que preguntarse, molesto, si a lo mejor realmente no existía, a pesar de que se había plantado en su camino con un cigarrillo en la mano derecha y tocándose el pelo con la izquierda. No estaba acostumbrado a que le dieran calabazas. Las chicas hacían cola por aquel muchacho de ojos violetas y voz dulce. Una de dos: o Etinka sospechaba que él le causaría problemas o realmente tenía otra cosa en la cabeza, o quizá otra persona. Fuera como fuera, nunca le mencionó a nadie el nombre del estudiante Alexander Farbaryevitch ni ardía de pasión por él en secreto, sino que, como mucho, había despertado su interés como el eterno número dos que no conseguiría destronarla jamás, cosa que no sucedió hasta que estaban terminando la carrera. En la clase de anatomía, ella de vez en cuando levantaba la vista hacia las filas del aula llena, y en una ocasión, en el segundo semestre, sus miradas se cruzaron, de manera inesperada, por casualidad, de modo que Shura no tuvo tiempo de transmitirle ningún sentimiento con la mirada, de mandarle un mensaje a través del aula. Ella solo había paseado los ojos por la sala buscando un momento de distracción y enseguida apartó la mirada y volvió a concentrarse en su libreta, en la que seguro que anotaba ideas mejores y más inteligentes que las de él.

El mal de amores se apoderó de Shura. En aquella época tampoco tenían a mano esta expresión, que se puso de moda mucho después. Por aquel entonces hablaban de desasosiego del alma, *ДУШАБОЛИТ*, o de suplicios, *МУКИ*. Sin embargo, en este sentido, es importante saber que los rusos, o todos los que utilizan este idioma, siempre lo ven todo de un modo más drástico porque lo expresan de un modo más drástico. No dicen «me gustan estas manzanas», sino «adoro estas manzanas». No dicen «estoy casado», sino que los hombres dicen «estoy esposado» y las mujeres, «estoy detrás de mi hombre». No dicen «suegra», sino «sangre propia». A los hablantes de ruso no solo no les gusta la lluvia, sino que la odian. Por descontado, se habla de «tormento del corazón» cuando se tiene una presión en el pecho. Y precisamente Shura iba por ese camino. No podía dormir, no quería comer, fumaba tres veces más de lo habitual y su madre movía la cabeza en señal de desaprobación al ver sus ojeras.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—No, es por los exámenes. Son demasiados.

—Los aprobarás sin problemas. Después de todo, eres el mejor. Lo eres, ¿verdad?

Shura intentaba convencerse de que efectivamente era el mejor y de que su insomnio era la consecuencia de que otra persona —¡una mujer!— le disputara el lugar del número uno, y eso sin coquetear con los profesores y sin copiar. Sin una sola mácula siquiera en su socialismo impecable, con el pelo recogido en un moño alto y las caderas el doble de anchas que sus hombros, aquella Etina de ojos grandes parecía poder existir sin él tranquilamente. Shura tenía la cabeza hecha un lío: sus pensamientos giraban alrededor del orgullo herido y la envidia para acabar enredándose en las caderas de Etina. Así que decidió hacerle un regalo.

Con rigurosa puntualidad, en cuanto se publicó la nueva clasificación de los mejores alumnos de la Facultad de Medicina —en la que no hubo ninguna sorpresa: los últimos nombres variaban, mientras que los cuatro primeros se mantenían inamovibles—, Shura, que llevaba una caja de cartón con un lazo rojo, se apoyó en la pared entre el aula magna y la secretaría y esperó a que llegara la número uno a comprobar la posición de su nombre en la lista.

Etinka vestía un traje de falda y zapatos marrones que, a pesar del medio tacón, no hacían ningún ruido cuando andaba. Llevaba el pelo recogido en un moño alto y tenía el rostro relajado e

inexpresivo, como si caminara a través de un espacio vacío en el que no hubiera nada más que ella, ni el fuerte olor a formol, ni Shura, ni siquiera la maldita lista de los mejores estudiantes. Llevaba algunos libros apretados contra el vientre y avanzaba por el pasillo como por una recta final. Cuando llegó a la altura de la tabla de honores se detuvo y giró primero la cabeza y luego todo el cuerpo hacia la lista. Shura estaba justo a su lado y la contemplaba sin disimulo, ya que para ella no parecía ser más que aire.

Cuando Etina se disponía a marcharse, le dijo:

—Mazal tov.

—¿Disculpa?

La cabeza de Etinka se volvió de golpe hacia él con una vehemencia que, a pesar de su moño alto, a pesar de su forma de andar, él no había esperado.

—Vuelves a ser la número uno. *Mazal tov*.

Felicidades. Le tendió el paquete plano que llevaba en la mano.

—No lo entiendo.

Era verdad que Etinka no lo entendía. No lo de *mazal tov*, eso sí, porque en su familia se hablaba mucho el yiddish y ella habría podido mantener una conversación con Shura en ese idioma sin ningún problema, quizá no con fluidez pero sí con la suficiente soltura, solo que no estaba acostumbrada a oírlo fuera de las cuatro paredes de su casa, y mucho menos en la universidad. Y no entendía por qué aquel grosero, que resultaba evidente que le iba detrás y que cuando ella andaba por el pasillo siempre se plantaba en su camino sin gracia alguna, con la boca abierta como si quisiera decir algo pero sin llegar a hacerlo nunca, y que iba con otras chicas de cursos superiores y las hacía reír y Dios sabe qué más —ella no era una de esas, lo había decidido muy pronto—, por qué, pues, aquel eterno número dos le ofrecía un paquete con un lazo rojo.

—Es para ti. Como muestra de mi admiración.

Shura tragó saliva y se obligó a no bajar la barbilla. Irguió la cabeza y sus ojos violetas brillaron en los ojos verdes de Etina.

—Gracias, pero no puedo aceptarlo —dijo Etinka.

O algo parecido. En cualquier caso, se trataba de un rechazo. Seguía apretando los libros contra el vientre.

—No. Tienes que aceptarlo.

Shura permaneció con la mano tendida y abrió los ojos como platos, como si intentara hipnotizarla. Por un momento deseó que ella no pudiera apartar los ojos de él nunca más, pero lo hizo: apartó la vista de su cara sin el más mínimo esfuerzo y miró el regalo, luego al suelo, luego el reloj de la pared y, finalmente, la lista encabezada por su nombre. Después soltó un suspiro y dijo nuevamente algo como:

—No, gracias. Es muy amable por tu parte, pero ahora tengo que irme.

Algo así.

—Ikh bet dikh. Nimm.

Te lo ruego. Acéptalo. El yiddish volvió a captar la atención de Etina, que miró a Shura sacando chispas por los ojos. Estaba enfadada, enfadada consigo misma porque se dio cuenta de que nunca se le habría ocurrido algo semejante: no que el camarada Farbaryevitch fuera judío, porque el nombre hablaba por sí solo, sino que se atreviera a hablar en yiddish. En voz alta. En la

universidad. Con ella. Y por eso sus ojos permanecieron un instante más de la cuenta sobre el rostro de él, justo el tiempo suficiente para percatarse de que el círculo exterior de sus pupilas era violeta y de lo intenso que era ese violeta. El caso es que cedió, alargó el brazo y cogió el regalo. Puso el paquete sobre la pila de libros que llevaba y miró ilusionada a Shura.

—A sheynem dank. Du bist zeyer khaverish.

Muchas gracias. Eres muy amable. Shura se mareó. Y se sintió enfermo. Se sintió enfermo y se mareó por el olor de aquella mujer, un poco dulzón y fresco como la menta. Ahí estaba Etina, delante de él, y ya no podía ignorarlo. Así era su rostro cuando no pasaba rápidamente por su lado sin mirarlo. Por fin podía dejar de conformarse con su perfil, que tan bien conocía, y contemplar sus ojos y la sonrisa que había en ellos.

—*Vos iz es?* —preguntó ella inclinando ligeramente la cabeza.

—Es...

Más tarde, Shura contaría esa historia como una *chochme*, una anécdota, como si lo hubiera planeado todo: él, que era tan descarado, que sabía cómo impresionar y también cómo molestar a las mujeres, había querido gastarle una broma a Etina y sabía perfectamente lo que se hacía. Pero la verdad es que, en aquel momento, no tenía ni idea de por qué dijo lo que dijo. Utilizó el ruso porque su vocabulario en yiddish carecía de una palabra tan delicada:

—Трусики.

Ropa interior. Bragas. Braguitas. Eso fue lo que dijo. O más bien estalló en sus labios. ¡Bum!, ¡plaf!, ya estaba fuera y quedó suspendido entre los dos mejores estudiantes de la Facultad de Medicina de Odesa, cuyos nombres algún día adornarían aquella universidad y cuyos retratos decorarían las paredes del pasillo donde estaban el uno frente al otro. Pero aún no, eso sería más tarde. En aquel momento ambos contenían la respiración.

En esa época, uno no accedía a la Facultad de Medicina directamente después de diez años de educación secundaria. Primero, la persona socialista trabajaba en un taller o en una fábrica para aprender un oficio de verdad, un oficio manual. Antes de ser admitido en la universidad, Shura había aprendido el oficio de carpintero, una habilidad de la que nunca se arrepintió. Más tarde, ya en los años cincuenta, cuando la guerra hacía tiempo que había terminado y la victoria parecía que iba a durar para siempre, y él residía en su dacha a orillas del Volga, se entretenía tallando espíritus del bosque y gnomos para la casa, mientras su mujer, Etina, su hija Emma y su nieta, que un buen día se presentó con gemelos a los que sentaba por turnos en el columpio, cuidaban las tomateras, los pepinos y las vides. Tallaba figuras de madera de lo más artísticas y se las regalaba a todos sus amigos, y también talló una caja para el pan con pétalos muy elaborados en los bordes y la palabra ХЛЕБ en la tapa.

Entre su formación como carpintero y su ingreso en la Facultad de Medicina, Shura se hizo actor. Es decir, esa era su intención. Quería escribir obras de teatro, dirigirlas y tallar los decorados con sus propias manos. Se presentó secretamente a la prueba de acceso de la Escuela de Arte Dramático de Odesa. Durante semanas había estado ensayando distintos papeles en el jardín de sus padres, y cuando su madre le preguntaba qué era lo que mascullaba, él no decía que era Shakespeare, sino que era la historia del Partido. Solo cuando se encontró en la sala de espera

de la escuela, rodeado de hombres jóvenes con traje y corbata y mujeres con vestido y los labios pintados, perdió el valor. Bajó la vista y se miró y, años más tarde, se describiría a sí mismo en sus memorias de este modo: НЕКАЗИСТЫЙ ПАРЕНЬ С ОДЕССКОЙ МОЛДАВАНКИ, no era más que un jovenzuelo desaliñado de Moldavanka, un barrio de Odesa conocido por su pobreza y su alto índice de criminalidad y, más tarde, por los relatos del escritor Isaak Emmanuílovich Bábel.

Shura se había presentado a la prueba de acceso de la Escuela de Arte Dramático con un chaleco de piel de oveja sobre la camisa y una gorra ancha con visera. Se quedó mirando las corbatas de sus compañeros y comprendió que su padre rabino nunca le enseñaría a hacerse un nudo como aquellos. Sus ojos se posaron sobre los labios de la mujer de enfrente, que tenía las piernas cruzadas y cuya falda dejaba al descubierto dos centímetros de muslo. El sudor de las palmas de las manos de Shura ablandó el manuscrito al que se agarraba con fuerza. La mujer movía los labios en silencio, seguramente porque estaba repitiendo uno de los papeles para la audición. Los llevaba pintados de rojo Pionero. Shura pensó en cómo salir de la sala sin que nadie reparara en su erección. No podía ir hacia delante ni hacia atrás, así que se quedó sentado en la silla, encogido como una sanguijuela hasta que lo llamaron, y él, excitado como estaba, recitó con el rostro anegado en lágrimas una mezcla apasionada de Shakespeare y la historia del Partido ante el tribunal y, por así decirlo, lo sacaron de las calles para subirlo al escenario, donde le auguraban un gran futuro. Eso cuenta la leyenda.

Rebosante de felicidad y empañado en sudor, corrió a casa para informar a su padre de su inminente carrera como estrella de teatro, y su padre concluyó el acto rápidamente con la siguiente frase: «En nuestra familia no habrá ningún *balagula*, jamás». Punto final.

Shura no conocía aquella palabra. Su yiddish era rudimentario y solo alcanzaba para medias frases y flirteos pero, aun así, comprendió lo que quería decir su padre. Después buscó la palabra y no era algo tan malo como había imaginado: БАЛАГУЛА, que venía de *ba'al-'agala*, era el propietario de un carro, un vendedor ambulante que viajaba de pueblo en pueblo, que les cantaba a sus caballos y también a la gente en la plaza del mercado. Un vagabundo borracho que no tenía hogar ni familia y que lo único que sabía hacer era cantar y beber. Un payaso, un artista callejero. Shura tampoco quería convertirse en eso, sino recitar a Shakespeare, pero su yiddish no alcanzaba para convencer a su padre. De modo que se matriculó en la carrera de Medicina.

Etina también había aprendido un oficio manual, pero había muchas conjeturas en la familia sobre cuál fue. En todo caso, algo de provecho, algo que uno podía utilizar siempre, en cualquier situación de la vida. Así era entonces: el Estado se ocupaba de que una persona siguiera siendo una persona, tal como me contaron Etina y Shura. Y cuando les pregunté si en algún momento los había perjudicado en algo el hecho de ser judíos, por ejemplo, en el reparto de los puestos de aprendizaje o más tarde en la universidad, si a alguien le había molestado que precisamente fueran dos judíos los que encabezaran la lista de los mejores estudiantes o que destacaran en otros campos en que el Estado se encargaba de que las personas siguieran siendo personas, ellos me respondieron: antes de la guerra, no.

Dijeron que Stalin no era antisemita. Los rusos, los ucranianos y los moldavos sí, pero Stalin

no, ya que, al fin y al cabo, él tampoco era eslavo, sino caucásico, de modo que no se permitió que la propaganda antisemita saliera del corazón de las personas a la calle hasta después de la guerra, hasta después del 53, cuando la Unión Soviética clamó que los judíos habían asesinado a Iósif Vissariónovich Stalin. Médicos judíos como Etina Natanovna Vodovozova y Alexander Isaakovitch Farbaryevitch.

Pero algunos semestres antes de que llegaran a serlo, estaban el uno frente al otro en la Facultad de Medicina de la Universidad de Odesa con un paquete envuelto con un lazo rojo entre ellos, sobre el que uno de ellos aseguraba que contenía ropa interior. Estamos hablando del año 36 en la Unión Soviética, así que las relaciones amorosas, a causa de la situación de la vivienda y de la creencia en algo más elevado que el apetito de la carne, se limitaban a dar paseos juntos. Dar paseos y quizá cogerse de la mano en algún momento. Shura no conocía nada más.

Él, que nunca levantaba la voz, un hombre de complexión más bien pequeña, de movimientos suaves y ancho de espaldas, con ojos color frambuesa negra y una frente tan ancha que uno se podía ver reflejado en ella, no fue nunca un mujeriego, aunque pudiera causar esa impresión porque muchas mujeres, y no solo las jóvenes, buscaban su compañía. Leía mucho y escribía, sobre todo escribía, porque pensaba que únicamente en eso consistía el auténtico deber socialista de cualquier ser humano del planeta, es decir, en la búsqueda de la felicidad, y escribir era lo que más feliz le hacía en el mundo, hasta que vio la nuca de Etia. Y un día, al cabo de muchos años, la escritura volvería a ser un ancla para él, cuando creyó que ya se había hartado de mirar a Etia.

Etia, que hasta aquel momento ni siquiera se había dejado convencer para ir a pasear con hombres, enseguida se puso roja como una estrella socialista.

Se le cortó la respiración. Por algún motivo, los gritos de su madre le retumbaron en la cabeza y recordó claramente la mañana en que había pasado con ella por delante de la tienda de Rabinovitch y había señalado los zapatos rojos de medio tacón. Les había echado el ojo hacía tiempo y preguntó con timidez si algún día podría tener un par de zapatos como aquellos, siempre que ella misma ahorrara el dinero suficiente para comprárselos. La madre le soltó una bofetada que no acertó a darle en la cara por muy poco y le gritó que en su familia jamás habría algo así, de modo que Etina Natanovna corrió calle abajo seguida por su madre, quien al parecer tenía preparadas todas las expresiones imaginables para maldecir a su hija por todo lo que le había ido mal en la vida, incluso por sus ataques de migraña, que cada vez eran más frecuentes.

Etinka vio pasar todo eso ante sus ojos en un instante, mientras miraba fijamente el paquete que había puesto encima del montón de libros de medicina que llevaba. Las lágrimas le asomaron a los ojos, pero se quedaron allí sin dejarse ver. Aquel grosero, aquel mono torpe, aquel *fershtinkiner*, aquel apestoso nunca, jamás, la vería llorar, de eso no había ninguna duda, ni él ni nadie, pero mucho menos él. Cogió otra vez el paquete de encima de los libros, casi con demasiada tranquilidad, lo dejó caer al Nudo, se dio la vuelta sobre el medio tacón de sus zapatos marrones y, como si tiraran de ella con una cuerda, volvió a alejarse con altivez por el pasillo por donde había venido, ni demasiado deprisa ni demasiado despacio. Como si allí no hubiera pasado nada.

A partir de entonces, Shura fue de mal en peor. Se encerró en sus libros, escribió, escribió y escribió, aunque se prohibió a sí mismo escribir poemas de amor, e intentó convencerse de que no era ningún número dos: después de todo, él era un КОМСОМОЛЬСКИЙ ВОЖАК, un dirigente de los estudiantes del Komsomol, la Unión Comunista de la Juventud, la organización juvenil del Partido Comunista de la Unión Soviética. A él era a quien enviaban a Kiev como representante de toda la región del sur de Ucrania. Él era aquel sobre el que se contarían mitos, así que por qué debería desperdiciar el tiempo con las mujeres, cuando eso era algo que solo podían permitirse los que no tenían ningún otro objetivo en la vida.

Fundó una compañía de teatro, escribió obras sobre Dzerzhinski, insultaba a sus compañeros llamándolos enemigos de la revolución cuando llegaban tarde a los ensayos o no ponían suficiente sentimiento en las frases que él había escrito y decidió convertirse en el más famoso lo que fuera de Rusia. No iba a conformarse con menos.

Después del incidente del paquete con el lazo rojo, Etina no podía pensar en nada más que en Shura y en su, según su opinión, cínica sonrisa, y les contaba a todas sus amigas la clase de idiota maleducado y pésimo socialista que era aquel Farbaryevitch, al que había que evitar a toda costa, que su actitud corporal denotaba debilidad y artificio, que estaba más claro que el agua que era un mal perdedor y, con toda seguridad, también un misógino. Como se pasaba el día entero hablando de lo mismo, al final sus amigas le preguntaron si en realidad no sentía algo por ese tal Farbaryevitch y entonces ella recogió sus cosas, salió del café de la biblioteca al aire libre, tomó la calle Dvoryanskaya, luego la calle Primorskaya, siguió hasta el puerto, llegó a la Escalera de Potemkin y bajó sus 192 escalones. Solo se paró una vez y observó a dos pioneros sentados en un extremo de las escaleras, un chico y una chica vestidos de uniforme que intercambiaban susurros y, al hacerlo, se rozaban demasiado a menudo las rodillas.

Al cabo de unos meses, durante una clase de cirugía en la que, utilizando el torso de un cadáver, se enseñaba a los estudiantes de Medicina cómo se cosía una pared abdominal, Shura se dio cuenta de que Etina no miraba la coreografía de las manos y los hilos ni las cabezas cubiertas por los gorros de quirófano en forma de cilindro, sino que lo miraba a él. Sus ojos verdes brillaban y no apartó la mirada cuando él volvió la cabeza hacia ella para mirarla de frente.

Aquella noche no pegó ojo y dejó la almohada empapada en sudor. Tenía un hormigueo en los pies y se le hinchía el pecho. Se incorporó y tomó una decisión. Entonces se levantó y avanzó en la oscuridad hasta tropezar con el escritorio y eyaculó todo lo que se había guardado dentro hasta ese momento sobre incontables hojas de papel. Se pasó la noche entera escribiendo.

A la mañana siguiente no se quedó en algún lugar del pasillo esperando, sino que buscó a Etina, la buscó hasta encontrarla, se fue directo hacia ella y le preguntó qué tenía contra la poesía del gran Mayakovski, qué era lo que le había hecho el poeta. Ante el desconcertado silencio de ella, Shura se apresuró a explicarle que eso era exactamente lo que contenía el paquete con el lazo rojo. Los poemas de Mayakovski. Y, casi sin coger aire, Alexander Isaakovitch le preguntó a Etina Natanovna si quería casarse con él y, casi con la misma rapidez, ella contestó que sí y le entró

vergüenza, pero no bajó la mirada porque le habían enseñado a no hacerlo bajo ninguna circunstancia: una persona socialista jamás mira hacia abajo.

En el año 39 ambos se licenciaron con matrícula de honor. Luego estalló la guerra. «Si cae Rusia, la última esperanza de Inglaterra quedará destruida. Entonces Alemania dominará Europa y los Balcanes». Lo que vino después está claro.

Shura y Etia no querían hablarme de los años de la guerra. Cuando les preguntaba sobre el tema, siempre me contaban de nuevo cómo se habían conocido, y siempre con una versión distinta, completamente distinta. La mayor parte de lo que sé sobre la guerra lo leí en las notas de Shura, que escribió muchos años después a partir de sus recuerdos. Cuando ya no era capaz de distinguir una cuchara de un bolígrafo. Al fin y al cabo, era un siglo entero con patas, año más, año menos. Como los certificados de nacimiento se cambiaban a menudo, nadie sabía su edad con exactitud. Lo que sí sé es que llegamos a celebrar su centenario antes de que cerrara para siempre los ojos, que se mantuvieron igual de despiertos hasta el final. Y hasta el final siguió escribiendo pensamientos asombrosamente lúcidos en el mantel con una cuchara.

El 22 de julio del año 1941, Shura vio por la ventana del piso de un amigo al que había ido a visitar en Balta, la ciudad de donde eran los padres de Etina, cómo los tanques avanzaban por la calle mayor y, al mirar hacia arriba, divisó aviones de reconocimiento alemanes. Poco después cayeron las primeras bombas.

Balta era una ciudad muy verde y, en cuestión de minutos, los árboles ardían y llovían trozos de muro. La casa donde se encontraba Shura no fue alcanzada por las bombas y él se precipitó a la calle e intentó llegar hasta el hospital donde su amigo médico estaba de servicio. Tropezaba con cuerpos que se retorcían y con otros que ya estaban inmóviles y sobre él pasó un avión volando bajo y disparando a todo lo que se movía, incluido a Shura. Cuando por fin consiguió llegar al hospital, el edificio ya había sido destruido por las bombas, pero la ambulancia todavía estaba intacta en el aparcamiento. Encontró al conductor agazapado entre los matorrales y lo zarandeó hasta que aceptó ponerse a recoger heridos con él y llevarlos al hospital más alejado de la ciudad.

Shura intentó subir a los heridos a la ambulancia, pero él solo no lo conseguía y el conductor se negaba a bajar del vehículo. Entonces vio a un hombre dentro de un agujero que las bombas habían hecho en un muro, corrió hacia él y le pidió que le ayudara. Juntos recorrieron las calles en la ambulancia, cargando y descargando heridos y, al despedirse en el hospital de las afueras de la ciudad, se estrecharon la mano y prometieron volver a verse.

Aquel 22 de julio, en Balta se emitió el siguiente comunicado: «Los alemanes marchan hacia Balta y ya están a las puertas de la ciudad. Quien no quiera caer prisionero o quedar atrapado en la ciudad sitiada debe abandonar Balta de inmediato y dejar atrás todas sus pertenencias».

Shura consiguió llegar hasta Odesa en la caja cubierta de un camión AMO-F-15. El hombre que iba tumbado junto a él se pasó el trayecto entero con la cabeza enterrada bajo la chaqueta de Shura. En cuanto llegaron, Shura corrió hacia su casa a través de una ciudad que no veía. No habría sido capaz de decir si la reconocía, si había sido bombardeada o destruida, porque lo único que veía era el camino hacia su casa, adonde debía llegar para recoger a su mujer embarazada y marcharse a casa de unos parientes que vivían más al este del país. Cuando llegó, el piso estaba vacío: los muebles y los objetos seguían en su sitio, pero no había ni rastro de Etina.

No se había llevado nada.

Un vecino, al que agarró por el cuello de la camisa para hacerlo salir al pasillo y cuyo aliento cargado de alcohol abrasó la cara de Shura, dijo que él tampoco sabía nada, que no había visto a Etina desde hacía días, que no tenía ni idea de dónde se encontraba, pero que estaba claro que todo el mundo corría para salvar la vida. Shura estuvo tentado de arrojarlo por encima de la barandilla de las escaleras, pero en lugar de eso lo arrojó de nuevo dentro de su piso y salió corriendo a la calle. Quería ir a casa de todos sus amigos, llamar a una puerta tras otra. Etina podía estar en cualquier parte y era mejor así. ¿Por qué debería quedarse sentada a esperarle en un piso del centro de la ciudad, sola y con el embarazo tan avanzado? Quería correr pero las piernas no le respondían, y a cada paso que daba parecía saber menos cómo tenía que mover los pies para continuar avanzando. Cada vez iba más despacio. Hacía cuarenta y ocho horas que no comía y apenas bebía. Podía diagnosticarse a sí mismo el motivo de su mareo: era evidente que necesitaba agua urgentemente. Solo tenía que encontrar una tienda o unos lavabos públicos, pero eso era imposible porque no era capaz de ver nada a su alrededor. Avanzó con dificultad por una calle que se iba reblandeciendo, deshilachando. Intentó dirigirse hacia el punto más lejano que podía enfocar. Notaba el viento en la cabeza, pero no le refrescaba, solo le alborotaba el pelo y le quemaba las orejas. No estaba seguro de si el bombardeo ya había comenzado en Odesa o si era el sol el que le aplastaba la cabeza.

Cuando la calle empezó a doblarse hacia abajo como un arco demasiado tenso, Shura se sentó en la acera y se quedó allí con la mirada perdida. Se puso los dedos índice y corazón de la mano derecha sobre la arteria carótida para tomarse el pulso e intentó calmar su respiración. Un fuerte hedor a meados le invadió la nariz y la garganta. Entonces notó un arañazo en la pierna, algo que le desgarraba la piel y se movía dentro de su pernera. Oyó un crujido bajo sus pies. Ratas, fue lo primero que pensó con claridad.

Miró hacia abajo. En efecto, el suelo estaba plagado de bichos de pelo gris, pero no eran ratas, sino gatos del tamaño de un dedo que se arremolinaban en torno a él y trepaban por su cuerpo, por dentro de sus pantalones y su camisa. Se levantó de un salto y empezó a sacudirse. Entonces se dio cuenta de que una mujer se había detenido en la acera y lo observaba. Una mujer cubierta con tantos pañuelos que él no podía verle la cara ni el cuerpo. Era más pequeña que Shura, pero bajo aquel montón de telas parecía una enorme oruga dentro del capullo avanzando lentamente hacia él. Alargó un brazo envuelto en la maraña de pañuelos, le dio unas palmadas en la espalda y comenzó a sacudirlo como si fuera un cojín polvoriento. «Todo irá bien, todo irá bien, hijo». Eso fue lo que la mujer murmuró, o algo por el estilo, porque Shura solo oía murmullos a través del pañuelo que le tapaba la boca. Cuando le hubo sacudido el último gato del cuerpo, le cogió la mano y le dijo: «Ven conmigo». Shura miró la mano áspera y rugosa que parecía hecha de corteza de roble, una raíz que crecía alrededor de la muñeca por donde lo agarraba, y luego sus ojos azul claro bajo los pañuelos de colores. Por un instante creyó que se iba a desmayar, pero entonces un gato le mordió en la pierna y él lanzó un grito, se liberó de la mano de la mujer y echó a correr.

Etina estaba con Chava y Román. Cuando Shura irrumpió en la casa, la encontró sentada tranquilamente a la mesa de la cocina bebiendo té negro con mermelada de membrillo. Shura tenía

los cabellos encrespados en todas direcciones, daba la impresión de que toda la Wehrmacht alemana le hubiera desgarrado las ropas y tenía sangre en la pernera del pantalón. No era capaz de articular ni una palabra y de su boca únicamente salían sonidos. Primero señaló la puerta, luego la ventana, después a Etina y volvió a comenzar de nuevo, recorriendo la habitación con el dedo. Fuera reinaba el silencio y hacía calor. El sol se colaba por la ventana hasta la mesa de la cocina, el suelo de parqué y las mejillas de Etina. Ella dejó el vaso de té y, mientras se acariciaba la barriga con la mano izquierda, le pidió a su marido que se sentara e hiciera el favor de comer algo de inmediato. Había decidido que nada le arrebataría la ilusión de tener aquel hijo, absolutamente nada, ni la guerra ni el marido, que al parecer había perdido la razón, ni la llegada inminente de los alemanes.

Después de que la Wehrmacht atacara la Unión Soviética, resultó necesario reforzar el número de médicos. Cuando Shura fue nombrado director del hospital de evacuación tenía veinticinco años y necesitaba urgentemente conseguir un aspecto autoritario para que sus pacientes no lo cosieran a tiros antes de que él pudiera coserlos con hilo y aguja. De modo que se dejó crecer barba y un abundante bigote para parecer mayor y se puso a fumar como un carretero para que su voz se volviera más ronca, más masculina, más malvada, más dura. Nunca lo consiguió.

Tampoco las drogas lo hicieron mayor, ni más duro ni más malvado. Pronto añadió al consumo del tabaco caucásico que devoraba las membranas mucosas el de cafeína en pastillas. También bebía, pero muy poco, más bien para desinfectarse la cavidad bucal. No había demasiadas posibilidades de anesthesiarse, ya que en el frente no disponían de medicamentos para paliar el dolor, ni para los pacientes ni para los médicos, pero más tarde, cuando tuvo acceso a toda clase de fármacos, echó mano de todos y, aun así, siguió siendo un tipo blando, algo más lento, cuya voz embelesaba a todo el mundo.

Hablaba en voz baja pero muy clara, articulaba cada palabra hasta el final como un auténtico actor, recalca las últimas vocales, prestaba atención a la melodía de las frases e imprimía en su rostro una estudiada expresión de sabiduría. A los pacientes les inspiraban confianza sus cejas juntas, su nariz prominente, sus ojos serios y concentrados. Estaban convencidos de que una persona con esa mirada y esa forma de hablar, como si estuviera recitando un poema socialista, por fuerza tenía que salvarles de la necrosis. A menudo solo podía cumplir sus esperanzas a medias, a veces incluso menos, pero la esperanza no es algo que pueda colmarse, sino que nos colma a nosotros mientras dura.

Como director del hospital de evacuación, Shura era el encargado de coordinar un equipo de quince médicos y todo un ejército de enfermeras y voluntarios que trajinaban como hormigas, con diligencia pero también conscientes de que en cualquier momento podían ser aplastados. Todos menos Shura. Desde que había huido de la mujer oruga de los gatos, desde que había encontrado a Ktina sentada a la mesa de la cocina en casa de sus amigos, desde que Balta había empezado a arder, igual que todo lo que lo rodeaba, algo se había cerrado de golpe en su interior. Le daba la sensación de que se trataba de una trampilla que se cerró con un estruendo que permaneció mucho tiempo en sus oídos. Oyó el ruido metálico del portazo en algún lugar a la altura de su nariz, notó el sabor del retumbo bajo la lengua y, desde entonces, carecía de uno de los instintos primitivos del ser humano. Allí, en medio de la guerra, comprendió que había algo que él ya no era capaz de

sentir y que parecía paralizar a todos los que lo rodeaban: el miedo.

No tenía ningún miedo cuando veía morir a los heridos en sus manos, no tuvo ningún miedo cuando nació su hija y la declararon clínicamente muerta, ni tampoco lo tuvo de los posibles efectos tardíos cuando consiguieron reanimar a Emma. No tuvo ningún miedo cuando su mujer, con la niña y con su padre, huyó de los alemanes que seguían avanzando y Shura se enteró de que su suegro no sobreviviría a la bala que le había alcanzado al lanzarse sobre la recién nacida para protegerla.

Escuchaba todas las noticias de la guerra y de las atrocidades que cometían ambos ejércitos y, mientras tenía en sus manos las consecuencias e intentaba curarlas, irradiaba una tranquilidad que parecía casi peligrosa. Resultaba irritante y adictiva a la vez, porque sus reacciones no guardaban relación alguna con todo lo que parecía derrumbarse a su alrededor. Sus pupilas nunca se dilataban o, mejor dicho, siempre estaban dilatadas, se clavaban en quien le estuviera hablando y lo engullían con piel y huesos, aunque nadie sabía si se trataba del efecto de las drogas en su sangre o bien de un trastorno psicopatológico, un trauma, un *shock* o incluso algún tipo de parálisis.

«Tal vez sea importante aclarar —escribió Shura en sus memorias— que no tener miedo no significa necesariamente ser valiente».

Estaba destinado justo detrás del frente. A diario llegaban trenes cargados de heridos, algunos días hasta veinte vagones llenos de hombres medio muertos que gritaban y que tenían que ser operados en el vagón mismo, con o sin anestesia, dependiendo de cuánta quedara. Después, aquellos que tenían alguna posibilidad real de sobrevivir eran enviados en los mismos trenes lejos del frente, hacia el este, hacia el interior del país, y el que conseguía llegar con vida hasta allí se convertía en héroe de guerra.

Según dicen, Etina y Shura realizaron milagros. Según dicen, curaban a niños que habían estado jugando con granadas, les hacían unos cuantos remiendos, les acariciaban la cabeza, les daban de alta y los mandaban hacia un futuro glorioso. Según dicen, estuvieron presentes en las batallas decisivas contra los alemanes, en las que, siempre provistos de penicilina pero sin ningún medicamento para aliviar el dolor, estuvieron operando día y noche y salvaron en el último instante a los mejores francotiradores de una muerte segura, así que desempeñaron un papel crucial en la batalla de Stalingrado y en el destino de la Unión Soviética y, por lo tanto, del mundo entero. Según dicen, Shura incluso trató y curó a un oficial alemán, por la razón que fuera.

Hay fotos de Shura con Afanasiev, no el recopilador y editor de cuentos rusos, sino aquel de la Casa de Pávlov, el edificio en el que unos pocos soldados soviéticos lograron resistir durante dos meses al VI Ejército alemán y que aún se conserva en pie como testimonio de la hazaña, con la fachada tan llena de agujeros de bala que parece un trozo de queso podrido. De modo que es posible que mis bisabuelos tomaran parte en la salvación del mundo desde primera línea del frente y guiaran la mano del famoso francotirador de Stalingrado, Afanasiev, ambos a la vez. Puede ser. Otra versión de la historia es que Afanasiev visitó a Shura como paciente una vez terminada la guerra, cuando ya hacía doce años que se había quedado ciego, que la operación fue un éxito y que, al ver que había recuperado la vista, saltó directamente de la mesa de operaciones

a los brazos de Shura gritando: **Я ВИЖУ! ВИЖУ!**» ¡Puedo ver! ¡Puedo ver!

Fuera como fuera, el caso es que eran amigos, como demuestran las fotografías en blanco y negro, una de las cuales está en la repisa de la chimenea tapiada de mi habitación. En ella se los ve a ambos dibujando en el suelo con ramitas, como si Afanasiev le estuviera mostrando a Shura algo de suma importancia en la escasa arena de la orilla del Volga. Llevan sombreros de hongo y abrigos largos y se inclinan sobre un esbozo del futuro. La fotografía es de los años sesenta y podría pasar por una escena de una obra de teatro escrita por el mismo Shura.

También hay quien dice que no hubo ningún milagro, y mucho menos en la guerra. Después quizá, pero no en la Unión Soviética. No se salvó a nadie y ningún medicamento contra el dolor habría ayudado a paliar las cosas que se vieron y se vivieron allí, ni la penicilina ni ningún poder mágico. Muchos murieron, la mayoría. El modo en que lograron sobrevivir Shura y Etia solo fue revelado a través de los retazos de recuerdos que ellos murmuraban a su vaso de té negro. Se lo bebían a sorbos ruidosos y, alrededor de nuestras cabezas, el aire se impregnaba de olor a bergamota.

Cuando terminó la guerra, la compañía de Shura permaneció en la ciudad de Sumy, a una corta distancia de Járkiv pero muy lejos de Odesa. Allí fue designado asesor y director médico del Ministerio de Sanidad hasta que, al cabo de poco, la llamada del deber para con el Partido lo llevó hasta Chernivtsí.

La invitación fue más o menos así: venid a Chernivtsí y escoged cualquier casa que queráis, no importa lo grande que sea. Podéis quedaros con la que más os guste, incluso con uno de esos pisos antiguos de cinco habitaciones que pertenecían a los generales de antes, con ventanales —algo con lo que Etinka siempre había soñado—; hay casas de lo más lujosas a las afueras de la ciudad, construidas justo antes de la guerra, y están todas vacías, así que venid y servios vosotros mismos.

De modo que se fueron para allí y, cuando llegaron, naturalmente todos los pisos señoriales y las casas lujosas ya estaban ocupados por altos funcionarios del Partido, que habían llegado antes que nadie, salían de debajo de todas las piedras e inundaban la bonita ciudad de Chernivtsí, de manera que Etia, Shura y su hija Emma tuvieron que conformarse con un piso muy alejado del río Prut, con ventanas pequeñas y vistas a la pared de la casa de enfrente. Y Etia dijo: «No». Negó con la cabeza con absoluta resolución y armó un alboroto tremendo. Había visualizado con demasiada claridad en sus sueños el nuevo piso a orillas del río y era demasiado firme su voluntad de no volver a vivir jamás en condiciones infrahumanas como había hecho durante la guerra, sin poder conseguir medicamentos para su hija y a menudo durmiendo al raso en un campo llano y desprotegido que desempeñaba todas las funciones a la vez: lugar para dormir, agujero para vomitar, cagadero y mesa para cambiar pañales.

Etia siguió con su letanía de quejas hasta que les ofrecieron un piso en el centro. Con puertas de dos hojas entre las tres espaciosas habitaciones y ventanas con vistas a un parque. Se podía ir andando hasta el río Prut. El primer secretario del Comité Regional vivía en un piso exacto al suyo encima de ellos.

Así pues, Etinka había conseguido que a su marido y a su familia les asignaran el piso que les correspondía, aunque él apenas estaba en casa porque tenía que luchar sin tregua en el hospital

contra los dos clásicos de la posguerra: el bocio y la tuberculosis. Sin embargo, cuando se tumbaba a echar una cabezada en el catre de la habitación de los médicos de guardia, Shura soñaba con las bonitas estancias de techo alto y las verdes vistas que ofrecían las ventanas y, al contárselo a Etinka, utilizaba la expresión «en casa» y ella pensaba que solo por eso ya había valido la pena el esfuerzo.

Fue entonces cuando nombraron a Shura presidente de la Delegación Regional del Ministerio de Sanidad y él asumió el cargo con el fervor y la convicción de un creyente. Su fe se mantuvo casi intacta incluso después de 1953, cuando todo el Partido estaba seguro de que él y los suyos cargaban la muerte de Iósif Vissariónovich Stalin sobre su conciencia. Sus colegas fueron encarcelados por docenas, pero Shura se mantuvo fiel hasta el final a sus creencias socialistas. No es que estuviera ciego: veía lo que sucedía a su alrededor y sabía que, si en el 52 no hubiera contado con la protección del presidente de la sección del KGB responsable del Partido en Moscú, quien consideraba encomiable su trabajo, su sonrisa hipnótica y su conducta en general — a pesar de su patronímico, Isaakovitch, y de su apellido, Farbaryevitch, o precisamente a causa de ellos, Shura sabía cómo gustar a la gente—, de no haber sido por eso, estaría compartiendo celda con sus colegas judíos, quince, a veces hasta veinte hombres en una misma habitación.

Shura utilizó la palabra КОМНАТА, es decir, «habitación», y me la describió con todo detalle. Él sabía cómo era aquella «habitación» a través de los colegas que la habían visto, así que contaba lo que otros le habían contado y todas aquellas historias que pasaban de boca en boca guardaban un gran parecido con la película que todo el mundo había visto años más tarde en la televisión soviética. No es que yo desconfiara de Shura, porque sabía que sería incapaz de embellecer un pasado que había surcado de arrugas su rostro de suaves facciones. Lo que me inspiraba desconfianza era la lengua rica en metáforas en la que hablaba, ya que desconfío de mi lengua materna por principio. Porque es mucho mejor que el mundo de donde procede, más hermosa y llena de significado de lo que la realidad puede ser nunca.

Shura describía detalladamente cómo se había librado de la «habitación» gracias a la protección del alto cargo del KGB. Esa fue la razón por la que Alexander Isaakovitch visitó en un par de ocasiones, acompañado por su mujer y su hija pequeña, al alto funcionario del Partido en su dacha a orillas del Volga, donde todos juntos bebieron té negro con mermelada y mordisquearon rosquillas de pan con mantequilla.

Para aquellos a quienes esta imagen les resulte demasiado parecida a la que hay en el samovar que se han comprado de oferta: así fue exactamente como sucedió. La joven pareja en los floridos jardines de Chernivtsí, los mismos colores, la misma naturalidad. Mojaban las rosquillas de pan con mantequilla en el té negro demasiado dulce, mirando de reojo los coches azul marino de clase media modelo Победа, que recordaban a los automóviles americanos, un triunfo que lucía en el garaje cubierto de parra, mientras mantenían conversaciones cultas sobre literatura rusa y sobre la guerra soviético-alemana. Lo hicieron en dos ocasiones. Después de la segunda, les dieron a entender que ya no se veían obligados a recibir en su casa a gente de su clase, y con gente de su clase se referían a НИЩИЕ, a pelagatos. Y es que, aunque fueran muy leídos, la pobreza de la que la joven familia intentaba salir con penas y trabajos no se podía rebatir con conocimientos de

literatura rusa. Eso fue lo que les dieron a entender de forma sumamente educada. En cualquier caso, Etina y Shura habían degustado aquel tipo de vida y querían más, y para conseguirlo emplearon todos los medios, siguieron todos los caminos, y aquellos caminos pasaban invariablemente por el Partido en el que creían de todo corazón.

Entonces llegó el año 53, la ДЕЛО ВРАЧЕЙ, la conspiración de los médicos. Aunque resulte difícil de creer, debía haber un motivo para despedir a los trabajadores, incluso si eran judíos. En el expediente de Shura constaba como causa de despido: «No está suficientemente cualificado». Así que dejó el puesto, o más bien lo echaron a la calle. Nunca sabremos si es verdad que, a partir de entonces, el pensamiento que más lo atormentó fue el de cómo iba a alimentar a su familia. Al menos, a su mujer no la despidieron y desempeñaba un papel tan importante como directora del sanatorio para niños tuberculosos que podía mantener a la familia entera y también alimentar a la mitad de los niños del sanatorio. Sobre los ojos ligeramente salidos de Shura se posó, como si fuera una película grasienta, una humillación profunda que no desaparecería nunca más. Hasta entonces había visto muchas cosas y oído algunas otras, y durante la guerra hubo un par de peleas a causa del ЖИД^[5] Farbaryevitch, pero el Estado nunca le había dado la espalda y tampoco el Partido, la única y verdadera razón para creer en un futuro después del horror de la guerra. ¿Qué sentido tenía el futuro sin el Partido? ¿Hacia dónde debían dirigirse? ¿A qué se refería Lenin cuando decía: «¡Habéis tomado el camino justo, camaradas!», si Shura había acabado de patitas en la calle y el Partido seguía sin él? Sin Stalin y sin él.

Shura le propuso a otro médico, un colega que trabajaba en el hospital de al lado, que se repartieran su sueldo a partes iguales a cambio de que él se ocupara de tres cuartas partes de su trabajo. Al final, aquel colega no volvió a aparecer por el hospital y dejó que el judío trabajara por él, lo cual a Shura le parecía estupendo, porque lo único que quería él era tratar a los pacientes, hablar con la gente, no quedarse sentado en casa esperando a que llamaran a su puerta, a que vinieran a llevárselo, y tal vez también a su mujer y a su hija, algo que sabía que podía pasar en cualquier momento y entonces simplemente desaparecerían y nadie diría nada porque todos los que podrían haber dicho algo ya habían desaparecido. No era que tuviera miedo, porque a él ya nada le daba miedo. Pero le repugnaba el silencio que se había apoderado de las calles, de los pasillos, de las salas de los médicos, le repugnaba aquella sensación de ser una hormiga, una sensación ante la cual no quería rendirse.

En sus memorias, Shura escribió: «Siempre presentí que todo lo que me ocurría era por mi propio bien». Qué se puede decir ante eso: era un socialista de pura cepa. De hecho, en aquellas pocas páginas mantenía que el exitoso camino que lo había llevado desde el barrio de delincuentes de Odesa a convertirse en una de las grandes figuras de la URSS fue posible precisamente gracias al verano del 53, el verano en que «se salvó porque antes lo habían despedido».

El verano del 53 fue un auténtico verano de Chernivtsí: el asfalto se derretía y la gente apenas se atrevía a salir de casa, salvo para ir a ver el partido de fútbol del equipo regional, lo cual era sagrado. Para soportar el calor abrasador, todo el mundo, la ciudad entera, comía helados. La ambulancia estaba lista para actuar a las puertas del estadio y de cuando en cuando recogía a alguien que sufría un golpe de calor. Pero no había suficientes ambulancias para lo que sucedió

aquel verano del 53: los 746 espectadores del partido, todos sin excepción, comieron helado, a ocho kopeks la unidad, y la mayoría tomaron dos o tres. Aquellos helados, contraviniendo la normativa, estaban elaborados a base de huevos de pato, que además estaban caducados desde hacía tiempo. De modo que toda la ciudad se puso a vomitar, o al menos eso parecía y a eso olió la ciudad durante todo el largo verano, hasta bien entrado el otoño.

Dos personas murieron a causa de la intoxicación alimenticia, sin duda los que habían engullido tres helados. A un centenar les quedaron secuelas, probablemente a los que se habían comido dos helados. Diez de ellos quedaron lisiados de por vida —por extraño que parezca que los huevos de pato puedan provocar ese efecto—, y salvo una excepción, nadie, absolutamente nadie en la ciudad de Chernivtsí quiso volver a tomar un helado en su vida, hasta el verano siguiente.

Entre las personas intoxicadas se encontraba Emma, la hija de Shura y Etina, que por aquel entonces tenía trece años y no mostraba el más mínimo interés por el fútbol pero le gustaba ir a los partidos y estar con la gente joven para huir del hedor de su habitación compartida en el piso comunal al que su familia se había visto obligada a mudarse después de que suspendieran a su padre del cargo. A ella la intoxicación no le dejó ninguna secuela, pero se pasó veinticuatro horas vomitando y, días más tarde, aún se quejaba de terribles dolores de cabeza, una costumbre que no abandonó hasta el final de su vida.

Otro de los intoxicados fue Iósif, el tío del que más tarde se convertiría en el marido de Emma, Daniil, quien por aquel entonces todavía acarreaba sacos de patatas sobre su espalda de menor de edad en Bálfí para ganar dinero para su familia, sobre todo para su hermana pequeña, Dora. Iósif sobrevivió a los vómitos sin problemas y fue el único habitante de la ciudad que al día siguiente volvió a comer helado.

Había que encontrar enseguida un culpable del desastre sanitario que se había producido durante el partido de fútbol, cuya cabeza rodara para compensar la intoxicación de toda la ciudad. Bueno, en realidad no había Nido toda la ciudad y, además, en la Unión Soviética no había guillotina pero, como ya he dicho, los hablantes de ruso no solo son propensos a la exageración cuando hablan, sino también cuando piensan. Sin embargo, no es una exageración decir que buscaban a un culpable para llevarlo al paredón: un último cigarrillo y todo arreglado. Según el plan de las autoridades, aquel culpable tenía que ser por fuerza el presidente regional del Ministerio de Sanidad, cuyo cargo había ocupado Shura hasta hacía tres meses. Pero a él lo habían echado a la calle, de modo que no podían hacer rodar su cabeza.

Lo había sustituido en el cargo una mujer, una tal Inna Vasiliyevna Timosheva, quien tenía fama de xcene3Haa, una Dama de Hierro, y que, dicho sea de paso, había conseguido el puesto sin ser licenciada en Medicina ni en ninguna otra cosa. Nadie sabía exactamente cómo lo había logrado pero, por la misma razón, consiguió librarse del fusilamiento. Debieron de conformarse con encerrarla en la «habitación» o desterrarla, aunque probablemente acabó entre rejas, lo cual sin duda no era la mejor de las opciones, ni en aquel momento de la historia ni tampoco después, pero algo es algo. De modo que Shura escapó de la muerte por los pelos. Fue una suerte que Iósif Vissariónovich Stalin tuviera la bondad de diñarla y por ese motivo Shura perdiera el empleo y no su cabeza de ojos dulces, cuyo color violeta se fue oscureciendo a medida que pasaban los años.

Shura trabajaba. Siguió trabajando tranquila e ilegalmente sustituyendo a su colega ucraniano, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, solo hacia delante, hacia el futuro que le había prometido

Vladímir Ilich Uliánov Lenin.

Etinka no esperaba demasiado de Uliánov ni de los muertos en general, tanto si se trataba de momias embalsamadas en mausoleos expuestos al público como si no. Solo esperaba mucho de los vivos y estaba firmemente resuelta a permanecer entre ellos. Su voluntad de supervivencia había cubierto de cera su bonito rostro, ante el cual hacían un saludo militar sus pequeños pacientes, los colegas del hospital y también algunas personas que se cruzaba en la calle, como si estuvieran ante el mausoleo de Lenin.

Al terminar la guerra, a Etina le habían asignado la dirección del sanatorio para niños tuberculosos. Si antes de la guerra la tuberculosis era la primera causa de mortalidad en la URSS, no es difícil imaginar hasta qué punto empeoró la situación en el país durante y después del conflicto. Podría decirse que la gente moría como moscas pero, en realidad, no morían como moscas, porque las personas mueren lentamente, escupiendo sangre y, en el caso de los niños, con los ojos muy abiertos y suplicantes, ojos a los que Etina era incapaz de mirar. Cada día ingresaban entre cinco y cincuenta personitas, algunas aún bebés, a las que ella extirpaba la tuberculosis de los huesos y de los pulmones con sus propias manos, tal como había aprendido a hacer en la guerra, y luego cuidaba de ellas también con sus propias manos, o al menos eso decían. Al parecer, no hubo ni un solo niño en el sanatorio de doscientas treinta camas al que no cuidara personalmente. Incluso reconstruyó el edificio prácticamente con sus propias manos y siempre se ocupaba de que se ampliaran las instalaciones: «No hay espacio suficiente, ¿es que no lo veis? ¿Qué se supone que tengo que hacer con los niños, amontonarlos los unos encima de los otros?».

Sus elogiadas manos de oro socialistas siempre estaban enfundadas en guantes de plástico de color turquesa, pero una vez se hizo un corte durante una operación. Recordaba que fue bien entrada la noche y que incluso notó que se había cortado y vio una gota de su sangre en uno de los guantes, en el izquierdo. Pero estaba tan agotada que apenas se podía mantener en pie, así que siguió operando deprisa mientras le quedaban fuerzas y al terminar salió del quirófano y se fue directa al sofá del pasillo, donde se dejó caer y se quedó dormida de inmediato, sin ni siquiera quitarse los zapatos, sus zapatos rojos de medio tacón. Los guantes de cirujano de color turquesa los tiró a la basura.

Fue la primera en detectar los síntomas en su propio cuerpo. Primero notó que se quedaba afónica después del mediodía. Su voz aguda y autoritaria, que sonaba como una sirena cuando quería algo y como un cañonazo cuando no lo quería, se desvanecía, se iba volviendo cada vez más débil, como la de un niño cansado. Después se le inflamaron los ganglios linfáticos de las ingles y de las axilas y ya no le cupo la menor duda. Finalmente, empezó a sudar por la noche, a temblar y a tener fiebre, así que presentaba todos los síntomas y no podía achacarlos al agotamiento.

Hizo que le escayolaran la mano infectada y se ingresó y se trató a sí misma. Con voz débil pero segura, daba órdenes a los médicos jóvenes respecto a su propio tratamiento mientras seguía dirigiendo el sanatorio desde la cama.

Shura permanecía sentado en la habitación del hospital donde estaba Etinka y contemplaba cómo su mujer hablaba con tres enfermeras a la vez: una de ellas le administraba un preparado que en Occidente nunca estuvo autorizado a causa de su alto componente tóxico, y las otras dos

recibían órdenes para transmitir las a la unidad infantil.

Etinka se dio a sí misma un diez por ciento de probabilidades de sobrevivir y se prescribió **СТРЕПТОМИЦИ-НИЗОНИАЗИДПАРА-АМИНОСАЛИЦИЛОВАЯ КИСЛОТА**. Aquel remedio se podría comparar con una quimioterapia tan potente como el accidente de Chernóbil, pero eso sería anticipar acontecimientos, porque el accidente de Chernóbil aún no había ocurrido: aún estamos a finales de los años cuarenta.

Shura estaba allí sentado sin decir nada. Cuando por fin los dejaron solos, ella le preguntó:

—¿Qué harás cuando me muera?

Fue directamente al grano porque no le gustaban los excesos. Estaba muy lúcida y aún electrizada por las conversaciones con las enfermeras, como si estuviera enchufada a la corriente. Su rostro se crispó al hacer la pregunta.

—Seguir adelante, qué remedio —se contestó finalmente a sí misma, al ver que Shura continuaba callado—. Deja de mirarme así. Eso no me ayuda.

—¿Qué es lo que te ayudaría? —Shura estaba sentado contra la pared de enfrente porque no le permitían acercarse a su mujer.

—Lleva a Emma a casa de Chava. A que le corte el pelo.

Y eso fue lo que hizo Shura. Por primera vez en su vida, cogió de la mano a su hija, cuya sorpresa fue mayúscula al ver que su padre hacía algo con ella, que incluso la llevaba a la peluquería, y se fueron a casa de Chava, que también se había trasladado a Chernivtsí con su marido Román y había improvisado un salón de belleza en su Nula de estar. «¡No me lo puedo creer! ¡Pero si es el profesor Farbaryevitch! ¿Ha venido a que le depilemos el entrecejo?», bromeó Chava al abrir la puerta y encontrarse con las dos caras titubeantes. A Shura le incomodó aquel comentario. A él siempre le cortaba el pelo Etina y nadie le había tocado nunca las cejas. Pensó que aquel no era un lugar apropiado para un socialista: incluso había visto, en el espacio entre la puerta del baño y la cortina de la ducha, un trozo de la pierna desnuda de una mujer. Enseguida le vino a la cabeza la camarada con los labios pintados de rojo Pionero con quien había coincidido mientras esperaba para hacer la audición en la Escuela de Arte Dramático en la que tanto había deseado ingresar. Dejó a su hija, cuyos cabellos realmente parecían un nido de pájaro, sentada en la silla de peluquería que había en el balcón y se fue a la cocina.

Shura estuvo mirando sus uñas muy cortas, después sus zapatos relucientes y finalmente el reloj que hacía tictac en la pared mientras sus agujas encorvadas arañaban la esfera, y pensó que no haría nada cuando Etina muriera, absolutamente nada, porque eso no pasaría, no podía pasar, era del todo imposible. No había ninguna necesidad de plantearse nada porque ella nunca lo dejaría solo. Tenía demasiado sentido de la responsabilidad como para hacerle eso.

Resultó que estaba en lo cierto: Etinka no se dejó vencer ni por la enfermedad ni por el veneno que tomaba para combatirla. La expresión que utilizaba ella era **СЕБЯ ПОДНЯЛА**: había tirado de sí misma para sacarse de allí, igual que el barón de Münchhausen salió de la ciénaga tirando de su propia coleta. «Sería para troncharse de risa que no me hubiera podido salvar a mí misma», solía decirme y, efectivamente, se tronchaba de risa mientras su marido la miraba de reojo con timidez. Por aquel entonces, sus ojos ya eran del color de las frambuesas negras y las grietas que tenía en la comisura de los labios, de color gris.

Etina no le iba a la zaga a su marido en cuestión de actos superheroicos. Qué remedio tenía:

había sobrevivido a la guerra y había sacado adelante a una hija que había estado a las puertas de la muerte desde su nacimiento.

La hija de Etina y Shura, Emma, tenía siete años cuando su madre enfermó y no pudo verla durante casi un año, cosa que no le importó demasiado, ya que nunca habían tenido mucho que decirse. Le quedaba su padre, que, aunque se pasaba todo el día perdido en el firmamento de la ciencia, irradiaba una tranquilidad que a Emma le bastaba de sobra. De hecho, el auténtico talento de Emma era la autosuficiencia. Era una criatura delicada, con propensión a marearse fácilmente, le gustaba leer, en especial poesía, se aprendía páginas enteras de memoria, tocaba un poco el piano, actuaba un poco en el teatro, estaba horas sentada delante del espejo pasándose los dedos entre los rizos de color rubio ceniza recién cortados y a nadie se le habría ocurrido nunca decir que fuera una chica comprometida que se interesaba por los problemas de la sociedad ni que tuviera ideas políticas. Sin embargo, en el año 53 sorprendió a todo el mundo, a su niñera Alina, a la cocinera Daria y especialmente a sus padres, que, cosa rara, en aquel momento estaban en casa, cuando se desmayó al enterarse de que había muerto el gran líder Stalin porque sintió que aquel suceso tendría repercusiones importantes y probablemente graves.

Sus padres contaban aquella anécdota como si formara parte de la biografía de una niña soviética de pura cepa, una pionera que sufría por aquella pérdida irreparable y que, por descontado, habría estado dispuesta a dar la vida a cambio de la del gran líder. Pero ya no había nada que hacer. Todos los niños de la Unión Soviética se habían quedado huérfanos para siempre.

Para Etina, el año 53 transcurrió como el de todos los médicos judíos: la echaron a la calle. Mejor dicho, iban a echarla a la calle y los papeles del despido ya estaban sobre la mesa del despacho del ministro de Sanidad, que los firmó sin ni siquiera mirar el nombre de la persona que iba a ser despedida. **Поснимали**, descolgada, era el término que se usaba en aquella época. Hasta los peces pequeños de la periferia de la ciudad y de los pueblos de los rincones más remotos de la grande y poderosa Unión corrían el riesgo de ser «descolgados», igual que se descolgaban de la pared los retratos que ya no resultaban gratos a la vista. Y se dedicaban muchos esfuerzos a aquella tarea.

En el caso de Etina Natanovna Farbaryevitch, la cosa fue distinta. El primer secretario del Comité Regional del Partido en persona, Raissa Filatova, se ocupó del asunto. Llegados a este punto, resulta necesario aclarar que en ruso no hay una forma femenina para médico, maestro ni muchas otras profesiones, de modo que, tanto en la lengua oral como en la escrita, todas eran hombres, lo cual confería a sus profesiones un punto más de dureza, algo que les iba como anillo al dedo a las mujeres de la Unión Soviética. Dónde si no se podían encontrar mujeres como aquellas, que habían sufrido el hambre, los bombardeos y el regreso a casa de los soldados después de la guerra, mujeres emocionalmente destrozadas que eran capaces de hacer de todo y que, no obstante, no reclamaban formas femeninas para sus cargos, ni movimientos feministas ni pastillas para la depresión. Simplemente no les quedaba tiempo para ese tipo de cosas, porque estaban demasiado ocupadas sacando adelante al pueblo castigado, al marido lisiado y, sobre

todo, a los hijos. Raissa Filatova era exactamente una de esas mujeres, de modo que dio un golpe sobre la mesa cuando le dijeron que la camarada Farbaryevitch debía ser despedida de inmediato. Golpeó la mesa maciza de madera natural con la palma de su manaza y gritó: «¡No pienso entregarla jamás! ¿Es que queréis que mueran un montón de niños? ¿Que muera la Unión entera? ¿Que muera yo? Maldita sea, ¿adónde vamos a ir a parar?». Aquello no dejaba lugar a discusión. Dan ganas de besar a Raissa Filatova en las manos y en las mejillas enrojecidas. Ojalá hubiera habido más como ella.

Así que Etina conservó el empleo y siguió dirigiendo el sanatorio, y podría haber hecho una gran carrera. Al parecer, su tesis doctoral era mejor que la de Shura. Ella también podría haber hecho descubrimientos y quién sabe hasta dónde habría llegado aquella mujer orgullosa y llena de luz con el pelo siempre recogido en un moño alto. Pero se decidió por la otra opción: quiso convertirse en la esposa de un gran personaje en vez de ser ella misma el gran personaje. Porque sabía que eso habría supuesto pasar por encima de muchos cadáveres y, siendo mujer, también por encima de muchos cuerpos desnudos de hombres, cosa que para ella no entraba en consideración, o al menos no con la vehemencia con que habría tenido que hacerlo, de modo que aceptó de buena gana lo que le deparara el destino.

Desde la ilegalidad de un puesto de trabajo que no le pertenecía, Alexander Isaakovitch Farbaryevitch inició su carrera como científico, que fue meteórica. Decidió escribir su tesis doctoral y encontró a un director que tenía fama de proteger a los judíos y que pareció descubrir algo en Shura, o tal vez simplemente tenía remordimientos porque nadie sabía que su verdadero apellido era Perlman y que durante la guerra se lo había cambiado por unos pocos rublos por un apellido ruso. Aquel protector de judíos aceptó dirigir la tesis de Shura y le ayudó tanto como estuvo en su mano. El trabajo de Farbaryevitch sobre la prolongación de los efectos de la penicilina en el ojo causó una gran sensación. Shura observó que la penicilina administrada en gotas en el ojo desaparecía al cabo de media hora a causa del líquido lacrimal, de manera que desarrolló un método que consistía en colocar bajo el párpado cápsulas semipermeables que contenían el fármaco. De ese modo, el efecto de la valiosa penicilina duraría hasta dos días. El método de Shura se propagó como un incendio en los hospitales de la Unión Soviética y se convirtió en un referente en el tratamiento de las enfermedades oculares durante las décadas siguientes. Hoy en día aún se utiliza en todo el mundo a la hora de administrar medicamentos oftalmológicos.

El profesor doctor Farbaryevitch recibió por los derechos de su invento cuarenta rublos y una condecoración. Por supuesto, no había patentes, algo impensable para un individuo que se había puesto totalmente al servicio de una nación cuya máxima aspiración era la consumación del comunismo. No obstante, junto con la pequeña cantidad de dinero y la medalla al honor, también llegó la gloria, su primera gran gloria. La gente lo reconocía por la calle y lo saludaba con un apretón de manos. Aquella era la grandeza de la mentalidad pueblerina de los soviéticos y de su tendencia al servilismo: un médico de éxito era venerado como lo era una estrella de cine en Occidente. Por otro lado, en aquella época cuarenta rublos constituían una suma nada desdeñable. Un médico cobraba sesenta rublos al mes, más los agradecimientos en forma de bombones y aguardiente, y con eso podía vivir, si no bien, al menos con dignidad.

Su siguiente descubrimiento estaba relacionado con el estudio de la retina mediante la descomposición de la luz. A Shura le encantaban los diferentes espectros de la luz, los filtros de interferencia y los filtros de banda estrecha, y le causaban un efecto tranquilizador los filtros de cristal exentos de rojo, rojos, púrpuras, azules, amarillos y naranjas. Cuando iba por la calle parecía un loco, con aquellos ojos tan abiertos, mirando a derecha e izquierda. A menudo parecía no prestar atención cuando alguien hablaba de algo a su lado. A eso había que añadir que no podía mantener la vista fija en un objeto durante demasiado rato. Por aquel entonces, ya era un drogadicto con todas las de la ley: aún no estaba enganchado a la cocaína, pero hacía tiempo que lo estaba a las pastillas de cafeína. En su mente se gestaban nuevas ideas sin cesar, inventaba, fabulaba, no podía estarse quieto ni un segundo. La búsqueda febril del éxito se mezclaba con el convencimiento de que realmente podía cambiar el mundo con sus descubrimientos, hacer de él un lugar mejor, salvar a su nación. Para él era como volar al espacio. Cada vez se volvía más inaccesible, se alejaba más de la vida cotidiana, estaba más irritable y se negaba a hablar sobre las relaciones personales. Aquel segundo descubrimiento tuvo el impacto de un meteorito y Shura recibió una llamada de la central del Partido para pedirle que fuera a ver al pintor como se llamara, que le haría un retrato para el museo de la ciudad, tal como correspondía a todo camarada de mérito.

Aquel fue el primer retrato de Shura, al que siguieron muchos más. También esculpieron bustos de bronce de tamaño real y había fotografías que mostraban cómo se habían tallado esos bustos y que se exponían en otras paredes. Nunca captaron realmente su rostro, ni siquiera en la foto donde aparece con Afanasiev y que está sobre la repisa de mi chimenea tapiada. Nunca lograron mostrar al chico desconcertado que, ya de mayor, se sentaba frente a mí con su té con mermelada de membrillo en su casa de nueva construcción en Baja Sajonia, con sus pantalones *beige* y su chaleco de piel de oveja, y que sonreía como solo Shura era capaz de hacerlo.

Le pregunté por qué cuando vio las primeras pintadas que decían «Жид Фарбаржевич, убирайся в Израиль!»^[6] no nos había subido a todos a caballito y se había largado de Rusia. Él, que era una persona cuya reputación le precedía, que era conocido incluso en América, que hasta recibía invitaciones para ir a Nueva York, nos habría podido sacar del país sin ningún problema.

Shura se encogió de hombros y respondió:

—Porque pensaba que encontrarían a los culpables de las pintadas en la pared de nuestra casa. Al menos la policía los buscó.

Etia dejó escapar un suspiro y le replicó:

—No digas tonterías. El que mejor lo resumió fue el conserje, Petia. Un día, mientras barría la calle delante de la entrada, me dijo: «¿Que la policía los busca? ¿A quién buscan? ¿Acaso me han preguntado a mí? Yo puedo señalar con el dedo a los que lo hicieron, pero nadie se ha dignado preguntarme». No querías marcharte porque sabías quién ibas a ser en el otro lado, un don nadie, y nosotros, un cero a la izquierda. Así que no me vengas con que creías en el futuro del país. Aquí lo tienes: el futuro. ¿Y qué es lo que te ha dado? ¡Hasta cuándo tendré que oír estas monsergas!

Shura y yo no dijimos nada y nos quedamos mirando el hule de la mesa. Etinka tomó un buen sorbo de té sin quemarse.

—Hice que pintaran encima cada vez, hasta que llegó un punto en que los pintores, todavía

recuerdo sus nombres, Gena y Lólia, me dijeron: «Etina Natanovna, estamos encantados de hacer esto por usted, le besamos las manos, pero ¿no preferiría simplemente irse a vivir a otro lugar? Porque esto no va a parar, usted ya lo sabe, y al final, con tantas capas de pintura, parecerá que la fachada de su casa tenga una úlcera».

Permanecimos callados durante un rato y luego Etinka tomó mi cara entre sus manos y me recorrió con los pulgares la barba incipiente y el labio superior. Me miró largamente a los ojos y vi que intentaba comprender algo. Después me pasó la mano por los cabellos, me acarició la nuca, se levantó y, en el largo tiempo que necesitó para salir de la sala, pude ver sus casi cien años. Antes no. Mientras estaba sentada, era la camarada Farbaryevitch, la que llevaba bajo un brazo todo el sanatorio infantil y, bajo el otro, a su marido, a su hija y a la Unión Soviética entera. El tiempo solo se abalanzaba sobre ella cuando se levantaba. Cuando hubo salido, Shura fue hacia su escritorio. No iba más deprisa que su mujer: también él cargaba todo un siglo a la espalda. La cintura del pantalón hacía pliegues bajo su ombligo y solo se aguantaba gracias a un ancho cinturón de piel negro. Cada día estaba más delgado. Mientras rebuscaba en su escritorio iba mascullando algo, pero yo no podía entender lo que decía. Aquella era su nueva costumbre: hablar consigo mismo o, como él decía, «con un amigo». Finalmente, sacó del cajón un manuscrito de diez páginas y lo puso sobre mi plato lleno de migas: sus memorias, que había comenzado a escribir y a guardar en el ordenador de su nieta y que iba imprimiendo conforme avanzaba. Solo diez páginas. Por desgracia, es lo único que tengo. Y desearía que Etinka también hubiera escrito.

Pero Etinka no creía en los diarios, ni en poner los recuerdos por escrito ni en la importancia de su punto de vista sobre las cosas. Sin embargo, aunque nunca lo escribió, ni para ella misma ni para los demás, sí que sabemos que su sueño siempre fue llegar a cantar algún día en un gran escenario. A mí eso nunca me lo contó. Lo sé a través de su hija Emma. No es que Etinka hubiera cantado alguna vez. Nunca había recibido clases, nunca lo había intentado y ni su hija ni su marido ni sus amigos la habían oído nunca tararear una canción; sí que es verdad que con la música de Iósif Kobzón se le humedecían los ojos, aunque eso le pasaba a mucha gente. Pero al parecer lo habría dado todo, todo lo que había conseguido en la vida, a cambio de subir una sola vez a un escenario a cantar, o al menos eso afirmaba su hija. Tengo que reconocer que, cuando me lo contó, no pude evitar preguntarme si, con aquella historia, en realidad Emma no estaba hablando de sí misma.

DANIA Y EMMA

Un día, ya de mayor, bien entrados los setenta, Daniil, Dania, Danitshka hojeó una novela de un autor sudamericano que vio encima de un montón de libros sobre mi escritorio. La tensión de su espalda indicaba que estaba absolutamente concentrado en intentar comprender a qué dedicaba el tiempo su nieto, a quien visitaba por primera y última vez en su piso de Berlín. Yo me quedé en el pasillo, con la taza de Crimea de color azul para él en una mano y una de color blanco con una grieta en el borde para mí en la otra, observando su ancha espalda inclinada. Llevaba una chaqueta gris, como siempre. En mis recuerdos no conservaba ninguna imagen de él que no fuera la de un hombre bien vestido. Había abierto la novela sin cogerla de la pila de libros y estaba pasando las páginas con las yemas humedecidas del índice y el pulgar. De vez en cuando había algunos fragmentos subrayados, cada cinco, diez, treinta o cincuenta páginas, algunas veces con bolígrafo negro y otras con azul, lo cual era totalmente aleatorio. En la página 1150 encontró media frase subrayada en rojo y se detuvo a leerla, quizá porque pensó que en aquella ocasión me había tomado la molestia de levantarme del escritorio o del sofá y coger exactamente aquel bolígrafo para subrayar estas palabras:

... tanto Werner como ella y todos los jóvenes nacidos alrededor del año 30 o 31 estaban condenados a no ser felices nunca.

Parecía estar contemplando la línea ondulada con que había subrayado aquel fragmento. Supuse que leía mis notas en los márgenes, que intentaba descifrarlas, y me pregunté si en realidad conocía mi letra. Nos escribíamos en contadas ocasiones y, cuando lo hacíamos, nos enviábamos mensajes de móvil. Yo era consciente de que muchas cosas debían de haber cambiado para él: mis apretones de manos eran distintos y puede que mis besos también desde que me dejaba crecer la barba. Pero no tenía ni idea de cuánto sabía realmente sobre la persona que yo había sido en el pasado para poder compararla con la del presente, para notar alguna diferencia entre ambas, ni tampoco de hasta qué punto le había permitido ser partícipe de mí y de mi vida. Y no fui consciente de que no tenía ni idea hasta el momento en que se volvió hacia mí con el libro en la mano.

Le ofrecí la taza de té, nos sentamos y me preguntó si sabía que había subrayado una mentira, que aquella frase no era cierta, porque la desdicha no se limitaba a los que habían nacido en los

años 30 y 31. En realidad, no se dejaba limitar de ninguna manera y se te clavaba como las cáscaras vacías de las pipas de girasol que penetraban a través de la tela del saco de yute cargado sobre la espalda y de la camisa y luego se iban restregando contra la piel. Y, sin duda alguna, la desdicha también abarcaba el año 1937, el año en que él había nacido.

Dijo que me lo contaría algún día si yo quería y que me enseñaría fotos y quizá incluso el vídeo de su boda. Pero para eso tenía que ir a verlo, no importaba cuándo, y preguntárselo.

A mi abuelo Daniil, como mandaba la tradición, le pusieron el nombre de su abuelo, que había sido rabino. Daniil no sabía nada más sobre él ni tampoco sobre los Levi y los Cohén, de los que era descendiente. Los conocimientos sobre la Torá quedaron interrumpidos con el padre de Daniil, Boris, quien decidió que solo se podía sobrevivir sin creer en Dios y nunca se habría llegado a imaginar que precisamente su hijo Daniil algún día encontraría la fe. Pero tampoco se hubiera imaginado que los tiempos iban a cambiar tanto y que su hijo, que se volvería creyente, acabaría pasando la vejez justamente en el país donde Boris había dejado atrás su fe en el frente.

La vida de Boris transcurrió como era habitual en muchas familias de rabinos: fue tranquila, pobre y estricta. Cuando Boris estaba en séptimo curso, su padre le explicó que una mujer tenía más dificultades para abrirse camino en la vida que un hombre y que, por esa razón, pensaba invertir todo su dinero en los estudios de la hermana de Boris, Astra. De modo que si él quería estudiar, tendría que hacerlo por su propia cuenta. En aquellos tiempos, eso significaba sacar las mejores notas en la escuela y destacar haciendo trabajos extra con el fin de tener la posibilidad de continuar los estudios al terminar el colegio y, además, sin tener que pagar nada.

Astra se fue a Berlín a estudiar lenguas extranjeras en la Universidad Humboldt, donde ya entonces, a principios del siglo XX, las mujeres tenían derecho a matricularse. Una horda de chicas judías llenas de ambición se reunía bajo los tilos de Unter den Linden. Una de ellas era Astra, la tía del pequeño Daniil, la hermana mayor de Boris. Además de lenguas extranjeras, Astra estudió Ingeniería y fue allí donde conoció a su futuro marido. En el año 32 se casó con un respetable apellido alemán, tuvo un hijo a quien puso el nombre de Albert por Albert Kinstein, y se trasladó con su familia justo a tiempo, a mitad de los años treinta, a Almaty, donde entonces contrataban ingenieros de puentes alemanes. A principios de los cuarenta trajo a sus padres a Kazajistán y evitó así lo que todos sabemos. Como ya no se podía salir de Kazajistán cuando todos los puentes estuvieron construidos, Astra Daniilovna se puso a dar clases de lenguas extranjeras y así fue como los miembros de esa rama de la familia vivieron felices lejos de los horrores de la Shoá. Quien quiera creérselo, que se lo crea. No conozco ninguna otra versión de esta historia.

Boris se fue a Bucarest a estudiar en una universidad técnica con el dinero que él mismo había ganado y allí conoció a Clava, la mayor de las seis hijas de un molinero muy creyente y su mujer, que era veinte años más joven que él y ciega y que se pasaba el día recorriendo la ciudad en busca de mendigos, a los que reconocía por el olor y por los ruidos que hacían, para ofrecerles trabajo en el molino de su marido. Todas las hermanas de Clava lograron llegar a Palestina a tiempo y sus descendientes aún viven allí. Todas se libraron de la guerra y del Partido. Todas menos Clava.

Clava tuvo que conformarse con que su marido repartiera su pasión entre ella y el Partido. Los ojos y el pecho de Boris ardían por la causa comunista. Se sentía orgulloso de militar en el

Partido Comunista, que antes se había llamado socialdemócrata. Pero cuando ingresó en él ya eran todos bolcheviques, y Boris el primero.

Boris destacaba más por su talento organizativo que por la lucha armada. Así que el Partido le asignó el papel de secretario encargado de preparar y llevar a cabo las evacuaciones de las zonas hacia las que marchaban los alemanes. En una de aquellas zonas se encontraban su mujer y su hijo Daniil. Los camaradas de Boris los recogieron a ambos, los subieron a un carro y los pasaron a escondidas a la otra orilla del río Dniéper.

Daniil únicamente conservaba en su memoria escenas sueltas de aquella huida, cuando solo tenía cuatro años: sus pies nadando como peces en el agua helada cuando el carro ya no pudo avanzar más. No nadaban hacia delante, sino hacia abajo. Después, el ruido de las bombas, como impactos de meteorito. Recordaba los cuerpos en el margen del camino, que yacían sobre sus vómitos como frutas pisoteadas. Y a su madre embarazada, con las manos sobre la barriga en actitud protectora, gritando una y otra vez «¡al suelo!» y echándole una manta encima. Una vez la manta se incendió pero, como por un milagro, a Daniil no le ocurrió nada. Sin embargo, no olvidó nunca el olor a piel humana chamuscada. Se le quedaron grabados en la memoria los pequeños matices de la expresión del rostro de su madre, que estaba con la vista fija hacia delante como si estuviera petrificada, aunque él sabía que callaba algo que hubiera querido decirle.

Llegaron a Almaty y se alojaron en el sótano de la hermana de Boris, Astra. Apenas quedaban alimentos en toda la ciudad y la gente comía solo lo que podía robar o cambiar, pero gracias a los méritos del padre de Daniil en la guerra, a él le daban gachas de alforfón en la guardería, un privilegio reservado solo a unos pocos niños. Cuando cogía la cuchara, los demás se lo quedaban mirando con ojos hambrientos, de manera que la mayoría de las veces era incapaz de comer porque le horrorizaban aquellas miradas.

Dora, la hermana de Daniil, nació en aquel sótano de Almaty y Daniil contemplaba a la recién nacida día y noche. Durante los primeros días se negaba a apartarse de la sábana sobre la que estaba aquella mocosa que no paraba de berrear de hambre. Luego empezó a deambular por las calles en busca de algo para comer y siempre acababa encontrando alguna cosa, que la mayoría de las veces robaba a familias a quienes no les iba mejor que a la suya. Lo que conseguía —rábanos, patatas, manzanas y bayas— lo ponía a los pies de Dora, que eran lo más pequeño que había visto en su vida.

En el sótano apenas había sitio para dormir y Daniil pasaba muchas noches en vela tumbado entre la hermana que lloraba y la madre, que se quedaba hecha un ovillo con los ojos cerrados y no se movía. Una noche, Clava abrió los ojos y Daniil no estaba. El pánico se apoderó de ella y empezó a recorrer la casa de su cuñada susurrando el nombre de su hijo, porque tenía miedo de despertar a los demás. Luego salió al jardín, vio su propio aliento saliendo de su boca como un caldo lechoso, se arropó con el chal que llevaba sobre los hombros y escrutó la nada gris de la ciudad.

Si Daniil se ha marchado, solo tendré una boca que alimentar, fue lo primero que se le pasó por la cabeza, pero luego enseguida pensó: por favor, por favor, por favor, vuelve, por favor, por favor, por favor. Se dio cuenta de que lo estaba diciendo en voz alta por el vapor blanco que vio delante de ella. Al final se puso a gritar el nombre de su hijo y Daniil le contestó que por qué gritaba de aquella manera si la tía Astra estaba durmiendo y podía ser muy mala cuando alguien la molestaba.

Clava bajó la vista hacia el lugar de donde salía la voz. Venía de la caseta de *Bella*, la hembra de pastor alemán que tía Astra se había llevado a Almaty junto con su familia alemana. Daniil estaba tumbado junto a *Bella* dentro de la caseta y solo asomaba la cabeza.

—Por el amor de Dios, ¿se puede saber qué haces ahí?

—Aquí tengo más sitio, mamá —dijo Daniil medio dormido—, y me gusta *Bella* y yo le gusto a ella.

Clava se arrodilló para examinar los dos rostros que la miraban suplicantes, el de *Bella* y el de Daniil, mejilla con mejilla, cuatro ojos grandes y redondos que relucían en el hueco oscuro, y a partir de aquel día permitió a Daniil dormir junto a *Bella* siempre que quisiera.

En el sótano hacía frío, todavía más que en la calle, y aquel frío estaba empapado de olor a tierra húmeda. Lo calentaban, cuando lo hacían, con las cáscaras de pipas de girasol que descargaban detrás de la plaza del mercado, un mar de cáscaras secas que pinchaban como ramas: sírvase quien quiera. Y eran muchos los que querían. Daniil se deslizaba entre los hombres torpes, con un saco grande de yute que no era suficiente para proteger su espalda, sobre la que transportaba aquel combustible hasta casa, de las cáscaras puntiagudas. Se lo entregaba a la tía Astra, se llevaba una parte al sótano, la echaba a la estufa, se sentaba al lado de Dora en el borde del colchón y se calentaba junto a sus piececitos.

El mutilado de guerra de la casa de al lado, que solo tenía una pierna, y de esta solo le quedaba la mitad, obtenía azúcar de no se sabía dónde y lo quemaba sobre palitos de madera para hacer piruletas cuya forma recordaba a un gallo. Daniil le caía bien y le dejaba vender una parte. Sus ojos brillantes y sus mofletes rojos eran buenos para el negocio: la gente prefería comprar dulces a un chiquillo alegre de alborotados rizos negros y ojos insolentes que a un lisiado apestoso. Daniil ganaba tres kopeks por piruleta, que para él era una fortuna, se escondía las monedas en los calcetines y corría hacia casa tan rápido como podía, siempre con el temor de que le atracasen los otros niños, que lo envidiaban por su trabajo de vendedor de piruletas.

La madre de Daniil se ganaba un dinero confitando ciruelas. Su mermelada se hizo famosa, venía gente desde la otra punta de la ciudad para comprarla, y en la escuela a Daniil le pusieron el apodo de Don Mermeladas porque siempre llevaba un bocata de mermelada y parecía alimentarse exclusivamente de eso. La madre de Daniil también se dedicaba a cuidar los rosales de toda la ciudad. Además de por su mermelada, era popular porque solía llamar a la puerta de los desconocidos para preguntarles si podía ocuparse de sus jardines, sobre todo de las rosas, que eran lo que más le gustaba, y cuando los propietarios de la casa le preguntaban cuánto cobraba, ella respondía: «Nada». La mayoría le pagaban igualmente, ya que no podían saber que, en realidad, solo lo hacía porque trabajar en el jardín era lo único en el mundo que la tranquilizaba.

Era una persona peculiar, que miraba mucho y decía poco y, si hubieran sido tiempos mejores, posiblemente se hubiera ido a vivir a las montañas, donde se habría alimentado a base de hierbas y raíces, le habrían crecido los cabellos y se le habrían vuelto de color verde y la piel se le habría quedado transparente y brillante. Pero los tiempos no eran mejores y Clava no encontraba ninguna ocupación útil para ella, así que se dedicaba a cuidar de los demás. De sus hijos, de los hijos de su cuñada, de los hijos de los vecinos y hasta de los que vivían en la calle paralela a la suya. Y cuando, muchos años después, yacía en su lecho de muerte, nunca dejó escapar un solo lamento

por sus dolores, que debieron de ser insoportables, ya que ese fue el año en que el único medicamento disponible era la aminopirina, porque una banda de médicos locales había robado todas las existencias de medicamentos y remedios contra el dolor y se había largado lejos de allí, a algún lugar más al oeste. Incluso en aquel estado, ya muy vieja y gravemente enferma, cuando su hijo Daniil, convertido en geólogo desde hacía tiempo, viajó desde las montañas de Tayikistán para visitarla y se tomó un mes de vacaciones, cosa que solo se pudo permitir porque sabía que sería el último que pasaría con su madre, incluso entonces, ella tampoco dijo nada sobre sí misma, sino que sus palabras fueron: «¿Puedes prometerme una cosa, hijo? Me preocupa tu padre. Vigílalo porque siempre se le olvida ponerse la bufanda y fuera hace mucho frío. Algún día pillará un resfriado de muerte».

Cuando el padre de Daniil, al terminar la guerra, volvió a Chernivtsí, donde la familia ya se había vuelto a instalar, había perdido todos los dientes en el frente, donde solo había arenques para comer. «No nos daban ni agua», dijo Boris y, acto seguido, empezó a ocuparse de la educación de su hijo, que se había convertido en un хулиган. Una palabra que suena como *hooligan* pero que no se refiere a un buscabullas, sino a un gamberro desaliñado que, en su caso, fumaba como un adulto. Los gamberros como él robaban los cigarrillos de los pisos de las buhardillas y de los bolsillos de los hombres en el mercado, donde después se los vendían a los mismos a quienes se los habían robado a cinco kopeks el cigarrillo o más: ese fue el ascenso de Daniil de vendedor de piruletas a traficante de tabaco. Él mismo se fumaba unos quince cigarrillos al día, dependiendo de los que vendiera y del hambre que tuviera, y continuó haciéndolo durante cuarenta y cuatro años. No lo dejó hasta que se dio cuenta de que yo había empezado a robarle tabaco, a la misma edad que tenía él cuando comenzó a fumar, y Daniil sabía que no pararía mientras pudiera robárselo a él.

Hasta que Boris volvió de la guerra, ningún adulto tenía autoridad sobre Daniil. Él, en cambio, sí que tenía autoridad sobre los demás, ya que lideraba una banda de chicos que antes solían desplumarlo. Era conocido sobre todo por la agilidad con que robaba, por el descaro con que esbozaba una sonrisa mientras silbaba y porque siempre conseguía tomarles el pelo a amigos y vecinos y, aun así, nadie era capaz de enfadarse con él. Corría el rumor de que todo lo que robaba lo cambiaba por cosas útiles para su hermana y su madre, o, al menos, eso es lo que logró hacer creer a todo el mundo.

—No te enfades con tu hijo, Boria. Es verdad que es un ladrón, pero esa es una destreza necesaria en los tiempos que corren —decía el vecino para intentar calmar al desconcertado padre.

—Acabará entre rejas. ¿Para eso he perdido todos mis dientes?

—No hay para tanto, hombre. Resulta que les robó a mis dos hijos su colección de fotos, que era muy valiosa. Ya sabes de qué tipo de fotos hablo: chicas en medias, sin bragas y todo eso. Un material de primera, la verdad. El caso es que se lo mangó y lo volvió a vender enseguida. ¿Y a que no sabes a quién? ¡A mí! Y con el dinero que se sacó, fue a ver a mi mujer y le señaló el chal de lana azul que llevaba sobre los hombros. Se plantó delante de ella con las piernas separadas y los brazos en jarra, sin mostrar ni pizca de vergüenza. Quería el chal. Dijo que era para su hermana. Porque el tugurio donde vivís es frío y húmedo y su hermana no para de toser.

- ¿Y ella le dio el chal?
—Pues claro que se lo dio, y el dinero se quedó en la familia.
—¿Y de dónde habían sacado tus hijos las fotos pornográficas?
—¿De dónde va a ser? Me las habían robado a mí, hombre.

A los ocho años, Daniil poseía un arsenal de granadas y armas de fuego: te las encontrabas por todas partes, tropezabas con ellas, podías recogerlas como setas, decía. Los chicos las usaban para disparar contra casas vacías y a veces los unos contra los otros, pero lo que más les gustaba era echar la munición al fuego y mirar cómo explotaba y salía disparada hacia todas direcciones. A veces alcanzaba a uno de los chicos y, otras veces, a un desconocido que pasaba por allí. Un día le dio a una anciana con un pañuelo en la cabeza, una abuelita que andaba muy encorvada y que se desplomó cuando la metralla salió disparada.

Lo primero que hizo Boris fue destruir el arsenal de su hijo. Con los ojos llenos de lágrimas, Daniil permaneció junto a su padre mientras este lanzaba su mayor orgullo a la fosa que contenía los restos de los cadáveres de la carnicería que había tenido lugar durante la guerra. De ella salía un hedor bestial a sangre y a mierda, y las hojas relucientes de los cuchillos y las pesadas pistolas se hundían en la bilis marrón rojiza plagada de gusanos que cubría el fondo del hoyo.

Pero el auténtico castigo fue otro. El auténtico castigo fueron los discursos de su padre. Boris le habló a Daniil sobre la guerra, le contó lo que había visto y hecho y casi siempre concluía sus historias, que duraban horas, con la misma pregunta: «¿Por eso he luchado? ¿Para que mi hijo se convierta en un inútil?».

Una de aquellas historias que tenía que oír sin cesar y que quizá era la que más le afectaba, porque al chico a quien habían matado tenía la misma edad que él, era la de Musia Pinkenzon. Se trataba del primo segundo de Daniil y tenía doce años cuando un oficial de las SS lo cosió a tiros porque, al recibir la orden de tocar su violín para entretener al batallón, se había puesto a tocar *La Internacional*. Daniil no podía ni quería volver a escuchar aquella historia. Las imágenes se le habían grabado a fuego y lo perseguían sin tregua: el violín hecho añicos, los gritos desesperados de la madre, una multitud petrificada que miraba al suelo. Le rogó a su padre que no se lo volviera a contar, pero Boris se mostró inflexible porque creía que aquella era la única manera de que su hijo comprendiera en toda su dimensión lo que había ocurrido a su alrededor. A través de las pesadillas.

Ordenaron a los judíos de Bálfy y sus alrededores que se reunieran en la plaza del mercado. Los padres de Musia lo habían mandado a casa de su profesora de música con la esperanza de que ella lo escondiera. Musia apenas había entrado en la casa cuando vio que a ella se le empequeñecían los ojos y de repente comprendió lo que ocurría y volvió a salir corriendo a la calle, tan deprisa que la profesora no tuvo tiempo de alcanzarlo. Corrió con el violín bamboleándose sobre su pecho —nadie lo había visto nunca sin él y, con solo cinco años, los periódicos locales ya lo habían descrito como un niño prodigio del violín— hasta llegar a la plaza, donde encontró a sus padres apiñados en medio de una muchedumbre acorralada que parecía una sola persona, sin contornos ni rostro. Gritó: «¡Mamá!». Al principio la madre no quiso darse a conocer, con la esperanza de que tomaran al chico por un niño moldavo abandonado, pero cuando Musia fue directo hacia sus padres, ella se puso a gritar.

El oficial de las SS vació todo el cargador, la mitad en el cuerpo del niño y la otra mitad en el cuerpo del violín. Boris había visto con sus propios ojos y escuchado con sus propios oídos cómo aquel chiquillo miraba a los ojos al oficial de las SS mientras tocaba *La Internacional* sin decir una palabra. Desde entonces, sabía lo que era un auténtico héroe.

Daniil hubiera preferido que su padre le diera una paliza en lugar de contarle aquellas historias una y otra vez. No le creía, no creía ninguna historia sobre la guerra excepto las que contaba él mismo. Para él no eran más que cuentos, fábulas que su padre utilizaba para inventarse un mundo a su medida al que pudiera encontrarle algún sentido. Pero el mundo no tenía ningún sentido, cosa que Daniil había descubierto muy pronto. También sabía que su padre no había perdido los dientes por él, sino por la guerra, así que Daniil no le debía nada; si acaso era la guerra la que estaba en deuda con su padre y era con ella con la que tenía que ajustar cuentas. Se lo dijo a su padre a la cara y luego añadió: «Y ahora pégame», pero Boris no lo hizo nunca. Él, que se había visto obligado a compartir una sola arma con otros dos camaradas y había tenido que presenciar cómo ambos violaban a una familia entera, madre, padre e hijo; él, que no se había atrevido a intervenir ni tampoco a echar a correr; él, cuyos recuerdos de la guerra y de los héroes se habían mezclado hasta formar una bilis marrón rojiza plagada de gusanos en la que ahogaba sus propias pesadillas, jamás volvió a levantar la mano contra nadie. De hecho, ya ni siquiera sabía cómo se hacía, de manera que tan solo hablaba, hablaba ininterrumpidamente.

Para librar a su hijo de la vida en la calle y de una prisión segura, le encontró trabajo en el taller de un candelero, donde Daniil descubrió el olor a sebo, que nunca más podría olvidar. En el calor veraniego del sur de Ucrania, el joven se dedicaba a sumergir mechas de algodón en la masa de color blanco amarillento a setenta grados de temperatura, de la que era incapaz de apartar la vista. El olor a grasa le impregnaba la piel de la cara y estaba tentado continuamente de sumergir la cabeza en el sebo fundido y desaparecer para siempre, pero entonces pensaba en Dora y se obligaba a sacar las mechas de algodón cubiertas por una fina capa de sebo, las dejaba secar y las sumergía de nuevo.

Daniil volvió a ir a la escuela regularmente, empezó a sacar mejores notas, incluso buenas, acabó el décimo curso y no recibió ningún diploma, porque para los que tenían apellidos como Pinkenzon ya se habían dejado de expedir diplomas.

—Me han quitado dos puntos por una falta de ortografía política —intentaba explicarle Daniil a su padre.

—¿Se puede saber qué es una falta de ortografía política?

—Dicen que he escrito «comunista» con a: *camunista*. Y que eso es una ofensa y que puedo estar contento de que no me hagan comparecer en la próxima reunión del Comité Central del Partido.

—¿Lo has hecho?

—¿El qué?

—¿Has escrito «comunista» con a?

—¿Tú qué crees?

A Daniil le dejaron bien claro que ni en la Universidad de Leópolis ni en la de Moscú no se le había perdido nada a alguien que se apellidara Pinkenzon, pero, en cambio, en la de Grozni eso no

parecía importarles lo más mínimo y admitían a todo el mundo. Boris llamó a su hijo y, con toda la gravedad y la afectación que consideraba oportunas en aquella situación, le dijo: «Hijo mío, dispongo de dinero para que puedas viajar hasta cualquier rincón de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas para hacer un examen de ingreso a la universidad, hasta cualquier rincón que desees. Pero el dinero solo me alcanza para un billete de ida. Si apruebas el examen, te quedas allí a estudiar y a trabajar y nos lo comunicas. Si no lo apruebas, te quedas allí solamente a trabajar y nos lo comunicas. Si quieres volver a casa, trabajas hasta que hayas ganado el dinero suficiente para comprarte el billete de vuelta».

El hijo del rabino había abandonado a Dios, pero los métodos educativos seguían siendo los mismos.

Daniil asintió y miró a los ojos a su padre, al que compadecía por su boca desdentada de la que salía toda aquella palabrería que para él carecía de sentido. Sabía que aprobaría los exámenes de ingreso a la universidad; en realidad, no le preocupaba lo más mínimo, ni tampoco tener que ganarse la vida. Por el contrario, el hecho de que le penalizaran a pesar de sus buenas notas, «Da gracias de que, al menos, hayas podido terminar los estudios», era algo que no olvidaría jamás. Eso sí que le preocupaba. Miró a su padre con determinación y cogió el dinero para el billete de ida.

Una vez en Grozni, aprobó los exámenes de ruso —el oral y el escrito—, matemáticas —el oral y el escrito—, física —el oral y el escrito—, química —el oral y el escrito— y lengua extranjera, que, en el caso de Daniil, era el alemán. La profesora que le había realizado la prueba de alemán, y que a partir de entonces se convirtió en su mentora y su ángel de la guarda, se llamaba Frida Isaakovna Garber.

En aquel momento se decidió por el alemán de forma totalmente aleatoria. Nunca había tenido la más mínima intención de abandonar la Unión Soviética. Ni siquiera sabía que existiera la posibilidad de abandonarla. Jamás se le habría ocurrido pensar que acabaría pasando la vejez en una provincia del oeste de Alemania, bebiendo té sentado frente a la ventana con aquella chaqueta gris, la única de calidad que tenía, comunicándose por el móvil con sus nietos, con uno en ruso y con el otro en alemán, y yendo al médico con su hija porque, para entonces, los conocimientos de alemán ya empezaban a desvanecerse de su memoria. De hecho, la mayoría de las cosas empezaban a desvanecerse de su memoria, pero el nombre de su profesora de alemán, Frida Isaakovna Garber, seguía viniéndole a la mente como una bala.

Como asignatura de educación física, Daniil escogió boxeo, en vez de carreras de resistencia o natación, que requería aún más resistencia: «¿Acaso creéis que soy un animal? —dijo indignado—. Haré boxeo. Me será útil por lo que pueda pasar». Un poco de **ПОДРАТЬСЯ И РАЗОЙТИСЬ**: así es como lo llamaban entonces, embestir y separarse.

Daniil se imaginaba el boxeo como una especie de **КУЛАЧНЫЙ БОЙ**, la vieja tradición de los pueblos de pelearse a puñetazo limpio, que era celebrada en los días festivos cristianos por toda la horda de chicos del pueblo, rodeados por los adultos, y que consistía en apiñarse todos en un lugar y darse puñetazos los unos a los otros. Su profesor de boxeo en la universidad, un antiguo campeón ruso, dejó a Daniil, que era un peso mosca, a merced de un peso medio que le dio tal

tunda que, después del primer asalto, Daniil acabó con medio diente roto y habría podido jurar que veía estrellas o, en cualquier caso, que el peso medio echaba chispas y escupía fuego por las orejas. Daniil quería a toda costa llegar a hacer lo que hacía el otro. Observó cómo el peso medio alargaba sus brazos musculosos como si estuviera tensando un arco, manteniendo el guante derecho delante de la nariz y golpeando siempre con el izquierdo, mientras sus pies botaban como pelotas alrededor de Daniil. Parecía un bailarín de danza contemporánea. Aunque veía chispas y estrellas continuamente y su nariz recibió las consecuencias, en ningún momento estuvo dispuesto a darse por vencido.

Por descontado, era imposible que pudiera medirse realmente con aquel hombre que le sacaba una cabeza y media, pero después del entreno fueron a echar un trago a la taberna de al lado. Y mantuvieron esa costumbre durante tres años. Se contaban cosas que no le contaban a nadie más, incluso que, con la edad, empezaban a entender a sus padres. Aquello los horrorizaba, y después de decirlo se apresuraban a beber. También confesaban lo mucho que añoraban a sus hermanas y luego lloraban sin que les resultara embarazoso. Al terminar la carrera, perdieron el contacto y no volvieron a verse hasta que un día se encontraron por casualidad en la plaza de los Chequistas, en Volgogrado. Se quedaron mirando fijamente, sin poder apartar los ojos el uno del otro, y se abrazaron una y otra vez para separarse enseguida, volverse a mirar y abrazarse de nuevo. Entonces levantaron los puños y empezaron a balancearse el uno alrededor del otro. Se esquivaban, se reían, atacaban y se defendían y se reían sin parar.

—¡Has perdido la práctica, intelectualoide! —bramó el peso medio.

—Mejor vamos a la taberna —le respondió Daniil, y le propinó un gancho que le pasó muy cerca del mentón.

A Daniil le gustaban sus estudios, le gustaban sus amigos y le gustaba Grozni. Una vez incluso actuaron allí Muslim Magomáyev y Iósif Kobzón para disputarse el título de Artista del Pueblo de la URSS. Evidentemente, Daniil y sus amigos no tenían dinero para las entradas, pero sabían a qué árboles había que trepar para poder escuchar el concierto como si estuvieran sentados en primera fila en los palcos. En general, las cosas le iban bien allí. Estaba solo, pero las cosas le iban bien.

Daniil iba a casa dos veces al año para visitar a su familia, una en verano y otra en invierno, y entonces besaba a Dora en las mejillas hasta que se le ponían bien rojas y la madre decía: «¡Para de una vez!».

Una de esas visitas por vacaciones coincidió con la boda de un pariente lejano que, por lo visto, tenía los mismos labios que Daniil y los mismos lóbulos grandes y que también se apellidaba Pinkenzon. El caso era que alguien se casaba con alguien y, lo más importante, que todo quedaba en familia, en el sentido más amplio de la palabra, de modo que sería una boda judía como Dios manda, con setenta invitados, cincuenta más de los que cabían en la casucha de la familia Pinkenzon. Allí es donde tuvo lugar la gran fiesta, si bien el infortunio del matrimonio no lo sufrió ninguna de las hijas más o menos bonitas y más o menos desnutridas de la familia, sino que era el señor de la casa, el tío Pavel, quien se casaba con su sobrina, una huérfana tan pobre que hasta las hijas de Pavel fruncieron el ceño.

En la habitación central de la casa malvivía la tía Polina, a quien no le gustaba lo más mínimo que, con la excusa de las celebraciones, la gente quisiera entrar también en su cuarto. Tenía

cincuenta y muchos años, pero aparentaba noventa y muchos, padecía una grave cojera, estaba la mayor parte del tiempo tumbada en sus dos colchones y se pasaba el día gimiendo en sustitución de los crujidos del inexistente somier. Así que decidieron no discutir con la anciana y utilizar solo una habitación, y colgaron una alfombra delante de la puerta de tía Polina. Era una de esas alfombras otomanas de buena calidad con un amplio estampado de flores en el centro y cenefas rojas y verdes en los márgenes. De modo que habían colocado una de aquellas alfombras delante de la puerta de tía Polina para que no oyera el ruido de los setenta hombres y mujeres con un alto nivel de alcohol en la sangre. Aun así, la tía Polina se pasó toda la fiesta golpeando la pared con sus pantuflas.

Durante el banquete, Daniil se sentó **ГЕНЕРАЛОМ** es decir, en la cabecera de la mesa. Desconocía el motivo por el que le había sido concedido aquel honor y tampoco lo preguntó, pero se sintió como un adulto y se le hincharon las aletas de la nariz, lo cual hacía que su rostro pareciera aún más ancho. Bebieron sin parar y cantaron. También Daniil, que, por primera vez en su vida, cantó a pleno pulmón delante de otras personas, delante de extraños. Todos fumaban y apagaban los cigarrillos de liar en los restos de mantequilla y tiraban las colillas en los vasos de vodka medio llenos, y Daniil se sentía feliz de una manera que hasta entonces le era desconocida. En aquel momento se dio cuenta de que nunca había estado en una fiesta de esas. Cuando todos se levantaron para bailar, él se quedó sentado dando fuertes palmadas al compás de la música, palmadas lentas y pesadas, mientras su barbilla se balanceaba siguiendo el ritmo de sus manos, y de repente intuyó lo que podía ser la vida, pero fue una intuición tan leve que apenas le cosquilleó la punta de la nariz y él fue incapaz de identificar aquel cosquilleo y grabárselo en la memoria.

El día después de la boda, el tío Pavel llamó a casa de Daniil, dijo que alguien tenía que descolgar la alfombra de la puerta de tía Polina y preguntó si el chico podía pasar un momento para hacerlo, porque él no se sentía con fuerzas, estaba cansado, hecho polvo y, además, era un veterano de guerra que había perdido medio brazo. Daniil conocía a Polina Ismailovna de la época en que sus abuelos aún vivían y se alegró de tener la ocasión de volver a verla o, mejor dicho, pensó que era su deber, aunque él no diferenciaba una cosa de la otra. Le caía bien la vieja chiflada de cabeza tupida. Los cabellos blancos le invadían el rostro como si le salieran de todos los poros, y entre tanta maleza solo se distinguían sus ojos redondos y perturbados. Fue a ayudarla con mucho gusto.

La tía Polina estaba tumbada en los colchones, envuelta en mantas descoloridas, soltando palabrotas como un soldado, y junto a sus pies bien abrigados había una criatura sentada en la que al principio Daniil no reparó. Era tan menuda que primero creyó que se trataba de un niño, un niño cubierto con muchas capas de lana. Su atuendo parecía indicar que aquella criatura pertenecía a la auténtica clase obrera, tanto su peculiar vestimenta como, especialmente, su gorro con orejeras que llegaban casi hasta el suelo.

Hay diferentes opiniones sobre por qué ese día Emma iba vestida así. Los unos dicen que sus padres pretendían educarla con humildad para que no tuviera la cabeza en las nubes. Los otros sostienen que en realidad llevaba una falda larga sobre unos pantalones de lana, una gruesa parca de color verde oliva y, encima, un chal de lana finamente tejido, además de guantes de piel de

liebre; es decir, que su aspecto no era distinto del de tantas otras chicas que pasaban mucho tiempo sentadas en habitaciones sin estufa. Fuera como fuera, no le hizo el más mínimo caso a Daniil, le dedicó un breve y educado saludo, «Mucho gusto», y enseguida volvió a mirar a tía Polia.

Él también dirigió toda su atención hacia la tía, que, desde el interior de la espesura de su formidable mata de pelo, enumeraba uno por uno todos sus achaques, adornándolos como solo pueden hacer las mujeres de su clase. A pesar de su sentido del deber, Daniil pronto estuvo hasta las narices de aquellas historias que parecían no tener fin, como una solitaria infinitamente larga que iba saliendo de la boca de la tía. Y, además, tenía frío. De manera que aprovechó una pausa que hizo tía Polina para tragar saliva, porque tenía la garganta seca a causa de la excitación que le provocaba poder contarle por fin las historias que cavilaba en sus días y noches de soledad a alguien que todavía no las hubiera oído. Daniil aprovechó la pausa para decirle que lo que debería hacer era levantarse de una vez y reanudar su vida. Darle una lección a la vida, por así decirlo, levantarse a pesar de todo, a pesar de la diabetes y de la gangrena y de todo lo demás, levantarse y vivir.

—¡Escupa sobre todas estas miserias y salga a dar un paseo, tía Polina! Fuera hace buen tiempo. Aunque haga frío, el aire fresco le irá bien para que se le ventile la azotea.

Entonces el pequeño ser que había a los pies del colchón, bajo las múltiples capas de ropa, explotó y armó tanto alboroto como una colmena al caer al suelo:

—¿Se puede saber qué significa eso de que escupa sobre todo? La tía está enferma, muy enferma, necesita reposo y medicinas, ¡y usted pretende mandarla al frío de la calle, a una muerte segura! Por cierto, ¿quién es usted, aparte de un maleducado? ¿Qué se ha creído? —gritó Emma con su voz de niña, que acabaría siendo tan potente como la de su madre Etina.

Daniil y Polina se quedaron mirando a aquella chiquilla. El gorro le había resbalado hacia abajo y le tapaba la cara, así que solo podían ver que sus labios temblaban, no sabían si de rabia o de frío.

Emma se subió el gorro con el guante de piel de liebre y fulminó a Daniil con los ojos. Él no dijo nada, se limitó a sacar un cigarrillo de liar del bolsillo interior de su chaqueta y se lo puso en la boca.

—Deja eso. Estoy enferma. Aquí no se puede fumar —le reprendió tía Polina, echando aún más leña al fuego.

Daniil volvió a guardarse el cigarrillo y permaneció callado, cosa que la tía aprovechó de inmediato para continuar con sus historias. A Daniil le había incomodado demasiado el incidente como para seguir escuchando y, además, se sentía insultado. No tenía ni idea de qué hacer, pero tampoco podía marcharse sin más: las consecuencias de los buenos modales que le había inculcado su padre.

La tía, que había revivido al reanudar su monólogo, se había erguido en la cama y a punto había estado de ponerse a bailar sobre los colchones, de repente se dejó caer de nuevo sobre las almohadas como si se le hubiera escapado hasta la última gota de sangre. En voz baja, ya medio dormida, murmuró:

—Es tarde, acompaña a la pequeña a su casa.

Emma y Daniil caminaron por la nieve sin mirarse. Emma no creía necesario que la acompañara a casa, pero no dijo nada y apretó los labios. Daniil no creía necesario quedarse en

silencio, pero no sabía qué decir. Así llegaron hasta la casa de Emma y se despidieron frente a la puerta con un apretón de manos.

Otras lenguas afirmaban que no fue una casualidad que se conocieran precisamente allí. Que Emma se sentó junto a la cama de tía Polina con su gorro con borla y largas orejeras para tener la oportunidad de dedicarle su mejor caída de ojos a Daniil. Sostenían que había sido un noviazgo concertado al más puro estilo judío, como era costumbre en aquellos tiempos y que, antes, la familia había examinado minuciosamente al joven Pinkenzon, habían hecho todo tipo de indagaciones y le habían dado el visto bueno, a pesar de que era más guapo que la media, con aquella nariz ancha, cosa que a Etina Natanovna no le gustaba en absoluto, porque decía que un hombre solo podía ser un poco más agraciado que un mono o, de lo contrario, te dejaba plantada a la primera de cambio. «Para ti es fácil decirlo —le contestaba Emma—. ¡Tú te casaste con el hombre más guapo del mundo!» Y Etinka no podía replicarle. Su hija tenía razón: Shura era y siguió siendo hasta el día de su muerte una versión mejorada de Frank Sinatra.

Al final, Etinka acabó accediendo con la siguiente frase: «Una tiene que casarse con un hombre del que después no le resulte doloroso divorciarse».

Shura se tomaba el asunto con más calma, o quizá simplemente le daba igual. Cuando por fin Daniil se atrevió a ir a tomar el té con su futuro suegro, acompañado por su amigo Genady, que había venido de Grozni a pasar las vacaciones en Chernivtsí, Alexander Isaakovitch celebró con entusiasmo la decisión de ambos jóvenes de convertirse en geólogos, y a continuación les preguntó qué opinaban sobre el nuevo libro de Fersman, *Reminiscencias sobre minerales*. Los chicos se miraron y luego bajaron la vista al unísono. En aquel piso de Chernivtsí no había absolutamente nada que delatara el pasado de Shura en Moldavanka, el barrio de delincuentes del que había logrado salir. Desde que estaba expuesto en el Museo Nacional, solo llevaba trajes y corbatas oscuras, incluso en casa, incluso para tomar el té. Daniil también se había puesto corbata, pero sabía que no podía engañar a nadie con aquella camisa que se había planchado él mismo y aquellos zapatos sucios, a pesar de que los había limpiado antes de salir de casa, pero en la Unión Soviética era imposible no ensuciarse. En su cabeza oyó la voz de su madre diciendo: «¡A un hombre se lo reconoce por sus zapatos!». Miró a los ojos muy abiertos de Shura, decidió no mentir y admitió que nunca había oído hablar del libro de Fersman ni del mismo Fersman. Shura se inclinó hacia él, le puso la mano sobre la camisa empapada en sudor a causa de los nervios y dijo: «Os envidio, chicos. Todavía tenéis mucho por delante».

Y aquel fue el arbitraje de Shura. A partir de entonces, Daniil ya pudo visitarlos siempre que quiso y cada vez que lo hacía sudaba menos.

Fuera o no un noviazgo concertado, el caso es que, después del incidente con tía Polina, Daniil empezó a ir a buscar a Emma regularmente a la universidad, y debatían sobre las ventajas de la medicina clásica frente a las hierbas medicinales que utilizaban los ancianos en los pueblos, sobre las películas de Grigori Alexandrov, sobre los descubrimientos del padre de Emma, sobre la decisión de Emma de dedicarse a la medicina como sus padres y sobre el futuro del comunismo. Lo único sobre lo que realmente se ponían de acuerdo era la poesía de Nikolái Alexéievich

Nekrásov, y un día Daniil dijo algo sobre los ojos de Emma y la cara de la chica se abrió como una mariposa y se iluminó.

Años más tarde, cuando Emma ya estaba embarazada, Daniil le confesó que al enterarse de quién era su padre había estado a punto de echar a correr y no regresar nunca más, pero que, para entonces, ya se había perdido en aquel resplandor de su rostro, que siempre se mantuvo intacto: en el aire contaminado por las fábricas de Volgogrado, durante la Perestroika e incluso después, cuando se trasladaron a un país en el que nunca dejaría de ser una inmigrante que llevaba una boina rosa y un anorak de plumas amarillo y que era incapaz de entenderse en el supermercado.

Durante los años que estuvieron en la universidad, se escribían cartas. Daniil había regresado a Grozni ansioso por escribir poemas sin parar, algo que hasta entonces había considerado cosa de mujeres. Le enviaba a Emma sus observaciones sobre los paseos que daba por la estepa chechena. Emma devoraba las cartas, se las aprendía de memoria y luego solía acordarse de su contenido sobre todo cuando discutía con su marido: «¿Se puede saber quién escribía aquellas cartas tan bonitas, bruto, más que bruto? ¿Se lo encargabas a tus amigos o a alguna de tus mujeres?». Era una chica con una educación muy estricta y nunca se le habrían ocurrido palabras más groseras que esas.

Pero Daniil había escrito las cartas de su puño y letra y lo hizo durante tres años. En aquel tiempo, iba a visitar a su futura esposa cada invierno y cada verano, que era lo máximo que podía permitirse.

Se casaron el verano del cuarto año. Acompañados por toda la parentela que había viajado hasta allí para la boda, de lo cual se había ocupado Etina, fueron al registro civil de Chernivtsí. Aquel regimiento llenó las calles, y sin esperar a que la pareja se hubiera casado empezaron a bailar y a gritar: «Горько, Горько, Горько!», ¡amargo, amargo, amargo!, que es lo que se dice en ruso para que se besen los novios. Dos fotógrafos iban delante de ellos sacándoles fotos, uno de los cuales era Shura. Emma y Daniil posaban delante de la placa de latón del registro civil, señalándola con los dedos en los que llevaban los anillos y riendo. Daniil no dejaba de besar las sienes de Emma y ella se arreglaba una y otra vez el tocado de fieltro, que le resbalaba hacia la cara. En las fotos que ella le enseñó, lleva un ramo de espuelas de caballero de color petróleo en la mano derecha y Daniil la coge por el brazo izquierdo. En las fotos siguientes, están de luna de miel en la playa de Odesa. Emma lleva trajes de baño a rayas con la espalda muy escotada, a veces con una camisa de algodón blanca encima y, en la cabeza, un sombrero como el de Huckleberry Finn. Ríe delante de la cámara y Daniil le coge la cara con ambas manos. Las fotos las sacó Shura. Los suegros habían ido a Odesa con ellos para deleitarse con sus propios recuerdos. A veces, Shura también fotografiaba a Etina, sobre todo de espaldas, sobre todo su nuca. En las fotos que Emma y Daniil conservan, los cuatro parecen estrellas de cine de los años sesenta. ¡Nada que ver con las películas de Grigori Alexandrov! Se desperezan al sol de un modo que no estaba permitido en las películas de entonces y ríen con la boca abierta como no les he visto hacerlo nunca.

Allí, en la playa de Odesa, decidieron mudarse a Volgogrado los cuatro, ya que Daniil, al terminar sus estudios, había sido destinado a esa ciudad y Shura tenía buenas perspectivas de conseguir un puesto mejor con un sueldo superior. Hasta que llegó la Perestroika, toda criatura que hubiera nacido en Volgogrado recibía una medalla con la siguiente inscripción: «Nacido en la

ciudad de los héroes». En el año en que la joven pareja se trasladó allí junto con los suegros, acababan de cambiarle el nombre a la ciudad: Stalingrado se había convertido en Volgogrado. La guerra había dejado tras de sí el recuerdo desmenuzado de una ciudad que en otros tiempos había sido suntuosa. Como tenía el honor de llevar el nombre del gran líder, enseguida se apresuraron a reconstruirla y a erigir sobre una colina en el centro de la ciudad la **Мамаев курган**, la colosal estatua conocida como *¡La Madre Patria Llama!* La Madre Patria era casi tan grande como la Estatua de la Libertad de Ellis Island y mostraba a una mujer sacando el pecho, con la boca abierta y la espada en alto. A su alrededor, las tumbas de los soldados caídos, la llama eterna, el eterno recuerdo: un Disneyland soviético construido con toneladas de hormigón.

A Emma y a Daniil les asignaron una habitación en la residencia de la Universidad de Medicina de Volgogrado, a las afueras de la ciudad, con una cama individual y una ventana exactamente del mismo tamaño que la cama: eso era lo único que había cuando la joven pareja se instaló allí. De aquella habitación no se conservan fotos, solo la historia de cuando Daniil encontró a Emma retorciéndose de dolor en el suelo dos meses antes de la fecha prevista para el parto. Llamó a un médico de urgencias, que los llevó de hospital a hospital porque no había camas disponibles y Emma no pudo ingresar hasta que llegaron al tercero, cuando ya había perdido el conocimiento. Los médicos temían que algo fuera mal con el niño que llevaba dentro. Ya le habían advertido que, con su delicada salud, no debería correr el riesgo de un embarazo. Daniil sostuvo su mano durante el periplo de hospital en hospital, que duró horas, y cuando ya hubo pasado todo afirmó que Emma solo se había salvado porque los médicos de la unidad de ginecología de la tercera clínica sabían quién era su padre y sospechaban que las cosas se pondrían feas para ellos si la hija del gran profesor Farbaryevitch se les moría en la mesa de operaciones.

—¡De no haber sido por eso, la habrían tenido un día más esperando solo para hacerle un reconocimiento! Los vi con mis propios ojos fumando tranquilamente en el pasillo y metiéndose mano por debajo de las batas blancas —dijo Daniil con los ojos humedecidos—. ¡Se habrían quedado de brazos cruzados si yo no hubiera empezado a pegar gritos! Y entonces... —se interrumpió y tosió.

Emma le acercó un vaso de agua tibia y dijo:

—No bebes nada. Bebes muy poco. ¿Por qué no bebes?

Él negó con la cabeza, y tapándose la boca con la mano se rio entre dientes, con una risa que sonaba como el jadeo de un perro, y dijo:

—Déjame continuar con la historia.

Entonces Emma se quedó mirando por la ventana, perdida en sus pensamientos, y su rostro se abrió como las alas de una mariposa que sobresalían más allá de sus pómulos.

—¿Tienes frío? —le preguntó Daniil.

—Sí, tengo frío. ¿Has bajado la calefacción?

—No, no he bajado la calefacción. ¿Y tú?

—No, no he bajado la calefacción. Entonces ¿por qué hace tanto frío?

—No me gusta que no comas nada, cariño —dijo Daniil mirándome e inclinándose hacia delante sobre la mesa—. ¿No hay nada en casa que te guste? Voy a prepararte algo, déjame ver

qué encuentro. Alguna cosa tiene que haber en la nevera que te guste. ¿Qué tal unos albaricoques secos?

Tragué saliva. Me vi a los diez años yendo a la cocina de puntillas para coger albaricoques secos. Me subía encima de una caja y alargaba el brazo hasta el fondo del armario, donde sabía que Emma los escondía: «A Dania le van bien para el corazón. Los he comprado para él. No los toques. Si quieres algo dulce, coge caramelos».

En aquel momento me di cuenta de que Emma y Daniil siempre supieron que yo los robaba y que los que no me cabían en la boca me los metía en los bolsillos del pantalón.

—¿Quieres que te prepare un café? —le pregunté a Dania, alzando la vista de la mesa repleta de fotografías.

—Ya me lo preparo yo, no te muevas. —Se levantó y fue hacia la cocina arrastrando los pies—. Explicame otra vez de qué va el libro que estás leyendo —gritó desde la cocina.

Observé a mis abuelos mientras se movían por el piso a cámara lenta, bajaban y subían la calefacción, corrían y recorrían los visillos y se ponían la mano en el hombro el uno al otro. Después de que se hubieran confiado a mí, discutiendo por las distintas interpretaciones que daban a los sucesos de sus vidas y tropezando en varios puntos del recorrido, me sentía en deuda con ellos: tenía que contarles algo sobre mí, en vez de intentar eludir el tema de nuevo hablando sobre libros. Quería contarles algo sobre lo que había hecho en Estambul, sobre cómo había buscado a Antón. Y también sobre mi barba. No sabían nada y era culpa mía. Hacía mucho tiempo que hablar sobre mí mismo me parecía tan inoportuno como preguntarle a Daniil y a Emma por qué había fracasado el socialismo. Hay cosas de las que es mejor no hablar. Pero eso había cambiado a partir de ese momento. Aquellas personas distantes y educadas, de rostros anchos y sinceros, con los ojos penetrantes y desconcertados con los que me había criado, a los que había visto llorar por política y también al ver la cantidad que el estado del bienestar alemán les ingresaba en la cuenta, me habían revelado algo sobre ellos, me habían abierto caminos y se habían quedado desnudos frente a mí, mientras yo me sentía como si me estuviera escondiendo detrás de lo que ellos creían saber de mí. Había regresado del Bósforo convertido en una versión de mí mismo que les resultaba desconocida y sobre la cual no habían indagado o, si lo habían hecho, no me lo habían dicho. Me aceptaban como algo conocido cuya fachada había cambiado. Tal vez pensaban que me había dejado llevar por una de esas nuevas modas y que detrás de esa fachada aún se ocultaba la antigua versión de mí mismo.

Y, a pesar de todo, quizá sí que seguía siendo la nieta que ellos conocían y realmente me veían igual que siempre, porque los parientes próximos suelen guardar en la memoria una versión más joven de nosotros y la sobreponen al cuerpo que se va haciendo mayor y va cambiando y que los visita una vez al mes o cada seis meses. Quizá aún me veían con el pelo largo hasta los hombros, dando vueltas en la bicicleta delante de su ventana, con el brazo izquierdo extendido y la sonrisa mellada, igual que en la fotografía que había en la vitrina a sus espaldas, junto a la de su hija, que también hacía tiempo que había dejado de parecerse a ella, y al lado de dos hortensias de plástico y una menorá.

Entonces todavía estaba acostumbrado a pensar en mí mismo desde fuera, en tercera persona, como si contara una historia que le perteneciera a otro, así que eso fue lo que hice: les conté una

historia con la esperanza de que me sacaran de mi distanciamiento y me acercaran de nuevo hacia ellos, me apretaran entre sus brazos o al menos me miraran, que ya sería mucho. Sabía que no podía pedirles que comprendieran aquella historia, pero me escucharon con atención mientras les hablaba de Ali y de cómo se había convertido en Antón.

TESTO

Ali vivía con Elías desde que había llegado a Berlín. Lejos de los padres divorciados, de un hermano adulto que había vuelto a casa de su madre y de un padre que la llamaba continuamente para dejarle mensajes en el contestador automático que Ali era incapaz de entender porque estaba borracho y solo balbuceaba, o bien los borraba sin terminar de escucharlos.

Se habían conocido en una fiesta: ambos tenían un vaso de vodka en la mano, estaban de mal humor y llevaban camisetas que les quedaban bien. Los demás invitados formaban una masa de tops de poliéster fluorescentes, camisetas imperio rosas, zapatos de piel negros de punta, gorras de camionero descoloridas sobre cabellos despeinados y empolvados y caras amarillas con labios rojos, naranjas, negros o de purpurina. Ali y Elías, cada uno por su parte, se sentían asqueados. La gente pasaba por su lado a toda prisa, preguntaban algo, se liaban cigarrillos, bebían de vasos ajenos y sonreían como habían visto hacer en las películas, se sentían observados, eran observados, no decían ni una palabra y se reían. Ali y Elías intercambiaban miradas breves y vacilantes. Los ojos de Elías estaban muy juntos y parecían flechas señalando hacia el tabique nasal. Llevaba unas gafas de concha puntiagudas, y al sonreír se le subían las orejas. Ali habría podido jurar que las movía.

El humo de una cachimba que tenía al lado se le metió en los ojos. Ali parpadeó frenéticamente, abrió la boca, hizo una inspiración profunda, tosió y miró la nube de humo que envolvía una cabeza con peinado de hongo de la que los cabellos enmarañados sobresalían como si fueran las patas de una araña gorda. Luego volvió a mirar a Elías, que no había apartado los ojos de ella. Se dirigieron el uno hacia el otro lentamente, no con determinación, ya que no tenían un objetivo concreto, no sabían lo que querían el uno del otro, pero, en cualquier caso, no era lo que se suele buscar en estas situaciones. Fueron avanzando mientras bailaban pegados a la pared, moviendo los pies en dirección al otro, talón, punta, talón, punta y, justo cuando Elías iba a alcanzar a Ali, una mujer se metió entre ellos de un salto y Ali se encontró sin querer con la mano en su culo, mientras la mujer arrimaba su ombligo descubierto a la hebilla del cinturón de Elías. Ali apartó rápidamente la mano y se la limpió en el pantalón, soltó un par de tacos, dejó su vaso en el suelo y buscó a la anfitriona para despedirse. Se abrió camino entre los tops de poliéster fluorescentes en dirección a la salida. Frente a la puerta de entrada, un chico sin cejas que apenas era mayor de edad la devoró con los ojos. Su cabeza era una bola lisa apoyada en el marco de la puerta. Mientras Ali buscaba a tientas la manija de la puerta, el chico la agarró por el pelo y dijo algo que ella no entendió. Ali tomó impulso, tanto como era posible entre aquel gentío, y golpeó al

chico en la cara. Él soltó un aullido y se puso a llorar, alguien gritó y se llevó al pequeño al baño y alguien empujó a Ali, que ya no vio gran cosa: solo los ojos de Elías, y notó que la cogía de la mano y tiraba de ella hasta una habitación vacía. Se tumbaron en la cama. Podían oír que estaban buscando a Ali. Alguien llamó a la puerta de la habitación, y sin haberlo acordado, ambos se deslizaron bajo la cama y corrieron las sábanas como si fueran visillos. Los dos pares de ojos brillaban entre las bolas de polvo acumulado. A Elías se le resbalaron las gafas y se las quitó. Una pelusa saltó a la cara de Ali y ella la agarró con los dedos. Elías también cogió una e intentó alejarla soplando.

—Me gusta esto.

—¿Qué, el polvo?

—Sí. —Ali se puso boca arriba y miró el somier y el colchón que asomaba entre la tela metálica.

—Yo soy alérgico.

—No pienso hacerte el boca a boca.

—Vale.

Se quedaron respirando el uno junto al otro, sin saber si deberían besarse o no, porque lo que necesitaban en aquel momento era algo muy distinto, pero no sabían qué hacer en lugar de eso. Sin duda habría sido más fácil besarse.

—Mi padre volvía a menudo a Rusia para visitar a mis abuelos, y antes de que regresara de Moscú, teníamos que limpiar el piso a fondo hasta dejarlo reluciente, pero, aun así, él siempre encontraba algo que no estaba a su gusto. Recorría el piso de arriba abajo, sin siquiera haberse quitado los zapatos, y mi hermano y yo lo seguíamos. Mi hermano temblaba como un flan. Y el tío pasaba los dedos por todas las ranuras, incluso se ponía de puntillas para pasarlos por encima del marco de las puertas. —Ali recorrió con las uñas las ranuras que había entre las tablas del parqué del suelo—. Después se miraba las yemas de los dedos y nos las ponía bajo la nariz.

Notó que le habían quedado piedrecitas puntiagudas y polvo seco bajo las uñas y se las limpió.

—Los marcos de las puertas. Todo el mundo sabe que un niño no puede llegar hasta allí. —Intentó soltar el aire con suavidad pero las pelusas se levantaron igualmente—. Un niño no puede llegar hasta allí, ¿verdad que no?

Elías, con la mejilla apoyada en las manos, la escuchaba atento.

—Creo que desde que me marché de casa no he vuelto a limpiar el polvo, y no volveré a hacerlo nunca más.

Ali notó que le latían las sienes. No sabía por qué le estaba contando eso. Nunca hablaba de su padre, y mucho menos en las fiestas, y mucho menos debajo de la cama con un desconocido cuyas orejas parecían no tener límites.

—¿Puedo preguntarte algo?

Elías seguía allí tumbado con las piernas encogidas, inmóvil.

—¿Puedes mover las orejas?

Se despidieron a primera hora de la mañana delante de un fotomatón donde antes habían estado haciendo muecas, con los sentidos nublados por el cansancio y con una pistola de plástico que Ali había cogido cuando salían del piso para mantener alejados a los demás. Elías había afanado unas gafas de sol. En el taburete de metal del fotomatón solo había sitio para una persona,

así que se agarraban y se subían el uno encima del otro. El *flash* de la cámara los mantenía despiertos. Luego salieron de la diminuta cabina al frío de la mañana y se quedaron mirándose los pies el uno al otro, sus cuerpos se inclinaron hacia delante como briznas de hierba hasta quedar apoyados frente con frente y estuvieron a punto de dormirse de pie en aquella postura mientras esperaban a que el fotomatón escupiera las tiras de fotos con sus muecas. Al cabo de una semana, Ali se fue a vivir con él. Las bolas de polvo siguieron siendo todo un tema.

Ali llegó con dos bolsas de basura llenas de ropa y cómics. El piso era grande y estaba vacío: si gritabas te devolvía el eco. Elías estaba sentado en el suelo al otro extremo del pasillo, batallando con los tornillos de la puerta.

—Estoy arreglando la manija de tu puerta.

El cuarto rectangular de quince metros cuadrados que iba a ser su habitación tenía una ventana grande que daba al patio. Debajo había una guardería y el nivel de ruido era tan alto como al lado de una autopista. Ali miró las cabecitas que correteaban por el césped, se encendió un cigarrillo, tiró la ceniza abajo y siguió mirando.

La habitación estaba vacía salvo por un colchón y así la dejó ella. Hizo una pila de cajas de mudanza y llenó sus vientres desgarrados de calcetines, camisetas, ropa interior y pantalones. Luego colgó una cortina delante para no dejar a la vista de cualquiera la limitada paleta de colores de su ropa, que solo iba del negro al azul oscuro. La ceniza de los cigarrillos la tiraba al suelo. Elías siempre se ofrecía para acompañarla a buscar muebles, pero ella colocó una tabla de madera encima de dos cajoneras y ya tuvo una mesa, donde puso el cenicero de cristal con una bola plateada para apagar los cigarrillos que Elías le había regalado como obsequio de bienvenida. En las paredes no había ningún testimonio de lectura ni ningún testimonio de amistad. Conservó el colchón que había en el suelo cuando se mudó al piso y le encantaba la confianza que le inspiraba el vacío que irradiaba su habitación. Cuando se marchaba, no echaba de menos su cuarto. Cuando volvía, se saludaban educadamente y luego se entregaban a una relación apasionada, como amantes que solo se encuentran para practicar sexo sin decirse nada. Ali se dejaba caer sobre el colchón, lo perforaba casi hasta el suelo con los omoplatos y restregaba la espalda contra él como si quisiera enterrarse en la habitación.

No es que tuviera nada contra los muebles: compró vajilla para el piso, recogió sillas de la basura, y en una ocasión arrastró un sofá de ruedas por toda la ciudad y lo subió hasta el salón. Compró una mesa para la cocina en una tienda de segunda mano e incluso le pasó una capa de aceite. Aun así, en la madera se podían reconocer las huellas de los hábitos que tenían ella y Elías: cera que había goteado de las botellas de *whisky* vacías que utilizaban como candeleras, restos de amaranto y ceniza de cigarrillo y una raya negra que no se iba ni siquiera frotando con un estropajo y que a Ali siempre le recordaba a lo que había estado haciendo con Mical en aquella mesa cuando Elías llegó a casa de improviso. En aquella ocasión, él le había dado a entender con la máxima discreción posible que, al menos, debería cerrar la puerta. Ella le contestó: «Antes tienes que arreglar la manija».

Elías se iba al trabajo por la mañana temprano y volvía a última hora de la tarde y, si para entonces ella aún no se había movido de su habitación, le lanzaba las llaves de su coche sobre la barriga.

—Bueno, como mínimo se ha puesto morena.

Sobre la mesa había una caja de profiteroles. Cemal y Elías estaban sentados junto a la ventana cubierta de hiedra bebiendo *chai*. Cemal fumaba y a través del humo Elías miraba a Ali, que había venido andando desde Karaköy porque el tráfico de la tarde bloqueaba las calles. Había estado recorriendo las tiendas de antigüedades de Karaköy para dejar fotos suyas en las cajas de postales y fotografías antiguas con la esperanza de que, algún día, Antón pasara por allí, revolviera en aquellas cajas, la reconociera en las fotos, es decir, se reconociera a sí mismo, y se volviera loco.

Le latían las sienes por el calor y el sudor le goteaba desde la frente y se le metía en los ojos.

—¿Qué haces aquí? —increpó a Elías cuando este se levantó y fue hacia ella como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Verdad que es encantadora? ¿Qué te había dicho? —dijo Elías mirando a Cemal.

—Conmigo es más agradable, la verdad —replicó Cemal con una sonrisa.

Elías abrazó a Ali, ella notó sus manos en los omoplatos a través de la tela empapada en sudor y él le besó las sienes. Ali se deshizo del abrazo y pestañeó.

—En ningún lugar del mundo puedes encontrar profiteroles tan buenos. He tenido un antojo repentino. Así que se me ha ocurrido dejarme caer por aquí.

Elías volvió a sentarse, le sirvió té a Ali y la invitó a tomar asiento con los ojos. Ali miró a Cemal.

—¿Puedo liarme un cigarrillo?

Cemal le pasó el paquete de tabaco arrugado y buscó el papel, que era tan fino que a Ali siempre se le rompía porque ponía demasiada saliva sobre la parte adhesiva. El librito de papel tenía letras árabes. Ali frunció el ceño e intentó concentrarse en liar el cigarrillo.

—Es culpa mía que Elías esté aquí. Le dije que debería venir a echar un vistazo.

Cemal miró a Ali con las cejas arqueadas y la boca abierta, como si le acabara de dar la mejor noticia del mundo. Y como Ali no dijo nada, sino que se encendió el cigarrillo y le miró, Cemal añadió:

—Le he contado que por las noches lloras, cuando crees que todo el mundo duerme.

Elías metió la cuchara en el plato de profiteroles cubiertos con chocolate.

—Vaya, que el tío se ha chivado. Ya sabes que nunca puedes fiarte de la familia —dijo, y se puso a masticar ruidosamente.

—Cemal te ha tomado el pelo. No puede saber qué hago por las noches, porque nunca me quedo a dormir aquí. —Ali escupió tabaco al suelo y se quitó de la lengua un trozo de papel reblandecido.

—Pero ¿qué dices, *kuşum*? Claro que lo haces. Duermes aquí, en este sofá, y te pones a maullar como un gato cuando le tiran de la cola.

—No, no lo hago. Nunca duermo aquí porque hay chinches y me salen sarpullidos y puntos rojos y tengo que rascarme hasta que me sangran. Es asqueroso. Me da asco este sofá. No dormiría aquí por nada del mundo.

Cemal dejó escapar un leve estertor, tomó una gran bocanada de aire y se levantó.

—Ahora vuelvo —dijo, y tosió—. Voy a llamar a tu madre para decirle que has llegado bien. Seguro que aún no lo has hecho, ¿verdad?

Con los carrillos llenos de crema, Elías alzó la vista hacia su tío y negó con la cabeza. Luego sonrió y Cemal le devolvió la sonrisa. Ali se levantó de un salto, besó a Cemal en las mejillas y murmuró:

—Saluda a Sibel de mi parte si hablas con ella.

Ali conocía a la madre de Elías de sus visitas al piso que compartían, cuando iba a ver a los niños, que ya hacía tiempo que habían dejado de serlo, y les ponía sobre la mesa de la cocina canapés de berro y té demasiado fuerte, sin admitir réplicas: «Podéis hacer lo que queráis, pero tenéis que comer».

Aparte de eso, Sibel era la más cariñosa de todas las madres. Tenía los ojos claros y radiantes y unos párpados que parecían de papel y conservaba la apariencia de una muchacha. Ali siempre había sido incapaz de echarle una edad y nunca lo había preguntado. Aquella muchacha había llegado a Alemania Occidental para trabajar en la fábrica siendo realmente una muchacha y fue una de las primeras de la residencia para inmigrantes en aprender la lengua extranjera, de modo que todas las vecinas de su planta le asignaron el papel de traductora. Las acompañaba a comprar, a hacer papeleo administrativo, al abogado, al médico. Se convirtió en la confidente de sus secretos más íntimos y de sus dolencias, tanto si se trataba de problemas para ir al baño, de un sarpullido en el trasero o del marido. Sibel y Ali conversaban a menudo sobre eso. Ali había hecho lo mismo durante sus años en la residencia, cuando no solo entraba con las mujeres mayores de su planta a la consulta del médico, sino que también estaba con ellas en la sala de espera y no tenía más remedio que escuchar todas las historias de su vida, que ellas le contaban porque creían que la niña era demasiado pequeña como para reparar en la palabra *vaginismo*.

Sibel le contaba que había aprendido alemán buscando en el diccionario palabras obscenas para las cartas de amor que escribía por encargo de las demás trabajadoras y Ali le contaba que algunas veces había acompañado a las señoras a la peluquería y había observado en silencio cómo se señalaban las calvas de su cabeza e intentaban explicarse diciendo: «Mis cabellos dicen adiós».

Siempre que Sibel iba a venir, Elías limpiaba el piso, despotricando contra Ali por las bolas de polvo que salían de su habitación. Pasaba la aspiradora y golpeaba una y otra vez contra la puerta de Ali y le pedía que bajara la música.

—Cuando llegue Sibel, seré la niña más buena del mundo. Incluso más que tú. Pero ahora déjame en paz.

—Igualmente te quiere más a ti que a mí. ¿No podrías al menos lavar los platos?

—Si me prestas una camisa limpia. Las mías están en la ropa sucia.

Cuando Sibel llegaba con una caja llena de profiteroles, Elías apartaba a Ali con la cadera para ser el primero en abrazar a su madre, la abrazaba dos veces, la levantaba del suelo y ella gritaba.

Ali y Elías fueron creciendo juntos gracias a la madre, a las camisas y a las pelusas, hasta que ya no supieron si existía algo fuera de su mundo e inventaron un idioma propio que no requería demasiadas palabras.

—¿La camisa que llevas es mía? —preguntó Elías cuando Cemal se hubo marchado.

Ali se miró la camisa, después los antebrazos, que, efectivamente, se le habían puesto muy morenos, y luego miró por la ventana con las hojas de hiedra que protegían de la luz del sol.

Se quedaron allí sentados durante mucho rato. Ali habría podido jurar que oía el tictac de un reloj, pero solo era su propia respiración. Elías corrió su silla hacia ella. Aún tenía crema en las comisuras de los labios. Ali ladeó la cabeza, Elías también y se apoyaron cráneo con cráneo. Luego ella puso sus rizos sobre la clavícula de él, arañó con los dientes los pelos de su mentón y se lo mordió. Él la empujó y casi se cayó de la silla. Ali se subió a su regazo y dibujó ornamentos en el techo con los ojos. Elías le tapó los ojos con la mano y todo se volvió oscuro y fresco. Ali se cubrió con él como si fuera un edredón. Al final, Elías dijo: «Vamos a dar una vuelta».

Deambularon por la avenida Ístiklal y entraron en un patio trasero repleto de muebles de mimbre en los que las personas se hundían tanto que parecían estar tomando el té en cuclillas. Camareros con bandejas de plata llenas de vasos de té iban de un lado para otro entre la multitud preguntando a gritos quién quería que le sirvieran más. Se sentaron y Elías siguió con los ojos la mirada de Ali, que observaba el ajeteo de los camareros como si se tratara de una partida de billar. La gran bola roja se deslizó hacia la derecha, rozó a un turista que se agarró a sus bolsas de plástico y miró hacia arriba con temor, y se metió en el agujero. La gran bola verde rodó hacia atrás, derribó una bandeja llena de vasos de té, rebotó en el margen, volvió a su posición de salida y se metió en el agujero. La gran bola negra estaba quieta en medio del patio, gesticulando con las manos como si estuviera bajo el agua.

—Bueno, di algo —dijo Ali como si hablara consigo misma.

—¿Qué quieres oír?

—Lo que quiero oír es tu voz.

—¿Estás con alguien aquí?

—¿Eso es lo primero que se te ocurre preguntar?

Ali desenvolvió el terrón de azúcar y se lo echó en el té. Bebió con cuidado un sorbo del líquido marrón y se echó otro terrón.

—No sé, también podríamos hablar sobre cuánto hace que le echas azúcar al té.

—Sí.

—¿Sí que estás con alguien o sí que quieres hablar sobre azúcar?

—Sí que estoy con alguien.

—¿Hombre o mujer?

—¿Desde cuándo te importa eso?

Ali miró el rostro chupado de Elías y de repente se le antojó el de un anciano: tenía las mejillas hundidas y la barba y las sienes ligeramente plateadas. Se preguntó si a ella también le habrían salido canas. Y cuánto tiempo llevaba en Estambul como para no haber reparado en que a su mejor amigo se le estaba encaneciendo el pelo. Sus orejas se habían hecho más grandes.

Elías se dio cuenta de que Ali le miraba las canas y se puso los mechones detrás de las orejas.

—Sí que me importa.

—¿Por qué?

—Para poder preguntarte si ÉL significa tanto para ti como para que no quieras volver. O si

ELLA significa tanto para ti.

—¿Es una cuestión puramente gramatical?

—Exacto.

—¿Has venido para llevarme de vuelta?

—¿Te gustaría que te llevara de vuelta?

—¿Es esa la impresión que doy?

Se miraron fijamente. Ali sabía que Elías veía en su cara la cara de Antón y la de Valentina, como si fueran sombras. Probablemente Valentina lo había llamado para pedirle que la encontrara, que la trajera de vuelta. Si ya había perdido a un hijo, no podía permitirse perder también al otro. Y Elías debía de haberle prometido algo, porque sabía que Estambul era contagioso, lo sabía perfectamente. El apego a Estambul era peor que el apego al desierto.

—Todavía nos da tiempo de coger un avión hoy mismo. He arreglado todas las manijas de casa.

—No lo creo —dijo Ali, obligándose a sonreír.

—¿Por qué no?

—Porque en aquella ruina de casa todas las puertas acaban saltando por los aires.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Tú también sabes a qué me refiero.

—¿De verdad que no echas de menos nada? —le preguntó Elías sin mirarla.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Ali cogió las manos de Elías, que se habían vuelto ásperas y huesudas —hace tiempo que Sibel no pasa por casa a llevarle profiteroles, pensó—, y apoyó la cara en sus palmas.

—¿Hombre o mujer?

—¿Cómo?

Al apoyarla en las manos de Elías, Ali notó lo mucho que le pesaba la cabeza. Su barbilla ocupaba el hueco que había entre los dedos meñiques de él, sus mejillas ardían por el calor y la piel de debajo de sus ojos estaba tirante.

—Cuando me miras, ¿qué ves? ¿A un hombre o a una mujer?

—Ali, ¿se puede saber de qué hablas?

Ali apartó las manos de Elías, soltó una carcajada y se hizo crujir los dedos. Volvió a observar a los camareros, que eran muchos, demasiados: una multitud de hombres jóvenes que habían dejado sus pueblos para buscar cualquier trabajo en la ciudad y, una vez allí, se encontraban con que eran cinco agarrando un mismo palo de escoba, como se decía en el socialismo. Uno de ellos llevaba el rostro de Marx tatuado en el dorso de la mano. Pasaban con demasiada frecuencia entre las mesas de los clientes acucillados, llevando sus enormes bandejas llenas de vasos de té abombados, y les quitaban la bebida de las manos antes de que se la hubieran terminado: «Ya se ha enfriado. Aquí tienes otro, amigo».

Dos camareros empezaron a pelearse y, de repente, uno de ellos le dio una patada en el pecho al otro, que salió disparado y cayó sobre la muchedumbre de bebedores de té como encima de un colchón blando.

Ali se levantó de un salto. Elías aún tuvo tiempo de decirle algo como «no», o «no te metas» o simplemente «Ali», pero ella ya no pudo oír lo que decía exactamente, porque se había alejado a toda prisa para ponerse delante del chico que había caído al suelo y evitar que le retorciera el

pescuezo al otro. Hubo más personas que se levantaron de un salto y acudieron hacia allí. Un hormiguero entero tiraba de ambos chicos, que se excitaban con tanto griterío e intentaban abalanzarse el uno sobre el otro todavía con más ímpetu. Ali sujetaba a uno de ellos, alguien sujetaba a Ali y Elías permanecía sentado. De la tetería salió con paso lento un hombre más mayor que frotaba las cuentas de un tasbih entre los dedos y que habló calmadamente a los dos chicos, que tenían las caras rojas como tomates aplastados, para intentar apaciguarlos, pero no le prestaron atención y siguieron dando patadas al aire. Al final, Ali le hizo una llave al que tenía sujeto.

Elías la miró y recordó la época en que Ali había dejado la carrera de Matemáticas por el boxeo. «O una cosa o la otra. No se puede ir a entrenar cinco veces por semana y luego empollar por las noches», había declarado entonces con énfasis, sentada a la mesa de la cocina, como si él le hubiera exigido una explicación.

Una vez llegó a casa llena de moratones y le contó que había provocado a su entrenador hasta que él la había agarrado por el cuello y la había levantado veinte centímetros del suelo. Ella le había dicho, manteniendo la calma y con desprecio: «Bájame», y él la había estampado contra la pared acolchada del gimnasio. Aquello no supuso ni mucho menos el final de su amistad entre boxeadores, sino todo lo contrario: a partir de entonces follaban todavía con más desenfreno en las cabinas de los vestuarios, en las escaleras del gimnasio e incluso en las duchas del vestuario de hombres, donde Ali no tenía ningún reparo en entrar llevando únicamente las chancas. Y no servía de nada que Elías intentara convencerla una y otra vez de que quizá había otras formas de conseguir afecto que no fueran dejarse estampar contra la pared. Le daba la sensación de que, cuanto más intentaba convencerla, más numerosos eran los moratones con que llegaba a casa.

Los chicos con cara de tomate aplastado parecían haberse calmado, la pelea había terminado y Ali regresó a su mesa jadeando y radiante. Tenía los rizos alborotados y se le había desgarrado el hombro derecho de la camisa.

—No tengo ni idea de qué pretendes demostrar ni a quién. Tu madre está preocupada, yo estoy preocupado, Cemo está preocupado y a ti te importamos todos un carajo. Haces lo que te da la gana y preguntas estupideces. —Elías buscó algo de calderilla en el bolsillo del pantalón—. No sé de qué va todo esto.

—¿Ya te marchas?

—Sí.

Elías tiró las monedas sobre la mesa y un par cayeron al suelo. Ali las recogió y las puso en el platillo. Agarró a Elías, le tiró de la pernera del pantalón y le tocó la rodilla.

—No me hagas esto.

—¿No quieres que me marche?

—No te cabrees conmigo.

—No estoy cabreado.

—Por favor, por favor, no te enfades.

Elías notó en la voz de Ali que estaba llorando, pero no se atrevió a mirarla. Volvió a sentarse en el taburete, con la mirada perdida.

Ali se enjugó las lágrimas con la mano al mismo tiempo que intentaba liarse un cigarrillo.

—Ya sabes por qué estoy aquí.

Elías podía oír el sonido de sus labios secos al pegarse y al volverse a separar.

—No es culpa tuya —dijo al cabo de un rato.

Elías rozó la mano de Ali con la suya. Ella le pasó el cigarrillo y, a pesar de que él no soportaba notar el sabor a matarratas en la lengua, le dio un par de caladas profundas, lo apagó en el suelo de guijarros y a la mañana siguiente cogió el avión de vuelta a casa.

El Gizli Bahçe estaba en la calle Nevizade. Había que abrirse paso entre un mar de cabezas para llegar hasta el local a través de aquella calle tan estrecha. Kato tenía la mano sobre el hombro de Ali y la conducía entre el gentío, sin tener ningún miramiento con las mesas puestas en medio de la calle. Repartía empujones entre los que estaban sentados bebiendo mientras le susurraba a Ali al oído. Abriéndose camino entre jóvenes con bómbers que jugaban a la guerra en el móvil, se metieron a presión por la estrecha entrada del local y subieron riendo las angostas escaleras. Música electrónica, gente con vaqueros ceñidos y jerséis anchos, con gorras fluorescentes y gafas de sol oscuras: una aglomeración de cuerpos que se balanceaban mientras daban caladas a un cigarrillo y bebían con pajita. Como una ventana a Berlín, pensó Ali dirigiéndose al bar. Kato se deslizó detrás de la mesa del DJ, donde estaba pinchando un amigo suyo: un besito a la izquierda, un besito a la derecha, un golpe de cadera y a bailar. Ali estaba mirando la pista de baile a través del aire cargado de humo, cuando notó una mano en la columna. Una mano delgada y fría que se posó en su espalda escotada, le recorrió la piel desnuda y le pellizó la cintura.

—Hola —dijo la mujer a quien pertenecía la mano.

Largos mechones rubios le caían sobre los labios pintados de naranja. Estaba tan delgada que Ali casi creyó que era el boceto de una persona.

—Hola —le contestó.

—¿Estás sola?

—No, mi novio está en la pista de baile.

—Ah, tu novio —dijo la chica alargando la palabra, que sonó como un insulto. Aun así, no desistió—. Mi novia llega a Estambul el mes que viene. Es belga. La echo mucho de menos, ¿sabes? Por cierto, te pareces a ella. ¿Eres belga?

—No.

—Entonces ¿qué eres?

Ali se preguntó qué sería más rápido, si irse al lavabo con la chica o explicarle que no tenía el menor interés en ella.

—A ver si lo adivinas.

—¿Española?

—Sí. Exacto.

—Guau, qué guay. A ver, dime algo en español.

—Иди на хуй!^[7] —dijo Ali en ruso con voz dulce.

—¡Qué bonito!

La joven clavó la mirada en el lunar que Ali tenía en el cuello.

—¿Y tu novio también es español?

—No, es tunecino.

—¿Os conocisteis aquí en Estambul?

—No, en Irak.

—¿Estáis en una ONG o algo así?

—Exacto.

La música le servía de protección. Ali veía la boca naranja abriéndose delante de su cara, pero de ella solo salía el chumba-chumba de la música. Se giró hacia el barman y le pidió a gritos un vodka con tónica y, de repente, allí estaba él, en el espejo, entre las botellas de alcohol.

Entre las botellas de Talisker y Lagavulin vio la cara de Antón, que era la suya, su perfil moviéndose por la sala. Lo vio pasar por delante de ella, se vio a sí misma persiguiendo a su propia espalda, abriéndose paso a través del local lleno a rebosar en dirección a la salida. Se dio la vuelta.

—Eh, ¿qué pasa? —gritó la boca naranja.

Ali la apartó de un empujón y se precipitó hacia las escaleras, pero allí no había nadie. Salió a la calle, volvió la cabeza hacia todos lados y echó a correr, cayó sobre las mesas de la calle Nevizade y los camareros la ayudaron a levantarse e intentaron tranquilizarla, pero ella se soltó; notaba un zumbido en las orejas. Pasó corriendo por delante de las trabajadoras sexuales con sombras de ojos con purpurina, en la calle del pescado resbaló y chocó contra un padre que llevaba a su hija sobre los hombros y que consiguió sujetar a la niña para que no se cayera. Enfiló corriendo la avenida Istiklal y por poco acabó sobre la parrilla de un vendedor de castañas. Gritó «¡Antón!» con todas sus fuerzas y la gente se volvió a mirarla, todos los peatones de la avenida Istiklal se volvieron a mirarla. «¡Antón!» Hablaba con él mientras corría, hablaba con él en ruso. «Подожди. Подожди. Подожди». Espera, espera, espera.

Al pasar frente a la pastelería de la calle Cihangir se quedó sin aliento, se detuvo y se le nubló la vista. Había estado corriendo hacia la nada. Le ardía la garganta, se desgarró la piel de los labios con los dientes, la cabeza le daba vueltas; la calle se alargó como un arco. Estaba a punto de perder el conocimiento, se sentó en el bordillo y miró fijamente la mezquita que tenía delante. Alguien se rio.

—En toda broma hay algo de broma.

Una anciana envuelta en pañuelos de la cabeza a los pies, un capullo de oruga de colores brillantes, se había sentado junto a Ali y estaba contando billetes.

—¿Perdón? —preguntó Ali.

—En toda broma hay algo de broma —repitió la mujer, riendo entre dientes.

—No lo entiendo.

—¿No sabes turco?

—Sí. No. Lo siento.

—En África dicen que en toda broma hay algo de broma. Y entonces ¿dónde está la verdad? Exacto. En África.

Ali no sabía si apenas lograba entender a la mujer a causa de los pañuelos que le tapaban la boca o porque ella estaba mareada.

—En África cuentan la historia de un chico que quería casarse con una chica —dijo la anciana mirando la muchedumbre que había frente a la mezquita como si mirara dentro de un profundo túnel—, pero el padre de la muchacha le dijo al chico: «Eres demasiado joven, aún no has visto nada. Sal a ver mundo, encuentra la verdad y, cuando la hayas encontrado, tráemela, muéstramela y entonces podrás casarte con mi hija». El joven se puso en camino y buscó y buscó, buscó con

obstinación, con desesperación. Estaba convencido de que encontraría la verdad en algún lugar. Cruzó ciento cuatro fronteras, bebió el agua de ciento cuarenta ríos, vio guerras y asesinatos, cómo reaccionaban las personas ante un terremoto o un incendio, cómo luchaban entre sí, cómo se convertían en lobos o en gacelas cazadas por lobos. Un día, afligido y cansado, se sentó a orillas del río Angereb y se dio cuenta de que ya no podía recordar el rostro de su amada, ni sus manos ni su olor, y de que no deseaba nada más en el mundo que recuperar aquel recuerdo. Entonces vio a una vieja fea que caminaba por la orilla del agua, con las ropas hechas jirones, los dientes podridos y el cráneo cubierto de greñas que parecían manojos de lana gris. Desprendía un hedor dulzón a manzanas podridas. Se sentó junto al joven, que ya no parecía un joven, sino un viejo arrugado y sombrío, y él le preguntó quién era. «Soy la Verdad», respondió la anciana. «¡La verdad!», exclamó el muchacho levantándose de un salto, al recordar de repente el motivo que lo había llevado a emprender aquel viaje. «Entonces ¡tienes que venir conmigo! ¡Te he estado buscando por todas partes y por fin te he encontrado! No sabes por todo lo que he tenido que pasar hasta hallarte. Tienes que acompañarme para que pueda mostrarte al padre de mi prometida». «No puedo acompañarte, hijo, lo siento», replicó la vieja. «Pero tienes que hacerlo. He estado a punto de perder la vida en cinco ocasiones y he visto morir a muchas muchas personas. Daría mi vida por ti, ¿lo entiendes? Pero no puedo obligarte a venir conmigo». «Así es —dijo la anciana, pensativa—. ¿Y qué pasa si me llevas ante el padre de tu prometida?» «Que por fin podré casarme con ella». «¿Todavía quieres hacerlo?» El chico se quedó mirando las aguas del Angereb, silenciosas como una tumba, y no dijo nada. «No voy a ir contigo, hijo, pero puedes decirles que me has visto». El joven se levantó y miró a la anciana. Parecía una ciruela arrugada y cuando hablaba se le movían las ropas como si tuviera gusanos arrastrándose bajo la piel. Le caía baba de la boca. «Y cuando vuelva ¿qué debo decirles sobre ti?» «Diles que soy bonita —respondió la vieja—. Diles que soy joven y bonita».

El capullo de oruga que estaba sentado junto a Ali enmudeció. Ali miró el cuerpo de la anciana cubierto de pañuelos y luego sus manos, que sostenían los billetes verdes y marrones que no había dejado de contar mientras le explicaba la historia.

—Sí, sí. Eso cuentan en África.

La mujer miró a Ali, se le iluminaron los ojos y volvió a soltar una carcajada echando el cuerpo hacia atrás. Entonces Ali vio que a su lado había una gran liebre blanca dentro de una jaula cuyo suelo estaba cubierto de papelitos del destino de colores. Era una de aquellas adivinas que iban de café en café ofreciendo a los turistas los servicios de su liebre. Cuando se lo pedían, el animal se ponía a brincar sobre el montón de papelitos de colores, escogía uno para los clientes y el papelito les revelaba su futuro. Ali lo había visto con sus propios ojos. Durante las primeras semanas en Estambul, había seguido algunas veces a aquellas adivinas porque quería ver cómo la liebre tomaba el pelo a los turistas y si realmente había idiotas que picaban. Los había.

La adivina se dio cuenta de que Ali miraba de reojo al animal, que estaba en las últimas.

—¿Quieres que te lea el futuro? —le preguntó la anciana.

Ali buscó un billete en el bolsillo de la chaqueta y se lo dio a la mujer. La liebre no se movió.

La adivina se levantó y cogió la jaula.

—Ven conmigo.

Ali la miró desde abajo.

—Ven.

Bajaron hasta el agua y giraron por una calle lateral, y de golpe a Ali le pareció que se encontraba en un pueblo de Rusia: habría podido jurar que era el Volga lo que se extendía delante de ellas, el Volga con un gran puente que cruzaba al otro lado, al continente asiático, y que su dacha estaba justo allí al lado. Olía a meados de gato y a frambuesas. Oyó la risa de Antón y miró a su alrededor.

La adivina la condujo por otro callejón lateral flanqueado por vallas de chapas onduladas. Oyó un crujido y vio que había gatos del tamaño de un dedo tumbados por todas partes; el suelo estaba tan plagado de aquellos bichos de pelo gris que daba la sensación de que estuviera hecho de ellos; se arremolinaban a su alrededor, le trepaban por el cuerpo, se le metían por dentro de los pantalones y de la camisa y volvían a caer al suelo a través de los ojales de los botones. La adivina se levantó la falda y sacó un cuchillo pequeño. La hoja no brilló en la oscuridad, pero hizo un tenue ruido metálico. La mujer cogió la mano derecha de Ali y le hizo un corte en la palma. Ali quiso gritar, pero no supo cómo hacerlo. Cayeron al suelo unas gotas de sangre y la anciana dijo algo, pero Ali ya no pudo entenderlo.

Ali enfiló corriendo la calle Nevizade y tuvo miedo de no ser capaz de volver a encontrar el Gizli Balice. Se dio cuenta de que pasaba por el lugar donde había tropezado con las mesas porque los hombres de los restaurantes chasqueaban la lengua al verla y hacían movimientos con la mano como si estuvieran espantando moscas. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente en Cihangir ni lo tarde que era y se imaginó la cara enfurecida de Kato, que quizá se había hartado de esperar. Encontró la entrada del local con los chicos de las bómbers y subió las escaleras. La palma de la mano le sangraba y le escocía. No sabía cómo se había hecho la herida, si al caerse o de algún otro modo. Pensó que tenía que desinfectarla con vodka.

En el local aún se oía música. Ali ya se disponía a abrir la puerta cuando vio a Kato sentado unos cuantos peldaños más arriba, mirándola como un pájaro. Tenía los ojos enrojecidos.

—Lo siento, yo... —balbuceó Ali.

Kato lanzó un grito, un sonido agudo y vibrante que después se convirtió en un staccato estridente. Luego abrió mucho la boca, jadeando. El sudor le resbalaba por el rostro.

—Me han, me han, en el lavabo, había, he ido al lavabo, me han...

Fue entonces cuando Ali vio que tenía el ojo derecho morado. Subió corriendo los peldaños que la separaban de él y lo abrazó con fuerza. Kato estaba temblando y vomito. Ella le sostuvo la frente. La bilis amarilla salpicó los zapatos de Ali y Kato volvió a gritar.

Ali llevó a Kato a casa del tío Cemal.

—Pondremos una denuncia —dijo Cemal, apretando un pañuelo mojado contra el rostro de Kato.

—Cuidado, que lo vas a asfixiar.

Kato se rio bajo el pañuelo, o quizá estaba llorando, pero a Ali le pareció que se reía.

—Mañana llamaré a mi amigo de la policía.

—Ah, sí, tu maravilloso amigo.

—¿Qué significa eso?

—Nada.

—¿Estás aquí sin papeles?

Cemal miró el cuerpo hecho un ovillo que yacía en el sofá. Kato no respondió.

—Déjalo dormir.

Fueron a la cocina, que era tan estrecha que solo cabían de pie el uno al lado del otro. Ali se sentó sobre los fogones y se encendió un cigarrillo. Cemal se lo cogió de la boca y le dio unas caladas.

—Ya te lo había advertido: este país es un agujero lleno de bestias salvajes.

—Esto habría podido pasar en cualquier lugar.

—Pero os ha pasado aquí.

—Yo no estaba cuando ha ocurrido.

—¿Dónde estabas?

—Da igual.

—¿Cómo que da igual? ¿Dónde estabas tú mientras violaban a tu novio?

—Nadando.

—¿Qué?

—Cemo, por favor.

Fumaron. Cemal puso el dedo índice bajo la barbilla de Ali y acercó la cara de la chica a la suya.

—¿Por qué no me lo habías presentado antes?

—Ya sabes por qué.

—¿Creías que no sería capaz de entenderlo?

Ali apartó la cara y se quedó mirando fijamente el cigarrillo que Cemal tenía en la mano.

—¿No te parece que tiene una risa de lo más peculiar? Se ríe como un pájaro carpintero. Como si te martilleara las sienas. Tac, tac, tac, tac. Tac, tac, tac, tac. Tac, tac, tac, tac. —Ali se taladró la sien con el dedo corazón.

—Ali.

—Sí.

—¿Cómo te ganas la vida?

—Haciendo...

Quería decir «haciendo la calle», pero no lo dijo. Apartó la cara, juntó los brazos detrás de la cabeza y luego volvió a separarlos. Cemal le cogió la mano derecha y examinó el corte que se había hecho en la palma.

—¿Y qué demonios es esto?

—Creo que me he caído y me he apoyado con la mano. No lo sé.

Ali bajó de los fogones y se dirigió lentamente hacia la puerta.

—Ya no me acuerdo.

Luego se volvió, miró el rostro curtido de Cemal y pensó que él nunca perdía la esperanza y siempre sabía qué hacer en las situaciones difíciles, que él era capaz de entenderlo absolutamente todo, y deseó que la cogiera en brazos, como hizo el día en que fue a buscarla al aeropuerto Atatürk, y la meciera.

—Cemo, dime la verdad: ¿tu amigo de la policía encontrará a Antón?

—No.

—Entonces me gustaría que, a partir de ahora, me llamas Antón. ¿Lo harás?

Kato estuvo de acuerdo en que fueran a la zona de mujeres del hammam Galatasaray. Los vestidores eran pequeñas cabinas individuales con paredes de cristal hasta la altura de las caderas y, a partir de ahí, estaban revestidas de madera blanca. Se metieron juntos en una cabina, se desnudaron, sacaron las braguitas desechables del paquete, se las pusieron y se ataron las toallas de algodón a cuadros sobre el pecho. El moratón del ojo de Kato ya solo era una sombra, pero los hematomas que tenía en el muslo se habían vuelto oscuros. Ali había intentado que no se le fueran los ojos hacia ellos cuando Kato se había quitado los vaqueros, pero había acabado mirándolos con cara de boba sin ningún disimulo. Cuando pasó apretándose contra él para ponerse las chanclas de madera, Kato le puso la mano entre los muslos y ella echó la cabeza hacia atrás.

Había ocho velas colgando sobre la piedra caliente situada en el centro de la sala, donde los cuerpos mojados estaban tendidos como toallas que alguien hubiera lanzado allí sin ningún cuidado. Ali y Kato se sentaron junto a la pila de mármol y se echaron agua caliente por los hombros. A pesar del calor, la sala no estaba en silencio: todas las mujeres charlaban entre ellas o murmuraban para sí; todo zumbaba y resonaba bajo la alta cúpula como en una colmena.

Ali cogió agua fría con la palangana de latón, se la vertió en la cara y luego se pasó la mano por el cuello y por los pechos. Una mujer mayor, robusta, con los muslos fofos y cardenales bajo las nalgas, corroída por la humedad de aquellas salas donde había pasado décadas, estaba lavando a una muchacha que yacía sobre la piedra caliente. Le frotó con un guante las plantas de los pies, las piernas, la barriga y la cara, y después le dio la vuelta y le masajeó la espalda y el cuero cabelludo. Luego cogió la bolsa de algodón empapada de agua con jabón y la movió hacia uno y otro lado hasta que se llenó de aire húmedo como un globo. Entonces la estrujó y una nube de espuma cubrió el cuerpo de la chica. Los ojos de la muchacha eran pasas negras dentro de una montaña de burbujas. El agua con jabón se le metió en la boca y la hizo toser. La mujer le enjugó la cara con su manaza y se puso a frotarle el cuerpo con la bolsa enjabonada.

Ali observó a Kato, que se estaba frotando las plantas de los pies con una piedra pómez mientras miraba fijamente el vapor que tenía delante. Cada vez le salían más pelos negros en los pechos, y se le iban rizando, y había dejado de arrancárselos con las pinzas. Un delgado sendero negro le salía del ombligo y se adentraba en las braguitas de plástico. Sus piernas ya estaban cubiertas de pelo negro.

—Kato, ¿yo puedo hacer lo mismo que tú?

Ali se había levantado y se puso frente a él, con el pubis a la altura de su nariz. Kato la miró desde abajo: los pechos planos, la barbilla afilada y los ojos, dos agujeros negros en medio del vapor dirigidos hacia él.

—¿A qué te refieres?

—Yo también quiero empezar con la testosterona. ¿Dónde puedo conseguirla?

Kato la cogió por los muslos, tiró de ella hacia abajo y le puso las manos sobre los hombros.

—En todas partes —dijo—. La pregunta es: ¿por qué quieres hacerlo?

No me había preparado ninguna explicación. Ningún discurso, ninguna confesión, ni siquiera la

expresión de un deseo. En realidad, no había pensado en ello. Algo había hablado dentro de mí y yo había seguido aquellas palabras, que salían volando de mi interior como pájaros. Daba por sentado que sabían hacia dónde se dirigían. Las aves migratorias tienen una brújula en el pico que se orienta por el campo magnético de la esfera terrestre; saben cosas con los ojos cerrados, lo saben todo, siempre que no les rompan la brújula. Así que confié en ellas, las dejé volar y las seguí, pensando que tenía que ser lo correcto, más correcto que todo lo que se me habría podido ocurrir si me hubiera sentado y me hubiera puesto a buscar palabras.

Quizá sonará extraño, pero el único miedo que tuve a partir de entonces, o al menos el que más claramente recuerdo, no era el miedo a las inyecciones o al cambio de voz, a la caída del cabello y a la aparición de pelo en la espalda, a las miradas de la gente y a mis propias miradas. El único miedo que recuerdo perfectamente y que hasta hoy no me ha abandonado era que, desde el momento en que me convirtiera en un hijo, pudiera llegar a ser como mi padre. A veces todavía me despierto con este pensamiento, a veces reconozco su voz en la mía cuando grito y a menudo veo su cara en el espejo cuando observo cómo mis cabellos se vuelven más finos y mi barbilla más ancha. Nunca me enseñó a afeitarme. Qué sentido habría tenido. Pero ahora, cuando estoy en el baño delante del espejo, a menudo lo veo junto a mí, dándome instrucciones. Se burla de mí porque utilizo una maquinilla de afeitar de cinco hojas. A mi edad, él tenía una de dos hojas, dice, y luego hace aquel ruido al soltar el aire, que significa que soy un caso perdido. Después nos reímos juntos y nos pasamos los dos a la vez la maquinilla de afeitar por la mejilla izquierda. Delante de él no me atrevo a usar la espuma de afeitar con aloe vera para pieles sensibles porque no quiero que me tome por un blandengue, así que me afeito solo con agua y jabón, pasando las cuchillas por los pómulos y cuando, al terminar, nos aplicamos la loción con unas palmaditas en las mejillas, ambos cerramos los ojos. Cuando vuelvo a abrirlos, él ya no está. Y naturalmente desearía que me viera ahora, aunque sé que sería incapaz de entender quién soy, algo que tienen en común la mayoría de los padres. Y la mayoría de las personas de otros mundos. Del mismo modo, soy consciente de que yo tampoco llegaré a saber nunca quién era él ni por qué me inspiraba tanto temor. Tengo que recrearlo en mi mente, buscar imágenes y palabras para poder imaginarme cómo fueron las últimas semanas de su vida, para poder hacerme una composición de quién fue antes de que se tirara por el balcón en casa de Vika.

KOSTIA

Kostia marcó el número por octava vez aquel día y, por octava vez, una voz electrónica le indicó que la persona a quien llamaba no deseaba coger el teléfono en ese momento. Estaba seguro de que ya había llenado el contestador automático de su hija, de modo que se sorprendió de que le saltara otra vez la voz que le pedía que dejara un mensaje. No se le ocurrió nada más que: «Eres una zorra». Después de soltarle eso, tiró el móvil sobre la mesa.

Tenía el pie hinchado, pero hacía rato que el dolor de cabeza le había hecho olvidar el del pie. No debería haber bebido tanto el día anterior. En realidad, tendría que haber dejado la bebida. Él no era un bebedor, no le gustaba el olor ni el sabor del alcohol, no le gustaba cómo se volvía después de beber ni cómo se volvía la gente que lo rodeaba, en especial las mujeres. «Si la mujer fuma, bebe. Si bebe, se ofrece», decía un refrán ruso. Eso era lo que había intentado inculcarle a su hija, que había empezado a fumar de muy joven: ni siquiera llenaba el sujetador cuando comenzó a meterse pitillos en la boca y a robarle los mecheros. Él se lo repetía una y otra vez: «Если курит, значит пьет, если пьет значит дает». Pero la pequeña aún era demasiado joven para entenderlo y él no pensaba explicárselo. Allá ella, ya vería lo que le pasaría. Para empezar, no le crecían los pechos.

Se encendió un cigarrillo y escupió. También tendría que haber dejado el tabaco: tampoco le gustaba. Había empezado a fumar porque todo el mundo lo hacía, como casi todo lo que había hecho en la vida, excepto tocar música.

Le picaban los dedos. Cerró el puño y volvió a abrirlo, y entonces observó los pelos que le cubrían el dorso de la mano: eran cobrizos y grises. A su madre le habrían gustado aquellas manos, pensó. Se habían convertido en auténticas manos de hombre, con los dedos gruesos y callosos. Su madre, que solía echarle la bronca de niño porque estaba muy delgado: «¡Estás en los huesos, maldita sea! ¡Cómete las gachas inmediatamente! ¡Con estos fideos que te cuelgan de los hombros no puedes ni levantar una silla y quieres un acordeón!».

A Kostia no le gustaban las gachas que le preparaba su madre: gachas de manzanas gratinadas con matzá y pasas, tan gelatinosas como un pudín. Sabían a huevos, mantequilla y azúcar y las pasas flotaban en medio como pepitas de melón, pero él se las comía con empeño, porque quería a su madre y porque ella gritaba. En aquel instante habría dado sus dedos a cambio de poder comerse esa papilla y oír la voz de su madre.

Volvió a coger el teléfono y llamó a su amigo Vova. En casa de Vova siempre había fiesta. Uno siempre podía llamar a Vova cuando el orgullo masculino zozobraba en medio de la cruda soledad y, además, Vova tenía un teclado electrónico que le dejaba tocar tanto rato como quisiera hasta que su mujer, Galina, ponía un CD de canciones pop rusas. Kostia odiaba esas canciones. Todas sonaban igual. Era como estar escuchando la canción de un anuncio que no terminara nunca, con la única diferencia de que los cuerpos que lanzaban las piernas y los brazos al aire sin ton ni son en los videoclips de aquellas canciones estaban muy lejos de poder promocionar una crema rejuvenecedora sonriendo a la cámara. El punto álgido solía llegar a medianoche, cuando Galina ponía *Всё будет хорошо*, de Verka Serduchka, y todos la cantaban como histéricos, como si realmente se lo tomaran en serio. Aquel tío vestido de mujer que cantaba como si tuviera vaselina en la boca, aquel espantajo gordo como una bola de discoteca, con ese gorro de estrellas plateadas, aquel mariconazo ucraniano mentía y cantaba: «Todo irá bien». En sus videoclips bebía chupitos con policías y besaba a hombres y mujeres. Claro, todo irá bien. Al principio le habían vetado la entrada a Rusia y luego habían prohibido directamente sus canciones, pero, aun así, su himno al optimismo seguía sonando en cualquier fiesta rusa. «Vovtshik, ¿por qué dejas que en tu casa se oigan esas mariconadas?», le preguntaba Kostia a Vova cuando estaban tumbados el uno en brazos del otro, con las ropas húmedas por el vodka y por el ambiente cargado. El techo estaba muy cerca de sus cabezas y parecía aproximarse cada vez más hacia ellos. «Mejor que no hables, Kostia. A ti también te he visto brincar con esa música». Vova hundía la frente empapada en sudor en la axila de Kostia y se dormía abrazado a él. Con Vova siempre se podía contar.

Fue corriendo a coger el teléfono.

—¿Cómo va el pie? —preguntó Vova de buen humor.

—Apesta. ¿Y el tuyo?

—Estaba en la gasolinera hojeando una revista para hombres y decía, no te lo vas a creer, que las mujeres quieren que los hombres utilicen desodorante para los pies. Se ve que las pone cachondas.

—¿Era una revista alemana?

—Creo que sí.

—Entonces no cuenta.

—¿Qué haces? ¿Por qué no te pasas por aquí? Tengo vobla recién llegado del mar Caspio. Semón acaba de volver de Moscú y me ha traído un montón. Le ha hecho falta un periódico entero para envolver todo el pescado.

Kostia se estremeció al oír la palabra *Moscú* y aquello lo sorprendió. Inmediatamente pensó: no puede ser, seguro que no me estremezco por eso. El pie le dolía tanto que parecía que le estuviera ardiendo.

—Sí, de acuerdo, si te parece bien, me pasaré por ahí.

Kostia no tenía ninguna foto en la pared, ni siquiera de su madre, que había muerto el año anterior. Había sido diabética desde que él tenía uso de razón, pero, aun así, se comía el azúcar a puñados y ni siquiera dejó de hacerlo cuando empezó a quedarse ciega. Valia le suplicaba: «Pare de una vez. Yo le conseguiré medicinas, buenas medicinas, pero tiene que tomar menos azúcar o no

servirán de nada». Mientras Valia intentaba convencerla, la madre de Kostia masticaba un terrón de azúcar con el par de dientes que le quedaban y miraba al suelo.

Después se le gangrenaron los pies: primero los dedos se le volvieron escamosos, luego rasposos y verdes como algas, luego negros como raíces y, finalmente, se le pudrieron hasta caerse. Apenas podía moverse y se desplazaba por casa arrastrando los pies y agarrándose a los muebles. Cuando Kostia, en una de sus últimas visitas, vio los pies de su madre y a continuación la vio avanzar agarrándose a la cómoda, dio un puñetazo sobre la mesa y rugió que ya estaba harto, que se la llevaba enseguida a Alemania para que la visitaran médicos decentes, que trataban a las personas como personas. Sabía que no tenía ningún sentido gritar, rogar o llorar, pero eso le hacía levantar aún más la voz. Su madre se pudrió en Chertanovo, en la cuarta planta de aquel edificio, en el piso número 120, donde él se había criado, sin que Kostia pudiera hacer nada para evitarlo. Su padre se pasaba la mayor parte del tiempo tumbado en los dos colchones de su dormitorio mirando fijamente al techo. Cuando salía de la habitación, se sentaba a la mesa de la cocina con su ábaco y pasaba las bolas de madera muy deprisa con los dedos, haciéndolas golpear entre sí, mientras murmuraba algo para sus adentros con la vista clavada en la mesa, como en un estado de delirio.

Kostia solía mandarles dinero, dinero que ganaba Valia y un poquito también él, hasta el día en que se encontró ese mismo dinero metido en tarros de conserva debajo del fregadero: finos billetes de dólar verdes comprimidos hasta convertirse en compota dentro de tarros herméticos, debajo del detergente en polvo y las cajas de bombones, que ya estaban caducados antes de que ellos se marcharan a Alemania. A partir de entonces, Valia y él empezaron a mandarles medicamentos, comida e incluso ropa, sabiendo perfectamente que todo aquello también iría a parar al fondo del armario. Cuando ingresaron a su madre en el hospital, su cuerpo se había descompuesto hasta la altura del abdomen. Quiso llamar a Semón enseguida para reservar un vuelo, pero no sabía cuántos billetes tenía que comprar. Llamó a su hijo, que no le cogió el teléfono pero le mandó un SMS preguntándole qué era lo que quería. Kostia le contestó: «Tu abuela se está muriendo». Antón le devolvió la llamada y estuvieron discutiendo durante media hora, hasta que Antón colgó o, mejor dicho, estampó el móvil contra la pared. Aquella fue una de las últimas veces que habló con su padre.

A continuación, Kostia llamó a su hija, que no le cogió el teléfono, ni le mandó ningún mensaje ni le devolvió la llamada, aunque él le llenó el contestador automático. Con Valia ni siquiera lo intentó.

Durante el entierro hacía un frío de mil demonios, propio de un despiadado otoño moscovita. En el cementerio solo estaban él, su padre y su primo Misha. Y Misha únicamente había ido por cortesía. Permanecieron allí de pie, con la nariz roja y las manos en los bolsillos de los abrigos, delante de un agujero recién cavado que parecía vacío. En realidad, resultaba imposible distinguir algo con aquel viento cortante. Estuvieron golpeando el suelo con los pies y temblando como una hoja hasta que Kostia dijo: «Ну ладно. Хватит». Ya está bien. Es suficiente.

Subieron al viejo Lada de Misha y se fueron a casa. No pasaban de veinte kilómetros por hora. Delante de ellos iba un Jeep blanco salpicado de barro que no paraba de frenar como si el motor se ahogara y, detrás, un Volvo con el techo abollado. Kostia podía ver por el retrovisor el rostro desencajado del conductor. Estuvieron atascados durante horas, y al final Kostia descargó su rabia

en el reducido interior del Lada. Soltó todos los tacos que sabía y cuando se le terminaron empezó a inventarse algunos.

En casa el ambiente estaba cargado porque la calefacción central ya estaba encendida para el invierno, así que los hombres abrieron todas las ventanas de par en par y se sentaron a la mesa. Encima había un par de rosquillas y un tarro de mermelada. Como la madre había muerto, la mesa de la cocina constituía un desafío y ninguno de los hombres sabía lo que había que hacer, de modo que Kostia y su padre se quedaron mirando a un rincón y Misha al techo, indecisos y sin decir nada, hasta que Kostia se levantó, fue a la nevera, sacó pan blanco, salchichas y mantequilla, puso tres cuchillos en la mesa y abrió un bote de pepinillos en salmuera preparados en casa que había debajo del fregadero.

Bebieron, pero no demasiado. Sin embargo, Kostia fue el primero que vomitó sobre la mesa, y al hacerlo salieron disparados hacia las paredes incontables trocitos de pepinillos en salmuera. Estaba claro que no aguantaba la bebida.

El piso al que se había mudado después de divorciarse de Valia tenía tres habitaciones, más de las que necesitaba, más de las que nunca se habría imaginado que tendría: el salón, el dormitorio y otra habitación con la que no sabía qué hacer. Al principio había pensado que podía ser el cuarto de invitados, de los muchos invitados que iba a tener; después de todo, no estaría siempre solo, tendría visitas de sus hijos o algo así, seguro que ellos irían a visitarlo. Hacía un tiempo que no entraba en aquella habitación salvo para coger la tabla de planchar y el tendedero, que estaban justo al lado de la puerta, con lo cual no tenía ni que encender la luz. Había alquilado el piso amueblado. Se lo había encontrado su hija, que también se había encargado del papeleo. Al principio se había preocupado por él, incluso le había hecho de traductora en el divorcio.

Kostia no había pedido ningún traductor para la cita en el juzgado. «Pueden estar contentos de que me presente», le había dicho a Semón, que le llenaba el vaso una y otra vez. Creía que sus hijos tenían la obligación de ayudarlo. ¿Para qué los había tenido, si no? Pues para que lo sacaran de la mierda cuando fuera necesario. Se había deslomado para que aprendieran el idioma extranjero, así que lo menos que podía esperar era que estuvieran a su lado en aquella ocasión, en lugar de algún burócrata alemán piojoso que no entendiera nada de la vida. Semón le daba toda la razón. Ali enseguida se había mostrado dispuesta a hacer de traductora, porque se imaginaba lo que les esperaba. Kostia no.

Todos se dieron la mano cuando se encontraron delante de los juzgados. Kostia volvía a tratar de usted a Valentina y ofrecía cigarrillos a todo el mundo. Valia no le dirigió ni una mirada. Miraba la cara de su hija, con las cejas afeitadas, y se preguntaba qué hacía allí. Kostia y Ali fumaban bajo la llovizna. Valia y su abogado estaban apoyados en el muro junto a la entrada mirando el reloj.

El eco de los pasos en los pasillos impregnó el ambiente como aire viciado. Las suelas de goma de las deportivas de Ali rechinaban contra el suelo. En la sala se sentaron los unos frente a los otros: el juez a la izquierda de Kostia, su hija a su derecha y su mujer enfrente, junto al abogado. Kostia no entendía prácticamente nada. Era evidente que su hija le traducía al oído solo una pequeña parte de lo que decía el juez. Se daba cuenta perfectamente, pero estaba demasiado confuso como para preguntar. Ali le resumió a grandes rasgos lo que se había expuesto, y

finalmente le susurró:

—Ahora tienes que decir que estás de acuerdo.

—Es que no lo estoy —dijo Kostia.

Comenzó a alzar la voz. Estaba alterado y asustado. De repente ya no sabía lo que estaba ocurriendo allí ni qué consecuencias tendría para él. Como si se acabara de despertar, se puso a gritar como un niño y empezó a soltar palabras que su hija no habría podido traducir aunque hubiera querido, porque eran tacos que no había oído en su vida. No había manera de interrumpirlo y Ali solo le repetía una y otra vez:

—Papá, tienes que hablar más despacio. Estás tartamudeando. No te entiendo.

Vio que su madre, al otro lado de la sala, se ponía blanca como el papel, igual que una bolsa de sangre a la que le hubieran quitado el tapón. El juez preguntó qué era lo que quería el hombre y Ali respondió:

—Nada. Solo pregunta cómo quedará el tema de la pensión.

«**Всё будет хорошо**», cantaba Verka Serdutchka. Todo irá bien.

Desde luego, Kostia no tenía ni idea de que su propia hija le mentía y traducía algo completamente distinto a lo que él decía, porque le daba pánico que su padre pudiera retrasar el divorcio aún más de lo que ya lo había hecho. Valia había escuchado los malabarismos verbales de Ali entre el juez y su padre, había entendido lo que se traía entre manos y no había movido ni una ceja. Parecía petrificada, como aquel día en la cocina, cuando Antón llegó a casa y vio a su hermana pateando contra la pared, solo que ahora no tenía la boca tan abierta como en aquella ocasión.

Kostia salió del juzgado como hombre divorciado. Ali lo acompañó al piso de su amigo Vova, con quien vivía desde que se había marchado de casa, se bebió tres chupitos con él y le dijo: «Papá, voy a ayudarte».

Y eso fue lo que hizo. Le había encontrado el piso donde vivía, le había corregido las solicitudes de empleo e incluso había practicado frases con él para su entrevista de trabajo, lo cual resultó ser una pérdida de tiempo, ya que el jefe de sección de la fábrica de Volkswagen, después de un educado «gracias por venir», cambió enseguida al ruso. Kostia se había puesto su mejor camisa. Tenía los ojos hinchados, pero lo compensaba con una sonrisa encantadora. Eso había que reconocérselo: cuando sonreía, lo hacía como uno de esos sinvergüenzas sabelotodo que uno se imagina en los bares de Moscú, apoyados en un rincón, con una pierna doblada y un pitillo ladeado entre los labios. Kostia nunca había ido a esa clase de bares porque sus padres no se lo habían permitido, pero la sonrisa sí que la tenía, y era maravillosa.

Le dieron el trabajo. Todos sus colegas hablaban su lengua materna o algo parecido, como ucraniano o circasiano, de modo que se entendían, se reían juntos, fumaban y se daban palmadas en la espalda. Al principio, su hija todavía lo visitaba regularmente y él le contaba lo duro que era estar lejos de sus padres, no tener a nadie, solo el maldito trabajo y los malditos fines de semana, durante los que nadie hablaba con él y nadie se preocupaba de que tuviera dolor de espalda. Nadie le había preguntado cómo estaba, a pesar de que todos sabían que, desde hacía años, tenía que llevar una faja lumbar. Se había lesionado la espalda al levantar un peso y nadie estaba a su lado, nadie. Llegó un momento en que Ali tampoco.

El primer trabajo que tuvo Kostia en una fábrica, justo después de que la familia Chepanov

dejara la residencia para refugiados, era tan agotador que, al terminar la jornada, solo podía arrastrarse hasta casa. Vivían en el último piso y tenía que darse impulso agarrándose a la barandilla para conseguir llegar hasta arriba. Subía al sofá a cuatro patas y no tenía ánimos ni para hablar. Cuando los niños se peleaban o Dios sabe qué hacían, rugía con todas las fuerzas que le quedaban. Si no, permanecía callado. Pero, por lo general, hacía turnos de noche y llegaba a casa al amanecer, cuando ya se habían marchado todos. Su mujer estaba trabajando, como siempre, y los niños estaban en el colegio. Se quedaba dormido de inmediato, con el brazo sobre la cara, y se despertaba con el ruido que solo pueden hacer los niños al descalzarse en el pasillo. Entonces se levantaba a duras penas, tiraba de sí mismo por los cabellos hasta la cocina, preparaba caldo de pollo y gachas de alforfón, echaba las gachas al caldo y se lo comía todo él solo directamente de la olla, porque sabía que sus hijos no probarían aquella comida y que su mujer llegaría tarde. Para Ali y Antón había en la nevera dos hamburguesas envasadas al vacío, pegadas por el queso de los bordes, que él calentaba en el microondas. Los gemelos se quedaban delante del mármol de la cocina con los ojos muy abiertos, mirando cómo el pan se iba hinchando lentamente igual que un globo mientras daba vueltas dentro del microondas.

Pero cuando más abrían los ojos era cuando los metía en el coche y se los llevaba al McDonald's. Se peleaban para quedarse con el asiento del copiloto, hasta que su padre los hacía sentar a los dos detrás. Jugaban con los cinturones de seguridad, bajaban las ventanillas, sacaban las cabezas y chillaban de felicidad como gatitos. Kostia les ordenaba que cerraran las ventanillas, pero no servía de nada y él no podía hacerlo porque eso era antes de que tuviera un coche con elevalunas eléctrico. También les decía que se abrocharan el cinturón, cosa que él no había hecho hasta que tuvo hijos. Cuando los llevaba a los dos en el coche, bajaba el retrovisor para poder observarlos de reojo, y entonces notaba un escozor en los ojos. A veces no podía contener las lágrimas cuando veía a los dos niños dándose mordiscos en los hombros.

Les compraba todo lo que querían, hasta donde le alcanzaba el dinero: hamburguesa adicional extragrande con el menú infantil, alitas de pollo crujientes que Antón se comía él solo, Coca-Cola y Fanta, y cuando Ali lloriqueaba porque le faltaba una figura de la colección del menú infantil, él se dirigía al joven con la cara llena de granos que se ocupaba de la freidora que había detrás de la caja y le hablaba en un popurrí de todas las lenguas que se le ocurrían hasta que lograba convencerlo y regresaba con la figura. Todo aquello pasaba solo los domingos, que era el día libre de Kostia, hasta que se enteró de que, por ser judío, podía librarse de los turnos de los viernes y los sábados sin que lo despidieran.

—Sabbat —dijo riendo como un loco—. ¡Sabbat! ¿Lo puedes creer? —Y le daba palmadas a Valia en la espalda como si fuera un viejo amigo—. ¡No bromean! ¡Me permiten trabajar menos por el Sabbat shalom!

—Los niños quieren ir de excursión con el colé —dijo Valia, que en aquel momento le estaba rellenando los documentos a Kostia para solicitar la exención de los turnos de los viernes y los sábados.

—¿Qué demonios es eso? —Kostia dejó de reír y la miró furioso, porque Valia había dicho «excursión con el colé» en alemán.

—Todos los niños de su clase viajan a algún sitio del norte y se quedan a dormir allí tres noches. Así lo dispone la escuela.

—¿Por qué?

—¿A mí qué me preguntas? Es algo habitual aquí.

—¿Y tengo que pagar?

—Si no, nunca van a hacer amigos. Se pasan el día vagabundeando como *schleps*, no salen, comen esa basura con que los atiborras y, dentro de poco, acabarán pareciéndose a nosotros. ¿Es eso lo que quieres?

Kostia miró la cara de su mujer, que tenía hoyuelos por todas partes, hasta en la frente. Una película brillante le cubría la piel e incluso los ojos, y los brazos y las piernas se le habían hinchado como el pan de las hamburguesas en el microondas.

Kostia rompió en pedazos la solicitud de exención del trabajo por días festivos religiosos y se deslomó haciendo turnos extra para reunir el dinero para la excursión de los niños. Aunque Valia trabajaba en el hospital, entonces todavía lo hacía gratis. Le habían dicho que cuando terminara una especie de periodo de prácticas, que consistía básicamente en matarse a trabajar para otros sin cobrar, tendría perspectivas de que la contrataran, al menos a media jornada. En efecto, al cabo de un año la contrataron y después le concedieron una beca laboral, el jefe intercedió personalmente en su favor y la ayudó, y así sucesivamente hasta que Valia comenzó a ganarse bien la vida, increíblemente bien para una doctora que venía del socialismo, donde nadie tenía ni la más remota idea de que, en realidad, se pudiera cobrar un sueldo tan alto. En el lugar donde Valia se había formado, los médicos cobraban exactamente lo mismo que los trabajadores de la construcción, o a veces incluso menos, a no ser que se dejaran meter sobres en la bata, mientras que en Alemania el salario de Valia aumentó hasta unas cifras que ni ella ni Kostia se habrían podido imaginar nunca. Entonces se paseaban por el supermercado con el carro de la compra más grande del mundo y lo llenaban de todo, hasta que los botes de salchichas en conserva caían rodando de la montaña de comestibles.

Pero eso llegó más tarde. En aquel momento, Kostia tuvo que hacer turnos extra a pesar del Sabbath shalom para que los niños pudieran ir de excursión con el colé al lago Steinhude. Ali y Antón regresaron antes de lo previsto con fiebre y diarrea y tuvieron que tomar pastillas de carbón negras de las que Valia se había traído de casa.

«Ya lo ves, eso es lo que te pasa por mandar a tus hijos lejos», refunfuñó Kostia, que estaba de pie junto a la cama de los gemelos sin saber qué hacer. Lo que más le habría gustado hubiera sido sostenerlos en sus brazos para que dejaran de llorar, pero Valia estaba recostada a su lado acariciándoles las mejillas.

Kostia sacó un cigarrillo, se lo encendió, lo apagó enseguida, se dio una ducha, se afeitó rápidamente con una maquinilla de dos hojas, se puso una camisa limpia y pasó por la gasolinera a comprar una botella de vodka Jelzin.

Fue el primer invitado en llegar. Vova le cogió la chaqueta y la botella.

—¡Pase usted! ¡Pase usted!

—¿Puedo? —preguntó Kostia antes que nada.

—Claro.

Kostia se sentó frente al teclado, comprobó los pedales, probó el sonido, pasó los dedos por la superficie negra de plástico, se miró las yemas, se levantó y fue a la cocina.

—Hola, Galina.

—Hola, Kostia.

Galina estaba frente a los fogones con un delantal de colores cocinando algo que desprendía un olor dulzón. Kostia pasó junto a ella, cogió un trapo de debajo del fregadero, regresó al salón, se arrodilló delante del teclado y quitó el polvo de cada una de las teclas. Luego se sentó, puso el pie hinchado sobre el pedal derecho y empezó a tocar a su querido Beethoven aporreando el piano. Vova y Galina le dejaron tocar en paz hasta que el salón estuvo lleno de invitados que querían oír otra cosa que no fuera «este ruido tuyo».

Había una montaña de vobla sobre un periódico abierto. Vova raspaba las escamas secas de color plateado a toda velocidad, sacaba la espina del pescado salado, lo cortaba en láminas finas y lo ponía en un plato que los invitados dejaban vacío en un abrir y cerrar de ojos, sin que apenas pudiera seguirles el ritmo. El pescado seco miraba fijamente a Kostia con sus ojos rojos. Él le devolvió la mirada y se puso a echar una mano a su amigo. Cogió a uno de los animales por las aletas y lo abrió en canal.

—¿Y qué, cómo va la vida? —le preguntó Vova.

Vova se metió un buen trozo de pescado en la boca y se puso a masticarlo. Kostia lo imitó. La costra de sal le hacía cosquillas en la lengua.

—*Azohen Vey*. Voy tirando. En realidad, es para vomitar.

—¿Tan bien? —bromeó Vova.

—No, todo igual que siempre, pero si el pie no se me cura pronto...

—No tendrás que trabajar y te pagarán, ¿de qué te quejas? ¿Te duele?

—No, no me duele, pero me pone de los nervios. Me hace pensar en mi madre.

—Muy judío por tu parte.

Vova miró hacia el regimiento de mujeres que estaban fumando junto a la ventana.

—¿Quién es la pequeña que hay junto a la ventana?

—Mi mujer.

—Ja, ja, eso ya lo veo. Me refiero a la morena que hay a su lado.

—Vika. Es chechena.

—No jodas.

—Pero de las nuestras.

—¿Cómo que de las nuestras? ¿Una viuda negra judía?

—¿No has oído hablar nunca de terroristas judíos?

—Chechena. Qué le vamos a hacer. Pero tiene un buen culo, ya lo creo, y si la mujer fuma, bebe, y si bebe...

Kostia se tragó el trozo de vobla como si fuera un caramelo, pero lo lamentó enseguida al echarse el aliento en la palma de la mano, así que tomó un trago de Jelzin, eructó disimuladamente, se subió los vaqueros, fue cojeando hasta la chechena y dejó que Galina lo presentara.

—¿Qué te pasa en el pie? —le preguntó Vika—. ¿Siempre andas así?

—Es una historia desagradable. Un generador me hizo añicos un par de huesos.

—Vaya, vaya, un generador. ¿Cómo fue?

Vika le dio una calada al cigarrillo y Kostia se fijó en sus dedos largos y en sus largas uñas pintadas de color frambuesa.

—Quizá tomé carrerilla y le di una patada.

Vika soltó una carcajada, él se encendió un cigarrillo y hablaron de que esperaban que el tiempo mejorara y de que, al menos, era mejor esperar eso que no esperar nada. Dieron caladas a sus cigarrillos, inhalaron y soltaron el humo juntos y, dos semanas más tarde, ella se fue a vivir con él.

Kostia todavía estaba de baja, así que tuvieron tiempo de hacer una escapada a la dacha, como llamaban a la caseta que Vika tenía en una de las parcelas de un huerto compartido en las afueras de la ciudad, que en su día había pertenecido a su marido, hasta que se había marchado. Había regresado a su país o se había ido a las montañas o a la estepa o con otra mujer, adonde fuera.

—¿Se ha marchado del todo? —preguntó Kostia, porque no tenía ganas de que el marido apareciera en la puerta con un hacha mientras él complacía a Vika en el catre de la única habitación de la caseta.

—Del todo —respondió ella, y tiró de él hacia dentro de la caseta.

Al principio todo iba bien, pero después todo se volvió como siempre.

Un día, Kostia llegó a casa con un queso con una capa roja de cera y balbuceó entusiasmado: «¡Mira lo que he encontrado!», pero Vika no comprendía su excitación. A ella le daba asco el Babybel. Vika no estaba cuando Kostia descubrió el primer queso Edam con una capa de cera roja en los estantes de la nevera de una tienda en Chertanovo y lo llevó a casa como una joya de gran valor. Kostia recordaba la cara de Valia mientras cortaban el queso y aún podía oír el crujido de la cubierta de cera. Los quesitos de bola que había comprado para Vika, en cambio, tenían unas lengüetas de cera de las que uno tiraba y el queso salía de la capa. Se comió todo un paquete él solo sentado a la mesa. Vika andaba por alguna otra parte.

Soñaba cada vez más a menudo con sus hijos: los veía entre una multitud en la calle y no lo reconocían o no querían reconocerlo, y en una ocasión soñó que les lanzaba un zapato. En la cama, a veces llamaba Valia a Vika. Su barriga cada día era más grande y se preguntaba si no se la podrían cortar simplemente, separársela del cuerpo con una sierra enorme. Entonces recibió la llamada de Misha para decirle que su padre había muerto, lo cual significaba sobre todo una cosa: que se había convertido en el propietario de un piso en Moscú.

Moscú era una de las ciudades más caras del mundo, de modo que Kostia ya veía los billetes marrones fluyendo como miel delante de sus ojos. Se veía a sí mismo con un flamante Mercedes y a Vika con vestidos nuevos y zapatos de tacón alto. Se la follaría en el asiento trasero del coche, en el aparcamiento mismo de la fábrica, para que los colegas oyeran los gritos desde dentro. Le contó a Vika que su padre había fallecido pero se calló lo del piso y ella le dijo que, si quería, lo acompañaría al entierro. Él respondió: «Sí, sí». Pasó muchas noches despierto imaginando lo que le pagarían por el piso y todo lo que podría hacer con ese dinero. Viajar a América también era algo que le gustaría. Entonces, una noche, la idea le cayó como un rayo mientras dormía. Se despertó de golpe, en su cara se dibujó una sonrisa, abrió mucho los ojos y de repente lo vio todo más claro que el agua y rompió a llorar. Vika estaba tumbada a su lado boca abajo, con los labios apretados contra la almohada y abiertos como los de un pez. Respiraba profundamente por la boca. Kostia la miró, luego miró por encima de ella y saltó de la cama sin dejar de llorar.

Llamó al trabajo para decir que su padre había muerto y se compró un billete de avión solo de ida. No dejó que Vika lo acompañara. «Tengo que hacer esto solo», le dijo.

Se quitó el entierro de encima rápidamente y después se sentó a la mesa de la cocina con Misha, que hacía garabatos en hojas de papel.

—¿Todavía dibujas?

—Qué remedio, es lo único que me mantiene ocupado.

—¿Y por qué tienes que mantenerte ocupado?

—Para no reventarles la cabeza a mis hijos y a mi mujer.

—Lo entiendo.

—¿Y qué pasa con los tuyos?

Kostia miró los garabatos de Misha.

—¿Puedes ayudarme a encontrar un comprador para el piso? —le preguntó.

—Preguntaré por ahí —contestó Misha.

Kostia sabía lo que quería. No quería un Mercedes flamante, ni a Vika con tacones altos ni follársela en el asiento trasero, no quería su piso de tres habitaciones ni la mierda de trabajo en la fábrica, y, por encima de todo, no quería volver a oír en su vida una palabra de alemán, un idioma que solo le había traído problemas. Kostia había decidido regresar.

No se le daba bien hacer planes ni sabía exactamente lo que significaba un traslado, porque Valia era la que se había encargado de los preparativos para marcharse a Alemania. Sin embargo, no se le había pasado por la cabeza que aquello fuera un traslado. Simplemente pensaba que regresaba, que volvía a casa. No sabía que regresar es imposible.

Su plan era alquilar un pequeño apartamento más céntrico y eso sería caro, pero pensaba que no solo podía sacar dinero del piso de sus padres. Los armarios estaban llenos a rebosar de chándales Adidas, relojes de oro y cadenas y podía muy bien ser que el contenido de aquella madriguera repleta hasta los topes tuviera tanto valor como el propio piso. Además, también estaban los tarros llenos de billetes de dólar bajo el fregadero.

Empezó a vender los objetos de valor del piso y a comprar otros, a invertir, a especular, lo cual se le daba fatal. El dinero se le escurría entre los dedos, pero era feliz. Recorría la ciudad, hacía cola en los atascos, se enfurecía con el joyero y regalaba los trajes de su padre a los amigos que iban de visita. Uno de ellos le había ayudado treinta años atrás a subir su piano al cuarto piso y le prometió a Kostia que volvería a ayudarlo a subir el mismo piano al nuevo piso en el centro tan pronto como lo tuviera. Kostia le regaló un reloj de oro al despedirse de él. Se tumbaba sobre los dos colchones de su padre, oía a los vecinos de arriba discutiéndose a gritos y sonreía porque entendía todo lo que decían. Cuando apareció un comprador dispuesto a desembolsar medio millón por el piso, a Kostia le dio un ataque de risa y quiso llamar a Valia enseguida para contárselo, pero entonces recordó que eso ya no era posible.

Se prepararon y se certificaron los papeles, el notario los autenticó y recibió sus honorarios en efectivo, todos se despidieron con un apretón de manos, y al pasar los días sin que el dinero apareciera en la cuenta de Kostia y siguiera sin aparecer y siguiera sin aparecer, él esperaba en la mesa de la cocina de Misha, fumando un cigarrillo tras otro, tamborileando con los pies y mascullando para sí mientras Misha le decía: «Ya te lo ingresarán, no te preocupes».

Solo después de tomar un taxi —porque él ya no tenía coche— que lo llevó hasta el despacho del notario y que tardó cuatro horas en cruzar aquella zona de la ciudad —una vez más se encontró

en medio de un atasco de Volvos y Jeeps que no paraban de tocar el claxon—, solo después de gastarse casi todo el dinero que le quedaba para pagar el taxi, solo después de haber visto que el despacho estaba cerrado y que nadie conocía el paradero del supuesto notario, solo entonces comprendió Kostia lo que había ocurrido.

Volvió otra vez al piso 128, escalera B, número trece de la calle Krasny Mayak. Fue al salón, abrió la ventana de par en par, asomó la parte superior del cuerpo y gritó, dejó la ventana abierta, recorrió la sala prácticamente vacía, se arrodilló junto a los agujeros que sus hijos habían hecho en la alfombra cuando la chamuscaron de niños, salió al pasillo, se apoyó en el marco de la puerta de la cocina y se quedó mirando el hule con el estampado de flores azules cuyos bordes solía recorrer su padre con el cuchillo, miró la nevera, sobre la que aún estaba el pequeño televisor que hacía años que solo emitía imágenes pero ningún sonido, miró los fogones, tan relucientes que parecía que nunca nadie hubiera cocinado en ellos y, finalmente, sus ojos se posaron en la cinta métrica improvisada que habían dibujado con bolígrafo azul en el marco de la puerta y que solo llegaba hasta los 132 centímetros. Observó las dos líneas casi rectas junto a las que él había escrito, en vertical, «АНТОН» al lado de una y «АЛИССА» al lado de la otra y, junto a las líneas, las cifras:

1987: 82 centímetros

1988: 91 centímetros

1991: 110 centímetros

1994: 126 centímetros

1995: 132 centímetros

Kostia recorrió las líneas con los ojos, luego con el dedo, después las arañó con las uñas, escupió encima e intentó borrarlas con el pulgar, frotó, frotó y frotó, con toda la palma de la mano, pero la tinta del bolígrafo había penetrado en la pintura blanca, así que tiró del marco, arrancó la puerta, quitó la tabla donde estaba la cinta métrica dibujada, se la llevó al dormitorio, la puso sobre los dos colchones y se tumbó a su lado.

Se pasó tres días tumbado lloriqueando en el piso de su infancia, vomitó en la bañera, ensució de mierda las ventanas, se meó sobre la alfombra turca, intentando hacer puntería en los agujeros de las quemaduras, rompió todas las bombillas y se esmeró en dejar el piso tal como quería que lo encontraran.

No se despidió de nadie. Misha lo llevó al aeropuerto y apenas intercambiaron palabra. Subió al aparato con el sabor a pepinillos en salmuera en la lengua. En el avión miró folletos de Alemania, hojeó catálogos coloridos y voló de regreso a las manos de Vika, a sus dedos largos, que estaban manchados de tanto fumar, de lo cual no se había dado cuenta hasta entonces.

VALIA

«Conocí a Kostia el mismo día en que acababa de llegar a casa con el título de ingeniero bajo el brazo y así fue como me lo presentaron: un hombre hecho con la carrera hecha y con trabajo asegurado. Lo único que le faltaba era una mujer, pero no podía ser cualquiera. Tenía que ser judía. Y allí estaba yo, delante de la puerta. Puedes imaginarte la escena, ¿no? Me hincaron los dientes y todavía tengo las marcas. Al cuarto día, Kostia simplemente me dijo: eres mi mujer. Ni siquiera se molestó en preguntarme. Nadie me preguntó nunca y nadie esperó mi respuesta. Además, estaba enamorado de otra, de una chica que no era judía. Ella fue su gran amor. Ojalá entonces hubiera tenido las pelotas de casarse con ella».

Ese fue el momento en que me di cuenta de que me había estado engañando a mí mismo al pensar que, fuera lo fuera lo que me contara, quería oírlo.

Aquel día Valia llevaba una blusa verde con un discreto estampado de cuadros. Le quedaba ceñida a los hombros delgados y amplia sobre el resto del cuerpo, que parecía muy grande cuando se erguía. Me miraba sin verme: leía un texto en mi cara igual que un locutor lee las noticias en el teleprónter, con la única diferencia de que, en su caso, eran noticias que pertenecían al pasado y cuyos efectos le habían surcado de arrugas las comisuras de la boca. Tenía una pequeña protuberancia en el labio superior. Creo que nunca sonrió demasiado, pero no porque no fuera una persona alegre; al contrario, mi madre era más propensa a reírse que cualquier otro miembro de la familia. Sin embargo, la risa no era propia de la época en que nació, no era propia de aquel funesto lugar llamado socialismo del que ella provenía o, al menos, no resultaba apropiada para relacionarse con los demás. Pero en sus ojos podía ver que se reía mucho para sus adentros.

Hablaba en varias lenguas a la vez, mezclándolas según el color y el sabor de cada recuerdo para construir frases que comunicaban algo distinto a su contenido y que sonaban como una amalgama amorfa de todo lo que era ella y que no podía caber en una sola versión de la historia ni en un solo idioma.

Continuó hablando: «No me habría casado con él si no me hubiera quedado embarazada. Lo habría dejado justo después de la primera pelea, del primer golpe, cuando lo vi por primera vez con la cara hinchada y enrojecida. No me malinterpretes, no es que me arrepienta, es decir, no me arrepiento de haberos tenido, pero los niños hay que tenerlos deprisa, antes de que haya tiempo de conocerse y decepcionarse, o de lo contrario nadie tendría hijos y el mundo se extinguiría, al menos la Unión Soviética seguro.

«Nosotros no teníamos ninguna palabra para designar el amor, no podíamos imaginarnos lo

que era, no podíamos hacernos una idea ni teníamos ningún..., cómo se dice..., elemento para comparar. Y tampoco teníamos tiempo. Cómo íbamos a tener tiempo para corazones rotos, ocupados como estábamos en construir el socialismo.

»Por supuesto que había chicas en los lavabos de la universidad con los ojos hinchados por el llanto, algo que yo nunca entendí. No sé cómo no se avergonzaban de ir por ahí con el maquillaje corrido. Si yo hubiera hecho eso, me habría abofeteado a mí misma. Pero, por otro lado, también habría llorado, habría llorado y me habría abofeteado de haber sabido por quién lloraba».

No sabía si era porque ella subía la voz o por mi sensibilidad, pero las ondas sonoras empezaron a estamparme el cerebro contra las paredes interiores del cráneo. Noté que algo áspero me subía por la garganta, sentí una presión en las sienes y me di cuenta de que mi madre, que estaba intentando juntar las piezas para reconstruir su propia historia, se difuminaba ante mis ojos. Aquel no era el momento adecuado para tener un ataque de migraña. En nuestra familia, los desmoronamientos siempre se postergaban, se dejaban para la soledad de las habitaciones vacías. Además, sabía que Valia no había hecho más que empezar.

Había ido a verla sin ninguna corazonada. Había cruzado el umbral de una casa de la que conservaba más recuerdos de los que creía. Solo las dimensiones, la altura del techo y el tamaño de las habitaciones y de los muebles eran distintos a como los recordaba. Valia tampoco estaba sentada a la mesa de la cocina, donde yo la situaba siempre en mi imaginación, sino frente al escritorio de su habitación, con la espalda apoyada contra el cristal de la ventana y las manos sobre el respaldo de plástico de la silla giratoria. Encima de ella, Shura nos contemplaba desde una pintura al óleo. En aquel instante la quise tanto que tuve el impulso de dejarme caer del borde de la cama y poner la cabeza sobre su regazo, pero no me moví porque no quería interrumpirla.

«Aun así, tendría que haberme negado, tendría que haberme quedado en Volgogrado, porque lo último que quería era irme a Moscú, a pesar de que todo el mundo creía que había que ir a Moscú para casarse, pero yo no. Yo era la única que pensaba que eso era una estupidez, porque Moscú es una ciudad despiadada y apestosa, hoy igual que entonces, quizá hoy todavía más. Es un nido de víboras, donde ni siquiera puedes comprar leche sin que la dependienta te escupa en la cara. Yo no quería ir allí, quería quedarme en Volgogrado, pero me dejé convencer. Todas mis amigas exclamaban: “¿Qué? ¡Estás loca! Te ofrecen la oportunidad de ir a Moscú. Si yo estuviera en tu lugar, me casaría con un alcohólico sin trabajo solo para poder ir, y el tuyo incluso tiene un empleo”. Una de ellas, Dasha, se había ido a vivir allí como mantenida de un tipo que era treinta años mayor que ella, casado, con hijos y todo eso, pero era feliz, ¿sabes?, era feliz por el simple hecho de estar en Moscú. Así que pensé que alguna cosa debía de tener Moscú».

Intenté imaginarme la idea que tenían de Moscú las mujeres de los años ochenta, pero solo veía columpios sepultados bajo la nieve, cuyos armazones oxidados se elevaban hacia un cielo surcado de hilos. Qué lástima, pensé, que no sea capaz de imaginarme nada más. Ya no podía pensar con claridad.

El primer indicio de que estaba a punto de tener un ataque de migraña fue la luz, que me cortaba por la mitad los globos oculares, a pesar de que la habitación estaba en penumbra porque a Valia le gustaba la oscuridad y había echado los visillos. Después vino la sensibilidad a los ruidos y le opuse resistencia porque no quería alejarme de Valia. Entonces los olores empezaron a circular por la habitación, a resultarme demasiado intensos. El perfume de Valia me quemaba la nariz.

«Cuando llegué a Moscú, representaron una comedia delante de mí. Todavía hoy me deja boquiabierto que se tomaran tantas molestias. Y que yo me lo tragara. Kostia me pareció feo, con pecas por todas partes, pelirrojo, ya entonces barrigudo, con unos bracitos delgaduchos, pero luego se sentó al piano y se puso a tocar mientras me miraba a los ojos, apretando los labios e hinchando las aletas de la nariz, y sus padres empezaron a cantarme las excelencias de aquel chico sensible: lo leído que era, la consideración con que trataba a sus padres y a sus vecinos, lo mucho que le gustaba ir al teatro y a la ópera.

»Al principio, Kostia todavía me llevaba a sitios: durante el día a los museos y por la noche al teatro. ¿Te lo puedes imaginar? ¿Kostia en un museo? ¿Y sabes lo que era más gracioso? Ya entonces comía como una lima, así que, antes de ir al teatro, engullía todo lo que encontraba, ternera con nata agria y cebolla y ese tipo de cosas, y luego, durante la función, tenía gases, y no me refiero solo a una noche, sino a todas las que salíamos. Siempre que íbamos al teatro, en cuanto se apagaban las luces empezaba el concierto en su barriga y se ponía a eructar o a tirarse pedos, y yo lo pasaba muy mal, lo pasaba mal por él, me daba mucha pena, ¿entiendes? Pensaba en lo desagradable que debía de resultarle: el pobre intenta cortejarme y hace el ridículo delante de toda la ciudad. Pero ahora creo que realmente le importaba un carajo. No es que lo crea, es que lo sé con absoluta certeza».

Cada vez que me doy cuenta de que las personas tienen una visión del mundo en la que confían a ciegas, me siento solo. Desamparado. Afirman que saben las cosas con absoluta certeza, cuentan cómo ocurrió algo o incluso cómo ocurrirá, y de repente soy consciente de que yo no tengo la menor idea de lo que puede suceder a continuación. Ni siquiera sé cómo se dirigirán a mí cuando vaya a comprar tabaco: ¿como a un hombre o como a una mujer? Cada mañana me sorprende al ver mi cara en el espejo y soy escéptico ante cualquier pronóstico. A menudo noto una presión en las sienes. Eso me paraliza durante días. Pero no quería importunar a Valia con la complejidad de mis sentimientos, montados en la montaña rusa de la testosterona, como si estuviera en una adolescencia permanente. Había venido a escuchar.

«Recuerdo que aquellos días me llamó mi madre, que volvía a estar de viaje en alguna parte, en Hungría o en Checoslovaquia, y me preguntó si Kostia ya me había hecho una propuesta de matrimonio. Yo le dije: “Mamá, pero si aún no sé cómo es. Acabamos de conocernos”. Y ella me respondió: “Los sentimientos llegan con los años, hija”».

De golpe me entró miedo de sufrir una pérdida repentina de la audición, como me ocurrió cuando comprendí que Antón realmente se había marchado. Algo dentro de mí se puso a correr y a embestir las paredes interiores de mi cuerpo, afanándose por salir.

Valia prosiguió: «Me quedé embarazada enseguida. Nuestros hombres no toman precauciones y el aborto era el método anticonceptivo habitual, pero, después de haber abortado dos veces con Iván, ya no tenía ganas de volver a pasar por aquello, así que hice que me pusieran un DIU seguro al 150 por ciento, testado a la manera soviética. Tan pronto como lo tuve dentro, me quedé embarazada de vosotros».

Valia ya había dejado de preguntarme cuándo traería a sus nietos al mundo. En cuanto me vio con una barba de tres días dejó de preguntar, cosa que me pareció un detalle por su parte. Antes los nietos eran el tema de conversación número dos, justo por detrás de mis malos hábitos alimenticios: el desinterés de mi útero. La mala costumbre occidental de vivir solo para uno mismo, en vez de traer un niño al mundo que aún tendría menos oportunidades que sus

progenitores. Pero desde que los hombros se me habían ensanchado, los brazos se me habían musculado y podía levantar a mi madre al saludarla, había dejado de preguntar.

«No estaba preparada para eso y me hundió por completo. Todo fue demasiado deprisa para mí, no sabía dónde ni con quién estaba y encima tuve que casarme mucho antes de lo previsto. De hecho, pensábamos celebrar la boda en verano junto al Volga pero, al quedarme embarazada, tuvimos que casarnos en invierno. En el invierno de Moscú, en el barro de Moscú, que te deja las medias blancas perdidas hasta los tobillos. Así fue como nos presentamos en el registro civil. ¿Sabes lo difícil que era entonces conseguir medias blancas? Aquellas eran mis primeras medias de nailon. En el lavabo de mujeres, estuve rascando con las uñas mancha por mancha, salpicadura por salpicadura, para intentar quitarlas sin romper las medias. No sirvió de mucho: en las fotos de la boda parezco un dálmata. La suegra se estuvo riendo de mí durante mucho tiempo. Y después todo fue aún más deprisa, demasiado deprisa. A partir de entonces solo recuerdo que llegasteis vosotros. Demasiado pronto».

No me había imaginado que hablaría sobre ese tema. En realidad no lo hizo. O lo hizo a su manera, omitiendo todo aquello sobre lo que yo nunca me hubiera atrevido a preguntar. Lo único que pudo decir fue: «Era la fiesta de cumpleaños de Kostia. Yo quería irme a casa de Etinka en Volgogrado para el parto, pero no pudo ser. Kostia celebraba su cumpleaños y...».

Ví cómo Valia se difuminaba: no podía ver con claridad sus contornos, solo los intuía. El aire era seco. Hasta entonces no me había dado cuenta de que debía de haber puesto la calefacción al máximo. Siempre estaba helada, siempre tenía frío. Igual que yo. Y antes de que algo pudiera estallar dentro de mí, dentro de mis oídos, me largué. Salí de mí mismo. Mi cuerpo se quedó inmóvil sentado frente a Valia, mientras yo lo abandonaba de un salto y me quedaba fuera de mí mismo, desde donde podía escuchar sin que me causara ningún daño.

«Él celebró su fiesta de cumpleaños y... Y el caso es que... tuve contracciones antes de hora, no teníamos gasolina en el coche, él todavía estaba como una cuba y la ambulancia tardó dos horas en llegar, o tres o cuatro. Y me llevaron directa a la sala de partos, donde ya había otras quince vacas en círculo, que mugían tumbadas con las piernas abiertas. Y yo tenía el cuerpo lleno de moratones. Y tuve la sensación de que la cabecita ya asomaba, la tuya, era tu cabecita, lo supe nada más entrar en la sala».

Valia miró la pared que había a mis espaldas, sin ver que me volvía a escabullir de ella, que me estaba despidiendo. Siguió hablando sin parar y sus palabras pasaban de largo de mi cuerpo.

«Al principio no había camilla para mí. Yo había esperado que alguien me llevara porque me daba miedo que al andar pudiera aplastar la cabecita que salía de mi interior. Entonces noté que me desgarraba del todo, que tú me desgarrabas, y pensé que o yo te aplastaba o tú me partías por la mitad, una de dos. El caso es que, después de mucho empujar, apretar y desgarrar, aquí estamos. Lo conseguimos. En aquel momento no habría apostado nada».

Yo tampoco apostaré nada hoy, pensé mientras nos contemplaba a ambos desde fuera. Dejé mi cuerpo inmóvil allí sentado, me elevé en el aire y solté un suspiro de alivio al ver que flotaba sobre la mesa de cristal. El envoltorio que había dejado vacío no olvidaba pestañear regularmente para no despertar ninguna sospecha de que yo me había largado.

«Así que nos habíamos casado y nos habíamos convertido en los Chepanov. Kostia ya estaba harto de llamarse Berman, decía que eso era una fuente constante de problemas en el trabajo y yo le creía, claro que le creía porque, después de todo, yo misma me había criado llevando el

apellido Pinkenzon. No me preguntes de dónde salió el apellido Chepanov: no sé si era comprado o inventado, si provenía de algún matrimonio o si ya estaba en alguna rama de la familia. A sus padres les pareció bien, pero no a su abuelo, que se puso a vociferar que estábamos vendiendo el alma a los cristianos. Él había sufrido a los alemanes en sus propias carnes, ¿entiendes?, y desde entonces lo veía todo un poco tergiversado. Para él, renunciar al propio apellido aún tenía el mismo significado que ser mandado a la cámara de gas.

»Una vez al mes venía a visitarnos desde Podmoskovie, la zona de donde era toda la familia, y cuando se marchaba, la madre de Kostia le daba comida para que no se muriera de hambre, pero no sin antes haber mirado con detenimiento las fechas de caducidad para darle solamente lo que estaba caducado desde hacía tiempo».

Mi yo sentado allí abajo se rio de forma mecánica. Valia lo miró. Todavía no se había acostumbrado al ruido de hojalata de mi voz, que estaba haciendo el cambio. ¡Cómo iba a acostumbrarse! A ella no le hizo gracia.

«Chertanovo era la corteza exterior de la ciudad. Solo tenías que cruzar el bosque y ya estabas en Podmoskovie. Pero a ver qué viejo era capaz de recorrer esa distancia, fuera como fuera, él lo hacía. Llegaba a nuestra casa sin a liento, se sentaba a la mesa y se ponía a comer con las dos manos.

«Vivíamos en un barrio de mala muerte, una zona donde nadie se atrevía a ir. Ni siquiera los taxis iban hasta allí de buena gana. Evidentemente, eso no lo sabía cuando llegué a Moscú, pero cada dos días había un asesinato o una violación en nuestro edificio. Pensarás que exagero, y es una bendición que puedas pensar eso. Por eso te traje aquí, para que no me creyeras cuando te contara estas historias y pensaras que todo era una exageración: que encontraron a la chica de dieciséis años del piso de al lado violada y asesinada en las escaleras y que al vecino de enfrente, un zapatero que medía dos metros de ancho por dos de alto, le abrieron la cabeza con una botella para robarle la cartera justo delante de nuestra casa, donde murió desangrado. Por descontado, no llevaba dinero en la cartera. También hubo un niño que se cayó desde el séptimo piso, no se supo si por accidente o porque lo tiraron. Siempre esa clase de historias».

Yo estaba sentado en el aire, sobre nuestras cabezas, con las piernas cruzadas, y disfrutaba de aquella perspectiva distinta: nunca antes había estado allí, nunca había visto la habitación de ese modo. El rostro de Valia cambiaba continuamente de consistencia: tan pronto parecía de algodón como se convertía en el rostro de una pionera que volaba al espacio. Visto desde arriba, su peinado de hongo era muy peculiar. Me pregunté desde cuándo se teñía el pelo. Tendría que habérselo preguntado a ella. Y también cómo se había adelgazado tanto en tan poco tiempo. Y qué le gustaba comer. Yo podía cocinar para los dos.

Valia siguió hablando: «Nunca entendí a mis suegros. No sé cómo acabaron juntos. Él era canijo y delgado, una lombriz con pelos que le crecían por todas partes y aquella gorra ancha con visera tan estrafalaria, con la que parecía un vagabundo y que no se quitaba ni para echar la siesta. Cuando no trabajaba, se podía pasar días tumbado en la cama mirando al techo sin hacer nada. Como mucho se bebía un vaso de agua y no decía nada, no hacía nada, solo respirar. En cambio, mi suegra era una mujer muy activa que siempre sabía lo que quería, y si yo no me hubiera quedado embarazada, no habría dejado el trabajo. Le gustaba trabajar y no creo que quisiera ser ama de casa, pero así eran las cosas entonces: alguien tenía que quedarse con los niños, no podías entregar a tus hijos a la guardería, para eso ya podías envenenarlos directamente

tú misma; te los devolvían enfermos o muertos. De modo que la suegra se quedaba con vosotros y yo me iba a trabajar. Y ella limpiaba y cocinaba y os criaba y lavaba vuestros pañales a mano. Era la criada de todos nosotros».

Yo contemplaba los ángulos de las paredes y los restos del estuco que antes había cubierto el techo.

«Creo que me daba lástima».

La voz de Valia me llegaba desde lejos: «Mis suegros solo tenían un amigo, que era del mismo pueblo que ellos y también se había ido a vivir a Moscú. Era la única persona que nos visitaba. Venía a menudo, y de no haber sido porque sabía que ellos nunca habrían tenido ningún trato con un mendigo, habría apostado a que lo era. Tenía la misma pinta y el mismo olor. Era un hombre tranquilo, que se mostraba casi cariñoso con ellos; nunca vi a nadie que les hablara de aquel modo, y aún menos su propio hijo; y dios se mostraban casi humanos con él. Ahora no recuerdo cómo se llamaba. Pero también puede ser que viniera tan a menudo porque su mujer siempre estaba bebiendo orina».

Mi yo sentado ahí abajo volvió a reírse y, en esa ocasión, Valia hizo caso omiso del extraño ruido de hojalata que dejó escapar.

«Al parecer, seguía aquella urinoterapia desde hacía años y él siempre hablaba del olor y de que era insoportable estar en casa. No se trata solo de mear y beberse la orina, sino que primero hay que dejarla reposar durante un tiempo. Se ve que la orina recién meada no sirve. El pobre tenía que escaparse de casa cada dos por tres. Es comprensible.

»Su único amigo. Me caía bien».

Continuó hablando de sus suegros, de sus amigos y de los amigos de sus amigos. La entendía muy bien: cuando alguien me hacía preguntas sobre mí mismo, yo también hablaba de otras personas. Fingía que aquellas historias contaban algo sobre mí, y al mismo tiempo era consciente de mi torpeza al intentar borrar mis propias huellas.

Llegados a ese punto, ya solo oía fragmentos sueltos: «Aquel amigo se fue a América. Cuando vino y dijo que emigraba, se terminó de golpe el cariño... Empezaron a discutir porque tuvieron la desfachatez de acusarlo de haberles robado, de haberse llevado algo del piso... A él, que les había besado los pies y había comido de su mano... Decían que les había robado una radio para llevársela a América... Claro, lo que uno necesita con más urgencia al emigrar a Estados Unidos es una radio soviética... Un día nos llegó la noticia de que efectivamente había conseguido llegar y había muerto al cabo de poco tiempo...».

Miré hacia un lado y vi que Shura me miraba directamente a los ojos. Aquel cuadro siempre me había intimidado, porque el óleo parecía conferir vida a sus pupilas. Le devolví una mirada interrogante.

Valia continuó: «Siempre teníamos mucha comida, tanta que engordé treinta kilos solo durante mi primer año en Moscú. Me cebaron como si les resultara vergonzoso que la nieta de los profesores estuviera tan flaca. Después de todo, eran niños de la guerra, así que pensaban que todo tenía que acompañarse con mucha grasa y patatas.

»Mi suegra se embadurnaba las manos con mantequilla para no tenerlas tan agrietadas. Nunca olvidaré el olor a mantequilla soviética de sus manos. Una vez le compré con mis ahorros una crema de manos con olor a rosas. Ni siquiera la abrió, sino que la ocultó en el fondo del armario y apuesto a que se la regaló a alguien cuando hubo caducado».

Aparté la vista del rostro de Shura y bajé la mirada hacia las manos de Valia. Pensé en cómo me gustaría ponerles crema, frotar cada uno de los dedos, la piel que había entre ellos, las uñas. Luego pensé en las manos de mi yo sentado ahí abajo, que se volvían más ásperas cada día. A veces, la aspereza de la piel me asustaba a mí mismo al poner una de mis manos en la otra, en general cuando estaba adormecido con la mano medio abierta junto a la cabeza, pero a lo mejor era simplemente que me resultaba extraño coger mi propia mano. Pensé que Valia nunca se daría cuenta de lo áspera que se volvía mi piel porque no nos dábamos la mano y al abrazarnos solo nos tocábamos la ropa.

Valia dijo: «En casa de mis suegros no me dejaban sacaros fotos porque la suegra decía que entonces el diablo os robaría el alma. Por eso hay tan pocas fotos de cuando erais bebés... Las que hay, las revelé yo misma... Tapaba la ventana de la cocina, cerraba la puerta y entonces había suficiente oscuridad, hasta que entraba la suegra, iba a la nevera, se pasaba un buen rato rebuscando en el interior, exponiendo mis negativos a la luz, y decía que tenía un antojo de jamón york...».

En la primera foto en que aparezco, se ve mi cuerpo desnudo de bebé, con los ojos almendrados muy abiertos y la barbilla afilada, sobre una sábana blanca, alargando los brazos y las piernas e intentando darme la vuelta para ponerme boca arriba. Parece como si estuviera volando.

En otra, que estuvo mucho tiempo en la cómoda de mis abuelos en Moscú, se ve mi cuerpo casi adulto sin curvas, con un chaleco floreado abierto y colgando sobre los hombros desnudos. Tengo una manzana en una mano y la otra está vacía con el puño cerrado. Llevo una gorra blanca calada hasta las orejas y miro a la cámara como si hubiera perdido algo. Y no sé si es fruto de mi imaginación, pero recuerdo una foto en color donde aparecemos mi hermano y yo, yo con mallas y camiseta interior y los brazos cruzados y Antón a mi lado con un vestido dorado, bailando.

Me obligué a volver a prestar atención a lo que decía Valia, porque tenía la sensación de que se lo debía. Así que volví a coser las medias frases. Desde ahí arriba no resultaba doloroso.

Valia prosiguió: «¿Sabes que en ruso se dice que, cuando no se puede evitar una violación, hay que aprender a relajarse? Yo nunca lo aprendí. Me pasaba la vida en el hospital y casi nunca me marchaba de allí por voluntad propia: hacía horas extra, organizaba conferencias, hacía todo lo que te puedas imaginar, me quedaba hablando con los pacientes hasta que amanecía para no tener que volver a casa... y Kostia siempre me esperaba, paraba el coche delante de la clínica y se quedaba ahí con el motor en marcha, y yo algunas veces no aparecía y otras salía, le decía que tenía trabajo y volvía a entrar.

«Recuerdo el primer queso Edam envuelto en una gruesa capa de cera roja que me trajo Kostia. Aún recuerdo el sabor. Hasta los veinticinco años, yo solo conocía dos tipos de queso, el Kolbasny y el Rossiyskiy, y entonces llegó aquel exotismo a casa. Me hizo tanta ilusión el regalo que me lancé a sus brazos. Me llamó “su monito” y a partir de entonces traía queso a menudo, de donde quiera que lo sacara.

»Creo que él fue el primero que tuvo la idea de emigrar o, al menos, fue el primero en decirlo. Por aquellos días, los tanques habían ocupado la Plaza Roja y cada día temíamos que hubiera una guerra civil o un golpe de Estado o lo que fuera. Y ya se sabe quiénes son siempre los primeros en recibir. En esa época hubo una oleada de gente que se marchó a Israel, desde donde llegaban las invitaciones en masa, del tipo “En vuestro país hay disturbios y corréis peligro. En el nuestro

crecen mangos en los árboles”. Los acogían a todos. Tanto a los judíos como a los rusos que se acababan de comprar un apellido acabado en *berg, man o stein*. Acogían a todo aquel que tuviera un apellido que sonara a judío y que estuviera dispuesto a irse a vivir al desierto. Todavía oigo a mi suegra: “¡Es una trampa! ¡Los rusos quieren averiguar dónde viven los judíos! ¡Os ficharán y os transportarán! ¿Acaso os creéis que os llevarán a Israel? ¡Hay que ser tontos! A los gulags, os van a llevar, a los gulags”».

Y entonces Valia se echó a reír. Fue algo totalmente inesperado y ella misma se sorprendió y se tapó la boca con una mano, mientras con la otra palpaba el escritorio como si buscara algo y no lo encontrara. La risa contenida salió de lo más profundo de su garganta y se mezcló con su voz chillona.

«En la embajada nos dijeron que necesitábamos la firma de los padres. Tenían que dar su consentimiento para que abandonáramos el país. En esa época, los hijos eran los planes de pensión. ¿Por qué crees si no que la gente tenía tantos? La pensión que te pagaba el Estado solo daba para poder comprar leche y pan hasta el final de tus días, así que los padres tenían que firmar conforme estaban dispuestos a prescindir de sus hijos. Los míos dijeron que firmarían lo que quisiéramos, pero los de Kostia nos respondieron: “Ni lo soñéis”.

»Por supuesto, se podían falsificar las firmas. Solo tenías que sobornar a alguien y te expedía el documento que quisieras. Pero los padres de Kostia lo sabían y amenazaron con denunciarnos, y entonces se habría acabado todo, se nos habrían cerrado para siempre las puertas a Occidente.

»Kostia intentó una y otra vez convencer a su padre, y entonces este desembuchaba una sarta de cuentos sobre su vida en el pueblo, sobre lo mal que lo habían pasado todos, sobre lo mucho que habían sacrificado por nosotros, y decía que habíamos perdido la razón por completo al querer marcharnos a Alemania, donde las aceras aún estaban manchadas con nuestra sangre, es decir, con la sangre soviética. Yo también lo intenté: hablé con él pacientemente y le dije que si no salía bien, volveríamos, seguro que volveríamos. Al fin y al cabo, no estaba lejos, podíamos coger el tren o el avión y plantarnos allí enseguida si pasaba algo. Él me interrumpió con una expresión en el rostro que aún hoy recuerdo perfectamente: “Ahora nadie puede decir ni una palabra excepto yo”. Luego cogió el cuchillo.

»Mi suegro no era para tomarlo a broma: a pesar de ser tan canijo y delgaducho que daba la impresión de que podías aplastarlo con el sobaco, decían que había hecho cosas terribles en el ejército, que había torturado a camaradas. Les había echado aceite hirviendo en los ojos. No pude evitar pensar en eso al verlo allí con el cuchillo. Naturalmente, Kostia enseguida le tiró la mesa a la cara...

»Yo me puse a gritar, la suegra se puso a gritar y Antón y tú aparecisteis en el umbral de la puerta. Recuerdo que en cuanto vi vuestras caras dejé de gritar de inmediato, luego la suegra hizo lo mismo, luego Kostia y finalmente el suegro, y todos volvimos la vista hacia vosotros, que estabais allí de pie mirándonos».

Ante mis ojos destelló la hoja de un cuchillo, vi a mi padre tirando una mesa en la cocina, vi las caras de estupor porque las conocía por las fotografías. Accedí a las imágenes que creía que necesitaba en ese momento.

Valia continuó: «No me había formado ninguna idea de Alemania. No me había formado ninguna idea de nada, no me había imaginado nada, no tenía ninguna expectativa. Dicen que uno quiere un futuro dorado para sus hijos y es verdad, pero no es en lo que piensas entonces. No

piensas en nada. Te sientes como una piedra que rueda».

Yo flotaba sobre nuestras cabezas y contemplaba cómo ese otro yo escuchaba a mi madre hablar de cuando abandonaron el país. Estaba sentado muy erguido, igual que ella. No podía entender exactamente lo que decíamos, porque había un extraño desajuste entre las voces y el movimiento de los labios. Volví a mirar los ojos violetas de Shura, que estaban a la altura de mi frente. «¿Estás hablando conmigo, viejo? Háblame, dime algo. Te echo de menos, echo de menos charlar contigo». Pero Shura no dijo nada y, en el cuadro, sus ojos no eran violetas. Volví a bajar la vista hacia el hijo y la madre, sentados el uno frente a la otra como si se tratara de un espejo, y vi de nuevo claramente lo mucho que nos parecíamos, sobre todo en la manera en que nuestros brazos colgaban paralelos al cuerpo, con los codos ligeramente doblados.

Vi a Ali, que, en aquel momento, sentado frente a su madre, también hubiera podido ser Alissa. Eso era lo que le provocaba el entorno familiar: lo hacía oscilar entre los tiempos, entre los cuerpos, lo hacía estar vacío. Oí cómo su madre le contaba que las paredes de su primer piso en Alemania tenían humedades y que la suegra había ido a visitarlos desde Moscú y, como consecuencia, ella, Valia, había sufrido un ictus. Oí cómo le contaba que su padre, Daniil, tenía que llevarla en silla de ruedas por la pequeña ciudad del oeste de Alemania donde vivíamos entonces, porque estuvo semanas sin poder andar. En los rincones soleados del pequeño parque donde la llevaba a pasear había muchos ancianos echando una cabezadita en sus sillas de ruedas. Entonces Valia no llegaba a los cuarenta. La oí decir que la comisura derecha de su boca nunca se había recuperado por completo del ictus. Vi que Ali se inclinaba un poco hacia delante para examinar con el mayor disimulo posible la comisura de la boca de su madre en busca de huellas, pero lo único que le llamó la atención fue el sinfín de pequeñas arrugas que tenía en el labio superior, como si fuera papel triturado.

Valia contó que en aquella época se trasladó a casa de sus padres y que su marido se presentó allí y le quitó a los niños. No se los devolvió hasta que ella lo amenazó con pedir el divorcio. Desde arriba, miré de reojo la cara de Ali, que no delataba ninguna emoción, con su nariz grande y su barbilla afilada y, entre la barbilla y el labio inferior, un hoyuelo profundo del que le salían pelos negros. Observaba a su madre en silencio, que le decía que su hija, después de que su padre, con los ojos enrojecidos, arrastrara a Valia fuera de casa, se quedó tan trastornada que dejó de hablar durante semanas. Ali parpadeó sin comprender.

Yo seguía colgado en el aire. El tiempo se detuvo y luego pasó a toda velocidad tropezando por delante de mí, como si lo hubieran abreviado. Flotando en el aire allí arriba, alargué el brazo, pasé los dedos por encima del marco del retrato de Shura, contemplé las delgadas líneas de polvo gris que habían quedado en mis yemas y las froté las unas contra las otras, formando bolitas de polvo que arrojé sobre las cabezas que tenía debajo. Nada tenía sentido. Oí que Valia le echaba en cara a Ali que hubiera ido a verla para hacerle preguntas. A la manera de Valia. No le reprochó que tuviera una actitud arrogante, ni que fuera incapaz de entender el mundo del que ella venía, ni siquiera que se le hiciera una montaña contarle todo aquello, sino que dijo algo muy ruso: «Los recuerdos son un parásito. Mejor que no lo cojas o te pasará lo mismo que a mí, que ya no podrás parar. Yo...».

«Yo» en ruso es una letra: Я Una sola letra en un alfabeto de 33. La última. Se suele decir: Я es la última letra del abecedario, así que ponte al final, olvídate de ti mismo, no te des tanta

importancia, pasa desapercibido. En mi opinión, Valia había interiorizado completamente aquella máxima. Estaba al final de todo y para ella tenía sentido que así fuera. Lo encontraba lógico. De hecho, ella creía que existía algo como la lógica, que un suceso tenía que seguir inevitablemente a otro. Al contarme su vida, o la parte que hubiera decidido contarme, construía una cadena de acontecimientos que le parecía de lo más natural, pero que yo, a pesar de la seguridad de su voz, apenas alcanzaba a comprender. Mis pensamientos jugaban a la rayuela, intentando no pisar las líneas. Yo era incapaz de pensar en un Я. Me di cuenta mientras mi madre me dibujaba la imagen de sí misma. Yo, en cambio, no podía componerla.

Mi nombre empieza con la primera letra del alfabeto y es un grito, una parada, una caída, la promesa de una B y de una C que no pueden existir en la falta de causalidad de la historia. Es un error de lógica creer que quienes pasan por etapas conjuntas llegan a alguna parte como un conjunto. Conozco a muchos con la misma biografía que yo, pero que tienen otras marcas en la cara, llevan otra ropa, tocan instrumentos musicales, comen ensalada de arenques en casa de sus padres los domingos, después pueden dormir toda la noche de un tirón, tienen trabajo, se compran pisos, viajan al sur de vacaciones y, al terminar el verano, regresan a lugares a los que llaman hogar. Yo, en cambio, me siento incapaz de hacer afirmaciones irrefutables, de adoptar una perspectiva, de desarrollar una voz que solo sea la mía y que hable por mí. Un Я bien definido.

Para mí, el tiempo es una plataforma giratoria. Las imágenes se difuminan ante mis ojos y siempre estoy haciendo nuevas conjeturas sobre el aspecto que habría podido tener algo, sobre el nombre de las calles donde nunca he estado, de las escaleras de las ciudades, de las barcas vacías. Intento distinguir aquellas cuyos nombres se han ido repitiendo a lo largo de los siglos.

Me invento nuevas personas, del mismo modo que reconstruyo la vida de las que conozco. Me imagino la vida de mi hermano, me lo imagino haciendo todo aquello que yo no he sido capaz de hacer, lo veo como alguien que se va a recorrer mundo porque tiene el valor que a mí siempre me ha faltado, y le echo de menos.

¿Y qué fue lo que hice cuando recibí su postal, que no era sino una llamada? Me envió una señal y yo malinterpreté su significado y vacilé, me moví con cautela, hice todo lo que pude para mitigar mi inquietud, para enterrarla en mi interior, me tumbé en un sofá con el deseo de que me engullera, apenas me moví y esperé, porque ¿qué es la espera sino una esperanza?

DOS

«EN CASA»

Siempre me llevan. Nadie me pregunta ni yo digo nunca que no. Claro que quiero volver, visitar a la abuela y al abuelo, ver a mis amigos, a Valera y a Petia y también a Kiril. Tengo muchas cosas que contarles. Lleno la maleta de regalos para ellos. Los ha comprado todos mamá. Papá dice que son demasiados: «A ver si va a parecer que queremos fanfarronear». «Cierra el pico», le contesta mamá, y continúa llenando la bolsa de viaje de robots de plástico, coches y una caja de Lego con un barco pirata. Finalmente, unos cuantos libros para aprender alemán. «Nunca se sabe».

Intento levantar la bolsa y me doy cuenta de que pesa demasiado, pero no digo ni una palabra, sino que me meto dentro, lo revuelvo todo en busca del barco pirata, lo saco, lo meto debajo de la cama y lo empujo hasta el fondo.

«Las blusas son para Angela, Nadia y Kisa. Esta crema es para Marina. ¿Lo has entendido?» Papá asiente solícito, sin molestarse en mirar, pero besa a mamá al pasar por su lado. Le sudan las manos, lo cual significa que está contento.

Mi hermana está en el pasillo, mirándonos a todos u través de los tarros de mermelada, como si tuviera miles de ojos, y volviendo la cabeza hacia uno y otro lado. Mamá le pone aún más tarros de conservas en los brazos y coloca una hogaza de pan encima de todo, así que ya no puedo verla. «Para que comáis algo decente por el camino. Tú llevarás la bolsa de las provisiones». Mi hermana lo sujeta todo con fuerza, como si se tratara de un osito de peluche, y no mete nada en su bolsa de viaje. Se le ponen los dedos blancos de agarrar tan fuerte los tarros.

De algún modo conseguimos bajar las escaleras, y al llegar abajo nos detenemos un momento y miramos hacia arriba: mamá se asoma a la ventana y nos dice adiós con la mano, luego vuelve a cerrarla de golpe y papá se pone a cantar una canción de la película de los tres mosqueteros. Algo sobre gozar del momento.

Piso 128, escalera B, número 13 de la calle Krasny Mayak. Nunca olvidaré la dirección. Aunque esté dormido, se abre paso a empujones desde mis entrañas. Si me despiertan sacudiéndome por la noche, antes incluso de saber mi nombre sé la dirección adonde tienen que llevarme si me pierdo. Si alguna vez el regimiento de gente del metro de Moscú está a punto de aplastarme y yo, antes de que me arranquen el brazo, suelto la mano que me sujeta y de repente me encuentro solo en la estación, y Marx, Lenin y Stalin me observan desde lo alto de sus pedestales y me preguntan

de dónde vengo, entonces sabré lo que tengo que decir: «Piso 128, escalera B, número 13 de la calle Krasny Mayak». Y es allí adonde vuelvo siempre, es decir, una vez al año. Me llevan.

La primera vez que me llevan, pienso que todo irá bien. Para siempre. A partir de ahora todo irá bien. La abuela me ceba como si fuera lo último que va a hacer en la vida. El abuelo se mueve lentamente por el piso, ya lleva bastón y arrastra los pies enfundados en unas zapatillas que le van demasiado grandes, como si estuviera patinando sobre hielo. Ha adelgazado tanto que seguro que si se cae se rompe en pedazos. Papá se pasa todo el rato sentado a la mesa de la cocina bebiendo té con el abuelo y la abuela y luego lloran los tres. Papá, el abuelo y la abuela se ponen a sollozar ruidosamente.

Asomo la cabeza a la cocina, les digo adiós con la mano y me dispongo a salir a la calle. La puerta del piso está acolchada y no recordaba lo grueso que era el acolchado de color rojo oscuro: puedes coger carrerilla y golpearte la cabeza contra la puerta y no te pasa nada, ni un chichón, ni una herida. Por lo demás, todo me parece más delgado, más pequeño: los armarios, los tapices de la pared. De repente se me ocurre que nunca he salido solo por aquella puerta acolchada porque no me dejaban. Pero ahora puedo hacerlo, por qué no: papá está ocupado charlando y llorando. La abuela y el abuelo le escuchan y mi hermana está sentada en un rincón del sofá donde antes dormían papá y mamá, leyendo su cómic, y no tiene ninguna intención de moverse de allí. Es una lombriz enorme envuelta en ropa de felpa rosa.

Salgo de casa y cojo el ascensor. La luz parpadea, siempre lo ha hecho y a mí siempre me daba miedo que se parara el ascensor. El botón de emergencia está arrancado. No recuerdo haberlo visto nunca, pero siempre me decían que ir por las escaleras era aún más peligroso. Llego a la planta baja y abro las dos puertas del ascensor de una patada, primero una y luego la otra. Los bancos que hay en el vestíbulo bajo las ventanas parecen setas gigantes con los sombreros podridos. No hay nadie ahí sentado, nadie que me grite al pasar que vaya con cuidado. Las barras de metal del trepador del parque infantil habían sido azules en su día, eso aún lo recuerdo. Trepo hasta lo alto con solo tres pasos, como solía hacer siempre: pie derecho, tiro hacia arriba, pie izquierdo, tiro hacia arriba, otra vez el pie derecho y ya estoy sentado en la cima, contemplando el patio a mis pies. Parece tan grande como un estadio de fútbol. Detrás de él se termina el mundo, eso es evidente. A la izquierda hay unos saucos: una cortina que da a la nada. Aparte de eso, lo único que se ve por todas partes son las mismas paredes grises de los edificios prefabricados, plagadas de un mar de ojos negros. El cielo es del mismo color que las casas. Noto una vibración en las rodillas a través de los vaqueros y me doy cuenta de que alguien golpea las barras de metal.

Valera y Petia miran hacia arriba de reojo mientras dan patadas a la estructura metálica. Casi me caigo de la alegría.

—¡Eh! —grito—, ¡eh! —Me cuelgo boca abajo y alargo los brazos hacia ellos—. ¿Dónde está Kiril?

—Kiril se ha marchado —me contestan—. Has estado fuera mucho tiempo. Ya no tienes ni idea de lo que pasa aquí.

Bajo por las barras del trepador como una araña y contengo el impulso de lanzarme a sus brazos, porque sé que ya no hacemos esas chiquilladas. Les tiendo la mano. No me la dan. Miran mis zapatos. Valera da una vuelta alrededor de mí y chasquea la lengua. Petia se queda pegado a

mi cara y me observa en silencio. Tiene los labios muy secos, igual que las comisuras de los ojos. Está tan pálido que me gustaría coger un puñado de nieve y restregársela por las mejillas. Les digo que les he traído regalos, que están arriba en el piso y que pueden venir conmigo a buscarlos. O pasar más tarde, si lo prefieren. Si no quieren subir ahora, podemos estar un rato juntos fuera.

Petia esboza una sonrisa burlona, solo con la parte Izquierda de la cara. Valera se ha quedado detrás de mí y me pasa la palma de la mano por la parte posterior de la cabeza, como si me rapara el pelo. Me aparto de un salto y los miro a ambos: se parecen tanto que, por un momento, no soy capaz de distinguirlos. No se ríen, no respiran, están ahí plantados, hombro con hombro, con sus plumas blancos, como si me miraran sin verme. Pero sí que me ven, puedo notarlo. Valera es el primero en decir la palabra: ЖИД.

La había oído muy a menudo, pero no sabía que se refiriese a mí. Tampoco sabía su significado: cerdo judío. Son los chicos quienes me lo explican. Que eso es lo que soy y por qué razón. Los tres estamos de pie con los brazos colgando. Dos de nosotros se han fusionado en uno solo que ladra.

Me explican que soy un cerdo judío porque me dejaron salir del país justamente por ser un cerdo judío, mientras que ellos tuvieron que quedarse aquí y despedirse de Kiril cuando trasladaron a su padre y despedirse también de Dima, que, por cierto, había sido atropellado por un hijo de puta de ojos achinados como los míos. Uno tras otro se habían ido marchando o no tardarían en hacerlo, igual que me había marchado yo con toda mi gentuza. Y ahora me presento aquí de visita con mis deportivas Nike. Pues ya puedo meterme por el culo todos mis regalitos de Occidente. Eso es más o menos lo que me dicen.

—Y apuesto a que también te has vuelto maricón.

—Ellos dicen Педераст. —Se ve enseguida por tu chaqueta occidental. ¿Se puede saber por qué llevas esa mariconada de chaqueta de maricón, con todos esos colores?— pregunta Petia.

—¿Es eso lo que lleváis los maricones? —pregunta Valera con la misma voz.

Y sin darme tiempo a decir nada —ni siquiera puedo decir tan deprisa «piso 128, escalera B, número 13 de la calle Krasny Mayak»—, me propinan un empujón los dos a la vez, me caigo y me golpeo contra el trepador. Un ruido metálico resuena dentro de mi cabeza. Cuando vuelvo a abrir los ojos, los dos han desaparecido, como si me los hubiera imaginado. Me quedo tumbado en el suelo, mirando el cielo surcado de barrotes que en su día fueron azules.

Convertido en un cerdo judío y en un maricón, me levanto y me pongo a pasear por el patio. Los bloques de hormigón de los edificios prefabricados me rodean como un rombo hecho pedazos. Me toco la parte posterior de la cabeza y me parece que no tengo nada, ni un chichón, ni una herida. Después trato de recordar dónde me rompí la pierna aquella vez. Fue en algún sitio de por aquí, en medio del prado que utilizaban como campo de fútbol los chicos que nunca me dejaban jugar porque decían que era demasiado pequeño. Los cobertizos de ambos lados servían de porterías. Me dirijo hacia el cobertizo donde están los cuadros eléctricos, que es el que mejor recuerdo de los dos: aquella edificación pequeña y baja donde los vecinos del patio sospechaban que vivían personas sin papeles: «Se apiñan allí dentro diez, veinte, hasta cien. No tienen electricidad, por eso apesta tanto». Las amigas de mamá le decían: «¡Imagínate, Valia, viven ahí dentro como animales!».

Si recuerdo tan bien este cobertizo es porque fue en una de sus paredes donde vi por primera

vez una cruz gamada y la copié al lado. No sabía lo que significaba, pero me pareció un dibujo bonito. Hoy, cuando miro hacia allí con mis ojos, con mis ojos occidentales de maricón, veo escrito en la pared: «Solo los muertos han visto el final de la guerra». En el suelo sigue habiendo tizas, como siempre. Cojo una y escribo: ХУЙ. POLLA.

La abuela me sacude la suciedad de pies a cabeza. Voy manchado del barro de la nieve y de polvo de tiza. Me he pintado con la tiza los pantalones de pana, luego me los he sacudido y he mirado cómo el polvo blanco se levantaba y me subía hasta la nariz. A la abuela ya casi no le queda ningún diente y no entiendo lo que murmura. Con esos cabellos parece un trol. Papá y el abuelo nos miran desde la cocina sin moverse. Están ahí sentados como marionetas, con tazas de té humeantes frente a ellos, tan grandes que tienen que sostenerlas con ambas manos. Mi hermana está echada en el sofá, con la cabeza metida en el cómic: Batman y Robín se le pegan a los mofletes. Le cae la baba por los labios entreabiertos. Me tumbo a su lado, las puntas de nuestras narices se tocan y los ruidos de Batman y Robín resuenan en mis oídos. Tengo palpitaciones en la parte posterior de la cabeza.

Papá nos lleva a ver a la familia a la que siempre visitábamos cuando vivíamos aquí porque a nuestro padre le gustaba beber chacha con el otro padre y a los niños nos gustaban los mismos juegos.

Cuando Tato nos abre la puerta, por poco me caigo de culo. Me saca casi una cabeza y ya tiene barba donde a mí ni siquiera me empiezan a salir pelos. Y granos, enormes, como todo un hombre. Desde que a su padre le explotó el hígado a los cincuenta de tanto beber chacha, es el tío quien se ocupa de la familia. El tío Guiso es el hermano del padre con el hígado reventado y también tiene una mujer, cinco hijos y un hígado que mantener.

—Guiso no es ninguna ayuda —dice la madre.

Su cara se desmorona como un castillo de arena. Pone en la mesa té y una tarta ahogada en crema de limón.

—Ahora Tato es el hombre de la casa.

Lo dice para que Tato lo oiga y Tato lo oye y se le hinchan las aletas de la nariz.

Sari todavía es más guapa que antes. También ha pegado un buen estirón, pero aún no es más alta que yo. Su culo es una media manzana que pasa meneándose por delante de mi cara sin prestarme ni la más mínima atención. La otra mitad de la manzana la lleva pegada delante, con una crucecita dorada encima que ahora mismo me gustaría ser.

Sari nos cuenta que el año que viene ingresa en el cuerpo de policía para convertirse en agente y que incluso ya le han tomado las medidas para el uniforme. La entrevista de trabajo fue pan comido: solo querían saber si hablaba georgiano con fluidez y, cuando les dijo que sí, le hicieron firmar el contrato enseguida.

—Así que ahora te convertirás en una traidora —digo con la esperanza de que se acerque a mí, y no lo consigo, pero mi padre me da una colleja que me duele bastante, aunque lo disimulo.

—Tato cuida de nosotras —dice la madre—. Vende chándales en el mercado y cigarrillos y

aguardiente.

—Destilado en casa —añade Tato radiante.

Me lo quedo mirando. Es absolutamente imposible que sepa destilar chacha.

—La semana pasada me reparó una avería del coche, y cuando la nevera se estropea también la arregla él.

Y luego nos enumera todas y cada una de las cualidades de Tato y nos cuenta cómo salva el mundo una vez al día. Tato tiene catorce años y ya le está cambiando la voz, mientras que yo aún canto en un tono más agudo que mi hermana. Ella está sentada a la mesa como si no estuviera allí, mirándonos sin vernos y pasando mentalmente las páginas de sus cómics.

Me imagino a Tato en el mercado que hay junto a la estación de metro de Prazhskaya y que a veces cruzábamos como una flecha con mi abuela y mi hermana. La abuela nos cogía de la mano con fuerza y no nos dejaba mirar a los lados. Me imagino a Tato detrás de una montaña de piezas de ropa envueltas en plástico, con un pitillo entre los labios y gritando con su voz grave de hombre: «¡Chándales, chándales, chándales Adidas nuevos! ¡Vengan y miren!». Y para no coger frío va echando tragos de la petaca que guarda bajo el chaleco de piel y que contiene la chacha que él mismo destila.

Mis ojos se dirigen de nuevo a Sari. Me la quedo mirando tan fijamente como puedo e intento sonreír, esperando que levante la vista de su té. No lo hace. Mientras dura la enumeración de las heroicidades de Tato, ella mira el humo que sale de su taza y que dibuja espirales de todos los colores del arcoíris. Parece agua con jabón. Sari ni siquiera mueve los labios cuando sopla por encima del borde dorado de la taza. Me quedo mirando la abertura oscura entre los dos cojines de sus labios, que me absorbe hacia dentro. Deseo con todas mis fuerzas meterme allí de un salto, el cuerpo entero, empezando por los pies.

Nunca hemos tenido nada. La última vez que nos vimos, yo ni siquiera sabía todo lo que podría hacerle, pero entonces ella aún no era una manzana partida en dos, ni sus cabellos un largo tallo negro que crecía en medio. Intento hacerme una idea de las posibilidades que tengo con ella. Me imagino todo lo que le haría. Ya veo desaparecer mis manos en su interior, una dentro de su boca blanda, la otra entre sus muslos blandos, y me demoro preguntándome en qué lugar la besaría cuando mis manos se tocaran en el centro de su cuerpo, justo debajo de la crucecita dorada.

—Y dime, ¿cómo son las cosas por allí? —pregunta la madre.

Yo abandono inmediatamente el apretón de manos que me estoy dando a mí mismo en el interior del cuerpo de Sari. Aparto la vista de su piel de color nuez y miro fijamente el mantel de colores, esperando a que mi padre suelte la respuesta que tiene ensayada. La estuvo practicando en el pequeño espejo del compartimento del tren. Lo vi con mis propios ojos y no le resultaba embarazoso hacerlo delante de mí. Mientras el tren traqueteaba, él probaba distintos registros de voz, incluso carcajadas, y empezaba diciendo: «¡Ah, la pregunta!». Fruncía las cejas, las volvía a separar y no conseguía llegar demasiado lejos con el texto, pero al menos tenía uno. Yo no apartaba la vista del espejo y él me miraba a veces. Cuando nuestros ojos se encontraban, yo sabía que le hacía falta alguien a quien poder contárselo. Más tarde, al intentarlo con la abuela y el abuelo, los dos se echaban a llorar dijera lo que dijera y él también acababa llorando porque el llanto es contagioso, así que eso no contaba. Pero ahora había llegado el momento de la verdad. La pregunta. «¡La pregunta!»

Puedo ver las palabras botando en su cuello como pelotas de goma, pero no le sale ni una por

la boca. Se interrumpe justo en las primeras sílabas, las alarga, tartamudea y, finalmente, se queda callado. Todos lo miramos.

Más tarde ya no balbuceará cuando le pregunten los amigos. Entonces desplegará una baraja de bromas y anécdotas, la mayoría inventadas, y como un jugador de cartas profesional hará subir la tensión en el ambiente esbozando una sonrisa en su cara de *poker* antes de hablar. Pero esta es la primera vez.

—¿Que cómo es la Germania? —dice.

Se ha puesto colorado. Nosotros también. Oímos sus balbuceos.

—Tienen una palabra que significa «aburrimiento», lo que nosotros llamaríamos **СКЫКА**, pero se refieren a otra cosa —consigue decir por fin, como si llevara largo rato hablando y con esta frase rematará la historia de forma brillante.

La madre asiente. Nosotros nos quedamos escuchando el zumbido de la nevera y seguimos con la mirada las moscas invisibles que dan vueltas a nuestro alrededor. Noto que Sari cruza las piernas debajo de la mesa e intento pensar de nuevo en sus muslos y no en mi padre, que cada vez tiene la cara más empapada en sudor.

—¿Y sabes qué? Los niños pueden decirte a la cara: hoy no hago nada, hoy me tomo el día libre, tengo que descansar, me duele tanto la cabeza o estoy tan cansado, o ese aburrimiento del que te hablaba, se aburren constantemente, todo les parece aburrido, ¿sabes? Los mocosos de quince años se atreven a decirte eso a la cara. Yo no recuerdo que nosotros nos aburriéramos nunca, ¿y tú?

Me levanto, me inclino sobre la mesa y me sirvo otro trozo de tarta de limón, intentando rozar el hombro de Sari o al menos oler su pelo. Ella se aparta y echa chispas por los ojos.

—Y también he oído —continúa mi padre— que, si a los padres se les va la mano, sus hijos pueden denunciarlos. Allí eso es posible. Así funcionan las cosas. ¿Te lo puedes imaginar? Los propios hijos denunciando a los padres.

Da un mordisco a su trozo de tarta y lame con la lengua grasienta la crema que le ha quedado entre el índice y el pulgar. La madre le mira y desvía los ojos hacia la ventana. Yo también miro por la ventana: fuera todo está blanco y vuelve a nevar. Sari deja la taza sobre la mesa y cruza los brazos. Tato arrastra las suelas de sus zapatillas por el suelo como el niño pequeño que es en realidad. Tiene los dientes grandes y muy salidos, así que ni siquiera le hace falta sonreír. Seguimos comiendo en silencio, hasta que podemos ver que el plato donde está la tarta es de color negro, con el borde dorado y cerezas rojas pintadas.

Al despedirnos, Tato nos sostiene la puerta y se ofrece a acompañarnos hasta la estación de metro. Mi padre dice que no, pero se lo lleva a un lado e intenta convencerlo de algo poniéndole las manos sobre los hombros y yo procuro imaginar la cantidad de dinero que le habrá dado a escondidas.

Digo «hasta pronto» y les doy la mano a todos. Sari ni siquiera me mira y yo tampoco a ella.

Salimos a la calle. Hace frío, mucho más frío del que puede hacer en cualquier otro lugar. La punta de mi nariz se convierte en un carámbano y una película blanca cubre mis labios, hasta que la piel se tensa y se desgarra. Noto que mis deportivas Nike están empapadas y las perneras de mis pantalones también. El barro me cala la ropa hasta las rodillas. Los ojos me queman y no consigo cerrarlos. Vuelvo la cabeza hacia uno y otro lado, pero no puedo ver nada porque me tapa

la enorme capucha. Miro mi chaqueta occidental de maricón, me quito la capucha, me bajo la cremallera y la tiro sobre la nieve. Entonces veo a mi padre, que intenta comprender por qué me he soltado de su mano. Mira mi chaqueta tirada en el barro.

Entro en calor mientras me persigue por las calles hacia casa. Las mejillas me arden. Miro hacia atrás. Su cara violeta se me queda grabada en la memoria y entonces lo sé: a partir de ahora me perseguirá para siempre.

ANTÓN

No me lo pensé dos veces antes de bajar del tren en Estambul. Me habría gustado que hubiera alguien en el compartimento que me dijera: aquí es donde tienes que bajarte, aquí es donde ocurrirá, donde algo ocurrirá, este es el lugar, así está escrito. Pero no sucedió nada parecido. Mi compartimento estaba lleno de montones de carne sudorosa que me miraban sin verme o tenían la vista clavada en el suelo, y cuando uno de ellos fijaba sus ojos en mí, deseaba ser invisible. Entonces me bajé del tren. Y dio la casualidad de que me apeé en Estambul. Cogí mi bolsa y salté al andén, fui poniendo un pie delante del otro, salí de la estación, deambulé por Sultanahmet y seguí el tranvía que pasaba a lo largo del bazar hasta que llegué a una mezquita que parecía un juego de cubos de madera metidos los unos dentro de los otros. Una bandada de palomas se dirigió volando hacia mí como una inmensa sábana gris y yo me agaché. Crucé puentes donde los pescadores se asomaban a la barandilla y las puntas de sus cañas se rozaban en el agua. Recorrí calles donde las paredes de las tiendas estaban cubiertas de cuchillos y mangueras, neumáticos de bicicleta y trajes de buzo.

Atravesé túneles de botas de agua y lugares que olían a barniz, obligándome a no detenerme. Recorrí una calle sin acera con las manos en los bolsillos de los pantalones. Un coche pasó por mi lado y me rozó el codo con el retrovisor y el conductor gritó algo por la ventanilla, que no supe si iba dirigido a mí o a sí mismo. Caminé y caminé, hasta que llegó un momento en que la calle se volvió tan empinada que tuve la sensación de que solo podría avanzar si me dejaba caer rodando. Los ojos se me pusieron bizcos, me senté en el suelo y pensé que tenía que respirar profundamente y que no estaría de más beber algo, porque llevaba todo el día sin beber. Olía a meados de gatos y el olor me dio náuseas. Miré hacia abajo: el suelo se volvió borroso y pensé que me hundiría en él. Entonces un muchacho me levantó de un tirón, me agarró y me dijo: «Ven conmigo».

Bariş me dio agua y me condujo a través de las calles. Él y unos cuantos chicos más se habían instalado en un edificio en la calle Çıkmazı. El piso de abajo se había incendiado y había que subir por peldaños carbonizados. Tenías la sensación de que debajo de ellos, debajo de aquel hollín, había la nada. Los chicos con los que vivía Bariş sabían cómo pinchar la luz, tenían colchones en el suelo y siempre había alguien jugando al *tavla*. Uno de ellos tocaba la guitarra muy mal y tuve que cortarle las cuerdas para que parase. Al parecer, el propietario había vendido su casa y se había marchado a Austria, así que era muy probable que pudiéramos quedarnos allí para siempre. Al cabo de unos días empecé a robar cosas para el piso: ollas para

los fogones que había en la habitación de paso y zapatillas de estar por casa para Bariş. Él se rio al verlas, pero se las calzó y me puso la mano en la nuca.

Al final de la calle había un estadio de fútbol y trepábamos a los árboles de delante de nuestra casa para mirar a vista de pájaro a los hombrecillos que corrían arriba y abajo. Bariş solía vivirlo con mucha intensidad y, cuando su equipo favorito perdía, se ponía a llorar y a contarme historias sobre su padre. Entonces me lo llevaba a pasear por la ciudad, y mientras él seguía charlando y llorando, yo contemplaba a los vendedores de mejillones, que chutaban botellas de plástico vacías de un lado para otro con la vista clavada en el suelo, sin mirarse.

El padre de Bariş era un militar de alto rango del ejército turco. A partir de ahí, ya no quise conocer los detalles de la historia. Bariş se había escapado de casa e intentaba explicarme una y otra vez los motivos exactos de su huida, pero nuestros idiomas tenían muy poco en común y, además, no podía oírlo porque la ciudad era más ruidosa que cualquier otro lugar donde hubiera estado. Me quedaba embobado en las tiendas, donde podías encontrar despertadores de la Unión Soviética, pintalabios de Cuba, discos de vinilo de los años cuarenta y muñecas hinchables que nos miraban fijamente desde el techo con la boca abierta. Había imágenes de Che Guevara, de Hitler y de Lenin a partir de doscientas libras. El vendedor de una de aquellas tiendas nos contó a Bariş y a mí que se ganaba muy bien la vida, pero no porque le compraran alguno de esos trastos, sino porque los turistas tiraban al suelo las piezas de porcelana con sus mochilas al curiosear entre los abarrotados pasillos y él les cobraba lo que habían roto. Con el zumbido de Bariş en la oreja, recorría la ciudad y observaba a los hombres con trajes viejos y raídos que fumaban cigarrillos a ambos lados de la calle. Al anochecer, el humo se congelaba en el aire y parecía ámbar. Entonces tenía la sensación de que todo se quedaba en silencio, incluso Bariş.

Todo el mundo hablaba de un terremoto que tendría lugar muy pronto y, al mismo tiempo, no parecía interesarle a nadie. La fricción de las placas tectónicas se notaba a veces en los ferris. Me pasaba días enteros yendo y viniendo con el transbordador entre Kadiköy y Karaköy: Asia, Europa, Asia, Europa, salida del sol, sol, sol, puesta del sol, luces, luces y más luces. Mientras bebía té contemplaba las caras de la gente, que parecían de cera bajo los fluorescentes, y sus manos verdosas en el regazo. De tanto ir y venir me entraba hambre y me flaqueaban las piernas. Los chicos del puesto de castañas que había junto a la sinagoga pronto me conocieron, y cuando me veían llegar, como nunca les había robado nada y les caía bien, enrollaban cucuruchos de papel de periódico, los llenaban de los frutos marrones carbonizados y reventados por los lados y me los daban gratis.

La comida me guiaba a través de Estambul y me indicaba las estaciones del año. Todo se desdibujaba, pero la fruta y la verdura me decían en qué época estaba. Había lo que había, y si no encontrabas algo, quería decir que no era la temporada. Cuando llegué a la ciudad era plena época de sandías y cada día me comía media por la mañana y media por la noche. Desmenuzaba queso fresco sobre la pulpa y lo mezclaba todo hasta que se convertía en un puré rosa. De vez en cuando, Bariş me embutía un bocadillo de pescado que vendían los pescadores del puente cuyas cañas de pescar se tocaban por las puntas. Luego llegó la temporada de las ciruelas y yo las confitaba. No hacían falta demasiadas, tenía la olla que había robado, el azúcar se podía conseguir en todas partes y la masa negra no tardaba mucho en volverse lo suficientemente dulce y amarga. Untaba la

mermelada en el pan y les daba un poco a los chicos. Después llegó el tiempo de los caquis, que eran blandos y dulces, se deshacían como miel entre los dedos y me dejaban manchas en los pantalones y en la camiseta. Era complicado lavar la ropa sin agua corriente, pero los frutos sabían como si estuvieran confitados y estaban cubiertos por una piel firme, así que no podía quitarles las manos de encima. Luego llegó la temporada de los puerros y, cuando tenía ganas, añadía a la olla una zanahoria cortada a rodajas y **Bariş** y yo teníamos para dos días. Después llegó la época de las naranjas, que no era tan buena porque sabían a goma ácida y había que cortar la piel con un cuchillo para llegar hasta la pulpa. Luego llegaron los pomelos, que estaban desparramados por todas partes en el suelo del mercado, de modo que no tenía ningún sentido dejarlos allí. Y entonces llegó el frío.

La primera nevada que cayó dejó metros de nieve. Los chavales de las calles de **Tarlabası** construían figuras dando golpecitos en la masa blanca y les esculpían caras con sus navajas de mariposa. Cuando pasé por delante y quise ponerme a esculpir con ellos, me lanzaron la cabeza de un muñeco de nieve, que era dura como una piedra.

El mundo se volvió blanco y te quemaba los ojos. Los paraguas de colores de las trabajadoras sexuales de Balo eran lo único que se podía distinguir en las calles completamente cubiertas de nieve, sobre las que caían copos gruesos y peludos que desdibujaban los contornos de la ciudad. Yo caminaba pegado a las fachadas de las casas, andando a tientas unos cuantos milímetros por encima de la acera. Al meter la mano en el carro de uno de los vendedores ambulantes para quemarme los dedos con una mazorca de maíz hervida mientras él miraba a otra parte y ofrecía sus productos trinando como un pájaro, cogí algo sintético y fue entonces cuando comprendí que las palabras *ylbaşı süsü* se referían a los adornos de Nochevieja. Para mí, la última noche del año no significaba nada. Ni siquiera sabía cuándo acababan los días, así que por qué iba a importarme el cambio de año. Pero los chicos de la calle **Çikmazı** querían celebrarlo. Subí haciendo equilibrios las escaleras carbonizadas que llevaban hasta nuestro piso y allí estaba: un árbol de Navidad. Pregunté qué significaba aquello y me dijeron que lo habían traído ellos. Les dije que tampoco era necesario traer a casa todas las cosas que encontrarán en la basura y me contestaron que, en lugar de estar todo el día refunfuñando, podría contribuir en algo. Regresé a la calle Balo y me senté junto a Deniz. Tenía la cara larguirucha y torcida a partir del labio superior. Ella era la que llevaba los zapatos más altos de todos, con unas plataformas a rayas blancas y azules.

«¿Y tú cómo celebras el Año Nuevo?», le pregunté. Se rio. La encía le asomaba por el hueco grande que tenía entre los incisivos. Me entraron ganas de besarla. «¿No hace demasiado frío para que estés aquí sentada en la nieve con minifalda?» Continué acribillándola a preguntas al ver que no contestaba.

Me cogió la mano y se la puso debajo del culo. La falda parecía de plástico líquido y noté sus nalgas a través de ella.

«Estás en un país que no tiene nada que ver con los abetos, llegas a casa y te encuentras ese espantapájaros en la habitación», dije para mis adentros. Y seguí hablando. De repente no podía parar. Creo que también dije algo sobre mi familia, sobre agujeros de quemadura en alfombras turcas. Deniz apoyó la cabeza en mi hombro y pude oír el crujido de su peluca.

Volví hasta el vendedor ambulante que trinaba, le compré algo de *yılbaşı süsü*, le llevé a Deniz una gruesa guirnalda dorada, se la puse alrededor del cuello y los chicos tuvieron su confeti y sus espumillones plateados. En Nochevieja bailaron en círculo dando palmadas, Barış lloró y, como cosa excepcional, habló de su madre, y yo me tumbé en mi colchón y me mordí el dorso de la mano.

Sobreviví a mi primer invierno en Estambul porque antes de irme a la cama comía pan con azúcar: gruesas rebanadas de pan de harina de trigo con una capa de mantequilla y totalmente cubiertas de azúcar. Y también porque Barış consiguió un calefactor y lo puso junto a nuestros colchones. Los demás chicos a veces lo desenchufaban para cocinar, porque la luz pinchada no daba para las dos cosas a la vez, luego se olvidaban de volver a enchufarlo y yo me despertaba empapado en sudor frío como si me hubiera lanzado al Bósforo vestido. Entonces me sentaba con la espalda apoyada en la ventana tapiada y comía pipas de girasol hasta que la sal me adormecía las papilas gustativas.

Salía de casa, me quedaba en la entrada y veía a Ali vagar por la calle, pasando a toda prisa por delante de mí como un erizo moviéndose sobre la nieve. Otras veces la veía sentada en los peldaños de la escalera calcinada, comiendo pipas de girasol con la mirada perdida, como yo, y, en una ocasión, alzó la vista para mirarme y me preguntó: «¿Dónde estás?», pero yo no lo sabía. Miré el dorso de mi mano izquierda, donde tenía escrito en bolígrafo, entre el índice y el pulgar: «Estambul». Alargué mi mano hacia ella, con los dedos abiertos, para que pudiera leer el nombre, pero para entonces ya había desaparecido.

Todo se fue al traste cuando mi padre se tiró por el balcón una noche de borrachera. ¿Se puede saber quién hace algo así hoy en día? De entre todos mis parientes del Ejército Rojo, incluidos los que habían vivido la Shoá y la Perestroika, él fue el único que no murió de muerte natural, sino de muerte vergonzosa.

Cuando murió, detuvieron el tiempo. No me refiero a fuerzas sobrenaturales, sino a mi madre y a mi hermana. Yo vi cómo lo hicieron con sus propias manos. De la noche a la mañana, se les petrificaron los rostros, se les secaron los labios y las pestañas se les cubrieron de mucosidad. Se comportaban como si mi padre hubiera dejado un vacío, lo cual me resultaba extraño porque no sabía que hubiera llenado algo hasta entonces, sino que siempre había pensado más bien lo contrario, que nos había impedido respirar, pero, de repente, ellas hacían como si hubiera una pérdida que llorar y aquel duelo las sumía a ambas en una muerte en vida. Los remordimientos sumergen a las personas en una muerte de lo más peculiar.

La cosa no sucedió justo después del divorcio y por eso tampoco entendía por qué todos nosotros debíamos sentirnos culpables de su muerte, pero ya se sabe que un judío no toma ningún remedio contra el dolor porque entonces el dolor podría desaparecer, por lo que carecía de sentido discutir o explicárselo y cualquier espacio donde nos moviéramos a partir de ese momento estaría lleno de culpa.

Tras el divorcio quedó claro el reparto de papeles: Ali cuidaría de papá y yo de mamá. Pero después de que papá se tirara del balcón en aquella fiesta, Ali estuvo semanas fuera de combate, sin comer ni hablar, y cuando hablaba, yo deseaba que no lo hubiera hecho. Entonces pensé que lo mejor sería que, a partir de entonces, Ali se dedicara a cuidar de sí misma y yo me dedicara a cuidar de mamá, así que me fui a vivir otra vez con ella. No es que lo tuviera planeado desde el

principio: no tenía ninguna intención de dejar mi habitación en casa de Larissa, pero tampoco quería contárselo porque no me interesaba en absoluto su cara de no entender nada y de «todo irá bien», así que hice la maleta, me fui a casa de mamá y le dije que, desde ese día, cada mañana y cada noche le prepararía té negro con mermelada y se lo llevaría a la cama. Ella se rio, pero realmente no tenía buen aspecto con todos aquellos surcos en la frente. Se pasaba el día diciendo tonterías para sus adentros: que no debería habernos llevado allí, que ella tenía la culpa de todo, que eso era lo que había conseguido. Luego decía que emigrar mata, lo cual sonaba como la advertencia de un paquete de tabaco: «Emigrar perjudica gravemente su salud y la de los que están a su alrededor». Queda claro. Yo procuraba meterle en la boca tantas galletas con mermelada como podía y le ponía la manta eléctrica al máximo para que el calor la hiciera volver a dormirse enseguida sin que tuviera tiempo para pensar.

De vez en cuando hablaba de una chica no judía de quien, al parecer, papá había estado enamorado. Yo le preguntaba si se refería a la mujer con la que estaba en aquella fiesta de la que ya no salió por la puerta, pero ella negaba con la cabeza y hablaba sobre una muchacha de cabellos largos y rubios a la que papá había querido antes de que él y mamá se conocieran. Decía que nunca debería haberse interpuesto entre ellos, porque aquel había sido el gran amor de papá y ella le había arruinado la vida, así que ella lo había matado. Nunca lo había querido y eso significaba que era incapaz de querer a nada ni a nadie, que era un animal, un monstruo, mientras que mi padre, el bueno de mi padre, se había portado muy bien con ella: nunca se había ido de putas y siempre había traído el dinero a casa. Yo le ponía el brazo sobre los hombros y ella se echaba a llorar, pero de manera que no la viera. En nuestra familia siempre se llora hacia dentro: el llanto es una ducha interior que limpia los pulmones. Si alguien nos sujeta, puede ser que el busto nos tiemble un poco, pero no tiene por qué.

Tuve claro que aquello iba para largo y que mi madre tardaría en volver a tenerse en pie, así que me instalé definitivamente en su casa, le dije a Larissa que no sabía cuándo iba a volver y entonces me encontré bajo el dominio absoluto de dos mujeres a la vez: mi madre y su cocinera. La una pagaba a la otra para que no me faltara de nada y pronto volvió a irse al trabajo antes de que amaneciera y a regresar cuando ya había oscurecido. Cuando llegaba a casa, me daba un beso en la frente, se sentaba a mi lado en el sofá, me cogía la mano y entonces parecía tener todo lo que se puede desear en el mundo. Yo me olvidaba del té con mermelada, y quizá habría podido hacerme la comida yo mismo, pero para qué, si me servían los *oladi* con kéfir en la cama. Así que me quedaba en el sofá, sujetando con una mano el mando de la tele y con la otra la mano de mamá, que se acurrucaba junto a mí. Para poder verla durante el día, le llevaba flores al trabajo y me iba a comer con ella en su pausa del mediodía. Los domingos íbamos a pasear por el mercado cogidos de la mano. Mi madre no me permitía que le comprara nada. De todas formas lo habría pagado con su dinero, pero pensaba que el gesto era lo que contaba. En cambio, ella siempre me compraba alguna cosa: castañas asadas o un nuevo cuaderno de notas. No llené ni siquiera uno, porque estaba demasiado ocupado tumbándome en el sofá, leyendo y charlando con la cocinera. Sophia me llegaba a la altura de las caderas, y con su vestido negro de estar por casa y la escoba con la que barría el piso ruidosamente, me recordaba a uno de los opríchniks de la novela que estaba leyendo, con la única diferencia de que ella no llevaba una cabeza de perro bajo el brazo. Hablaba conmigo sin coger aire y no paraba ni cuando salía del salón donde yo estaba echado en el sofá haciendo ver que leía a Sorokin. Simplemente subía el volumen y el sonido Dolby

Surround de su voz me retumbaba en el cerebro:

—¡Antón, Antón, deberías comprarte ropa decente de una vez por todas! ¡Tu madre se avergüenza de salir a la calle contigo!

—¡No soy su marido! —le contesté yo esa vez gritando a través de cuatro paredes.

Entonces Sopha soltó una carcajada tan fuerte que me pareció que la tenía encima. La cabeza de perro imaginaria también se reía.

Un día fui al baño, miré la ropa que llevaba puesta, luego me desnudé, me coloqué delante del espejo y me di la vuelta. Solo hacía unas semanas que me había ido a vivir allí y mi barriga ya empezaba a sobresalir por encima de la goma de los calzoncillos. Vi a mi padre. Intenté imaginármelo tirado sobre el charco de su sangre y sus meados, en un barrio de las afueras de alguna ciudad del sur de Alemania, rodeado de abetos en el patio del edificio de ocho pisos del que acababa de caer sobre su barriga gorda y sebosa, y supe que debía cambiar de vida inmediatamente.

No sabía qué hacer, pero sabía que tenía que encontrar a Ali y que entonces todo se arreglaría. Tan pronto como la mirara a la cara algo haría un clic y las cosas se solucionarían.

La busqué por todos los bares por donde solía dejarse caer e incluso fui a su club de boxeo, donde me encontré a su entrenador, que me miró de un modo extraño; seguramente, al principio debió de confundirme con ella; cuando le pregunté por mi hermana, dijo que él tampoco sabía nada, pero que, cuando la viera, le dijera de su parte que no volviera a aparecer por allí. El piso de Ali lo dejé para el final. La encontré en casa tumbada en su colchón, perforándolo hasta el suelo con los omoplatos y mirando fijamente al techo.

Volvió la cabeza hacia mí y sonrió. Tenía la cara totalmente apagada, como si estuviera cubierta de papel secante. Me senté a su lado con las piernas cruzadas y nos estuvimos mirando un rato, hasta que alargó el brazo, me atrajo hacia ella, metió las manos en las mangas de mi jersey y enlazó sus pantorrillas con las mías. Apoyé la cabeza contra su pecho plano y no supe si me empapaba la frente de lágrimas o de babas. Nos quedamos mirando al techo. Ella me contó algo sobre las estrellas y me preguntó si recordaba las tardes en Volgogrado en que Daniil nos dejaba en el planetario y quién sabe adonde iba. Yo recordaba que al principio no paraba de lloriquear porque creía que nos había abandonado, hasta que me dormía por el agotamiento. Cuando volvía a abrir los ojos, Ali seguía allí sentada mirando con la boca abierta las lucecitas de la cúpula que había sobre nuestras cabezas. Por las noches me sacaba de quicio hablando de las constelaciones: el Cinturón de Orion, el Unicornio, el Can Menor, la Osa Mayor, el zoo entero. Se las sabía todas y Daniil le acariciaba la cabeza con orgullo.

La barbilla de Ali me hacía cosquillas en el cuero cabelludo. Murmuró algo sobre la constelación del Auriga. Yo clavé los ojos en el techo blanco de la habitación en busca de imágenes y entonces la cara de Daniil se abrió paso a través del estuco, seguida por las caras de todos los demás. Olí el cuello de Ali, me arrastré hacia arriba hasta quedar a su altura y apreté la punta de mi nariz contra la suya. Su cara se derritió.

—¿Recuerdas que de pequeños siempre nos preguntábamos cómo funcionaba eso de besarse con las narices en medio?

Tenía las pupilas casi tan grandes como los globos oculares y me pregunté qué se habría metido. La besé.

Sus labios estaban fríos y tenían un sabor amargo. Era como si estuviera besando metal. Al

principio no se movió pero, de repente, su mirada se volvió clara y el color violeta rodeó el negro de sus pupilas. Parpadeó un par de veces y contuvo la respiración. Volví a besarla y noté que sus dedos se clavaban más profundamente en mis antebrazos y me hacían daño. Me deshice de sus manos, me quité el jersey y le quité el suyo a ella. Llevaba los pechos vendados, como en el boxeo. Apretó mi cabeza contra su vientre, me agarró por los rizos y restregó mi cara por encima de su ombligo como si fuera un pincel grande. Me olió. Su ombligo desprendía un suave olor a leche y pensé que era mío.

Le quité los pantalones. Tenía líneas blancas en las uñas de los pies. Metí la lengua en cada uno de los espacios que había entre ellos. Se incorporó de golpe, me miró muy despierta, me apartó de una patada que me hizo caer de espaldas sobre el suelo de parqué, se sentó encima de mí y se inclinó sobre mi pecho. Yo quería deshacerle el vendaje, pero me agarró por las muñecas y me apretó los brazos contra el suelo, me recorrió la nariz con los labios abiertos, me chupó las cejas, me mordió el lóbulo derecho y tiró de él con los dientes. Luego me fue recorriendo el cuerpo hacia abajo dándome mordiscos. Me soltó las muñecas, me clavó los dedos en las caderas y me puso boca abajo. Yo respiraba por la boca sobre las ranuras del parqué. Me lamió la corva de las rodillas y después noté sus manos entre mis nalgas, sus dedos dentro de mí. Me los metía cada vez más adentro y más deprisa. La agarré por los cabellos y tiré de ella hacia arriba. Su pelvis empujó su mano aún más hacia dentro de mí, mientras la tela del vendaje me frotaba los omoplatos. Quise decir algo, pero apretó mi cabeza con la suya hacia abajo, aplastándome la nariz contra el suelo, de modo que solo podía respirar por la boca. Yo jadeaba y ella soltaba el aire entre los dientes sobre mí.

Me giré, la cogí por los muslos y tiré de ella hacia arriba, por encima de mi vientre, por encima de mis hombros, hasta la altura de mi cara. La agarré con fuerza, le recorrí los labios de la vulva con la punta de la nariz y le metí la lengua. Ella echó la cabeza hacia atrás y tensó las piernas mientras yo le arañaba la espalda. Luego se inclinó hacia atrás, me buscó la polla con la mano, se dio la vuelta sobre mí y se la puso en la boca. Sus labios seguían estando fríos. Apreté mi cara entre sus piernas y le lamí el coño hasta que echó la cabeza hacia atrás y empezó a gritar. Gritó y gritó, se desplomó sobre mi vientre y mis muslos, golpeó el suelo con la barbilla y me pareció que había dejado de respirar.

Nos quedamos tumbados sobre las tablas del suelo, que ya volvían a estar frías. Ali dibujaba constelaciones con las uñas sobre mi hombro. Todavía llevaba el vendaje en los pechos. Yo estaba desnudo y busqué con el pie una sábana para taparnos. Me incorporé y miré la habitación vacía, que de repente parecía no tener paredes, ni techo, ni colchón ni ventana, nada que pudiera coger, abrir o cerrar. Me giré hacia Ali y quise preguntarle algo, pero no sabía el qué.

—¿Tienes maría?

Hicimos un submarino en la habitación. Parecíamos dos erizos en la niebla arropándonos para pasar el invierno, y a través de aquella niebla lo vi todo con absoluta claridad.

Hice las maletas, dispuesto a marcharme a algún lugar. Creo que quería ver lo lejos que podía llegar. Fui a dedo hasta Maribor, Zagreb, Nis y Skopje, con el objetivo de no tener ningún objetivo, y quizá llegar hasta Nueva Zelanda, donde vivían unos amigos míos que cultivaban hortalizas y tenían niños, un montón de niños; pensé que podría hacerles de canguro porque me

encantan los niños, sobre todo cuando son muy pequeños; pensé que podría quedarme allí hasta que me volviera a salir pelo en la cabeza. Quería estar en algún sitio donde no supiera nada, no entendiera nada y no conociera el idioma, y donde el par de amigos que hablaran mi lengua estuvieran callados. El dinero me alcanzó hasta Estambul.

Una vez allí, me pasaba la mayor parte del tiempo en los bares del bulevar Tarlabası, me arrimaba a los chicos, y cuando ya no eran capaces de pensar en nada más que en mis labios húmedos junto a su oreja, les metía la mano en el bolsillo y les birlaba la cartera, el móvil o ambas cosas. Parece mentira lo mucho que la gente deja que te le acerques para notar un poco de aliento cálido debajo del lóbulo.

En Tarlabası siempre vendía los teléfonos a buen precio y, al cabo de un tiempo, incluso me pude permitir alojarme en el Büyük Londra, simplemente como diversión, porque quería vivir a toda costa en aquel ataúd de la época colonial y porque Bariş lloraba demasiado y yo estaba hasta las narices de aquellas deprimentes historias sobre su padre. Además, quería ducharme con agua caliente y jabón, así que crucé tranquilamente la pesada puerta de cristal del Gran Hotel de Londres y tiré mi dinero sobre el mostrador. No pude evitar esbozar una sonrisa al ver las cenefas doradas del papel pintado. El recepcionista me miró como si pensara que le estaba tomando el pelo, yo lo miré exactamente del mismo modo y llegamos a un acuerdo. Las habitaciones no eran tan caras como había esperado: setenta liras la noche a cambio de pasar un poco de miedo en el pasillo y dormir entre edredones que olían a cerrado. Me parecía justo. Es increíble lo rápido que el agua caliente cambia tu percepción del mundo.

Después de pasarme una hora sentado bajo la ducha chapoteando como un niño de tres años, bajé por las escaleras de mármol hasta el vestíbulo, con los cabellos goteando sobre la alfombra de color rojo burdeos. Los sofás y los sillones me recordaban a los que había en casa de mis bisabuelos: eran igual de deformes, exagerados y cómodos. Acababa de sentarme cuando, en un rincón junto a la ventana, vi algo que se movía dentro de una jaula que era tan grande como yo. Me acerqué al pájaro, sus garras en forma de raíces se arrastraron hacia mí en la oscuridad, apreté la nariz contra los barrotes, él acercó el pico, vi que la cera de la base estaba encallecida, el pico se abrió de golpe y de él asomó una pequeña lengua en forma de gusano. Abrí la boca e hice un ruido con la garganta, con la esperanza de que nos entenderíamos, pero el loro solo me miró, dio media vuelta y trepó como un rayo por la escalerilla hasta la cúpula de la jaula.

Deambulé por el vestíbulo y probé los teléfonos que estaban colgados uno junto a otro en la pared de ladrillos, pero no había señal, eran solo de decoración. Enfrente había un par de mesas con ordenadores y, en una de ellas, una chiquilla luchaba ruidosamente contra todo un pueblo mientras soltaba tacos en voz baja. Me detuve delante de la gramola y vi que en el botón para ponerla en marcha había escrito en alemán: «Ahora está escuchando». Me entraron unas ganas irrefrenables de poner un disco. Podías escoger entre canciones como *Green, Green Grass of Home, Let's Twist Again, Ben Buyum o Drei Matrosen aus Marseille*. Me quedé allí pasando los dedos por los botones, hasta que me di cuenta de que el recepcionista debía de llevar un buen rato mirándome fijamente y seguí andando.

Había una tarántula expuesta en una urna de cristal y me pareció que me observaba. En medio de la sala había dos motos, una BMW y otra que no supe identificar. Delante de un espejo había un enorme perro pug de porcelana que llevaba un sombrero de *cowboy* y que me recordó vagamente a

papá. Encima de él crecían flores de plástico rojas. Me contemplé en el espejo, que ocupaba toda una pared: llevaba mi única camisa blanca, tenía las manos en la espalda y pensé que lo había conseguido.

En ruso diríamos que quería sentirme como un blanco. «Как белый человек», decía siempre mi madre: «Anda, ponte otra almohada y dormirás como un blanco», «Haz el favor de vestirte como un blanco. Aquí tienes una camisa limpia». Y ahí estaba yo. Me había ido de casa, me había marchado muy lejos, me hospedaba en el famoso Gran Hotel de Londres y llevaba una camisa blanca.

Durante el día dormía envuelto en el olor a cerrado del Londra y las noches las pasaba en la terraza. Nunca me cansaba de contemplar las vistas: el Bósforo negro, la Mezquita Azul bañada por la luz dorada, los incontables *gecekondus*. La luz se derramaba sobre el Cuerno de Oro como el jugo de una granada desangrándose. El barman, Feit, me contó que los japoneses querían comprar aquella cloaca y limpiarla para devolverle su antiguo esplendor, pero entonces les pertenecería para siempre, se convertiría en un Cuerno de Oro japonés. Naturalmente, eso no se podía permitir, era preferible que la cloaca siguiera siendo una cloaca. «No se te ocurra nadar ahí o saldrás sin piel». Yo asentí. Luego me contó que se rumoreaba que el recepcionista era de la otra acera. Aquel pensamiento parecía estremecer a Feit. Mientras me contaba todo eso, yo contemplaba a unos cuantos hombres mayores que miraban el interior de sus vasos con los ojos enrojecidos. La mayoría eran alemanes. Parecía que el hotel fuera un punto de encuentro para la gente de la tercera edad que se hartaba de Berlín. Me acerqué con descaro a uno de ellos, que al principio me tomó por turco y enseguida me agarró el culo. Luego se alegró de que hablara su idioma y me puso la mano en el pecho. Yo me incliné hacia él y le hablé de la belleza de la luz derramándose sobre las montañas, de las granadas y de todo eso, y después pasé al ruso. Cuando no me cupo duda de que estaba a punto de correrse, le puse la mano en el cinturón y la deslicé hasta la cartera que llevaba en el bolsillo. Entonces me di cuenta de que Feit nos observaba. Saqué la cartera igualmente y, más tarde, fui hacia Feit, le puse el dinero en efectivo sobre la barra y le propuse que fuéramos a medias. Sin dejar de mirarme, se guardó el fajo de billetes entero y me dijo: «Lárgate».

Así que me marché.

Volví a la calle Çikmazı, miré a los chicos, los espumillones plateados que aún colgaban de las paredes desconchadas y las mejillas hundidas de Bariş y decidí buscarme un trabajo. Pensé que quizá podría ahorrar algún dinero y alquilarme algo. Lo intenté como limpiabotas. Uno piensa que los limpiabotas se pasan el día sentados en alguna esquina buscando con la mirada zapatos de piel sucios, pero no es así, sino que recorren toda la ciudad, eligen a sus clientes y les toman el pelo, mientras estos sostienen el mapa de la ciudad arrugado y empapado en sudor sin enterarse de nada. El truco funciona así: recorres las calles con un cesto, una caja o cualquier otra cosa que sirva para que tus clientes pongan los zapatos encima. Algunos profesionales tenían aquellas cajas de latón tan bonitas, con incrustaciones doradas y una plataforma para colocar el pie, que conseguían que los turistas se sintieran «como blancos». Yo, por el contrario, nunca fui un profesional en nada, de modo que lo intenté con una simple caja de madera. Así pues, pasas por delante de alguien, preferiblemente con zapatos de piel cerrados, y dejas caer uno de los cepillos de la caja de limpiabotas que llevas bajo el brazo. Por descontado, sigues andando como si no te

hubieras dado cuenta. Siempre hay alguien que se detiene, alguien que se compadece del pobre limpiabotas que sigue su camino sin sospechar nada y que quizá sin aquel cepillo ya no podrá trabajar para alimentar a su familia. Recogen el cepillo e incluso corren detrás de ti, gritando en todas las lenguas: «¡Por favor, espere!», «*Veillez patienter!*», «*Warten Sie!*»; te dan el cepillo y tú, con la frente brillante y los ojos brillantes, te ofreces a limpiarles los zapatos como muestra de agradecimiento, insistes en ello —«*I insist!*»—, simplemente tienes que hacerlo, por tu honor y por el honor de tu padre, tienes que limpiarle los zapatos a esa persona allí mismo, y lo haces tomándote todo el tiempo del mundo, mientras les tocas la fibra sensible con historias sobre tu familia pobre que vive en el pueblo y tu madre enferma de muerte. Me pregunté una y otra vez por qué me compraban a mí, un caradura ruso-judío de Alemania, aquellas historias sobre mi supuesta familia, hasta que comprendí que a la gente se le puede vender cualquier historia. Todo el mundo quiere escuchar historias. Y tú dejas que te paguen por ellas. Las historias familiares trágicas se venden especialmente bien.

Me planteé venderme el pasaporte, lo único que me quedaba de valor. El dinero que sacara no bastaría para llegar hasta Nueva Zelanda, pero hasta Grecia tal vez sí. ¿Y qué haría en Grecia? Lo mismo que en Turquía. Luego pensé que podría continuar hacia el este del país para unirme a la guerrilla, aprovechando que volvía a haber guerra. Después pensé que debería encontrar a una mujer rica y casarme con ella, para que me acogiera en su casa y no tuviera que preocuparme por nada nunca más: tomaría una ducha caliente cuatro veces al día y, entre una y otra, le daría masajes en los pies; eso es todo lo que haría.

Me estaba debatiendo entre pensamientos de esa clase cuando Ílay me pescó en uno de los bares de la calle Mis. Ya la primera noche dejó claro que él no era gay. «Claro, ninguno de los que estamos aquí lo somos —dije yo—. Lo que pasa es que nos sentimos solos».

Su piso estaba en un edificio de fábricas en Osmanbey. La planta de abajo estaba llena de máquinas de coser: una familia entera, unos veinte hombres y mujeres, dándole a los pedales. Las agujas golpeaban sobre la tela al compás de mis gemidos. Ílay siempre era de lo más silencioso y tenía que taparme la boca, porque generalmente follábamos durante el día y por las noches íbamos de bares y raras veces volvíamos a casa antes del amanecer. Hay no quería complicaciones, así que me tapaba la boca con la mano mientras me penetraba con fuerza una y otra vez y yo decía entre sus dedos: «Ílay, creerán que son gritos de gaviotas».

Todo olía a humedad: su casa, las escaleras, la puerta de entrada contra la que me apretaba mientras buscaba las llaves, su ropa, su piel, los pelos que le crecían en la barbilla, el vello alrededor de su polla, que ya era blanco. Probablemente yo también olía a humedad tras los meses de otoño e invierno, en los que el frío se nos había pegado a todos, pero no podía notar mi propio olor, y cuando llegó el verano y nos descongelamos, ya había dejado a Ílay.

La primera noche en el bar, Ílay no paró de pedir bebidas. Al final me mareé, me agarré a él y dije que tenía que comer algo, así que me llevó al café Bambi, en la esquina con la avenida İstiklal, y cuando mordí el *dürüm* y vi con qué ojos me miraba, me dio un ataque de risa. Parecía un gato gordo con bigotes. A la mañana siguiente, cuando me desperté al lado de Ílay, al principio no

estaba seguro de en qué clase de cuchitril me encontraba. Hacía un frío de mil demonios. El sentido de una casa es que puedas despertarte en un ambiente cálido. Delante de las ventanas había grandes cuadros con la pintura mirando hacia fuera, hacia el patio trasero. La luz se filtraba a través de las capas de pintura de los lienzos, inundando de colores la habitación. Olía a petróleo. El hombre que dormía junto a mí tenía la espalda peluda, respiraba profundamente por la boca y su nariz hacía ruidos como una puerta mal engrasada.

En realidad no vivía en un piso, sino en un atelier: por todas partes había pintura y recortes de revistas de tendencias cortados con esmero y precisión y repartidos en grandes pilas sobre una mesa plegable. Había tubos de pegamento abiertos esparcidos por el piso y pasta de dientes mezclada con óleo. Me arrodillé para mirar los *collages* que tenía en el suelo y, al hacerlo, me di cuenta de que todavía estaba mareado. Me puse sus zapatillas de estar por casa y eché una ojeada a los libros de la estantería: prácticamente todos eran de Thomas Bernhard y Oğuz Atay. Vaya, pensé, y busqué el cuarto de baño, pero no había, era solo un trastero con un cabezal de ducha sobre la taza del váter. Por lo visto, había que ducharse sentado en el váter. En el lavamanos había ceniza de cigarrillo y, en el espejo oxidado de encima, vi que el gato dormido me había dejado un chupetón azul violáceo en el cuello. No me habían hecho ninguno desde los dieciséis años.

Apoyé en el espejo la cabeza, que me palpitaba llena de raki, y escuché mi respiración. Ya me parecía oír el estertor de mis pulmones cuando comprendí que los ruidos, semejantes a arrullos de palomas, venían de la pared. Puse la oreja contra el muro húmedo, que tenía el tacto de un hongo: alguien o algo se movía ahí detrás, alguien o algo pequeño. Las ratas no arrullan, pensé, y tiré de la cadena. Al cabo de unos días, Ílay me contó que las palomas anidaban e incubaban los huevos en el espacio que había entre las paredes, y a partir de entonces me preocupaba cuando no oía ningún ruido detrás de la pared y daba unos golpecitos hasta que me contestaban. Entonces les respondía con un arrullo y tiraba de la cadena como despedida.

Pero aquella primera mañana, el piso se me antojó un mundo de cuento de hadas: nada parecía tener sentido, no sabía lo que me encontraría al entrar en las habitaciones, si se volverían más estrechas y los techos más bajos, si acabarían en punta o si simplemente se esfumarían. Y eso no se debía solo al raki.

Entretanto, Ílay se había levantado, y encendió una estufa de seta como esas que hay delante de los cafés para calentar a los fumadores. Estaba en el centro de la habitación pero, en medio del desorden colosal, no la había visto. Me arrastré enseguida debajo de la espiral candente y mis cabellos empezaron a crepitar como si hubiera metido los dedos en un enchufe. Costaba respirar bajo aquel chisme, pero no tardabas en entrar en calor y enseguida me ardieron las mejillas.

Ílay trajo *chai* y huevos revueltos con *pepperoni* y tomate en una pequeña sartén de color latón y se sentó frente a mí en silencio. Lo engullí todo como una aspiradora y reprimí el impulso de lamer los bordes de la sartén. Durante todo el rato, Ílay me observó con las piernas cruzadas y un cigarrillo entre sus gruesos labios, y habría podido jurar que le salían bigotes en las comisuras de la boca. Cuando hube terminado, me empujó contra la estantería de libros, me bajó los pantalones y se tragó mi polla de una manera que casi me dio miedo, mientras Thomas Bernhard nos contemplaba.

A menudo me quedaba tumbado en su cama mirando las casas de enfrente. Cada mañana y cada mediodía, las mujeres se asomaban a las ventanas y se inclinaban hacia abajo como si fueran

a tirarse de cabeza al agua, descolgaban las alfombrillas de baño raídas del tendedero, sacudían alfombras y mantas y el aire se llenaba de hilos blancos que parecían semillas de un enorme diente de león. Una de ellas lanzaba cada día una bolsa de plástico cerrada al tejado de enfrente, que quedaba más abajo que su ventana, la bolsa se reventaba con el golpe y llovía pan seco sobre las tejas. Entonces venían las gaviotas y picoteaban el tejado hasta dejarlo vacío.

De vez en cuando, un hombre subía al tejado lleno de trozos de pan y ahuyentaba con un palo largo a las gaviotas, que se ponían a chillar y a dar vueltas a su alrededor mientras él aprovechaba para lanzar miradas furtivas a nuestra ventana. Una vez me asomé desnudo, me encendí un cigarrillo y le devolví la mirada. Ílay me apartó a rastras y puso un lienzo delante de la ventana. Sus cuadros eran sus cortinas: lo resguardaban de las miradas maliciosas. Cuando me agarró para apartarme, vi una hormiga descendiendo por su oreja. En el piso había hormigas por todas partes: desde las hojas de la palmera datilera pasaban a los libros y desde allí se me metían en la ropa y en el pelo. A veces pensaba que anidaban bajo mi piel, se paseaban por ahí a sus anchas y se reproducían sin parar. Cada mañana me peinaba para sacármelas del pelo y caían en el lavamanos, sobre los montoncitos de ceniza que dejaba Ílay.

Ílay fumaba casi siempre. Fumaba en la cama, fumaba en el lavabo. Fumaba cuando me leía en voz alta mientras yo intentaba lavarme y tiraba la ceniza allí donde estuviera. Fumaba cuando me preparaba *menemen*. Con el pitillo en la comisura de los labios, cortaba cebollas y, si lloraba, era porque se le metía en los ojos el humo del cigarrillo. Fumaba mientras me cortaba el pelo. E intentaba seguir fumando cuando yo lo besaba.

Él me gustaba y yo le gustaba a él. Pintaba mucho, cuando no estaba leyendo: se tumbaba en el suelo, mezclaba los colores con pasta de dientes y lanzaba recortes sobre los lienzos. Le pregunté si quería pintarme, pero dijo que no. Por las mañanas apoyaba mi cabeza en su hombro y me acariciaba el pecho mirándome a los ojos. Una mañana me preguntó si me apetecía recorrer con él la costa del Egeo. Allí el tiempo era cálido, mucho más cálido y soleado que en la ciudad, y estaba hasta las narices de sentarse bajo la estufa de seta en Osmanbey y pasarse el día mirando las fachadas de las casas ruinosas de enfrente. «Hay que mirar el horizonte de vez en cuando. Si no, acabas mal de la cabeza», dijo.

Fue a ver a su galerista para que le pagara un anticipo y con el dinero compró una bolsa transparente para congelados llena de maría y dos billetes para Antalya, donde alquilamos un coche. El acceso al Olimpo, la montaña de los dioses, estaba cerrado, el coche se quedó atascado en el barro y, cuando intentábamos salir, el motor protestaba, así que nos quedamos allí fumando porros hasta que pasaron unos turistas *hippies* y nos sacaron.

Llegamos a Ka\$ al caer la noche y nos plantamos en la recepción de un hotel que me recordaba a mi infancia. La mujer que había detrás del mostrador se parecía al vigilante de la residencia para refugiados: la misma camisa, el mismo bigote. Nos miró, primero a Ílay y después a mí, y negó con la cabeza. Ílay se puso a discutir con ella y yo me di cuenta de que ya empezaba a entender las palabrotas. Antes de que la mujer pudiera llamar a la policía, tiré de la manga de Ílay y lo saqué a la calle, donde siguió soltando tacos y escupió en el suelo. Oí los graznidos de las cornejas sobre nuestras cabezas y miré hacia el cielo de color malva. Decidimos dormir en el coche, follamos como si se acabara el mundo y por la mañana nos lavamos entre las rocas de la bahía. Él me leía en voz alta mientras yo liaba los canutos.

En Fethiye me tumbó sobre los guijarros del Ölüdeniz, que en turco significa «mar muerto»,

aunque era todo lo contrario: las olas se abalanzaban sobre mí como si quisieran llevarme con ellas. El sol se posaba sobre mi barriga como un animal que me hiciera cosquillas. İlay estaba de pie junto a mí, mirándome. Durante un momento todo quedó en silencio, hasta que oímos los latigazos de los pescadores de caña que recorrían la orilla con sus botas de agua amarillas. Nos miraban de reojo mientras chasqueaban el aire con los sedales.

En Gümüşlük parecía que hubieran soplado las calles hasta dejarlas desiertas. En los *bakkal*, las tiendas de barrio, la cerveza de las neveras estaba tibia. Había farmacias tapiadas al lado de cajeros automáticos parpadeantes y letreros torcidos donde decía: WE SELL EVERYTHING. En Éfeso, İlay me empujó delante del templo de Artemisa, es decir, de lo que quedaba de él, y me dijo: «¡Vamos, canta algo!». Me coloqué frente a las ruinas, tarareé una melodía, me reí, chuté piedrecitas de aquí para allá y al final me puse a cantar cada vez más alto la única canción que me sabía en ruso: «Пора пора порадуемся на своем веку». Llegó el momento, llegó el momento de disfrutar del momento.

En Ayvalik bebimos zumo de granada recién exprimido en vasos de cartón donde ponía OKTOBERFEST y yo me probé un disfraz de Spiderman, estuve haciendo el tonto en el probador, levanté los brazos enfundados en las mangas de color azul y rojo e intenté trepar por la pared. İlay se rio y me habría comprado el disfraz si yo no lo hubiera sacado de la tienda.

Parábamos en la cuneta a contemplar los rebaños de ovejas y a mear. En una ocasión nos detuvimos en un apartadero donde había animales de peluche desparramados por todas partes: asnos y liebres en envoltorios de plástico con un lazo en un lado. Me incliné para olfatearlos y a través del plástico me llegó olor a detergente. Cogí un asno rosa y lo miré a los botones que le hacían de ojos, pero no pude llevármelo porque İlay dijo: «Quién sabe lo que significa todo esto».

En Çanakkale nos quedamos de pie delante del cadáver de madera del caballo de Troya, agotados de tanto viajar, charlar y follar. Tuve la sensación de que me flaqueaban las piernas. Era el mismo mareo que tenía después de pasarme horas en el ferri. Miré a İlay. Él no me miró pero sus bigotes se movieron. Entonces dijo: «Antón. Quédate conmigo. ¿Vale?».

No dije nada. ¿Qué podía decir? Volví a mirar el caballo que teníamos enfrente.

A partir de entonces, nos pasamos el resto del viaje de vuelta a Estambul prácticamente en silencio. Solo una vez intentó mantener una conversación, pero yo no tenía ganas de hablar y le contestaba con monosílabos, hasta que de repente se puso a gritar que no tenía ningún derecho a tratarlo de ese modo porque, al fin y al cabo, él se desvivía por mí, y yo le respondí también a gritos que me dejara en la cuneta inmediatamente, abrí la puerta con el coche en marcha y él dio un frenazo. Su cabeza parecía un músculo palpitante.

Y luego llegó el verano y la gente bailaba en el parque en Osmanbey. Eso me dijo İlay: «Hay gente bailando en el parque. Vamos a echar un vistazo». «Sí, ahora vamos», dije y tiré de él para que se metiera en la cama. A la mañana siguiente ya había gas lacrimógeno en el piso y jaleo en la calle. Asomé la cabeza por la ventana: la gente golpeaba ollas y cubos y se veían pancartas por todos lados.

Salimos y volvimos a entrar enseguida porque no podíamos parar de toser.

Yo ya conocía el olor del gas lacrimógeno de mi época en la residencia para refugiados. En

una ocasión, un par de chicos y yo conseguimos un poco y lo lanzamos al sistema de ventilación: el edificio entero se puso a llorar y una abuela del tercer piso estuvo a punto de saltar por la ventana.

Cogí una bufanda, me envolví la cara con ella y salí otra vez a la calle seguido por Ílay. El fuerte olor nos escocía en la nariz. Nunca entendí por qué la gente se presionaba medio limón contra las sienes y se echaba leche a los ojos. Eso fue antes de que todo el mundo corriera de un lado para otro con mascarillas, aunque tampoco servían de nada. Algo explotó como un géiser, un chorro de vapor blanco y espeso salió disparado hacia el cielo y la gente empezó a correr atropelladamente, con los ojos como fieras, igual que una manada en estampida. Un batallón entero de policías completamente encapuchados avanzaba como una apisonadora entre la muchedumbre, golpeando todo lo que se movía. La gente gritaba, el sudor del miedo desprendía un olor aún más amargo que el de la acetona que inundaba el aire, y cuando la policía se abalanzó sobre nosotros, Ílay echó a correr.

Ya me había fijado en que tenía los ojos desorbitados y entonces vi cómo huía saltando, con los brazos moviéndose en todas direcciones, y en ese momento tuve claro lo mucho que me repugnaba: su piso que olía a hongo, los pelos blancos alrededor de su polla, los párpados pesados —que nunca conseguía abrir del todo— de tanto fumar porros. Me tumbé en el suelo y escuché cómo temblaba la tierra. No pensaba volver con él. Era verano y podía dormir en el parque. Y después... me daba igual dónde acabara durmiendo. Ni siquiera estaba seguro de que hubiera un después. No tenía por qué.

A Ílay solo volví a verlo una vez más. Me pidió que quedáramos, estuvo lloriqueando hasta que le dije que sí, y mientras la ciudad entera libraba una revolución, él y yo estábamos sentados en un café lleno de cachimbas. Le dije que nunca olvidaría cómo había echado a correr y me había dejado solo en medio de un regimiento de personas que se pisoteaban las unas a las otras.

«¡Es que tengo asma! ¡Me habría ahogado con el gas!», vociferó, y entonces me di cuenta de que a mí eso me traía sin cuidado.

AGLAYA

Era imposible que Aglaya pasara desapercibida. En medio de una multitud con vaqueros cortos, camisetas ajustadas de colores chillones y largas melenas al viento, ella, con sus pantalones de traje de hombre con raya, sus tirantes sobre la camisa blanca arrugada y su sombrero negro, era un *clown* sacado de una fotografía en blanco y negro. La única nota de color eran sus cabellos rojos. Parecía tener dos dimensiones. Cuando la vi me quedé boquiabierto y quise decirle muchas cosas, pero, antes de saber cuáles, cayó muerta al suelo. En aquel momento aún no podía saber que no estaba muerta porque parecía estarlo: le salía sangre de las orejas, tenía la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta y la lengua fuera, retorcida como si fuera de plastilina.

Más tarde, los manifestantes llenaron la avenida İstiklal con su retrato, en el que aparecía su perfil en blanco y negro y una bandada de pájaros rojos le salía de las sienes, pero ese no era el aspecto que tenía en aquel momento. Un cartucho de gas la había alcanzado en la cabeza y por ese motivo se convirtió en el símbolo del movimiento, pero ella no supo nada de eso durante las semanas que estuvo en coma. Los grafitis permanecieron durante mucho tiempo en las calles laterales de Taksim y, a veces, cuando pasaba por delante con Aglaya, ella se detenía a mirarlos durante un buen rato y me daba la sensación de que se reía.

Las nubes de gas que nos rodeaban eran de color naranja. El sombrero de Aglaya había salido volando y parecía que la cabeza se le hubiera desprendido del cuerpo. La levanté del suelo y me dirigí hacia la salida del parque con ella en brazos. Entonces una chica calva que sacaba fuego por los ojos empezó a tirar de mí como una loca y a insultarme en ucraniano. Le contesté en ruso que hiciera el favor de quitarse de en medio, y más tarde nos entendimos en turco con los empleados del hotel donde dejamos a Aglaya en un sofá, la chica rapada sujetándola por la cabeza y yo por las piernas. El vestíbulo estaba lleno de rostros llorosos y de médicos o, al menos, de gente que curaba los rostros llorosos: vertían un líquido blanco sobre las cabezas de los heridos, como si los estuvieran lavando con leche. De no haber sabido que las personas tumbadas en los sofás, sobre las alfombras y en el suelo acababan de recibir una paliza, habría pensado que estaban rodando un videoclip. La chica calva se arrodilló junto a Aglaya y se puso a hablarle a su rostro de mármol reventado, que se había vuelto casi transparente. Al ver los hilillos de sangre azulados que le salían de las orejas pensé: es tan bonita... Y luego pensé: está muerta. Después

dejé de pensar y regresé al parque.

Me enteré del nombre de Aglaya por los periódicos. No es que leyera ninguno, pero reconocí su foto en uno de ellos mientras lo usaba para trocear sobre él el pescado. Su cara estaba completamente embadurnada. Encontré el hospital donde estaba ingresada y le llevé flores y un tasbih hecho de una piedra parecida a la turmalina que cambiaba de color. Mentí a las enfermeras diciéndoles que era pariente suyo. Me preguntaron si era su hijo y tardé un segundo más de la cuenta en contestar porque me quedé demasiado sorprendido por la pregunta. La mujer vestida con el traje blanco de enfermera me señaló la puerta de Aglaya con la cabeza, al mismo tiempo que la movía con desaprobación.

Me daba un poco de vergüenza llevarle un tasbih a Aglaya, no fuera a pensar que era creyente o algo así. No quería causarle una falsa impresión, pero aquel tasbih me lo había dado un tío bastante rico en la terraza del Büyük Londra a cambio de que le dejara meterme la mano en los bóxers y me parecía una piedra realmente bonita. Pensé que a ella le quedaría bien. Además, tampoco sabía si volvería a despertarse algún día y llegaría a ver la piedra. Estaba en coma. Así fue como nos conocimos. Puse las flores en un jarrón, dejé el tasbih sobre la almohada junto a su mano cálida y observé si la piedra cambiaba de color. Luego la empujé bajo la palma de su mano y puse sus dedos sobre las cuentas, pero tampoco ocurrió nada. Me quedé un rato contemplando su rostro reventado y su boca ensanchada, como si un animal se hubiera abierto paso hacia fuera a través de ella, y luego me marché. Cuando se lo pregunté al cabo de un tiempo, me dijo que no sabía nada sobre un tasbih que cambiaba de color: se había despertado sola y con las manos vacías.

La ciudad olía a ácido. No se oía nada. Era como si alguien hubiera levantado el brazo y me hubiera golpeado en ambas orejas con todas sus fuerzas. A cámara lenta, como si me moviera bajo el agua, nadaba por las calles vacías. Los ruidos me llegaban como si fueran el eco de sí mismos. Los notaba en la piel. Miraba hacia mis pies y no los encontraba. Vi a un hombre que se dirigía hacia mí; no sabría decir la edad que tenía, llevaba la mitad de la cara cubierta por una tela blanca con un garabato, y pasó por delante de mí muy despacio y pude ver cómo movía los brazos y las piernas a cámara lenta; cuando estuvo a mi altura me miró y vi lo que llevaba escrito en la mascarilla: la letra A dentro de un círculo trazado con mano vacilante.

De repente todo se volvió muy rápido y ruidoso, como una bandada de pájaros en pleno ataque. A mi alrededor volaban los labios de una mujer mayor que tiraba de mí violentamente, una manada de policías recorría las calles en busca de presas, por todas partes se veían camisas ensangrentadas que batían las alas, articulaciones dislocadas que revoloteaban por el aire y gafas de natación verdes llenas a rebosar de lágrimas. La bandada me atravesó volando a toda velocidad y casi me tiró al suelo. De golpe se plantó delante de mí una chica con una trenza rubia y una cámara en la mano y me preguntó si le podía sacar una foto frente al establecimiento incendiado de Starbucks. Cogí la cámara y la chica posó delante de ella: se puso una mano en la cadera y con la otra agarró la telaraña de trozos de cristal. Enfoqué el objetivo, acerqué el *zoom* al escaparate destrozado, volví a alejarlo, me giré y miré a través de la lente las fachadas destruidas que había a mi alrededor, las puertas calcinadas de las tiendas y las pancartas de las ventanas, que llamaban de todo al presidente del gobierno. Pasé del enfoque al desenfoque, oí a la

chica de la trenza gritar algo, observé los callejones a través de la cámara, en uno de ellos descubrí un gato sentado que miró directamente al objetivo, tiré la cámara al suelo y eché a correr detrás del gato.

No tenía ni idea de si se trataba de hambre o de rabia, pero el estómago me daba vueltas como una peonza. Era incapaz de pensar con claridad y no podía sacarme a Ali de la cabeza, precisamente a ella. No es que nunca pensara en ella, en realidad no hacía otra cosa, pero justo en aquel instante, en las calles que apestaban a ácido, necesitaba imperiosamente tener algo en la cabeza que no fuera ella. De repente estaba allí, plantada delante de mí, simplemente mirándome. Era como aprender de nuevo el dolor.

Hice lo que siempre me ayudaba: decidí correr hasta sacarme a Ali del cuerpo. Corrí y corrí por la ciudad, me alejé del parque Gezi, de la avenida İstiklal, de los turistas, de las abuelas, de los manifestantes; corrí hacia abajo hasta llegar al agua, se me pasó por la cabeza tomar un ferri, pero no funcionaban; crucé dos veces el puente Gálata, pasando por delante de los pescadores, que seguían allí como si no ocurriera nada, tropecé con sus cañas, cuyas puntas se tocaban, tomé carrerilla y subí de un salto a la baranda del puente, los hombres se pusieron a gritar, igual que mi madre cuando era niño, ellos tampoco lo entendieron y me bajaron de allí. Mientras tiraban de mí, me di cuenta de que tenía la cara empapada. Lancé un grito, aparté a los hombres de un empujón y seguí corriendo. No paré hasta que el aire de mis pulmones me salió por la boca en forma de grumos rojos. Entonces trepé a un árbol cercano al estadio de fútbol, cuyo césped estaba vacío. Más allá se extendía todo Fatih, salpicado de mezquitas y cubierto por nubes que parecían flores de salvia secas.

No sé cuánto rato estuve allí sentado. Vi a Ali agarrándome cuando éramos pequeños y pegándome cuando pensábamos que ya éramos mayores. La vi echando a correr cuando besé a Larissa, vi sus lágrimas y quise ir tras ella. La vi tumbada a mi lado sobre el parqué de su habitación vacía, con los pechos vendados, sus estrechas caderas desnudas, las piernas enroscadas, la piel pálida y azulada que se derretía sobre las tablas del suelo.

Algo me golpeó en la espinilla dos veces. Miré hacia abajo y vi a un mocoso lanzándome piedras. Le grité y él se rio y dijo algo en árabe. Arranqué una ramita y se la tiré, pero no le alcancé y el muy gamberro volvió a reírse y me saludó con la mano. Ya me disponía a bajar y pegarle en el culo, cuando subió por el tronco, poniendo un pie detrás del otro, y se sentó junto a mí. No podía tirarlo al suelo, así que nos quedamos ahí sentados mirando el campo de fútbol vacío y se puso a contarme algo que yo no entendía. Entonces las nubes se volvieron de color rojo pomelo y el muchacho me pellizcó en el muslo y señaló hacia arriba con el dedo, casi gritando. Supongo que diría algo como: «¡Mira! ¡Mira! ¡Mira!», y yo miré. El chico tenía la punta de la nariz roja y, debajo, una costra seca y amarillenta. Quería que se apoyara en mí pero no se movía y me daba miedo alargar la mano hacia él, no fuera que lo asustara y se me cayera. Me puse en cuclillas sobre aquella rama, me abracé las rodillas y pensé que necesitaba urgentemente que alguien me sostuviera.

Aglaya era la segunda de las dos hijas de una artista de circo rumana y un payaso húngaro. Desde los tres años había actuado en pistas de circo de todo el mundo: hablaba de Alemania, Suiza, Francia, España, Portugal, Argentina y un poco de Nueva York. Los países de los que mejor se

acordaba eran Argentina y España, donde había sido una estrella infantil, una auténtica atracción. Su cuerpo de niña aparecía como reclamo en carteles de colores que colgaban en todas las esquinas y que ya parecían descoloridos al salir de la imprenta. En aquellas imágenes se la veía desnuda, sentada en un columpio de cuerdas rojas y amarillas, con un peluquín en forma de triángulo entre las piernas. Como aún no le crecía nada ahí abajo, la madre y la tía consideraron oportuno proteger la desnudez de la niña con pelo falso. La chiquilla del columpio sonreía con las piernas abiertas y las manos levantadas en el aire.

Aglaya había conocido España poco después de la muerte de Franco. Recordaba los clubs donde actuó y los hombres jadeantes. Cuando tenía miedo de ellos, simplemente bajaba la cabeza, miraba al suelo de la pista y sus cabellos se convertían en algas rojas que la protegían. Su lenguaje estaba preñado de imágenes infantiles. Creía en los cuentos de hadas y en los espíritus de todo tipo. La superstición era parte de su lenguaje corporal y cada dos por tres tocaba madera, se tiraba del lóbulo o escupía sin saliva tres veces en el suelo.

De Alemania solo recordaba que hizo frío todo el tiempo. En Suiza, una vez se fugó con un chico que quería enseñarle a escalar en roca y, efectivamente, lograron subir ocho metros sin cuerda antes de que los descubrieran. Aglaya no se rompió ninguno de sus preciados huesos, si bien el padre furibundo intentó compensarlo propinándole una paliza en un rincón de la caravana. De Francia casi no conservaba ningún recuerdo. De Portugal recordaba que vivían en la playa y que su madre practicaba sin parar sus peligrosos números de circo. Fue más o menos en esa época cuando Aglaya empezó a aprender lo que era el miedo, el miedo a la muerte, demasiado pronto para una persona tan joven.

El número acrobático de su madre consistía en colgarse de la cúpula del circo con su larga cabellera y hacer malabarismos allí arriba. La razón por la que no se le arrancaban las raíces de los cabellos, ni se le desprendía del cráneo el cuero cabelludo ni los músculos de la mandíbula se le estiraban como chicle, era un secreto que ni siquiera Aglaya conocía, pero todas las mañanas peinaba la cabellera de su madre mientras murmuraba conjuros para que no se desgarrara durante la función de la noche.

En el muelle de Oporto, su madre quiso hacer publicidad del circo suspendida sobre el mar con un gran cartel en las manos donde se leía: CIRCUS IN TOWN. Convenció al conductor de la grúa de un barco para que la elevara sobre el agua colgada por el cabello a cambio de enseñarle los pechos. Aglaya lo había visto con sus propios ojos y su padre estaba al lado sin inmutarse. El número de flotar sobre el agua funcionó y los transeúntes boquiabiertos se congregaban en el muelle. Aglaya se quedó en el puerto conjurando a la grúa mientras su padre corría de un lado para otro entre el gentío repartiendo programas de mano. Cuando llegó el momento de izar a la madre para devolverla a cubierta, la grúa tuvo una avería y se paró, y la madre de Aglaya se quedó oscilando sobre el agua como un péndulo sin que nadie pudiera ayudarla, gritando como una posesa, con la lengua fuera y los ojos rojos.

Al final consiguieron bajarla antes de que su cabeza, ante los ojos de la multitud exultante, se desprendiera del cuerpo. A partir de entonces, Aglaya se negó a trabajar en el circo, así que se cortó los largos cabellos ella misma y se los entregó a su madre, atados como si fueran un ramo de flores. La madre los puso en el florero.

«Mi madre ya hacía todo eso cuando me llevaba en el vientre. Antes de nacer, me pasé ocho meses haciendo funambulismo cabeza abajo —decía—. Estando en la barriga de mi madre, ya me

abría completamente de piernas en la cuerda floja».

A veces Aglaya se rascaba los cabellos frenéticamente. Parecía como si de repente notara un picor insoportable, y se arañaba el cuero cabelludo hasta desgarrárselo. Los pelos se le ponían de punta como si fueran espinas. «En Rumanía todos los niños nacen viejos», decía.

Así hablaba ella, como una niña mayor. Y eso era lo que parecía: tenía veinte o veinticinco años más que yo pero, cuando recorriamos la ciudad, parecíamos hermanos y a mí me tomaban por el mayor. Nunca había dejado de ser la Aglaya niña de sus recuerdos, la que pusieron delante de un acordeón para que al menos, todavía fuera de alguna utilidad en el circo, ya que no quería volver a exhibir su cuerpo. Tocaba los botones con los dedos de las manos y de los pies. Le gustaba el sonido del instrumento, sobre todo el que hacía el fuelle al llenarse de aire cuando ella lo abría con las manos y los pies. Enseguida aprendió unas cuantas canciones de marineros y las tocaba mientras recorría las filas de asientos de la carpa del circo. Los hombres le metían dinero en todas las aberturas del vestido, hasta que uno de ellos metió la mano demasiado adentro y ella le arreó un golpe en la cabeza con el acordeón. Entonces sus padres decidieron enviarla a vivir con su tía en Zúrich, donde aprendió a leer y a escribir a los trece años en un internado del que se escapaba con frecuencia para volver corriendo a casa de la tía y esperar en la alfombra que había delante de la puerta hasta que la dejaba entrar. No volvió a ver a su madre nunca más.

A su padre sí que se lo encontró una vez, a los veintimuchos, cuando él estaba de gira por el sur de Alemania con el circo Roncalli y ella lo reconoció en los carteles. Fue a la explanada del circo antes de que comenzara la función, encontró su caravana y llamó a la puerta. Le abrió un viejo payaso malo exactamente igual al que ella conservaba en la memoria. El payaso enseguida reconoció a su hija y le cantó una canción infantil a modo de saludo: «*Era un rățoi posac, Toată ziua sta pe lac, Și trecând striga așa: Mac! Mac! Mac! Mac! Era singur, singurel, Nici o rață după el, Apa nu involbura, Mac! Mac! Mac! Mac!*».

Su padre le dijo que se alegraba de verla porque, si no, no habría sabido a quién dejarle sus películas super-8 y hubiera sido una pena que aquel tesoro se perdiera. Cuando ella era pequeña, su padre rodaba películas de terror de serie Z en las que aparecía toda la familia y en la mayoría de las cuales él rescataba a Aglaya, a su hermana y a su madre de algún monstruo interpretado por un muñeco. El papel de Aglaya consistía en gritar: «¡Ayuda! ¡Ayuda!».

Así pues, le entregó más de veinte películas super-8 y luego cogió su sombrero negro del perchero y se lo puso a su hija en la cabeza. Al despedirse se abrazaron y su padre le prometió que le escribiría si pasaba por allí. Lo único que no dijo fue dónde pensaba escribirle y de ese modo quedó claro que se trataba de una promesa que nunca iba a cumplir. Pero Aglaya se alegraba de aquel encuentro y decía que para ella ya era suficiente. La sola idea de haberse reconciliado con su padre hizo que volviera a sentirse como una persona, aunque ella lo dijo de otro modo: «Hizo que volviera a sentirme como un alguien». Me pareció una expresión disparatada, pero me llené la boca de humo de cigarrillo y pensé que era mejor no decírselo.

Sobre su madre y su hermana no solía hablar demasiado. Su verdadera familia había sido su tía: ella le había enseñado todo lo que sabía, desde leer el poso del café hasta administrar el dinero, pasando por coser vestidos. Lo único que no les gustaba a ninguna de las dos era cocinar y su comida favorita eran las gachas de avena con leche y una capa de azúcar por encima. Cuando

era pequeña, Aglaya no sabía qué era aquello de la diabetes, que había sido la causa de que tuvieran que amputarle los dos pies a su tía, pero le parecía divertido palpar las prótesis de silicona en los zapatos de aquella y a veces se las robaba para andar por la casa. Cuando la tía murió, Aglaya cogió los zapatos con los pies de silicona y se largó. Y desde entonces había estado en todas partes, dijo, «y ahora estoy aquí». Miraba por encima de los tejados de Bayrampaşa.

Estábamos sentados en un tejado de tejas inclinado, contemplando el horizonte sobre el mar de colores desvaídos de las fachadas de las casas: rectángulos amarillos, naranjas, rojos y violetas. Aglaya raras veces se dejaba convencer para pasear por las calles o sentarse en un café, porque decía que arriba había más sol, así que por qué quedarse abajo, y siempre encontraba un camino para subir al tejado. A nuestros pies, una horda de gatos hambrientos pasó corriendo por encima de un chucho callejero tirado en medio de la acera con los ojos abiertos y la lengua fuera.

—En esta ciudad envenenan a los perros en vez de alimentarlos —dijo Aglaya, y estiró los codos y la espalda para poder mirar mejor hacia abajo.

Yo también me incliné hacia delante y miré al chucho tumbado de lado como una persona, con las patas bajo el hocico.

—En Moscú hay un monumento a un perro callejero. *Malchik*, se llama el animalucho. En la estación de metro de Mendeleyevskaya.

—¿Por qué?

—Ni idea, quizá porque así no tienen que preocuparse por la gente, qué sé yo.

—Como si hubiera alguien que se preocupara por los demás —dijo Aglaya después de un silencio—. Estambul es una puta, una puta con los cabellos largos llenos de mugre. Una puta a la que revientan follando, luego la operan y vuelven a reventarla. Y la gente ya no puede más.

Miré los pies de Aglaya, que se balanceaban sobre la calle. Llevaba las uñas pintadas de rojo, un rojo al que algunos llamaban rojo Chanel y otros rojo Pionero, dependiendo del lado al que pertenecieran. Después la recorrí hacia arriba con los ojos. Llevaba unos pantalones de hombre de rayas anchas negras y grises y tirantes sobre una camisa negra que le marcaba los músculos de los brazos. Tenía todo el cuerpo suspendido en el aire y se balanceaba de un lado al otro como si fuera un columpio, con los dedos de los pies flotando sobre la ciudad. Reprimí el miedo a que perdiera el equilibrio, a que simplemente se dejara caer o a que volviera a sufrir un ataque de epilepsia, pero no dije nada, me encendí un cigarrillo y miré al *Malchik* que jadeaba ahí debajo.

La primera vez que vi a Aglaya tener un ataque epiléptico fue en una de nuestras primeras citas, aunque no sé si para ella también se trató de una cita. En cualquier caso, yo estuve todo el rato pensando cómo podía hacerlo para besarla de una vez por todas. Y entonces ocurrió. Al principio no sospeché nada: simplemente se quedó mirándome fijamente sin verme, durante unos treinta segundos, como si alguien hubiera detenido el tiempo. Estuve a punto de besarla: ahora, ahora es el momento oportuno, pensé. Entonces vi que sus manos se contraían como garras, su cabeza se doblaba hacia atrás y le empezaba a salir espuma blanca por la boca, mucha espuma, como si se hubiera bebido una taza de detergente. Tenía los ojos desorbitados y la mirada perdida, y por un momento pensé que quizá estaba muerta, pero su cuerpo tenía convulsiones hacia uno y otro lado,

hacia arriba y hacia abajo, y cuando la sujeté me di cuenta de que estaba toda meada. Había que meterle un palo o un trozo de madera en la boca para que no se arrancara la lengua de un mordisco, eso lo había oído en alguna parte, pero no tenía ningún palo a mano porque estábamos en un tejado y ni siquiera había huesos roídos de los que a veces los gatos subían hasta allí. Intenté meterle mi antebrazo entre las mandíbulas, pero las comisuras de sus labios se desgarraron y quité el brazo por miedo a arrancarle los dientes. Le sujeté los brazos con fuerza y apreté mi espinilla contra sus muslos, pensando: no le rompas ninguna costilla, no le rompas ninguna costilla, que debajo tiene los pulmones. Y entonces, sin previo aviso, se acabó. Se quedó tumbada sobre mis rodillas con los ojos cerrados, los pantalones meados y el pecho cubierto de espuma, respirando tranquilamente.

Pensé que quizá no volvería a hablar después de que su cuerpo se hubiera agitado de aquel modo, que quizá no volvería a levantarse, y me preparé para llevarla en brazos a alguna parte. El almuecín se puso a cantar y, cuando terminó, Aglaya dijo: «Tengo una cicatriz en el cerebro que no se marchará nunca, la tendré para siempre. Hoy sé cómo te llamas, pero no puedo prometerte que mañana aún lo recuerde». No me miraba ni tampoco miraba al cielo, sino que tenía la vista fija en un punto muy remoto. Nunca había visto a nadie mirar tan lejos. Entonces dijo: «Antes era inteligente, pero ahora no soy más que una tonta. —Luego se dio unos golpes en los rizos rojos con su pequeño puño y sonó como cuando llaman a la puerta—. Pero llevo una placa de metal en la cabeza y hace un ruido gracioso. ¿Quieres probar?».

Me cogió la mano y se la puso sobre los cabellos empapados en sudor. No me moví: no quería darle golpecitos ni acariciarla. Bajé la vista hacia ella y dijo que necesitaba azúcar, *tulumba tatlisi*. «¡Los churros de aquí son tan dulces! Solo llevan almíbar, harina, mantequilla y grasa. Cuando llegué a Estambul, me pasé las primeras semanas alimentándome solo de esas cosas».

Se puso mi mano sobre la boca y lamió la palma con su enorme lengua, como un perro. Luego levantó el brazo, me acarició el pelo y noté que sonreía bajo la palma de mi mano. Yo parpadeaba tan a menudo como podía, intentando sacarle fotos con los ojos.

«No echo de menos el circo, pero hay una cosa que me quedé con las ganas de hacer. Nunca me dejaron. A mi hermana sí, pero a mí no. Mi padre decía que no estaba hecha para aquello, que era mejor que me desnudara en el columpio».

Aún nos quedamos un buen rato en aquel tejado. Aglaya hablaba, hablaba y hablaba entre dientes, dirigiéndose al cuello lleno de vómitos de su camisa, y yo no sabía si todo eso me lo contaba a mí o a sí misma. Quizá se estaba contando a sí misma una historia sobre sí misma para asegurarse de que aún estaba viva.

«Mi hermana es más alta que yo, más ancha de todas partes y, encima, se paseaba siempre con aquellos tacones, andando de puntillas a pasitos cortos y meneando el culo. En las funciones llevaba un mono ajustado y transparente con lentejuelas. Cuando se ponía de espaldas a la diana, con los brazos y las piernas abiertos, brillaba como una medusa, una medusa grande y gorda. Mi padre le lanzaba cuchillos. A veces colgaban bolsas llenas de pintura en la pared que había detrás de la diana. Cuando el cuchillo alcanzaba las bolsas, se reventaban y la pintura roja salpicaba el traje de mi hermana. Entonces el público chillaba, pidiendo más: ¡otra!, ¡otra!, y algunas personas se desmayaban. Eso me gustaba. Desde detrás del telón observaba sus caras de pánico: temblaban con la boca abierta, como si estuvieran a punto de correrse todos a la vez. Cuando estallaba una de esas bolsas, el olor a semen enseguida invadía la sala. Pero a mí nunca me dejaban ponerme en

la diana. Mi madre me decía:

»—¿Para qué quieres hacerlo? ¿Es que quieres que tu padre te atravesara con un cuchillo?

»—Pero a mi hermana nunca la atraviesa —replicaba yo.

»—Ya, pero es que a ella la quiere —respondía mi madre.

»Mi padre quería a mi hermana de muchas maneras y yo deseaba que a mí me quisiera del mismo modo. Pensaba: ¿por qué a ella? ¿Por qué no a mí? ¿Acaso soy demasiado delgada? ¿Demasiado tonta? ¿Tengo el culo demasiado pequeño? Nunca llegué a averiguar realmente por qué, por qué a mí nunca me dejaban y por qué mi madre consentía todo aquello. Nunca se lo pregunté».

Fue más o menos en aquel momento, en el tejado, cuando decidí casarme con ella. Le compré una cadena para la cintura en el Balik Pasaji, y cuando se la puse, se rio como si le hiciera cosquillas.

—¿Me estás proponiendo matrimonio? —me preguntó.

—¿Y por qué no? —le respondí yo con otra pregunta.

—Porque podría ser tu madre.

Y a partir de entonces di por sentado que estábamos prometidos.

Se lo conté a la bonita amiga ucraniana de Aglaya, con la que de vez en cuando actuaba en el club. Nunca supe si había algo entre ellas o no pero, si lo había, nunca me invitaron a participar. Katarina, se llamaba, o Katiusha. Yo solía tomarle el pelo con aquella canción militar, **Выходила на берег Катюша**, Katiusha fue a la orilla del río, pero a ella no le hacía tanta gracia como a mí. Bailaba en el club donde Aglaya tocaba de vez en cuando. A Aglaya no le gustaba actuar allí. Decía que solo lo hacía por el acordeón, para poder tocar y cantar y que la gente la escuchara, no por el dinero, que habría podido ganar en cualquier otra parte.

En el club, Katiusha hacía un número de esos con *shorts*. Solo fui a verlo una vez y me quedé dormido en el sofá rojo. Habíamos coincidido en el parque Gezi y habíamos sacado a Aglaya de allí llevándola en brazos entre los dos, así que pensé que podría hablar con ella pero, cuando le dije que Aglaya y yo estábamos prometidos, creí que iba a sacarme los ojos. Se volvía loca cuando me veía pasarle el brazo por los hombros a Aglaya. Nunca nos besábamos en público, pero era evidente que solo con los gestos a Katiusha se le apretaba el culo. Tiene miedo de que pille a Aglaya y me la lleve a Alemania, pensé entonces medio en broma. Pero cuando comprendí que eso era exactamente lo que quería, acabé subiendo solo al avión.

Ahorré dinero por primera vez en mi vida, porque quería comprarle un acordeón a Aglaya. Así ya no tendría que actuar nunca más delante de hombres jadeantes, sino que practicaría cada día en casa y pronto llegaría a ser tan buena que podría dar sus propios conciertos y viajaríamos juntos por todas partes y, por la noche, después de la función, yo le daría un masaje en las manos y en los pies. Estaba decidido a comprarle un instrumento de esos, así que me informé en las tiendas del puente Gálata, pero eran caros y me daba respeto robar un acordeón, porque pensaba que eso no se hacía, de modo que me puse a ahorrar. Y al final me alegré de haber ahorrado aquel dinero con el que nunca llegué a comprar un acordeón pero con el que me pude sacar un billete de avión.

Aglaya se iba con muchos hombres y yo no tenía ningún problema. La observaba cuando, apoyada

en la barra del bar, hacía como si no supiera que medio mundo la estaba mirando. La mayoría de los hombres que se le acercaban no tardaban ni cinco minutos en agarrarla por la espalda desnuda. Entonces ella les sonreía. Su lenguaje corporal estaba forjado por las acrobacias de su niñez. Lo que podía ocultar su rostro de esfinge lo delataban los movimientos de su cuerpo. Se le relajaban los músculos del cuello, inclinaba la cabeza ligeramente hacia delante y los rizos rojos le caían sobre la cara. Entonces yo sabía que se iría con el hombre que tenía delante.

Cuando eso pasaba, yo me dedicaba a recorrer la ciudad y a beber té. Pensaba en escribir a mi madre, pensaba en escribir a Ali, pero nunca lo hacía. Me sentaba delante de la mezquita de la calle Cihangir e intentaba ahuyentar de mi mente las imágenes de Aglaya con otros hombres dibujándolas en uno de esos cuadernos de notas que mi madre había insistido tanto en comprarme. La dibujaba tal como me la imaginaba: Aglaya encima de los hombres, Aglaya debajo de los hombres, Aglaya delante de los hombres, Aglaya detrás de los hombres.

En una de aquellas ocasiones, de golpe apareció una larga barba colgando sobre mis bocetos. Alcé la vista y el tipo al que pertenecía la barba me invitó en alemán a jugar una partida de *tavla*. Me senté a su mesa, y mientras él charlaba, yo buscaba restos de comida en su barba y observaba sus cejas juntas. «¿Te interesa?», me preguntó de repente. Yo no le había prestado atención, así que no sabía a qué se refería. Entonces empezó a contarme cómo se ganaba la vida. Al parecer, trabajaba para una de esas agencias que se dedicaban a coordinar a las mujeres que cosían prendas de ropa para H&M, pero no directamente para H&M. La cosa funcionaba así: a ellos les llegaba un pedido de, pongamos por caso, Alemania, para fabricar treinta mil camisetas de tal y tal talla y color y con tal y tal inscripción. La fábrica aceptaba el encargo, a pesar de que los responsables sabían que no era factible que ellos solos confeccionaran una cifra tan elevada de prendas en el tiempo que les daban, así que llamaban a una empresa subcontratada y le derivaban una parte del pedido, pongamos por caso, veinte mil camisetas, y esa empresa, a su vez, externalizaba el cuarenta por ciento de su pedido a otra empresa más pequeña, y así todas las veces que fuera necesario. En el eslabón más bajo de la cadena había hombres como él, que se pasaban el día coordinando llamadas.

—¿Te interesa? —volvió a preguntarme.

—No. Gracias.

—¿Es que eres alérgico al trabajo?

—No estoy aquí para trabajar —dije yo.

—Ah, eres uno de esos.

—¿A qué te refieres?

—Uno de esos alemanes. Hace diez años, si en Alemania decías que vivías en Estambul, conseguías que se fijaran en ti. Los alemanes enseguida te trataban mejor porque pensaban que venías del tercer mundo, donde no tenías nada que llevarte a la boca y solo había luz los fines de semana. Todos se apresuraban a ser más amables contigo y te ofrecían una ración extra de sus albóndigas de hígado. No todos, por supuesto: algunos te daban por el culo directamente. Al menos esos no eran hipócritas. Y ahora venís aquí y os instaláis en nuestra ciudad como si fuera la meca de la buena vida. Claro, sois jóvenes, guapos y ricos y esta ciudad os parece hecha a medida. No vais al médico aquí ni sabéis lo que es hacerse viejo en este lugar. Os dedicáis a tomar café en los sofás de las cadenas internacionales, donde os sentís como en casa porque son las mismas que hay en toda Europa, y os tostáis al sol hasta finales de noviembre con nuestras

chicas en nuestras terrazas. Y luego volvéis a casa y le contáis a todo el mundo lo bien que se come aquí.

—Guau —dije, y me levanté y le di un apretón de manos—. Una historia fantástica, gracias. Tengo que escribirla. —Y me fui a pasear por Findikli.

Una de aquellas noches conocí a Merván. Poco antes de cumplir los dieciocho, su padre había hecho que le anularan el pasaporte alemán. Le había dicho que viajaban a Turquía para ir a la boda de un primo. Merván solo llevaba un par de camisetas de vestir en la maleta. Y en cuanto aterrizaron en el aeropuerto Atatürk, Merván se encontró con que ya no tenía pasaporte alemán, así que, a partir de entonces, sería turco para siempre. Bueno, en realidad, armenio; «Pero eso es complicado», dijo mientras me bajaba los pantalones. Ya no podía volver, así que se vio obligado a hacer la mili y luego no tuvo más remedio que quedarse allí. Echaba de menos Alemania, echaba de menos la comida, el idioma y, sobre todo, a su hermana pequeña. Cuando dijo eso, estuve a punto de darle una bofetada sin querer. Le gustaría escribirle. Tal vez podría darme la carta para que yo se la entregara. Si la mandaba por correo, no estaba seguro de si le llegaría o si el padre se la quedaría. Le dije que no sabía cuándo volvería ni si iba a volver, pero que, si lo hacía, podía darme la carta, y pensé que sería yo quien me la quedaría, la abriría y la leería para saber qué se escribe en una carta de esas.

Se lo presenté a Aglaya, se cayeron bien, pasamos unos días los tres juntos y luego Merván se esfumó junto con la tele de Aglaya y las joyas que esta tenía en el armario escondidas dentro de los calcetines. «Las joyas no tenían mucho valor —dijo Aglaya haciendo un gesto de indiferencia con la mano—. Pero lo de la tele sí que es una putada».

Yo ardía de rabia. Me pasé una semana entera recorriendo todas las calles en su busca y casi me habría puesto a rezar para que se me cruzara en el camino.

Más o menos de la misma forma conocí a Nour, que estaba esperando a que su madre llegara de Siria. A los veintipocos años, Nour ya no tenía pelo, pero lo que sí tenía eran unos ojos tan grandes como las hojas de un platanero. Se pasaba el día entero robando muebles para el piso que había encontrado para él y su madre, y yo lo ayudaba. Resulta increíble la cantidad de cosas que se pueden sacar de los cafés sin que nadie diga nada. Incluso le conseguí un samovar, uno de los auténticos, de los rusos, con fuente de alimentación.

El piso estaba en muy mal estado, no había agua caliente y el suelo seguía pringoso después de que Nour lo hubiera fregado cinco veces, pero a él lo único que le preocupaba era que no tenía calefacción. «Ya conseguiremos calefactores», le dije, y le pasé la mano por la calva fría.

Vivía en la última planta, bajo el tejado de chapa, y se oían las gaviotas correteando por encima como si estuviera cayendo un aguacero. A Nour le parecía bonito, porque decía que los pasos de las gaviotas sobre la cabeza significaban que el mar estaba cerca. Si sacabas medio cuerpo por la ventana, incluso podía verse un trozo desde allí, una delgada línea azul en el horizonte.

Nour me hacía señas, a punto de caerse.

—¿Ves el puente del Bósforo? —me preguntaba, retorciéndose como una planta que creciera

en la ventana.

—Nour, desde aquí no puede verse el puente.

—Sí, claro que sí. Mira, allí se ven las luces.

Iba a menudo a ver a Nour, pero no lo llevaba a nuestra casa, porque se moría de vergüenza cuando veía a Aglaya: le daba la mano a un metro de distancia y desviaba sus ojos de platanero.

Pillaron a Nour por una minucia y él opuso resistencia, porque le recordó demasiado a las cosas que le habían hecho antes de llegar a Estambul. No comprendía por qué lo detenía la policía, se enfadó mucho e intentó quitarle algo a alguien de la mano de un manotazo o de una patada. La verdad es que nunca llegó a saberse quién había golpeado a quién para quitarle qué. O al menos no fue de dominio público. Lo único que sabía todo el mundo era que había desaparecido sin dejar rastro: no lo habían mandado a un campo de esos a los que suelen mandar a los tipos como él, sino que lo habían devuelto directamente a Siria.

Aglaya y yo fuimos a su casa cuando llevaba días sin dejarse ver por ningún sitio. Yo ya me temía desde hacía tiempo que aquello ocurriría, y cuando vi que no podía encontrarlo en ninguna parte ni me abría la puerta de su casa, empecé a preocuparme y a mencionarlo cada dos por tres, hasta que Aglaya dijo: «Vayamos a su casa y echemos la puerta abajo». Pero no hizo falta, porque la puerta estaba abierta cuando llegamos, y en la silla que había bajo la bombilla encontramos a una mujer mayor sentada con las manos en el regazo. Nos miró con los mismos ojos enormes que Nour. Yo miré a Aglaya, que se había quedado de piedra, con la vista fija en dirección a la mujer, mirándola sin verla, y supe que pronto le empezaría a salir espuma por la boca.

Cuando la madre de Nour y yo hubimos conseguido que Aglaya se recuperara, cuando ya estaba en la cama hecha un ovillo y respirando tranquilamente, preparamos té en el samovar ruso y nos sentamos los dos en el suelo. Nour no había tenido tiempo de robar otra silla, pensé. Pero ya no hacía falta.

Desde que expulsaron a Nour, ya no me parecía bien que Aglaya se fuera con otros hombres. De hecho, ya nada me parecía bien. No fui consciente de ello hasta que me abalancé sobre un tío que le estaba sobando el culo y empecé a darle puñetazos en la boca. Pensé: voy a estamparle la cara contra el suelo hasta que le quede como una calcomanía que se pueda pegar en el parabrisas. No fue algo que planeara, simplemente me salió.

Al final otros tíos me separaron de él con violencia y fue mi cara la que quedó como una calcomanía. Mientras Aglaya saltaba a nuestro alrededor completamente histérica, lo tuve claro: quiero tener hijos con esta mujer, quiero casarme con ella enseguida, tener niños y vivir en paz de una vez por todas. Quiero que se terminen estas historias, quiero que todo deje de dar vueltas tan deprisa. Mientras aquellos tipos bailaban *ballet* a mi alrededor, me oí a mí mismo respirar con dificultad y pensé: quiero una familia, la mía propia, quiero que esta mujer sea mi familia.

Ante mis ojos veía claramente la escena de «mamá, esta es Aglaya. Aglaya, esta es mamá». Veía a las dos mujeres examinándose minuciosamente. Estaba seguro de que mamá no podría resistirse a los encantos de Aglaya y de que todo iría bien, siempre que Ali no me arrancara la cabeza. Pero si a mí me gustaba Aglaya, quizá a ella también le gustaría. No podía imaginarme que hubiera alguien que no quisiera chuparle a esa mujer los dedos de los pies, sobre los que, en aquel momento, escupí sangre y la mitad de un diente.

Aglaya se cabreó tanto conmigo que dijo que no volvería a dirigirme la palabra nunca más. Tal como lo dijo me pareció bonito y tuve el impulso de tumbarla en el sofá y meterle la cabeza entre las piernas, aunque me dolía horrores y estaba hinchada, pero ella me apartó de un empujón y dijo que hablaba en serio. Le dije que yo también, que quería que fuera mía. Me preguntó qué significaba eso y yo le pregunté cuándo nos casaríamos de una vez.

«No quiero que nadie más te folie, quiero ser tu marido y tener niños contigo y hacer el amor contigo y llevarte a Alemania. Casémonos. Nos iremos a vivir a algún pueblecito del sur del país, cultivaremos verduras y maña, nos pondremos gordos y dejaremos que nuestros hijos corran desnudos por la casa y que, por las mañanas, salten sobre nuestras gordas barrigas. Creo que podría ser un buen padre, de verdad. Ya sé que los padres están para ser unos cabrones, pero quizá yo sea una excepción. Me veo capaz de hacerlo. Me encantaría».

Esperaba que se riera de mí, que me diera otro empujón para que yo volviera arrastrándome a sus pies, pero lo que no esperaba es que me dijera: «Antón, no tengo ni la menor idea de quién eres».

Así que me senté a su lado y se lo conté, le conté todo lo que sabía. Le hablé de mí, de mi familia, de mis abuelos, de mis bisabuelos, de Rusia y de Alemania, de Ílay y de un montón de personas más. Pero sobre todo le hablé de mi padre, cosa que no debería haber hecho. Noté que la cabeza se me hinchaba cada vez más y amenazaba con estallar. Tenía lágrimas en los ojos y bilis en la boca. Me había metido de lleno en un terreno en el que hasta entonces nunca había entrado, pero en ese momento había algo en juego, una mujer, mi mujer, de modo que me esforcé por contárselo absolutamente todo.

Cuando hube terminado, ella me miró, moviendo solo los pequeños dedos de los pies sobre el sofá, y dijo: «A mi padre le salieron espaldas por todo el cuerpo».

Me la quedé mirando fijamente. Algo se rompió dentro de mi cabeza y tuve la sensación de que me salían las entrañas por la boca. Fruncí el entrecejo con la esperanza de que así evitaría que mi cráneo estallara en pedazos. El rostro de Aglaya no reflejaba ninguna emoción. Normalmente, sus expresiones, las imágenes infantiles que utilizaba para hablar de su padre y de su familia, me parecían bonitas y siempre las excusaba, pero en aquel instante, cuando acababa de contarle toda mi vida, no me lo tomé nada bien. Ella continuó hablando, pero yo era incapaz de prestarle atención y solo entendía fragmentos de lo que decía: siempre había querido volver con sus padres, pero los policías no se lo habían permitido. Eran los reyes de los sacapuntas, competían para ver quién le sacaba más punta al lápiz y anotaban las faltas de sus padres en un cuaderno, igual que hacía yo: anotarlos todo, como si el papel tuviera picores y yo lo rascara. Dijo que su madre le había prometido que algún día iría a buscarla a casa de la tía, pero no fue nunca y ella seguía esperándola, seguía esperando su llamada.

Intenté quedarme inmóvil. No estaba seguro de lo que podría pasar si me movía.

Le había contado cosas que hasta entonces no me había confesado ni a mí mismo, me dolía la mandíbula de tanto hablar, no me había gustado hacerlo, no lo había hecho porque necesitara desahogarme, pensé que tenía que hacerlo para que se quedara conmigo y resulta que ella se ponía a contarme una de sus propias historias: su padre le había dicho que su madre solo se había casado con él para que la llevara a Occidente, y por eso ella, Aglaya, nunca se casaría con alguien para que la llevara a Occidente.

Me di cuenta de que yo le daba asco. Me había malinterpretado, pero ya era demasiado tarde.

Me agarré la cabeza y ella me miró exactamente igual que yo había mirado a Ílay aquel día en el bar de las cachimbas. Y tenía razón. Todas esas historias eran repugnantes. Uno no debería contarlas. Es mejor contar cualquier otra cosa, sin tener en cuenta si es cierta o no. Al fin y al cabo, no hay nada cierto, nada. Cómo podemos pretender contar algo cierto sobre nosotros mismos...

Aglaya me miró con sus ojos de esfinge y yo habría querido arrancarme la piel a tiras, pero, en lugar de eso, me puse a lanzar cosas por la habitación. Estampé contra la pared la tele nueva que le había conseguido, destrocé sus cojines, volqué la mesa, algo se rompió y sé que no debería haberle pegado, pero aquello de hablar sobre mí mismo había desencadenado algo dentro de mí y no era nada bueno. Era una sensación de caer al vacío, de no tener suelo bajo los pies ni ventanas en las paredes. Ya no me quedaba nada a lo que poder agarrarme. Me resonaba en los oídos lo que Aglaya me había contado sobre su familia, esas historias tan estúpidas de las que no me había creído ni una palabra, salvo que su padre se follaba a su hermana y que, aun así, ella envidiaba la relación que tenían.

Cuando la vi tirada en el suelo y miré su cara inexpresiva, lo único que pensé fue: «hizo que volviera a sentirme como un alguien» es realmente la frase más disparatada de la historia de la humanidad.

15 DE JULIO

—¿Qué te pasa en la voz?

—¿Qué me va a pasar?

—Suenan distintas.

—Puede ser.

—¿Has estado llorando?

—Estoy haciendo el cambio de voz.

—Muy graciosa.

—Lo digo en serio.

Ali apretó el auricular verde del teléfono entre las yemas de los dedos y la palma de la mano. El grueso cable del aparato estaba tensado recorriendo toda la habitación. La funda de plástico del auricular se estaba rompiendo por las costuras. Ali metió los dedos en la ranura, notó cómo le brotaba la sangre y esperó a oír algo desde el otro lado del teléfono, una pregunta, la correcta. Oía la respiración de Valia al otro extremo. El teléfono hacía un leve ruido.

—Mamá, ¿estás bien?

—Sí.

—¿Y qué haces?

—Trabajar. No soy de las personas que hacen algo de vez en cuando. Yo trabajo.

Ali se pasó el pulgar de la mano que le quedaba libre por las cicatrices que tenía en la palma.

—Te quiero.

—Solo te pido que vuelvas. Con eso me bastaría. ¿Lo harás? ¿O piensas quedarte allí para siempre? ¿Es eso? ¿Has emigrado y no me lo has dicho?

Ali se rascó el cuello, los brazos y la nuca. El polvo del piso de Cemal se le metía en los poros.

—Ven a visitarme. Esto es muy bonito, sobre todo de noche, cuando se ven las luces. Podríamos sentarnos en una terraza en la azotea y mirar las luces. Aquí hacen un dulce relleno de *mozzarella* que te gustaría. También hacen uno relleno de pollo. Imagínate, un trocito de pollo deshecho en leche. Pero ese no hace falta que lo probemos. Nos comeremos el de *mozzarella*. Lo fríen con mantequilla y le echan pistacho triturado por encima.

Valia permaneció en silencio mientras Ali contaba las hojas de la hiedra que asomaban por la ventana de Cemal. Las ramas negras de la planta crecían a lo largo del marco. Se veía reflejado en las hojas verdes y marrones, finas como la piel y trémulas.

—Ya no se puede viajar allí. La gente se dispara por la calle —dijo Valia por fin—. Hay bombas o tiros por todas partes. ¿Dónde se supone que van a aterrizar los aviones? ¿Cómo quieres que venga a visitarte si no es seguro? No queda ningún sitio seguro en todo el país. No lo entiendo, Alissa, ¿cómo puedes pensar que me da igual que estés en un lugar donde continuamente explotan bombas o a algún loco le da por matar a tiros a cien personas en el aeropuerto? ¿Qué te crees? ¿Que aterrizaré allí y nos iremos a tomar un helado como si nada?

Ali vio en la hiedra dos ojos redondos sin pestañas que parpadeaban. Se miró a sí mismo.

—Alissa, haz el favor de ir a la estación y coger un tren. En menos de dos días estarás aquí conmigo. A salvo. A ti te gusta viajar en tren.

Notó que los chinchos se abrían camino bajo su piel. Le picaban las pantorrillas y se frotó las piernas una contra otra.

—Será bonito. Es un trayecto bonito. Llévate fruta y un dulce de esos con *mozzarella*, pero no lo dejes al sol envuelto en papel de plata porque se estropeará. Y tráeme uno a mí también, que me gustaría probarlo, pero envuélvelo bien.

—Sí.

Ali oyó a Cemal en la cocina. Lo oyó andar con dificultad, arrastrando las suelas de goma por las baldosas. Deseó que viniera y le quitara el auricular de la mano. De lo contrario, tal vez se quedaría allí de pie para siempre, notando las palpitaciones en los dedos que tenía metidos en el plástico.

—¡Imagínate todo lo que verás por la ventanilla! Cuántos países pasarán por delante de tus ojos mientras el tren se balancea y la azafata te trae té negro. Lleva algo de suelto en el bolsillo, te hará falta. ¿Tienes dinero? ¿Tienes suficiente? ¿Quieres que te mande algo? ¿Te compro el billete de tren? Puedo hacerlo desde aquí.

Cemal no vino de la cocina. No vino nadie. Ali notó que el pollo le subía por la garganta clavándole las garras, le mordía las cuerdas vocales y sudaba grasa que le llenaba la boca.

—¿No quieres saber lo que me pasa en la voz, mamá?

Ali intentó recordar las manos de su madre, las palmas blandas, casi redondas, los dedos muy separados, y se imaginó que aquellas manos le cogían la cara y se la acariciaban con los pulgares, sin que su madre se inmutara por los pelos que le salían encima del labio superior ni por los granos en el cuello. Se imaginó que su madre le besaba los párpados, le apretaba la cabeza contra su hombro y le decía algo, algo sobre películas de dibujos animados y sobre las próximas vacaciones que harían juntos. La imagen se desvaneció enseguida y él intentó evocarla de nuevo, pero no llegó ni a la parte del labio superior.

—Escríbeme cuando hayas subido al tren. Vendré a recogerte.

Ali apretó la horquilla del teléfono para colgar y no se movió de donde estaba. Oyó el murmullo de las hojas y cómo rozaban el cristal, oyó a Cemal entrar en la habitación arrastrando los pies, lo oyó hablar, preguntarle algo, y notó que le quitaba el auricular de la mano e intentaba darle un abrazo. Ali se deshizo de él con una sacudida, pero Cemal lo agarró por debajo de las axilas como a un niño pequeño y lo tumbó en el sofá.

—¿Qué vas a hacer esta noche? Tienes que hacer algo, tienes que salir —trató de convencerlo Cemal—. No es bueno pasarse el día sentado en casa en tu estado.

—¿Y en el tuyo? —dijo Ali entre dientes.

—Desde que te metes esa cosa, es como si tuvieras la rabia.

—Ya la tenía antes.

—Sí, es verdad.

Cemal acarició la barriga de Ali con movimientos circulares, le dio unas palmaditas en el muslo, le pasó el dedo por las picaduras rojas e inflamadas de las pantorrillas, apretó las pústulas con la uña dibujando una cruz encima y las aplanó.

Ali estaba sentado en el sofá rojo que había al fondo del local y juró que si volvía a sonar *99 Luftballons* de Nena, no regresaría nunca a Alemania. ¿Qué le pasaba a todo el mundo con esa canción? ¿Es que no entendían la letra? En una ocasión, Ali había visto a su madre bailándola, con los brazos levantados, agitando los puños en el aire y meneando el culo, que por aquel entonces aún era descomunal. El espectáculo más patético que jamás ha presenciado el mundo.

«Escribeme cuando hayas subido al tren. Vendré a recogerte».

Sí, claro.

¿Volver? ¿Volver adónde? ¿A los brazos amorosos de una mujer que probablemente no lo reconocería cuando lo viera en el andén? No podía parar de pensar en la pregunta de Valia. Tal vez sí que había emigrado sin que ni él mismo se hubiera dado cuenta.

Mientras tanto, Kato también lo atosigaba cada día: «¿Cuánto tiempo vas a quedarte? ¿Qué estás haciendo para buscar a tu hermano? ¿Realmente lo estás buscando? Quizá pueda ayudarte. Sí, seguro que puedo. Déjame ayudarte. Solo quiero que me digas cuánto tiempo vas a quedarte, para saber si...».

«¿Si qué?» A Ali le escocían los ojos. Batió las pestañas como una mosca las alas y miró fijamente el cuerpo que estaba acurrucado en su sofá. Desde hacía un tiempo, Kato iba al club en contadas ocasiones, solo cuando realmente necesitaba dinero. Si no, se pasaba todo el día en casa, se atrincheraba en el piso de Ali y solo salía a comprar utensilios para la cocina, cosa que enfurecía a Ali. Seguro que pronto perdería su trabajo, pero probablemente era eso lo que esperaba. No estaba claro cómo pensaba ganarse la vida entonces. Nada estaba claro.

«Solo quiero saberlo». Kato se encogió de hombros y volvió a concentrarse en el libro que estaba leyendo. Lo dijo como si preguntara qué le apetecía a Ali para comer. Últimamente le había dado por ponerse la ropa de Ali y no paraba de preguntarle si debería dejarse crecer el pelo. La camiseta de Ali, que había sido de Antón, le quedaba torcida sobre los hombros estrechos y a Ali le entraron ganas de decirle que se la quitara de inmediato y se marchara del piso.

Miró la cara plana de Kato, con los pómulos enrojecidos como si tuviera fiebre, espiró, inspiró, espiró, inspiró y dijo: «Muy bien, escucha: voy a tirar una moneda al aire. Si sale cara, me vuelvo a Alemania mañana mismo. Si sale cruz, me quedo aquí para siempre. *Tamam?*». ¿De acuerdo?

Kato agarró el cojín en el que estaba apoyado, se lo tiró a Ali a la cabeza, se levantó del sofá de un salto y se precipitó hacia la puerta. Antes de salir, cogió el libro que había sobre la cómoda, un tocho de 1.200 páginas, y quiso tirárselo a Ali, pero pesaba demasiado y fue a parar al centro de la habitación. Ambos se lo quedaron mirando como si algo se derramara y se perdiera para siempre. Miraron al suelo, luego se miraron el uno al otro, Ali no pudo evitar echarse a reír y

Kato salió dando un portazo. Ali se levantó, volvió a dejar el libro sobre la cómoda, se puso las botas de agua, cogió el paraguas torcido que le había costado cinco liras y cuyas varillas atravesaban el plástico blanco y salió a la calle.

Cuando llovía en Estambul, el agua te calaba hasta los huesos. Al llegar a Aynalı Çeşme tiró el paraguas a los matorrales porque el viento ya lo había destrozado, se subió el cuello de la chaqueta, cerró los ojos y fue dando vueltas alrededor de las casas hasta que volvió a encontrarse delante de la tienda de Hassan Bey. Estaba empapado y tenía los dedos azulados. Se tocó el bigote y se preguntó si, en aquella ocasión, Hassan también escupiría en el suelo como la última vez, cuando había ido con Kato. Entró en la tienda pasando bajo el toldo lleno de agua y vio a Hassan al fondo, detrás de la caja, sacando brillo con la manga a unas ciruelas frescas. Se miraron. Ali no estaba seguro de si lo había tomado por otra persona, por un nuevo cliente, un turista que había llegado el fin de semana y había alquilado un piso cerca de allí. No sabía si para los demás tenía un aspecto totalmente distinto o no había cambiado en absoluto. Hassan se acercó a él y le ofreció una ciruela blanda y cálida. Ali le dio un mordisco, el jugo le salpicó la barbilla y se la limpió con el dorso de la mano. Hassan sonrió, le cogió la chaqueta mojada y la dejó sobre un taburete. Luego lo miró con sus ojos grises, en los que Ali leyó la invitación, y se fueron a la trastienda.

Ali estaba hundido en el sofá rojo del club e intentaba quitarse de la mente el recuerdo de los dedos ásperos de Hassan en sus caderas. Apoyó la cabeza y se vio reflejado en el techo cubierto de espejos.

Tenía un nudo en el estómago y veía relámpagos como si los mirara a través de un caleidoscopio. La música le retumbaba en los oídos como un enjambre de chinches, como si tuviera una capa menos de piel. Parecía que estuviera colocado de LSD, pero no había tomado LSD. Solo testosterona, una vez a la semana.

Le quedaban poco menos de ochocientas liras. Con eso quizá podría quedarse dos meses más en Estambul y esperar a que Antón se cruzara en su camino, lo cual quizá tenía más probabilidades de éxito que los avisos de desaparición que Cemal y él habían colgado en las comisarías durante sus primeras semanas en la ciudad. Cemal, el mejor tío del mundo, que seguía llamando a su amigo policía para preguntar por Antón, no sin antes charlar un buen rato con él sobre la vida y poner verde al presidente, casi tuvo un ataque al corazón cuando su amigo le dijo: «Puede ser que tengamos a vuestro ruso. Venid enseguida».

Cemal y Ali salieron por la puerta dándose empujones, se metieron en el taxi de un salto y dijeron atropellándose el uno al otro: «A la comisaría de policía de Sariyer, por favor». Ali estuvo a punto de arrancarle la cabeza al taxista cuando se metieron en un atasco, pero qué culpa tenía él. «Estambul es Estambul», dijo mientras se masticaba la lengua, y el problema de Estambul no era que derribaran los edificios históricos, ni el alto índice de pobreza, ni las bombas, ni los atentados suicidas, ni los atracos, ni que cerraran los periódicos ni los miles de vidas destruidas, no, el problema era el tráfico. Podías preguntárselo a cualquiera y te lo diría. Así que estuvieron atascados durante una hora con las ventanillas bajadas y el humo del tabaco saliendo por las cuatro a la vez.

Al llegar a la comisaría, enseguida vieron que aquel joven no era Antón. Era ruso, sí, pero no

era Antón. Ni siquiera tenía rizos castaños. Era un chico de San Petersburgo de cabello rubio pajizo, de movimientos gráciles y con el típico modo de hablar nasal de aquella ciudad. Estaba sentado en la silla de plástico con las piernas cruzadas, y mientras el amigo de Cemal les contaba que el chico había estado a punto de cortar el pescuezo a otro, a un turco, porque, al parecer, había dicho algo sobre el caza ruso derribado en Turquía, algo como: «Deberíamos haber derribado más de uno», él se pasaba los dedos largos y delgados por el pelo rubio para apartárselo de la cara y le guiñaba el ojo a Ali. Cemal señaló a Ali y dijo: «Estamos buscando a su gemelo. ¿Acaso encuentras algún parecido entre ellos, hermano?».

El petersburgués le dijo a Ali en ruso: «Sácame de aquí y te devolveré el favor».

Y entonces Ali vio a Antón. En un rincón de la sala, en aquella comisaría llena de teléfonos que retumbaban y voces que gritaban, con aquel tipo de pelo rubio pajizo que lo desnudaba con la mirada, vio a su hermano delante de él, retorciéndose de risa ante aquella esperanza absurda. La esperanza de Ali de encontrar a Antón. El miedo de Ali a encontrar a Antón. Vio que la imagen de su hermano salía por la ventana. Se levantó y, sin decir palabra, pasó por delante de los hombres que discutían acaloradamente, del petersburgués y de todas esas camisetas azules y salió de la comisaría al aire fresco. Frente a él había una calle muy transitada de varios carriles. La cruzó sin mirar a los lados y se sentó en el guardarraíl. Los coches pasaban junto a él a toda velocidad, tocando el claxon, soltando nubes de humo negro por el tubo de escape y con caras de niños pegadas a las ventanillas. Ali estaba furioso, furioso consigo mismo. Furioso por haber llegado a creerse que podía encontrar a Antón. Tenía las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Se le había terminado el tabaco. Seguía a los coches con la mirada, y de repente supo que aún no había terminado con aquella ciudad. Aún le seguía tirando de las pestañas, aún lo absorbía y no iba a soltarlo, todavía no. Por otro lado, había que tener en cuenta que ya no le quedaban cigarrillos P&S.

Mientras esperaba a Kato, Ali jugueteaba con su tasbih y observaba a los clientes del local, en especial a los hombres. Examinaba sus anchos hombros, medía la longitud de sus barbas, que bajo la luz rojiza solo podían entreverse, estudiaba su postura, la forma en que estaban de pie, en que se apoyaban en la barra, se fijaba en la manera en que dejaban caer los brazos junto al cuerpo. Envidiaba por encima de todo su altura. La testosterona estaba provocando cambios considerables en su cuerpo, pero ya no le haría pegar un estirón.

Su capacidad de concentración había cambiado, era mayor y más breve, más intensa, al mismo tiempo tenía ganas de llorar constantemente o bien estaba de malhumor, a menudo ambas cosas a la vez; tenía más hambre que antes, en realidad siempre estaba hambriento; los músculos de sus hombros, de sus brazos y de sus pantorrillas eran como gusanos que cada día engordaban más; los labios de su vulva habían aumentado de longitud y parecían una rosa de la que salía una lengua. Quería follar. Mucho y durante largo rato. Tenía la espalda llena de granos, como un adolescente, y cada día le salían más. El cambio de voz más o menos aún podía controlarlo. Todavía estaba esperando a que se le cubrieran las piernas de pelos.

Sus dedos jugueteaban inquietos con el tasbih mientras movía frenéticamente la pierna derecha y luego la izquierda. Apoyó la cabeza en el respaldo, se vio reflejado en el techo, volvió a mirar al escenario, donde en aquel momento Kato estaba bailando una especie de canción con tres chicas,

y se preguntó qué iba a hacer con él. Se le ocurrían dos posibilidades: dejarlo o casarse con él.

Eso sacaría de quicio a mi madre, pensó, y luego se le pasó por la cabeza que a Kato le gustaría una boda por todo lo alto: invitarían a toda la caterva de parientes, a Emma, a Dania, a Etia y a Shura, por qué no, los pondrían a todos en corro para que los alzarán con las sillas y después solicitarían la nacionalidad alemana para Kato. Entonces Ali recordó la última y única boda a la que había asistido y lo radiante que estaba la cara de ardilla de la prima de Elías, enmarcada por el velo blanco igual que en un cómic. Ali pensó en lo bonito que debía de ser encontrar la felicidad en todo aquello: convertirse en una figura de cera sobre una tarta de azúcar, tener niños, tener una casa, tener un perro, tener un trabajo, tener un trabajo mejor, ir de visita a casa de los padres los domingos y realmente querer pasarse la vida juntos.

A Kato se le cayó la peluca, dejando al descubierto su cráneo afeitado. Salió de un salto de la hilera de bailarinas cogidas del brazo, volvió a ponérsela rápidamente y se rio. Ali notó que le ardía la piel, como si le estuvieran limpiando el cuerpo entero con alcohol.

Aquella noche estaba sentado en el sofá rojo al fondo del local de Lâleli deseando que el destino decidiera si debía quedarse en Estambul, volver a Alemania o simplemente desaparecer, o quizá irse a vivir a otro lugar. ¿Por qué no puede pasar eso? Que las señales te digan: hacia allí tienes que ir, aquí tienes que bajarte, aquí tienes que subirte, con esta persona tienes que quedarte y de aquí tienes que marcharte enseguida. Que alguna señal te indique que, al menos, existe alguna certeza. ¿Para qué si no se inventó el maldito destino?

Ali decidió que, si volvían a poner 99 *Luftballons* de Nena, la cosa estaba clara. No volvieron a poner 99 *Luftballons*. En vez de eso, apareció Aglaya. El olor a lirios, bergamota, piña, naranjas, madera de cedro y vainilla invadió la nariz de Ali y apenas lo dejaba respirar.

Aglaya nadó por el aire turbio del local como por el mar, salió a la superficie justo delante del rostro de Ali y enseñó los dientes. Ali no sabía que los colmillos pudieran ser tan afilados. Aglaya lo miró sin verlo. Llevaba un vestido corto que se pegaba a su cuerpo plano como la piel de un pez de escamas rojas y zapatos de tacón alto que la hacían parecer aún más niña, porque no sabía andar con ellos y se tambaleaba un poco. A lo mejor también estaba borracha. Ali se levantó. Eran de la misma estatura, igual de bajos. Las arañas de cristal que parecían loros desplumados lanzaban destellos de colores sobre sus siluetas. Los dos tenían la piel pálida: el sol de Estambul no había logrado quitarles el blanco amarillento de la cara. Pero la piel de Aglaya brillaba, pensó Ali. Era casi fosforescente.

Lirios, bergamota, piña, naranjas, madera de cedro y vainilla. ¿Y ahora qué?

Los pensamientos de Ali le recorrían el cuerpo a toda velocidad. Le temblaban las rodillas. Intentó alargar la mano hacia Aglaya, pero la mano no le respondía. Aglaya no lo veía entre la niebla del bar, entre la niebla que parecía envolverla. Él buscó su mirada, pero Aglaya, plantada en medio del local, lo miraba sin verlo. ¿Se había vuelto invisible o es que ella estaba intentando reconocerle? Llevaba los labios pintados de rojo, tenía abierta la boca, de la que asomaban los dientes afilados, y los rizos rojos flotaban alrededor de su cabeza como si estuviera debajo del agua.

Ali se imaginó que todos los demás abandonaban la sala y que nadie había estado nunca allí salvo ellos dos, pero la sala seguía estando llena. ¿Y qué se suponía que le diría si se quedaran a solas?

De golpe, Ali lo vio claro: el grafiti, el acordeón, la lengua que señalaba al techo. Era ella,

ella era el motivo por el que se había quedado, tanto aquella noche en el bar como en la ciudad. Entonces Aglaya se alejó. No hacía ningún ruido al andar. Los contornos de su cuerpo se desdibujaban a cada paso. Ali quiso alargar los brazos hacia ella y los músculos lo obedecieron. Quiso dar unos pasos y su cuerpo lo obedeció. Aglaya volvió la cabeza hacia él. Su cabeza era solo un ojo y fue lo primero que estalló. Como una pompa de jabón. Después los brazos fosforescentes, los hombros, la barriga, las caderas. Se disolvió como una pastilla efervescente. Se desintegró.

Kato empujó la mesa con las rodillas sin querer y derramó su *chai*. Soltó un taco. Ali miró con indiferencia el líquido marrón que corría por la mesa hacia él. Estaba con los brazos cruzados, con un cigarrillo en una mano y los dedos de la otra hundidos en las costillas. Se apartó de la mesa y miró a Kato yendo a buscar servilletas, el papel gris absorbiendo el té, Kato intentando quitarse las salpicaduras de los pantalones blancos. Vio que se miraba los pantalones con impotencia, alzaba la vista hacia Ali, volvía a sentarse y cogía el vaso medio vacío.

—No puedes marcharte —le dijo.

Y se bebió de un trago el té que le quedaba. Un par de hojas de té negras y triangulares se le quedaron pegadas al labio inferior.

—Vaya si puedo.

—No, no puedes.

—En cuanto me devuelvas el pasaporte, sí.

Desde la terraza del café Molla Aşk1 podía verse no solo el barrio de Balat, sino casi toda la parte europea de la ciudad. Ali fijó la mirada en el puente del Bósforo, que centelleaba como una guirnalda de luces de colores. Oía desde lejos los helicópteros que sobrevolaban la ciudad. La llamada del almuecín hizo temblar el suelo y sonó extraordinariamente cerca.

—¿Todo ha sido inútil? ¿No ha servido para nada que vinieras hasta aquí?

—Eso parece.

—¿Lo nuestro también?

—¿Puedes devolverme el pasaporte ahora, por favor? ¿O es que ya lo has vendido?

—No significa nada para ti.

—Ya no.

—Mientes.

—Mi pasaporte...

—Todavía puedes encontrar a Antón.

—Ahora eres tú el que miente. Nadie ha creído nunca que fuera a encontrarlo y tú el que menos.

Había movimiento en el café. Los clientes acercaban las sillas, se apiñaban frente al televisor, discutían y encendían los mecheros al compás. El ruido aumentaba por momentos. El zumbido del fin de semana, pensó Ah.

—¿Y si lo que buscabas en realidad no era a Antón?

—¿Quieres decir que te buscaba a ti?

—Gracias a mí sabes quién eres.

—¿Crees que lo sé? ¿Crees que tú lo sabes?

—¿No lo sabes?

—Tendría que mirarlo en mi pasaporte, pero resulta que no quieres devolvérmelo.

Los móviles sonaban, primero de uno en uno y después al unísono como una orquesta. La gente contestaba, hablaba a gritos por teléfono, escupía al suelo, salía corriendo del café, miraba desde lo alto de la colina la ciudad que se extendía a sus pies y gesticulaba. Un hombre lanzó un grito y Ali lo miró.

—¿Y qué pasa con las inyecciones de testosterona? —Kato hizo que su atención volviera a centrarse en la mesa.

—Quería probarlo.

—Para ti todo es un juego.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que ahora sé quién soy? ¿Qué le he encontrado un sentido a todo? ¿Crees que puedo inyectarme el sentido de la vida en forma de testosterona?

—Si te vas, me suicidaré.

Ali se encendió otro cigarrillo y observó a la muchedumbre, que se movía como un hormiguero. Algo estaba pasando, pero no entendía el qué.

—No te creo, no puedo creer que ya no signifique nada para ti.

Una multitud de espaldas crispadas y brazos que se movían frenéticamente le tapaba la pantalla de la tele y no podía ver qué era lo que estaban transmitiendo y que alteraba tanto a todo el mundo.

—Me largo. Quédate el pasaporte. Ya me las apañaré para salir del país sin él.

Ali se levantó y se disponía a ir hacia el televisor.

—Eres una zorra —dijo Kato, y rompió a llorar.

Sorprendido por la acritud en la voz de Kato, Ali miró su rostro contraído, volvió a sentarse, acercó su silla a la de él y le susurró:

—¿Os habéis puesto todos de acuerdo o es que repetís como loros un texto estándar? Son exactamente las mismas palabras del contestador automático.

—¿De qué hablas?

—Ya soy responsable del suicidio de un hijo de puta, que me llenó el contestador con el rollo de que se iba a suicidar si no me pasaba el resto de la vida cogiéndolo de la mano, así que lo último que necesito es otro hijo de puta que me amenace, ¿te enteras? Si realmente lo tienes decidido, hazme un favor: no me llames antes. Sería un detalle por tu parte. No podría soportarlo otra vez.

Kato tenía los ojos vidriosos. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y miró enfrente. Ali notaba que algo le oprimía los pulmones. Bajó la voz tanto como pudo y balbuceó:

—Me jodió la vida entera, y antes de joder la mía, jodió la de mi madre. Mi hermano y yo somos el resultado de eso y a nosotros nos tocó pagar los platos rotos porque ellos se habían jodido el uno al otro. Pero no tuvo suficiente con eso y, en el último minuto, le pareció importante cargarme la culpa de su muerte para que nunca más tuviera la oportunidad de tener algún tipo de vida. Así que no me vengas con eso del suicidio. ¿Qué fue aquello tan bonito que dijiste? Todo lo que me podía pasar ya me ha pasado. Y ahora déjame en paz. Tengo que irme.

Los clientes habían empezado a abandonar el café a toda prisa. Algunos volcaban las sillas de plástico al levantarse y no volvían a ponerlas bien. Cuando Ali llegó hasta el televisor, solo

quedaba, fumando de pie frente a él, un hombre mayor que sujetaba un tasbih en una mano y pasaba las cuentas una a una con el índice y el pulgar. Ali se puso delante de la pantalla e intentó enterarse de lo que sucedía. La presentadora, blanca como el papel, estaba leyendo un texto. Los conocimientos de turco de Ali no alcanzaban para entender lo que decía, pero sí para comprender que la mujer había sido obligada a leer aquellas palabras. En el fondo se veían hombres de uniforme.

Ali miró al anciano que había a su lado. Sus labios se movían sin articular ningún sonido y entonces miró a Ali y dijo: «*Darbe*». Golpe de Estado. Sus ojos se posaron sobre el bigote de Ali.

El silencio zumbaba en sus oídos. Sonó un móvil y fue entonces cuando Ali se dio cuenta de que no quedaba nadie en el café. Kato también se había marchado. Tardó un momento en comprender que el teléfono que sonaba era el suyo. Contestó.

—¿Dónde estás? —gritó Elías al teléfono.

—En Balat —dijo Ali—. ¿Y tú?

—En Berlín.

A Ali le retumbaba la cabeza. No le preguntó a Elías por qué la llamaba desde Berlín. Sabía que tenía que decirle: «Estoy bien, no te preocupes». Dijo la frase de forma mecánica y esperó a que Elías le explicara el motivo por el que había tenido que decir aquello. Qué era lo que ocurría. Elías le preguntó:

—¿Hay alguien contigo?

Al ver que Ali no respondía, le dijo con voz tranquila:

—Voy a guiarte por la ciudad.

Las personas salían de las casas en tropel, avanzaban por las calles sin mirarse, cuchicheaban, se apresuraban para llegar a las verdulerías y a las tiendas de comestibles, se empujaban y se increpaban. Una pareja joven se discutía en medio de la multitud que se aglomeraba frente a la panadería. La mujer decía que se sentía ridícula yendo a comprar provisiones a las dos de la madrugada y el hombre le gritaba: «Si lo hacen los ancianos, ellos sabrán el porqué».

Ali se abrió paso a empujones, enganchándose con los bolsos, el móvil se le cayó de la mano, avanzó a gatas entre sandalias y zapatillas de estar por casa, luego lo buscó a tientas debajo de las faldas de las señoras mayores, y cuando por fin lo encontró, Elías todavía estaba ahí.

—No vuelvas a hacer eso, no me dejes caer. No sé lo que está pasando.

—Yo tampoco lo sé.

Volvió a oírse la voz estruendosa del almuecín y luego la del siguiente. Se interrumpían los unos a los otros a gritos.

—No entiendo lo que cantan. Pero no dicen «Alá es grande».

—No puedo oírlo. Es demasiado pronto para la oración matutina.

—De todos modos, cantan cuando les da la gana. Hace mucho que se han cargado el tiempo en este país. ¿Sabes?, hay un almuecín en *Tarlabaşı* al que siempre me he imaginado como Elvis. Como Elvis Presley, con gafas de sol con montura de purpurina plateada. Un poco como tú en la foto del fotomatón, ¿te acuerdas? Las fotos que nos hicimos después de aquella fiesta en la que me sacaste de una pelea. Todavía las guardo. ¿Y tú, aún las tienes?

Elías no dijo nada. Probablemente tenía los ojos clavados en las noticias, porque Ali oía el zumbido de la tele. La respiración acelerada de Elías le llegaba desde el otro lado del teléfono.

—Por cierto, ¿ya te he dado las gracias? ¿Sabes que eres la persona que más tiempo hace que conozco en todo el mundo? No hay nadie a quien conozca desde hace tanto tiempo. Excepto Antón. Y Valia. —Ali no pudo evitar echarse a reír—. Acabo de acordarme de cómo me quitaste de encima a mi viejo, ¿te acuerdas? Aquella vez que su amigo le sopló que me había visto en la calle enrollándome con una chica. ¿Recuerdas que vino a casa hecho una furia y se abalanzó sobre mí, y tú lo echaste del piso a empujones? Siempre me has protegido. ¿Es posible que siempre estés ahí? ¿Que siempre estés ahí cuando te necesito y que yo no me entere y nunca venga contigo cuando vienes a buscarme, ni te escuche cuando te preocupas por mí y que, aun así, siempre me saques de los líos en los que me meto? ¿Esto es así?

Elías permaneció callado. Ali podía oír las voces de la tele. En aquel momento, Elías estaba sentado en el salón, en la habitación que le había ofrecido a Ali, que había preparado para él. Había reparado las manijas de las puertas y había pasado la aspiradora para que se sintiera a gusto, en vez de que cada noche se tumbara en el colchón y se dedicara a atrapar pelusas y luego se largara a perderse en un mundo sin suelo.

—¿Dónde estás ahora? —Por lo visto, Elías no lo había oído.

—En la avenida Fatih, que está prácticamente vacía. Desde aquí puedo ver fuego en la parte asiática.

—Los militares han cortado los principales puentes, pero no necesitas cruzarlos. Ve por los pequeños que pasan sobre el Cuerno de Oro y luego sube por las calles laterales hasta Cihangir. Tienes que conseguir llegar a casa de Cemal. ¿Conoces el camino?

Un helicóptero sobrevolaba el agua y Ali tuvo la sensación de que las hélices eran un hacha en el interior de su cabeza. La comunicación se cortaba continuamente y solo le llegaban palabras sueltas: Cihangir y Cemal. Por las calles se oía un aullido como el de una manada de perros.

—Tengo miedo —le dijo Ali al teléfono muerto, porque Elías ya no estaba, al otro lado de la línea no había nada, podía decir lo que quisiera—. Si salgo de esta con vida, iré a ver a mamá. Quiero hablar con ella. No sabe nada sobre mí. Ni yo sobre ella. Y también iré a ver a Emma y a Dania y a Shura y a Etia, a todos los que aún están vivos. Quiero preguntarles muchas cosas. Ni siquiera los conozco.

Oyó de nuevo la voz de Elías, que no había parado de hablar en todo el rato y en aquel momento le estaba traduciendo las noticias a Ali:

—Las fuerzas armadas turcas. Han tomado el control. Del Estado. Para restablecer el orden constitucional. Los derechos humanos y la libertad. Y la seguridad pública. En el país. Que habían sido vulnerados.

Elías traducía despacio, alargando cada palabra. Su voz sonaba distorsionada. El ruido del teléfono que se oía entre las frases entrecortadas era cada vez más fuerte e invadía los oídos de Ali.

—¿Qué significa eso? —gritó Ali al teléfono—. ¿Qué significa eso?

Ali no estaba seguro de si fue Elías quien lo dijo o si él se lo imaginó, pero su cerebro le envió la señal:

—¡Corre!

El ruido del teléfono se volvió tan fuerte que parecía que alguien estuviera estrujando papel de

plata en sus oídos. Elías se había marchado definitivamente.

El agua verdosa por el lodo del Cuerno de Oro brillaba bajo las luces y las barcas lanzaban destellos. Ali alzó la vista hacia el puente del metro y vio gente corriendo por las vías y decidió esquivarlos, no sabía lo que significaban las camisetas rojas con las tres medias lunas blancas: peligro o salvación, de repente ya no sabía nada, los contornos de las cosas se volvieron más afilados y le hacían cortes en la piel, le daba la sensación de que la ciudad se estrechaba como un túnel, recorrió el paso subterráneo que conducía al pequeño parque y llegó al puente Gálata, donde los pescadores de caña se habían fundido en un regimiento y retenían a alguien en el centro, la hoja de un cuchillo refulgió, al menos eso le pareció a Ali, aunque tal vez fueran los sedales, y pasó corriendo por su lado sin volver la cabeza.

Las puertas de dos hojas de los hoteles estaban abiertas de par en par y en los vestíbulos se veían corros de gente frente al televisor. Ali corrió por la avenida Ístiklal, pasó entre un grupo de chicas con pantalones cortos y camisetas rojas y el poliéster de las banderas que llevaban en la mano le dio de lleno en la cara. Pasó corriendo por delante de cajeros automáticos frente a los que la gente se apiñaba como si fueran tiras atrapamoscas: todo el mundo retiraba dinero, los billetes volaban por el aire. Los almuecines volvían a rugir.

Un soldado armado con un fusil salió de un callejón lateral y casi le arrancó el brazo a Ali al pasar corriendo junto a él. Lo perseguían dos, cuatro, siete hombres armados únicamente con sus manos. Ali se detuvo y miró cómo los hombres acorralaban contra la pared al soldado, que no tenía más de dieciocho años, tal vez solo dieciséis, aunque aparentaba doce, y se abalanzaban sobre él con uñas y dientes. Entonces empezó a llegar gente y más gente de todas partes, Ali oyó ladridos de perros, tenía la sensación de que le sangraba todo el cuerpo y bajó la vista en busca de heridas, pero no tenía ni un rasguño, solo estaba lleno de polvo y le dolía el brazo. Cihangir, pensó, y echó a correr otra vez.

En el estrecho portal que había entre el despacho de Cemal y la carnicería abandonada, vio a una anciana de pie con la mirada perdida. Ali pasó por delante de ella como un rayo, luego se detuvo sin aliento, volvió a donde estaba la mujer, la miró a la cara, reconoció a la adivina que le había contado el cuento africano sobre la verdad y buscó con la mirada la jaula de la liebre, pero no había ni rastro. La mujer alargó la mano hacia Ali, él dio media vuelta y subió tan deprisa como pudo las escaleras que llevaban al despacho.

Cemal abrió la puerta y sonrió. Lo hizo pasar con movimientos tan pausados que Ali estuvo a punto de preguntarle si sabía lo que ocurría en la calle y, si lo sabía, por qué estaba tan tranquilo, pero entonces vio que tenía la tele encendida, que transmitía imágenes de masas de gente que se abalanzaban las unas sobre las otras y de rostros conmocionados y blancos como el papel que hablaban a los micrófonos, aunque Cemal le había quitado el volumen al aparato. El tío Cemal parecía no inmutarse. En un rincón, Mustafá Bey estaba sentado sobre un taburete, con el traje arrugado y la frente apoyada en las manos. Alzó la vista cuando Ali entró. Tenía los ojos llorosos. Ali no dijo nada. Miró sin entender nada a Mustafá, que se había hecho sangre en los labios al morderse los, luego miró el rostro suave e inexpresivo de Cemal, se sentó a la mesa y Cemal, sin decir una palabra, le trajo un vaso de raki. Estaba tibio y olía a anís. Cemal fue hacia Mustafá y le pasó su vaso. Mustafá rompió a llorar a pleno pulmón, cogió el vaso de raki y volvió a mirar al suelo. Sin beber, dejó el vaso a un lado y ocultó de nuevo el rostro entre las manos. Ali lo miró y echó un trago. En el interior de su cabeza, las hélices del helicóptero le golpeaban la frente. Podía

oírlos pero los golpes ya no eran tan fuertes. Notaba una presión en los oídos.

—¿Por qué está llorando?

Cemal sacó el aire por la nariz ruidosamente, entornó los ojos y, por primera vez desde que Ali había irrumpido en el piso, en su enorme cara se dibujó una mueca: frunció el ceño, las cejas empujaron los párpados hacia abajo, los pelos de las pestañas se le juntaron hasta convertirse en dos tiras negras y el labio inferior empujó el superior hacia arriba. Miró a Mustafá, encorvado en el taburete con la cabeza entre las manos, y luego a Ali.

—El verdadero golpe de Estado hace tiempo que dura —dijo, y fue hasta el televisor y subió el volumen.

Ali acercó su taburete al de Cemal. Los tanques estaban ocupando el aeropuerto Atatürk. A pesar de que Cemal había subido el volumen de la tele, Ali no oía las noticias. Solo oía a Cemal respirar con la boca abierta. Le pareció oír el tictac de un reloj, pero en la habitación no había ninguno. Tuvo la sensación de que algo le correteaba por los pies. Miró de reojo a Cemal: su silueta redondeada, la ceniza de su cigarrillo que caía al suelo. A la luz del televisor, las arrugas de su rostro eran grietas.

Ali lo contempló durante largo rato y sintió la necesidad de contarle todo lo que había visto de camino a su casa: la cara machacada del soldado de doce años, los billetes que volaban por el aire, las banderas. Quería preguntarle por el significado de las tres medias lunas y de las colas frente a las tiendas. Luego se preguntó si había llegado el momento de regresar, pero ya no tenía pasaporte. Eso también quería decírselo a Cemal, que le habían robado el pasaporte, que Kato... De repente se le ocurrió que, de todos modos, el pasaporte ya no le serviría de nada. Si ya había sido difícil que lo reconocieran en la foto al entrar en el país, en aquel momento sería imposible, incluso si se afeitaba. A partir de entonces su cara ya era otra. Después se preguntó si Cemal querría irse con él si se marchaba y supo la respuesta al instante. Cemal tenía un hogar del que nunca podrían apartarlo. Ni siquiera salía a la calle por voluntad propia. Una parte de su familia lo esperaba en Alemania y lo invitaban a ir no solo a pasar un par de semanas, sino a quedarse para siempre, pero Cemal se mostraba más calmado que nunca cuando se trataba de la cuestión de abandonar su tierra: cuando se tiene una, no se puede abandonarla. Uno siempre la lleva consigo. Así que, ¿qué sentido tiene marcharse?

Todo aquello escapaba a mi entendimiento. No tenía ni idea de lo que significaba tener una tierra. No tenía ni idea de lo significaba vivir un golpe de Estado. Cemal sí, porque para él era el tercero. Estaba sentado con los brazos colgando junto a mi tío, que no era mi tío en el sentido estricto de la palabra, y no tenía nada en la mente: ninguna tierra, ningún sitio al que dirigirme. No entendía nada. Dentro de mi cabeza, los tanques iban de una sien a la otra. Después Leshchenko se puso a cantar la canción de los tanques que bajaban a la orilla: «Florecían manzanos y perales. Katiusha fue a la orilla del río», y me pregunté dónde se habría metido Kato y si estaría bien.

Lo vi, vi su cara enmarcada por la peluca negra, sus caderas enfundadas en los *shorts* dorados, lo vi poniendo el pie sobre mi rodilla para subir de un salto hasta la barra de baile, lo vi dirigiéndose hacia mí en el bar como si me conociera, lo vi en el muelle fumando con la cabeza sobre mi regazo mientras contemplábamos el Cuerno de Oro y los barcos cargados de gente que iba al bazar a tomar café en Mehmet Efendi. El tiempo pasó a toda velocidad ante mis ojos y lo vi

en el bazar, de pie frente a la tienda de café, observando a los chicos que doblaban el papel vegetal demasiado deprisa. Lo vi mucho después, después de nosotros, después de los disturbios, cuando el tiempo ya hubiera refrescado, tal vez en octubre, recorriendo los puestos de libros del bazar Kitap y poniéndose en cuclillas frente a los libros viejos de tapa blanda que no podía leer pero que le parecían bonitos. Tropezaría con los turistas sentados en la calle sorbiendo zumo ruidosamente y le daría igual. Entraría en un pequeño establecimiento y pediría que le mostraran los tableros de *tavla* para que el tío Cemal pudiera enseñarle cómo funcionaba aquel juego, elegiría el que oliera menos a quitaesmalte y se imaginaría la cara radiante de Cemal cuando lo desentolviera delante de él. También querría llevarle algún dulce del bazar, así que se pondría en la cola del puesto de *kuruyemif*, pediría que le pusieran en una bolsa de papel cien gramos de empalagosos albaricoques marrones, y entonces, justo entonces, lo vería: un hombre con un pájaro tatuado en el antebrazo derecho, un verderón con las alas desplegadas hacia atrás. Estaría delante de él en la cola y en la mano izquierda llevaría algo parecido a una maleta, un objeto pequeño, prácticamente cuadrado y cubierto con tela de algodón blanca. Kato apretaría la bolsa de albaricoques y contendría la respiración.

El hombre pagaría y se dirigiría hacia el agua a través de las hileras de puestos del bazar. Kato se apresuraría a seguirlo por miedo a perderlo de vista y se escondería detrás de los coches cada vez que el otro se detuviera. Lo seguiría a través de las calles repletas de arañas de cristal, lámparas y bombillas, neumáticos de coche, herramientas y utensilios de pesca, las calles que olían a goma quemada y a sopa de lentejas con pimienta roja, junto a los ferris que se mecían sobre el agua, hasta llegar a una tetería improvisada al aire libre, en el jardín de una casita de paredes inclinadas y tejado de chapa con unas cuantas sillas enfrente.

El hombre del tatuaje saludaría con un apretón de manos a todos y cada uno de los parroquianos, pediría un *chai*, se dirigiría al gancho que habría en la pared de la tetería y allí colgaría la jaula tapada.

Kato también pediría, dejaría la bolsa de los albaricoques sobre la mesa, se pondría a tamborilear con el pie, se bebería el té negro de un trago como si fuera aguardiente y observaría el agua, intentando pasar desapercibido.

Y entonces, al cabo de un rato, empezaría el espectáculo.

Al principio sonaría como los gritos de un niño, luego los gritos se convertirían en un estridente staccato que se terminaría bruscamente y volvería a empezar. La voz del pájaro bajo la tela, profunda y potente, retumbaría como una pregunta en la cabeza de Kato, que amenazaría con estallar.

Entonces se acercaría a la jaula y la contemplaría. El dueño enseguida se levantaría de un salto y, en voz baja, le preguntaría qué quería. «Verlo una vez —diría Kato—. Solo una vez». El hombre miraría a Kato, soltaría un suspiro, metería los pulgares entre la tela, debajo de la cual habría otra capa de tela y, debajo, otra más, abriría el telón como si fuera a mostrar algo obscuro y, a través del resquicio, se verían los barrotes de la jaula.

Más o menos así es como me lo imaginé mientras estaba sentado junto a Cemal en el taburete esperando no sabía qué. Una vez más, no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. Tenía miedo, miedo de moverme, miedo de que Cemal dijera algo, de que Cemal dijera que debía

marcharme. Estaba allí sentado mirando fijamente la pared que había detrás del televisor, imaginándome la vida de Kato, imaginando cómo seguiría después de mí, cómo seguiría sin mí, igual que había reconstruido en mi mente la vida de Antón, igual que me inventaba todas las vidas que no conocía, de las que había formado parte y que después continuaban sin mí.

La habitación estaba a oscuras. El televisor solo iluminaba la silueta de Cemal y las cenizas del suelo, mientras retransmitía imágenes. Estaba mareado, quería ir hasta el sofá, quería tumbarme, pero no fui capaz de levantarme. La sala daba vueltas: Cemal, los azulejos, la hiedra de la ventana, el hombre que lloraba en el rincón, la botella abierta de raki sobre la mesa, los periódicos desplegados, el parpadeo de la tele. Lo veía todo borroso. Entonces se fue la luz.

La noche no dio paso al día, no hubo ninguna transición. Cuando me desperté, vi a Cemal sentado junto a mí en el sofá, con los antebrazos apoyados sobre las rodillas y las manos juntas. Los gruesos pelos negros que cubrían las falanges de sus dedos estaban muy cerca de mi nariz. Su cara estaba sobre la mía y recuerdo que en ese momento me vino a la memoria que, poco después de que yo llegara, cuando me dejaba devorar por los chinches en su sofá, en aquel sofá donde volvía a estar tumbado entonces, Cemal me había dicho que pronto ocurriría una desgracia en Turquía y yo no le había prestado atención. Había preferido que me entretuviera con sus historias sobre Yilmaz Güney y la mujer a la que amaba.

Pensé en la palabra que había usado entonces Cemal: *desgracia*. La había oído una y otra vez en boca de los ancianos, pero para mí siempre había estado vacía, siempre había sido poco más que un ruido.

Alargué los brazos hacia Cemal, me colgué de su cuello y me quedé allí. Me sentía vacío. Apreté la frente contra su hombro. Tenía los ojos cubiertos por una película y parpadeé para intentar quitarme el polvo. Oía el tictac de un reloj, las hélices del helicóptero y el pulso de Cemal en la arteria carótida. Sonreí y, por un momento, pensé que nunca más me marcharía de allí.

«Antón, he preparado *chai*. Suéltame y lo traeré», dijo Cemal, se levantó y se fue a la cocina.

Este libro existe gracias a vosotros:

Karin Doris Nadia Vera Tucké Necati Emre Kiri Emma Dania Shura Etia Sivan Michou Orhan
María Ebru Veteranyi Díaz Bachmann Bolaño Baldwin Cortázar Louis Brodsky Preciado
Eugenides y Estambul.

También quiero dar las gracias a Ludwig Metzger por su documental *Hier Himmel*, «Aquí el cielo», que me permitió oír la voz de Aglaya Veteranyi.

Ausser Sich («fuera de sí») es el título de un número de la revista de cultura y sociedad *freitext*. La novela y yo le damos las gracias por el título. Tomar los nombres de otros es una antigua tradición judía.



SASHA MARIANNA SALZMANN es escritora freelance y vive entre Berlín y Estambul. Nació en 1985 en Volgogrado y se crio en Moscú. En 1995 emigró a Alemania, donde estudió Literatura, Arte Dramático y Estudios de Comunicación en la Universidad de Hildesheim, antes de ganar una plaza en el curso «Szenisches Schreiben» (Escribir para la escena) en la Universidad de las Artes de Berlín en 2008. Más adelante, trabajó como directora adjunta y dramaturga adjunta en el Schauspielhaus de Hannover y en el Theaterhaus Jena. Sus poemas, ensayos y obras cortas se han publicado en diferentes revistas. Es cofundadora de la revista cultural y social freitext. Su opera prima, *Weißbrotmusik*, ganó el premio Wiener Wortstaetten en 2009 y el premio IKARUS en 2012, y fue invitada a diferentes festivales. En enero de 2012 recibió el Premio Kleist para Jóvenes Dramaturgos en reconocimiento de su obra *Muttermale Fenster Blau*. En 2013, su obra *Muttersprache Mameloschn* recibió el galardón de «mejor obra del año» en los premios del público Mülheimer. El mismo año, ella y esta obra fueron nominados al premio de obra y dramaturgo del año para la revista alemana de crítica de teatro *Theater heute*. Desde el año 2013, es escritora residente en el teatro Maxim Gorki de Berlín, donde fue la directora artística de Studio Я hasta 2015.

A pesar de su juventud, en 2016-2017 fue elegida como la dramaturga alemana de la temporada. Fuera de sí es su primera novela.

Notas

[1] Barrios marginales en las afueras de las grandes ciudades de Turquía, con casas construidas sin permisos. *(N. de la t.)* <<

[2] Pueblos con mayoría de población judía que había en Europa central y oriental antes de la Segunda Guerra Mundial. (*N. de la t.*) <<

[3] En Alemania se conmemora la derrota del nazismo el día 8 de mayo, pues el 8 de mayo de 1945 fue cuando el ejército alemán se rindió en Berlín, mientras que en Rusia se conmemora el día 9, que fue cuando llegó la noticia de la rendición a Moscú. *(N. de la t.)* <<

[4] Sarta de obscenidades en ruso, del tipo «¡qué te folie un erizo enroscado!». <<

[5] Palabra despectiva en ruso para referirse a los judíos. <<

[6] ¡Farbaryevitch, cerdo judío, lárgate a Israel! <<

[7] ¡Pírate! <<